

# José Ramón Lueje

LA MONTAÑA FOTOGRAFIADA 1936-1975









José Ramón Lueje  
La montaña fotografiada  
(1936-1975)



José Ramón Lueje  
La montaña fotografiada  
(1936-1975)

Edición de  
CARMEN LOMBARDÍA Y JUACO LÓPEZ



FUNDACION MUNICIPAL DE CULTURA,  
EDUCACION Y UNIVERSIDAD POPULAR  
Ayuntamiento de Gijón

Este libro se edita con el patrocinio de Cajastur

EDITA Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular,  
Ayuntamiento de Gijón  
TEXTOS Luis Mario Arce, Francisco Crabiffosse, Juaco López y Armando Graña  
DISEÑO ORIGINAL Impreso Estudio (Victoria Ocio + Helios Pandiella)  
MAQUETACIÓN Eurolínea Publicidad  
FOTOMECÁNICA Fotomecánica Asturiana  
IMPRESIÓN Gráficas Summa, S.A.

© DE LOS TEXTOS Sus autores  
© DE LAS IMÁGENES Sus autores

D.L. AS. 3.313-2003  
ISBN 84-87741-75-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra en cualquier soporte

## Índice

- 7 Presentación  
PAZ FERNÁNDEZ FELGUEROSO
- 9 Sentimiento y ser de la montaña en la obra de J. R. Lueje  
LUIS MARIO ARCE
- 75 *Vidi montes et ecce movebo*. José Ramón Lueje y la fotografía  
asturiana de montaña  
FRANCISCO CRABIFFOSSE CUESTA
- 103 Noticias sobre pastores y vaqueros  
JUACO LÓPEZ Y ARMANDO GRAÑA
- 123 Álbum fotográfico



El nombre de José Ramón Lueje (1903-1981) es en Asturias indisoluble de la montaña, pues no en vano fue uno de los primeros conocedores y divulgadores de la Cordillera Cantábrica, y sin duda de los más activos. Publicó centenares de artículos en diarios y revistas, además de varios libros y mapas, con el fin de dar a conocer los picos y sierras que tantas veces recorriera. En el libro que tiene el lector en sus manos se recoge de manera minuciosa el pensamiento y la idiosincrasia del desaparecido montañero -natural de Infiesto, aunque gijonés de adopción y residencia- mediante el análisis detenido de toda su obra escrita.

Además de montañero, Lueje fue también un gran aficionado a la fotografía, como lo demuestra el hecho de haber tomado unas quince mil imágenes en la cordillera entre 1936 y 1981. Como otros montañeros antes que él y algunos de sus contemporáneos, José Ramón sintió la necesidad de fijar los paisajes que tanto admiraba para compartirlos con los demás, gesto de amor a la naturaleza que le da valor de pionero.

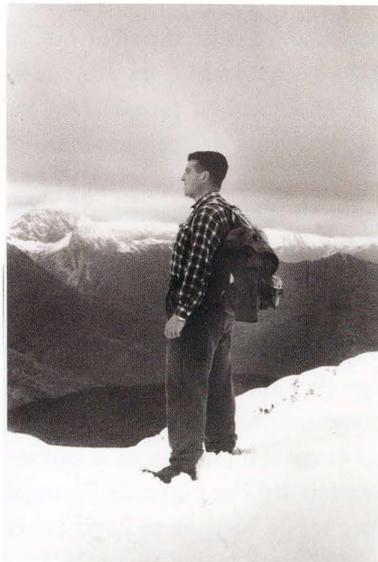
En los años que Lueje pateó sin cesar la montaña asturleonese ésta se hallaba intensamente habitada durante la primavera y el verano por pastores, vaqueros o brañeiros que cuidaban rebaños de vacas, cabras y ovejas y dormían en majadas o brañas. Nuestro hombre siempre valoró muy especialmente el papel de estos oficios y su incidencia en el entorno: gracias a las personas que los desempeñaban, los caminos y senderos se encontraban abiertos y limpios, siempre había conversación, ayuda y cobijo, y se mantenía viva la memoria de la montaña. Lueje recompensó la hospitalidad de estos moradores de altura dejando de ellos un testimonio gráfico muy rico y, hasta la fecha, el único conocido en nuestra región. Los pastores, a los que va dedicada esta obra, tienen también su capítulo en la misma.

En la actualidad, todas estas fotografías, así como otros materiales realizados por Lueje (mapas, itinerarios, cuadernos de campo, correspondencia, etc.), han sido depositados en el Museo del Pueblo de Asturias por sus dos hijos, Isabel y Pedro Lueje Córdoba, a los que el Ayuntamiento que me honro en presidir quiere agradecer la generosidad que han mostrado. El presente libro y la exposición que lo acompaña suponen un justo homenaje a José Ramón Lueje Sánchez, del que este año se cumple el centenario de su nacimiento, por su trabajo de conocimiento y difusión de la montaña asturiana (el Ayuntamiento de Gijón ya lo había hecho previamente en 2001 al bautizar con su nombre una calle de la ciudad entre la Avenida de la Cordillera Cantábrica y el cauce del río Piles). Y no quiero dejar de mostrar nuestro agradecimiento a sus herederos, por disponer que la obra de su padre -sintonizando a buen seguro con el espíritu de tan ilustrado montañero- quede abierta a todas las personas interesadas.



# Sentimiento y ser de la montaña en la obra de José Ramón Lueje

Luis Mario Arce



José Ramón Lueje en La Muesca, Aller (Asturias). Abril de 1945

*"Montañero no es solamente el que vence a la montaña. También lo es, y muy relevante, el que la siente, la admira y la contempla"*. Este enunciado compendia y significa la manera de entender y de vivir el montañismo de José Ramón Lueje Sánchez (Infiesto, 30 de junio de 1903 / Gijón, 23 de agosto de 1981) y expresa, asimismo, la sensibilidad que empapa toda su obra. Explorador, divulgador y poeta de la montaña cantábrica, Lueje emparenta por sus logros con el linaje de los pioneros del alpinismo en España y enlaza por su ánimo con la "cultura de la naturaleza" enraizada en la Institución Libre de Enseñanza (1876) y, en particular, en el pensamiento de su fundador, Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), cuyo artículo "Paisaje" (1885) contiene reflexiones que desarrollan el principio que Lueje proclama en su máxima:

El goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (...) no es solo de la vista, sino que toman parte de él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente, la presión del aura primaveral sobre el rostro, el olor de las plantas y las flores, los ruidos del agua, las hojas y los pájaros, el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos... Aun reduciendo el paisaje a una perspectiva y su percepción a la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirla; tantos como fuerzas, seres y productos despliega la Naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con su obra; los animales y hasta el cielo con sus astros y el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro a cada hora del día y de la noche.

La doctrina de Giner se ve reflejada en el sentimiento de la montaña de Lueje, quizá más por afinidad intelectual que por influencia escolasticista o erudita, aunque entre ambos existen nexos directos. Las inquietudes pedagógicas y culturales institucionistas encuentran un ámbito idóneo de realización en la naturaleza, contemplada desde un enfoque multidisciplinar que aúna geografía, geología, biología, estética y deporte, y representada en la montaña, con la sierra de Guadarrama como escenario inicial, pronto ampliado a otros paisajes, entre ellos el de los Picos de Europa. Conforme a esa preferencia, la Institución Libre de Enseñanza auspicia algunas de las primeras sociedades excursionistas del país, como el Club Alpino Español (1908), la Real Sociedad

Española de Alpinismo "Peñalara" (1913) y la Sociedad Deportiva Excursionista (1913), convertidas de inmediato en referencia y en punto de encuentro para los montañeros. Lueje estuvo vinculado a ellas, en especial a la segunda, cuyo boletín tenía en gran estima como registro histórico del alpinismo nacional. El aprecio era mutuo: "Peñalara" otorgó a Lueje su Medalla Social, el 26 de julio de 1956; le distinguió con el premio a la mejor publicación literaria de montaña, el 2 de octubre de 1959, y le nombró socio de honor, el 8 de septiembre de 1980. Lueje recibió a lo largo de su vida múltiples y relevantes galardones, pero ninguno le produjo tanta satisfacción como éstos. "Peñalara", de sólidos fundamentos institucionistas, fue su guía y su modelo; el descubrimiento de la naturaleza, la concepción de la montaña como ámbito de educación moral, el amor al arte y a la literatura, el aplauso al progreso de los medios y de las vías de comunicación como forma de acercamiento del ciudadano al aire libre, la inquietud conservacionista... son intereses que Lueje comparte, y que entiende y defiende de modo consecuente y afín al ideario de la ilustre entidad madrileña.

La "emoción del paisaje" de los autores de la Generación del 98, herencia directa de Giner y acaso el rasgo que más los unifica, también encuentra eco en la obra de Lueje. Esa coincidencia queda de manifiesto en la cita del Baroja de "El mayorazgo de Labraz" (1903), traída a un escrito inédito de 1939 para destacar las intensas sensaciones que le despertó la subida al Espigüete —una de las cimas dominantes de la divisoria entre León y Palencia—, y la del Unamuno de "Por tierras de Portugal y España" (1907-1909), en otro manuscrito, de 1940, para justificar el riesgo de la escalada a "Peña Santa de Enol"<sup>1</sup> por la necesidad del desafío. La referencia al Ortega de "Notas de andar y ver" (1915) en el artículo "Los Puertos de la divisoria Astur-Leonesa" (1956) obedece a una identificación más concreta: ambos ponderan la hermosura de los pasos de la Cordillera Cantábrica.

La sustancia emotiva de la obra de Lueje remite, además, a la sublimación del terruño que practican los escritores regionalistas del XIX y a la visión arcádica del mundo rural consagrada por Palacio Valdés y contrapuesta a la de una sociedad urbana e industrial carente de valores.

Pero el espejo en el que Lueje más se reconoce es Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, marqués de Villaviciosa (1869-1941): primer conquistador del Urriellu (el 5 de agosto de 1904); ponente de la Ley de Parques Nacionales de 1918 que introduce en España la política moderna de conservación de espacios naturales y promotor, ese mismo año, de los dos primeros, Covadonga y Ordesa; autor de una monografía clásica sobre los Picos de Europa, y valedor de la idea institucionista de abrir la montaña al disfrute público. El ejemplo de Pidal alienta en Lueje, quien propende a identificarse con él. Por fortuna, su esmerada narrativa —aunque de irregular puntuación, muy barojiana—, nada tiene que ver con la retorcida prosa del marqués más allá de una común inclinación poética y del profundo sentimiento de admiración y de respeto que ambos albergan hacia la montaña.

1. El topónimo correcto es Torre de Santa María, como el propio Lueje corregirá en "La vega y las torres de Ario" (1954). La adulteración procede de Saint-Saud (1893).



La percepción de la belleza de la montaña constituye uno de los pilares de la obra de Lueje. El otro es la definición de su geografía física y humana. Lueje supo transmitir como nadie las emociones que provoca el contacto, el disfrute y la conquista de las alturas. Al mismo tiempo, fue el gran descubridor y divulgador de la orografía cantábrica. Su sentimiento de la montaña se vuelca en un estilo vívido, recargado y con tendencia al lirismo. Su saber se manifiesta en un trabajo modélico por su exactitud y único por su alcance: sus descripciones y sus cartografías, producto de una actividad de campo continuada y sistemática desde 1939 hasta 1957 (aunque en rigor arranca en 1934 y se prolonga hasta 1981), componen una aportación fundamental y en gran parte novedosa al conocimiento geográfico de la Cordillera Cantábrica y de los Picos de Europa, así como una guía inapreciable para recorrerlos y un depósito fidedigno y exhaustivo de su toponimia. Sus notas etnográficas y muchas de sus fotografías dan testimonio de la vida tradicional de las comunidades humanas de esos territorios.

La dualidad afectiva y científica caracteriza toda la producción de Lueje y le confiere identidad propia. No son, en cualquier caso, facetas autónomas, sino que se interrelacionan, se complementan y, a la postre, se funden por medio de un marcado punto de vista antropocéntrico y cultural: la montaña es en función del hombre que la gana, la contempla, la habita y la transforma.

La actividad montañera de Lueje se enmarca en unos límites físicos determinados: sus horizontes son los de los Picos de Europa y el Macizo Asturiano de la Cordillera Cantábrica, desde la sierra de Miravalles, en los confines de Asturias y Galicia, hasta Peña Prieta y las sierras de Espigüete y Curavacas, en la cuenca del Pisuerga-Carrión. Lueje recorrió palmo a palmo dichos espacios, junto con los cordales interiores y las sierras costeras de Asturias. Ése fue su mundo de cumbres, puertos y majadas. Dentro del mismo, nunca ocultó su predilección por la montaña oriental y, en concreto, por la escabrosa orografía de Ponga, los sólidos

relieves del Mampodre leonés y la altiva belleza del Cornión. Por el contrario, no frecuentó el extremo oeste de la cordillera ni el macizo de Ándara en los Picos de Europa, cuyas formas le resultaban poco atractivas. *"Peña Ten era la cumbre que más le gustaba"*, precisa su hijo, Pedro Lueje Córdoba, quien corrobora, asimismo, su apego geográfico: *"Fuera de la Cordillera Cantábrica, solo salió al Moncayo y a los Picos de Urbión"* (según sus "Itinerarios" inéditos, visitó el Sistema Ibérico en 1945, 1946, 1948, 1954 y en 1956). Luis Sela Sampil completa esa impresión en el prólogo a *"La Cordillera Cantábrica"* (1984), una selección de textos de Lueje publicada como homenaje póstumo: *"Siempre decía que no le gustaba salir de Asturias, que con su atormentada orografía brinda a los aficionados a la montaña una inagotable serie de cimas, todas ellas con diferentes peculiaridades y paisajes, y que él consideraba como más hermosas que las ofrecidas por otras cordilleras"*. El propio Lueje se pronuncia en ese sentido en su artículo *"La Peña los Tornos"*, de 1974: *"(...) siempre nos ha privado con otra preferencia, el estar más en la línea de la asturiania que —con perdón— en la propia del montañismo. Y por ello, por este telúrico sentir muy adentrado en uno, habremos de perseverar hasta el fin, en la porfía ya de muchos años, de querer presentar la orografía regional. De hacer porque se vaya conociendo mejor la MONTAÑA ASTUR (...)"*. Es, pues, una convicción, pero participa también de unas circunstancias específicas, expresadas en *"El Macizo de Ubiña"* (1958): *"toda la literatura de divulgación y, en consecuencia, la atracción general y la corriente viajera se va hacia los Picos de Europa (...) Nadie se para a resaltar otros sistemas de cumbres (...)"*. Llenar ese vacío se convirtió en su misión, y pasó a ser una directriz de la Agrupación Montañera Astur *"Torrecerredo"* (1948), de la que Lueje fue fundador y socio número uno. *"Torrecerredo"* abrió camino al estudio y a la divulgación de la cordillera, e incluso llegó a promover una *"Campaña cantabrista"*, a principios de los años 50, para estimular a sus socios a colaborar en ese empeño. El llamamiento encerraba una crítica al montañismo repetitivo e insustancial, frente al que Lueje se rebela en *"Del Puerto de Ventana al de Somiedo"* (1953): *"Por los diferentes caminos llegan muchos a los Lagos (de Saliencia), a ver los Lagos, y se marchan sin conocimiento mayor de la poderosa orografía de la región, sin haber ganado las enhiestas cumbres que se alinean por todos los frentes circundantes, donde encontrarían una superior, más despejada y más alta belleza"*. Esa situación permanece: la moda es un senderismo dirigido y masificado.

El montañismo en la época de Lueje aún tiene mucho de exploración y de aventura. El mero acceso a los puntos de partida de las excursiones era una odisea de interminables transbordos de trenes y autocares que con frecuencia proseguía en camiones de carga, en carros de bueyes, a lomos de caballerías o a pie. Hasta 14 horas invirtió en una ocasión, *"en la peor época de la posguerra"*, para llegar de Gijón a Ponga, según explica en *"Piñole, montañero y "cerredo" inolvidable"* (1978). *"Por años atrás, los viajes a Ibias, a ir a la conquista de sus cantábricas cumbres, era empresa de temer que costaba penas y días, de poner a paciente prueba de afición montañera de cualquiera"*, abunda en la *"Guía de la montaña asturiana"* (1977).



2. La senda original por la Garganta del Cares fue abierta entre 1916 y 1921 por Electra del Viesgo para la construcción del canal que efectúa la toma de aguas de la central hidroeléctrica de Poncebos y que comienza en la presa de Caín. Su trazado, de 16 kilómetros, es muy accidentado y peligroso.

"Cuando tuvo coche ya fue más fácil", completa su hijo, "aunque a él no le gustaba conducir y tenía chófer". José María Medina desempeñó ese papel. Tampoco la montaña de entonces es la misma de hoy, recorrida por numerosas carreteras y pistas. La actual senda del Cares, por ejemplo, no se terminó hasta 1949; durante años, Lueje atravesó la "garganta divina" siguiendo la senda primitiva<sup>2</sup>, "en extremo escabrosa y accidentada, la que sí resultaba verdaderamente senda de montañeros, y de montañeros experimentados", comenta en "Picos de Cornión" (1968). Además, apenas existían mapas. "La primera hoja del Instituto Geográfico y Catastral sobre los Picos de Europa es de 1942. Cuando él empezó sólo había los mapas de Saint-Saud y de Delgado Úbeda sobre los Picos, y el de Boada del macizo central. Pero nada de la cordillera", indica Pedro Lueje. La guía de los pastores y la propia intuición respondían de llevar a buen término las excursiones.

Lueje aceptaba las dificultades impuestas por el terreno y por la meteorología –lluvia, frío, nieve y niebla, "la gran enemiga"– como algo consustancial a la experiencia de la montaña. En cambio, toleraba mal la soledad, y solía llevar acompañantes. Los más asiduos fueron Julio Gavito Arroyo, Pío Canga Arbesú, Carlos Bourgón Argüelles, Eduardo Vigil, Daniel Hevia Fernández y Pedro Mingo Ansótegui; un reducido círculo de buenos amigos. Su familia participa de algunas rutas, en especial su sobrino, Eusebio Lueje Guisasola "Yeyo", y sus dos hijos: Isabel ("Ita") tenía 8 años la primera vez que la llevó consigo a la montaña; Pedro había cumplido los 12. Durante la primera etapa de funcionamiento de "Torrecerredo", entre 1949 y 1951, y de nuevo de 1954 a 1956, Lueje se suma a una treintena de salidas colectivas de la agrupación.

Los lugareños de los pueblos de montaña le facilitan la labor de reconocimiento geográfico y toponímico. Nemesio Reyero, de Lario (León), su residencia veraniega desde 1934 hasta finales de los años 40, compartió con él duras caminatas por Mampodre, por los cordales de Ponga y por las estribaciones orientales del Macizo Asturiano: Peña Prieta y

Espigüete. Otros muchos vecinos de la localidad aparecen mencionados en sus cuadernos: David y Luis Rodríguez, Frutos Espadas, Macario Espadas, Melchor Cimadevilla, Adolfo y Lupercio Rodríguez, Isaac del Campo... El librero leonés Teófilo Alonso, veraneante en Lario, también fue integrante habitual de aquellas expediciones. Por los montes de Piloña sale con Sacramento Rodríguez Luis "Mento", Víctor Espina García, Adolfo de la Vega Coballes "Cajetilla" y Juan Luis Rodríguez Castaño "Patines"; los dos últimos le acompañan, además, como morralleros en numerosas salidas por otros territorios. Los pastores del Cornión le orientan por el laberinto de los "jous" y entre la traicionera "encainada": Alfonso Sobrecueva, de la majada de La Ercina; Jesús Fanjul, de la Vega de Enol; Enrique Berridi, de Ario; Ramón, José y José María Remis, de Vegarredonda; Xicón Suero, de la Vega de la Cueva; Francisco Iglesias, de La Redondiella; Avelino de Següencu, de la majada de El Jayau... son algunos de ellos. A su vez, los Martínez de Camarmeña (Cabrales), la famosa dinastía de guías del Urriellu fundada por Víctor Martínez Campillo, le abren paso en las ascensiones más complicadas en los Picos de Europa. Lueje deja constancia en diversos pasajes del asombro que le causaba la destreza y facilidad con que Alfonso, Juan Tomás, Enrique y Miguel Martínez trepaban por la peña; "(...) una familia que reina, con las águilas, por las torres y las cumbres de los Picos", escribe en "El Cabezó Lloroso" (1952).

No todos los que se prestaban a mostrarle el camino lo hacían con acierto. "Desde Valverde subió con nosotros a Espigüete un muchacho llamado Emiliano Casado Pérez; se ofreció como guía, pero tuvo que ser guiado por mí", anota Lueje en un "Itinerario" fechado en septiembre de 1942. Otro tanto le sucede en Leitariegos el 23 de junio de 1944, según recoge el artículo "De Leitariegos a Campomanes" (1948):

Nos viene acompañando como práctico Cándido Sierra, de Leitariegos, el que falla rotundamente en su cometido. Ya en Valdepila extravió la senda y nos trae atravesando maniguas de piornos, malezas, y altos pastizales, todo empapado por las tormentas recientes y que ahora recuden sobre nosotros que cogemos sin llover una mojadura de pies a cabeza; además, sin saber hacernos conservar una altura, nos lleva en marcha de tobogán, cortando estos brazos de valles castellanos que salen seguidos y perpendiculares a la Cordillera, pero en compensación se desquita bien hablando y no cesa con los cuentos de sus tremendas aventuras de caza y de guerra.

El pintor gijonés Nicanor Piñole (1878-1978) fue el más distinguido de sus camaradas de andaduras. Les presentaron en la primavera de 1941 y, a pesar de la diferencia de edad (Lueje tenía 37 años y Piñole, 63), enseguida simpatizaron. Su primera salida juntos les llevó a las montañas de Ponga, que Piñole conocía bien de sus paseos junto al catedrático de Geología Gómez de Llarena, y que ya había reflejado con profusión en sus lienzos. Lueje le retrata "taciturno, metido en sí, sin abrir los labios". Las comarcas de Valdeón y de Sajambre, en la vertiente meridional de los

Picos de Europa, fueron su siguiente destino y se convertirían en el más recurrente. *"Piñole no quería admitir tregua, diciendo que era viejo, que le restaba mucha Alta Asturias sin conocer"*, afirma Lueje en el artículo que dedicó al artista en 1978, cinco meses después de su fallecimiento, recién cumplidos los 100 años. No obstante, las fuerzas o el ánimo de Piñole no acompañan a su ansia de cumbres; evita las rutas más fatigosas y con frecuencia aguarda a Lueje, pintando, a pie de coche. El chófer José María Medina comparte con él esas largas esperas, en las cuales se cimenta una relación de confianza y afecto mutuos.

La amistad entre Lueje y Piñole se mantuvo hasta la muerte del pintor; sus excursiones, más allá de haber cumplido éste los 82 años, cuando se despidió de la montaña en Vegabaño, *"el Altar Mayor sajambriego"*, el 8 de octubre de 1960. Parte de la abundante obra de Piñole de temática montañera —que creó escuela— se inspiró en aquellas jornadas; en correspondencia, sus óleos y sus apuntes ilustraron numerosos artículos y todos los libros de Lueje.

Aparte de la compañía, Lueje necesitaba poco más para salir al campo. El equipo de trabajo que cargaba en su mochila se limitaba a varios lápices y libretas —a veces, hojas sueltas—, un altímetro de bolsillo, su cámara fotográfica Contax —reemplazada en los últimos años por otra más moderna—, algunos alimentos y tabaco. *"Él fumaba mucho, y además lo llevaba para ofrecérselo a los pastores"*, explica su hijo. A cambio, éstos le brindaban *"techo y lumbre"* en sus cabañas, *"y también la leche y la torta"*, base de su sustento en las majadas. Aunque, más que nada, los pastores agradecían el alivio de su soledad, y Lueje, la oportunidad de escuchar *"las aflicciones de sus trabajos y de su luchar"*, y sus historias ancestrales. Esa convivencia es determinante en su forma de ver y de sentir la montaña. El conocimiento científico de la misma parte de un intenso y metódico trabajo de campo que comprende mediciones altimétricas, el levantamiento y trazado de croquis y mapas, e indicaciones prácticas sobre los itinerarios, referidas a caminos, tiempos, distancias y dificultades. La toponimia que peculiariza esa geografía está tomada también sobre el terreno, de los lugareños, tal como especifica "El Macizo de Ubiña" (1958):

En los problemas toponímicos, de los que tantos hay planteados a lo largo y ancho de nuestras montañas, no cabe más que la indagación directa y perseverante, realizada en el terreno, en el lugar mismo, en el puerto o la majada, con múltiples visitas y sobre múltiples personas, haciendo la selección del mejor juicio para poder llegar a la realidad exacta del nombre buscado, que habrá de ser siempre el puramente conservado en la toponimia aldeana, que es la que se lega de padres a hijos en el transcurso de los años, la verdadera y única toponimia.

Del paso por las brañas y los pueblos surgen las notas culturales; numerosas fotografías documentan construcciones, aperos, indumentarias y usos tradicionales. Otra parte de su archivo fotográfico —constituido por más de 15.000 negativos de alta calidad técnica y artística— conserva la



L'Omedal desde Ligüeria, Piloña (Asturias), diciembre de 1974

fisionomía de una montaña aún poco alterada pero en acelerado proceso de cambio. La interpretación que hace Lueje de ese paisaje en evolución participa de la sensibilidad conservacionista emergente en los años 40 y 50 al calor de la Sociedad de Ciencias Aranzadi (1947), de San Sebastián, y de la Sociedad Española de Ornitología (1954), con sede en Madrid.

El material recopilado en las excursiones da lugar, en una primera fase de elaboración, a una serie de 388 "Itinerarios" (1934-1981): un cuaderno de campo comentado, avance de los artículos –"documentales", según prefiere llamarlos Lueje– que contienen el grueso de su obra sobre la Cordillera Cantábrica y los preliminares acerca de los Picos de Europa. Al principio, dichos "Itinerarios" –manuscritos en pliegos hasta 1947 y mecanografiados en cuartillas o folios a partir de 1948– son muy simples: un perfil orográfico con apuntamientos sobre las características y las incidencias de las rutas, pero pronto se enriquecen con croquis de las líneas de cumbres y de las vías de escalada utilizadas por Lueje, y con comentarios de diversa índole. Desde 1941 hasta agosto de 1945 incorporan mapas, primero de dibujo esquemático, pero con el tiempo muy acabados y, en ambos casos, de gran riqueza toponímica. Parte de los "Itinerarios" realizados durante los dos años siguientes carece de cartografía o remite a la aportada con anterioridad para una misma zona; de 1948 en adelante, Lueje se ciñe a la descripción escrita, que acompaña de forma ocasional de perfiles y croquis muy toscos, abocetados a pie de página o en hojas anexas. La serie pierde valor a partir de 1960; su continuación, hasta 1981, obedece a la rutina y se produce de forma desordenada, con raras anotaciones de interés.

El planteamiento general de los "Itinerarios" se traslada a los artículos que Lueje comienza a escribir en 1942, si bien éstos no incluyen croquis, mapas y fotografías propios hasta 1948. Las cartas geográficas del cuaderno "Picos de Europa. Macizo Occidental. Mapa topográfico excursionista" (1956) y del artículo "El Macizo de Ubiña" (1958) agregan la representación de las curvas de nivel, que se perfeccionará con sombreados en el libro "Picos de Cornión" (1968). Desde 1951, Lueje se sirve también de fotografías panorámicas y fотомontajes de alineaciones de cumbres que llevan sobreimpresa a mano la señalización de sus principales elementos, un recurso muy didáctico y de gran utilidad práctica. Ese sentido funcional es compartido por el resto de las fotografías, cuyo cometido es mostrar rasgos orográficos generales de un territorio o puntos concretos del mismo; su selección, por tanto, responde más a criterios informativos que estéticos, pese a lo cual en los artículos aparecen imágenes tan bellas como las de Santa María del Puerto (Somiedo) y el Montihuero reproducidas en "La Babia leonesa" (1955). La primera de ellas recuerda, por su equilibrio y pureza plástica, a las pinturas de "teitos" de Joaquín Vaquero Palacios. El archivo de Lueje abunda en fotografías de calidad artística, tanto de paisajes como de motivos etnográficos, quizá las más reveladoras y valiosas. Esa sensibilidad no se manifiesta sólo en sus reportajes gráficos: el arte es una manera de contemplar la naturaleza, las montañas, muy presente en su obra. De ahí la inclinación a ilustrar sus

publicaciones con óleos, acuarelas y dibujos. La mirada de Piñole sobre el paisaje y el paisanaje de la Cordillera Cantábrica y los Picos de Europa aporta ese complemento pictórico a once artículos aparecidos entre 1951 y 1961, así como al dedicado a su memoria, en 1978, y a todos los libros. La participación de otros artistas es circunstancial. Joaquín Rubio Camín, que compartió alguna excursión con Lueje, cede apuntes para tres artículos, de 1953, 1954 y 1961, y un óleo para la portada del folleto "El Macizo de Ubiña" (1989). Elías Díaz colabora con dibujos en dos textos de 1953, y Nicieza, en uno de 1961. La guía "Los Picos de Europa" (1973) muestra, además, obras de Carlos Haes, el gran pintor "piquista", quien, por cierto, fue profesor de Piñole en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando y ejerció gran influencia en su paisajismo.

### A la sombra del Vízcares (1903-1933)

La afición a la montaña prende en Lueje a edad temprana y como un hecho natural: la ve cada día, a un paso de su casa, formando parte de su mundo cotidiano. Él mismo lo explica así en su último artículo, "La llamada de la montaña" (1980):

Un muy recordado compañero de aficiones, bastante filósofo, solía afirmar que el amor a la Naturaleza y la práctica del montañismo venía responder mucho, al llevarse dentro con mayor o menor intensidad, el germen ancestral de la vida primitiva. (...) Explicándonos un poco, diremos que nos tocó por signo nuestro, creemos que por favorecido signo, el venir a la existencia en la tierra piloñesa (...) ubérrimo vergel enmarcado por cadenas y anfiteatros de soberbias montañas. De erguidas montañas cercando el horizonte por todos sus puntos, siendo su contemplación, como su admiración, lo que antes que nada se nos mete a los piloñeses por los atónitos ojos. Y en esas entrañables montañas de verdecidas faldas que rematan albas cresterías, entre las que se meció nuestra cuna y que también asistieron vigilantes nuestra infancia y mocedad, fue donde se gestó el montañismo de uno (...).

La fecha de sus primeras salidas la data otra publicación, "De nuestros años de Piloña" (1968):

Con apenas diez años cumplidos, al mando del pacientísimo Don Ulpiano Fernández, ya comenzamos a recorrer la admirable orografía que nos circunda. Salíamos muchísimos domingos, recién comidos. (...) Íbamos a Cayón, a Pandoles, a la Cuesta de Ques, a Frieria, a todos esos atalayados miradores que se encumbran sobre Infiesto y que avistan profundas lontananzas. Don Ulpiano (...) nos explicaba la geografía piloñesa, sus riquezas, sus accidentes y aconteceres.

También es en aquellas excursiones infantiles donde Mon, como llamaban a Lueje vecinos y amigos, descubre la grandeza de los Picos de Europa, según evoca continuando el mismo relato:

Recuerdo, como una impresión fortísima y temerosa, cuando desde las eminencias del dominante Bedular, nos enseñó un buen día el panorama de los Picos de Europa, que aparecían por el Oriente, resplandecientes de nieves y hielos, y terriblemente enhiestos y afilados. (...) ¡Los Picos de Cornión! ¡Los grandiosos Picos de Europa! Que si de niños nos asustaban, no mucho después, habrían de ser, de convertirse en el Paraíso terrenal de nuestras andaduras montañeras.

La semilla plantada y abonada por Don Ulpiano germinó y creció con rapidez y vigor. El entusiasmo de Mon y sus amigos por la montaña les llevó a proponerse ingresar en los Exploradores Españoles, e incluso hicieron una recaudación para sufragar las cuotas. Sin embargo, el dinero terminó consumido en una paella y aquella prometedora "falange de incipientes montañistas", disuelta. Pero Lueje perseveró, acogiéndose a la tutela de los cazadores locales. "Nosotros tenemos formado en infinidad de partidas de caza. Nos iniciamos con el grupo de Fernando y Alvarín Argüelles y Antonio Guisasola, al que asistía de guarda o montero Mento de Lagüria (sic)<sup>3</sup>, y se andaba mucho de monte, pernoctándose por él bastantes días", escribe en el citado recordatorio de 1968. Su aprendizaje subió de grado en el afamado coto de "Reres"<sup>4</sup>: "(...) allí me llevó muchos días, en sus monterías siempre fructíferas, D. José de Argüelles y Argüelles, del Orrín de Infiesto, cazador de rebecos como no hubo nunca otro mejor, y también de osos (...)", cuenta en "El Coto Nacional de Reres o Brañagallones" (1949). A pesar de lo que pueda parecer, la cinegética era sólo un pretexto para Lueje; lo aclara el artículo "De nuestros años de Piloña" (1968):

Yo, si bien me armaba de buena escopeta, incluso de rifle –había avanzado, puesto que a la pesca iba sin caña–, jamás tiraba un tiro. Siempre estuve falto de ilusión, de afición, pero como la sentía apasionada a disfrutar del campo, a vivir la prodigiosa naturaleza de Piloña, en todo momento me encontraba propicio y entusiasmado para unirme a las excursiones de los amigos cazadores.

Aquellas jornadas proporcionaron a Lueje un profundo conocimiento de los cordales y las cumbres que habían arropado su niñez. "Se cazaba por todos los montes que nos cercan, mas el escenario preferido lo teníamos centrado en "Les Vírgenes" –de topónimo oficial, la Sierra de Aves–, poderoso macizo que subíamos y bajábamos, cruzábamos y recruzábamos, sin duelo alguno. Teniendo nuestras bases, corrientemente por la Quintana Barovena, por la Vega Llivis, La Estaca, por Miera y Degoes. Aquí, en la cabaña del buen Carús, el de la Arquera, marido de Concia, la antigua samartinera. Por todos esos agrios sitios padecimos cansancios y fríos sin cuenta, y también hambres". Parte imborrable de tales vivencias fue el encuentro con dos criaturas legendarias: el oso, al que sorprendió "un día, andando por los escarpes de la Culebrina", cuando el animal les estaba "mirando tranquilo

3. Errata. El topónimo correcto es Ligüeria.

4. El topónimo correcto es Redes, probablemente derivado de la costumbre de cazar con trampas de empalizada (redes, según una acepción antigua del término). Un error tipográfico en la Orden Ministerial de declaración del Coto Nacional de Caza, el 4 de septiembre de 1943, motivó que durante décadas se dijera y se escribiera Reres.

por la próxima Collada de Traslafuente", y el lobo, que les rondó mientras dormían en la cabaña de Cureño: *"Noche sonada de vela interminable calados y ateridos sin poder hacer fuego y sintiendo fuera, incesante, el aullido de los lobos que merodeaban (...)"*.

El escrito "De la alta Piloña" (1975), que vuelve la vista a los años de mocedad de Lueje, da cuenta de su primera escalada al pico Vízcares, *"viejo y noble amigo de la infancia y de siempre a cuyas aéreas alturas supimos llegar muchos venturosos días, en muchos años, ya desde 1920"*. Dos meses más tarde, "La Alta Piloña" (1975), de contenido similar, repite la referencia a ese suceso, pero varía su fecha: 1922. Dado que no se aportan más datos, es difícil discernir si fue a los 17 o a los 19 años cuando Lueje alcanzó los 1.419 metros del "techo" piloñés. Por los "Itinerarios" sabemos de sus visitas al Vízcares en el segundo año. *"Tengo el recuerdo de este macizo cuando en febrero de 1922 lo atravesé casi por su cima, cazando con Antonio Ruisanta y los monteros; en el atardecer y sobre el horizonte había una circunferencia completa por encima de la Cordillera, y a una misma altura del suelo, fija de colorido, que me impresionó fuertemente"*, recoge en el comentario a una excursión de dos días por la zona, en junio de 1941. El texto menciona una segunda ascensión en 1922, *"desde Miera, donde pasábamos unos días de verano varios amigos de Infiesto"*, y otra *"a los tres o cuatro años, en invierno, cazando en Llanoriu"*, cuando, gracias a *"una formidable visibilidad, pude ver El Musel, de Gijón"*.

Por la misma época en que Lueje alcanza por tercera vez la cima mítica de su niñez, el centro de gravedad de su mundo se desplaza de Infiesto a Gijón. Lueje estaba acostumbrado a la distancia y al reencuentro intermitente con su pueblo ya desde el Bachillerato, que concluyó en Soria, donde su padre desempeñaba en aquel momento el cargo de gobernador civil. Esa situación se mantuvo durante su etapa universitaria en Oviedo hasta que, dos años después de licenciarse en Derecho, ingresa en el cuerpo de Inspectores Técnicos del Timbre, el 21 de febrero de 1924, y es destinado a Badajoz. Allí pasa casi un año, tras el cual se traslada a La Coruña por unos meses. Luego, regresa a Asturias, en principio a Oviedo, si bien no tarda en obtener destino definitivo en Gijón, donde ejerció hasta su jubilación, el 30 de junio de 1973. Sus virtudes profesionales le hicieron acreedor a las órdenes del Mérito Civil, en 1968, y de Isabel la Católica, en 1975.

La incorporación de Lueje a la vida gijonesa le aleja de Infiesto, aunque en un primer momento alterna su residencia en la ciudad, en la fonda del restaurante "Mercedes", con las estancias en la casa materna; el trabajo le separa también de las montañas, pero al mismo tiempo fortalece su pasión hacia ellas a través de su vínculo con la Sección de Montaña del Grupo Cultura Covadonga, a la cual perteneció hasta su disolución y en cuyo seno hizo amigos como Pío Canga y Dionisio de la Huerta, artífice del Descenso Internacional del Sella. Las primeras tarjetas que Lueje deposita en los buzones de cumbres de la cordillera llevan el membrete del Grupo. Su matrimonio con María Asunción Córdoba ("Manolita"), en 1933, le arraiga de forma definitiva en Gijón. Su hija Isabel nace aquí.

Al tiempo que se hace como montañero en los cordales de Piloña, Lueje cultiva una viva afición por el fútbol. Su adolescencia coincide con la época de introducción del balompié en Infiesto y, como tantos otros chavales de su edad, se vuelca en el nuevo deporte, que no tarda en convertirse en un fenómeno social y en motivo de rivalidad entre poblaciones vecinas. Sus colores son los de la Sociedad Deportiva Piloñesa (1917), en la cual ingresa como jugador y de la que pronto llega a ser directivo y presidente. *"Tenía una tendencia innata a organizar"*, manifiesta su hijo. Pero la Deportiva Piloñesa era mucho más que el equipo de fútbol local; entre otras cosas, se encargaba de las renombradas fiestas en honor de Nuestra Señora de la Cueva, custodiada en el santuario de la parroquia de Ques. También en eso toma Lueje la iniciativa y el mando. Además, funda la revista "Deportiva", cuyo primer número se imprimió el 8 de septiembre de 1928. Lueje escribe los editoriales y artículos deportivos de opinión que firma bajo el seudónimo "Vízcares", homenaje a la cumbre culminante de Piloña. Ese sobrenombre lo utilizará después, hasta 1958, en parte de sus artículos montañeros.

La mano y la mentalidad de Lueje se traslucen en el saludo de "Deportiva" a los lectores en su número de presentación: *"Un periódico es una trinchera donde unos hombres de buena voluntad luchan por un ideal, combaten en pro de una aspiración noble y honrada. Unos amigos, unidos espiritualmente por el vínculo del deporte (...)".* La idea de la nobleza vuelve a ser el tema de su artículo en la segunda entrega de la publicación. Sus restantes colaboraciones, hasta 1935, se refieren a la propia Sociedad Deportiva Piloñesa: Lueje la anima en momentos de crisis, destaca su papel principal en los festejos locales y encarece, en fin, su condición de patrimonio social del municipio.

Con el cambio de residencia a Gijón, Lueje se convierte en seguidor del Sporting. Tenía uno de los primeros carnés de socio y perteneció a varias directivas del equipo. *"Desde los 22 años mi padre trabajaba en la Inspección; estaba bien pagado y tenía libertad y tiempo para expansionarse en estas cuestiones"*, comenta Pedro Lueje, quien recuerda que *"a los 50 años, más o menos, dejó de ir a los partidos. Pero se mantuvo muy vinculado al deporte"*. Aparte de futbolista y montañero, Lueje fue corredor de fondo.

Antes de la guerra civil, Lueje también andaba metido en política. Simpatizaba con el liberalismo reformista de Melquiades Álvarez, muy allegado a su padre, e incluso fue compromisario de su partido. El fusilamiento de aquél, en agosto de 1936, le conmocionó; sin tiempo para recuperarse, en septiembre del mismo año sufrió otra pérdida más cercana y sentida, la de su hermano mayor Pedro, también fusilado. Tras esos episodios, Lueje nunca volvió a tener inquietudes políticas.

Lario, segunda población del municipio leonés de Burón, al pie del Mampodre, es el escenario de las primeras excursiones científicas de Lueje y uno de los puntos cardinales de su experiencia de la montaña. *"Se estaba iniciando en el montañismo, ampliando horizontes, y aquello le impactó mucho"*, valora Pedro Lueje, quien vincula las estancias vacacionales de la familia en dicha localidad, desde 1934, a la relación de su padre con las partidas de caza de Infiesto, que frecuentaban la comarca. Un núcleo de veraneantes piloñeses se afincó en el pueblo a principios de los años 30.

La interferencia de la guerra civil consolida su apego a la zona. La familia Lueje se encontraba de vacaciones en Lario cuando estalló el conflicto, en julio de 1936 (los "Itinerarios" recogen una excursión a Peña Ten el día 17, la víspera del alzamiento), y, a la vista de la situación, decidieron quedarse, alojados en la fonda de Lupercio Rodríguez. *"Debimos estar allí hasta mediados del 37"*, comenta Pedro Lueje, nacido en Lario en octubre del 36. *"De Lario nos fuimos a León, y hacia octubre o noviembre regresamos a Gijón"*. Durante ese tiempo, y hasta el final de la guerra, José Ramón Lueje combatió en el frente. Se alistó el 31 de Julio de 1936 como voluntario de la Milicias de Falange Española y de las Jons, y se incorpora a filas en León, de donde pasó a Oviedo y, en Agosto de 1937 a Valladolid. Aquí realizó un curso para obtener la graduación de oficial del Estado Mayor. El resto de la campaña lo hizo con el rango de teniente auxiliar, asignado a la División 82 entre el 1 de Noviembre de 1937 y el 22 de Abril de 1939. Recibió varias condecoraciones militares.

Una vez finalizada la guerra civil, los Lueje recuperaron los veraneos en Lario. *"Estábamos allí tres o cuatro meses, y no sólo el núcleo familiar, sino también primos, tíos, abuelos..."*, rememora Pedro Lueje. *"La gente del pueblo todavía recuerda a mi padre, a pesar de que los mayores ya desaparecieron casi todos. Era muy cordial y hacía buenas migas con la gente sencilla. Le gustaba charlar con ellos"*. Como prueba y reforzamiento de esa memoria viva, en agosto de 2001 se organizó en las escuelas de Lario, con gran éxito de público, la exposición "Lueje, en Lario. El testimonio histórico de un gran montañero apasionado por la fotografía (1936-1946)", compuesta por 62 imágenes de Lueje sobre las gentes y los paisajes de la comarca.

Las salidas a la montaña que Lueje realiza durante su primera temporada en Lario abren la serie de "Itinerarios" que da cuenta de su labor de investigación geográfica. Esta fuente inédita constituye la base documental de los artículos y de los libros, con los que, en ocasiones, establece una correspondencia expresa a través de la fecha de las rutas, o deducible del trabajo de campo intensivo sobre un territorio dado. Los "Itinerarios" se reparten en dos épocas, diferenciadas por la presencia -hasta 1947- o ausencia -de 1948 en adelante- de croquis, perfiles y mapas. El primer conjunto, que consta de 144 manuscritos, está centrado en el reconocimiento de los Picos de Europa, el tramo más oriental del Macizo Asturiano (Ponga, Mampodre, Espigüete) y las montañas de

## Cabronero y Cruz de Priena.

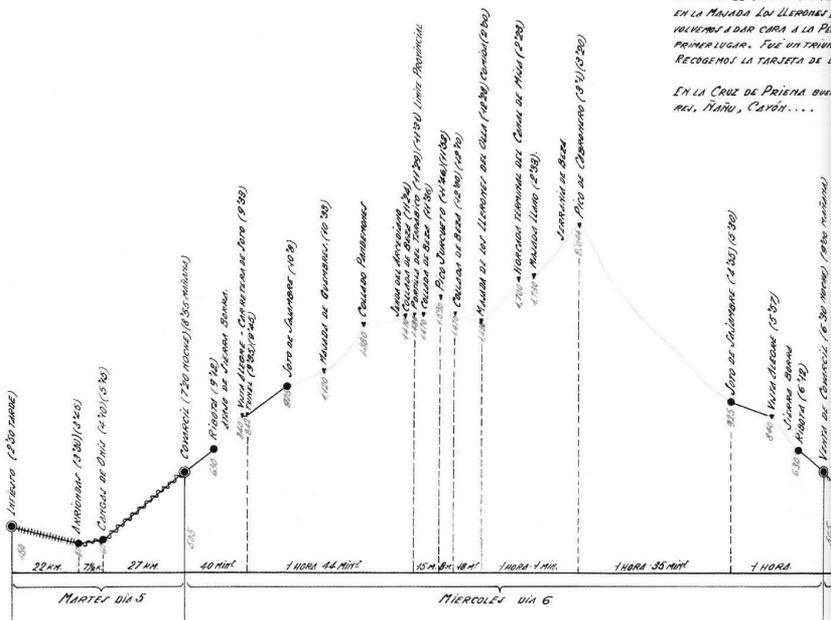
Días 5, 6 y 7 de Diciembre de  
1944

José Ramon Lueje. ~

(Con Adolfo Foga Coballes y Juan Luis R. Cortaño)

### Signos Convencionales:

- Lugar de pernoctaje.
  - Pueblo.
  - ▼ Lugar o Punto de montaña.
  - ==== Recorrido en Ferrocarril.
  - ~ Idem en Automóvil.
  - Idem a pie por Carretera.
  - Idem id. por Camino ó Sendero.
- Numaración vertical = Indicación altimétrica.  
Idem horizontal = Distancias y Tiempos.

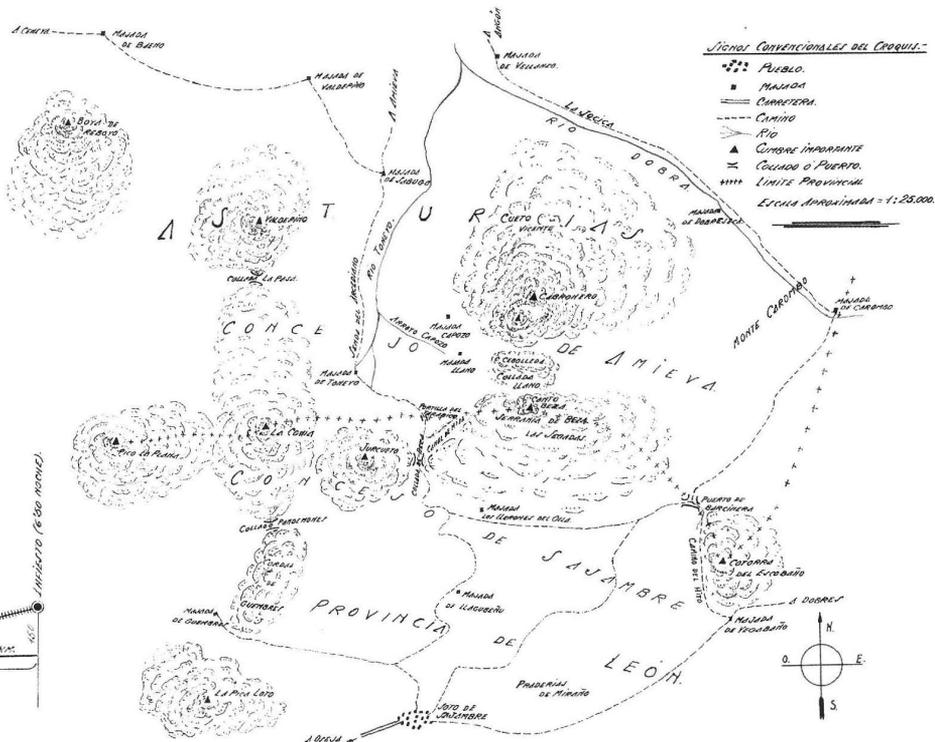
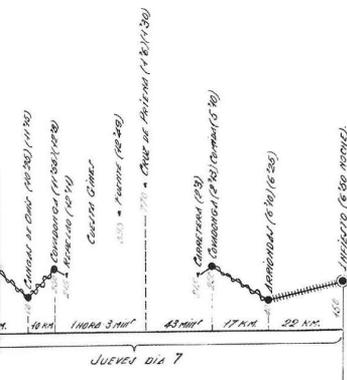


Piloña, con aproximaciones al resto de la cordillera al este de Ubiña y a los cordales interiores y las sierras prelitorales. El segundo bloque, formado por 244 originales, amplía su ámbito al Occidente, revisa y completa la información sobre los lugares ya explorados, y estudia con detalle el nudo central de la cordillera: Somiedo, Teverga, Babia y, en menor medida, Quirós son objeto de visitas sistemáticas en 1952; Lena, Aller, La Tercia y La Mediana, en 1955, y el macizo de Ubiña, en 1957 y el primer trimestre de 1958. En los tres casos, a esa actividad le sucede la escritura de sendos artículos: "Del Puerto de Ventana al de Somiedo" (1953), "Del Puerto de Piedrafita al de Pajares" (1956) y "El Macizo de Ubiña" (1958). Asimismo, las cuatro expediciones realizadas por Lueje en 1953 al occidente de Somiedo y a Cangas del Narcea dan pie al reportaje "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954); una jornada estival en los puertos de Contorgán, en 1955, prepara "Los puertos de Contorgán y el desfiladero de los Arrudos" (1956), y tres recorridos por el Monte Llaímo y su entorno, en el primer semestre de 1957, anticipan "El Picu la Collá Cuchu" (1958).

La secuencia de los "Itinerarios" comienza en 1934, aunque la guerra civil la interrumpe en julio de 1936 por espacio de tres años. La dedicación de Lueje a la montaña durante esa etapa es escasa y se restringe a los meses de junio, julio y agosto, con Lario e Infiesto como puntos de partida alternativos, el primero para las rutas por Mampodre y Ponga, y el segundo, para las dirigidas a los montes de Piloña; las excursiones a los Picos de Europa, las más frecuentes, salen de ambas poblaciones por igual. Algunas travesías cubren largos trayectos; la más extensa se desarrolla entre Poncebos (Cabrales) y Sellaño (Ponga), atravesando el Cares, subiendo al puerto del Pontón, cruzando a Lario por Retuerto

...VERO ILICUM, IN DIE DE TEMPORAL MUY DURA Y EN LA...  
 ...ON, QUE LUEGO SACAMOS EN LA TARDE, ACOMPA...  
 ...DORO GARCIA GARCIA A QUIEN ENCONTRAMOS EN...  
 ...TODOS VERA BAJA A LUNARONES A JOTO Y HAYOTRO...  
 ...ACORDO EL BUZON DE LA CUMBRE DELICADO EN...  
 ...LA FORMA DE LOS ELEMENTOS...  
 ...BERA, DE GIRON.

...CION; DOMINO MIS COMARCA PICOÑAS, LAS VIERC...



(León) y penetrando en Ponga por el puerto de Ventaniella. Este paso de los Picos a Lario lo utilizaría con mucha frecuencia. El archivo fotográfico de Lueje también se inaugura en estos años, en concreto con dos imágenes de la Foz de Moñacos y otra de Pandemules tomadas el 9 de julio de 1936.

Las explicaciones de estos "Itinerarios" son muy escuetas y, en general, se reducen a una descripción del camino acompañada por tablas de tiempos e ilustrada con perfiles orográficos. Las notas de la subida al Pico del Convento, en Mampodre, en el verano de 1934, identifican el carácter de verdadera exploración que tenía entonces, y aún décadas después, el montañismo cantábrico: "Hicimos el presente recorrido en absoluta ignorancia del terreno. Al bajar del Convento para atravesar a la collada, nos vimos comprometidos en mala tierra". Otra salida de ese mismo año da cuenta de la primera llegada de Lueje a la que sería su cumbre predilecta: "(...) Don Pepito Argüelles me habló de Ten y de él aprendí aquello de "Ten y Pileñes, buen par de peñes, Ten para cabres y Pileñes para ovelles (sic)", y en nuestras cacerías por Caso, en Brañagallones, la vista de Ten me atraía, su excursión me ilusionaba y hoy dominé Ten". El 17 de julio de 1936 volvería a coronarla. Entre medias, en julio de 1935, conoce los Picos de Europa; de aquellos días conserva "la impresión de Jou Santo aplastante" y el sabor de una derrota: "Con Fernando (Argüelles) fracasé en la escalada a Peña Santa de Enol". El último "Itinerario" de este grupo, localizado en Piloña y fechado entre el 9 y el 11 de julio de 1936, se hace eco de la guerra civil —que en esas fechas aún no ha estallado—, al referir el encuentro con unos "grandes amigos": José de Argüelles, Juan José Rui-Díaz, el notario

Montas, el capitán Loma y Gabriel Andrade, desde el lamento de su pérdida; "(...) ellos y Martín (Bea), pocos días después, me dejaban solo, cayeron mártires de Dios y de España. (...)".

Lueje retoma los "Itinerarios" en agosto de 1939 sin variar ni su frecuencia ni su distribución estacional, aunque ya en 1941 extiende las rutas a la primavera y en 1942 aprovecha la Semana Santa para hacer una travesía interprovincial, una experiencia que se convierte en costumbre, casi en tradición (la de 1951 pasa por Cantabria, Burgos, Vizcaya y Álava, con visitas a los valles cántabros de Nansa, Cabuérniga y Saja, así como al burgalés de Losa, y ascensiones a los picos Iturrigorri y Cruz de Gorbea). También de 1942 datan sus primeras invernales, por los montes de Piloña. Su aplicación crece con rapidez, y en 1943 y 1944 lleva a cabo 21 y 22 excursiones, respectivamente, en las que invierte un total de 65 y 66 días; se reparten a lo largo del año, pero muy pocas tienen lugar al final del otoño y en invierno. Esa pauta se mantiene, con variaciones irrelevantes, hasta 1957. Los problemas de artrosis comienzan a apartarle de las grandes cumbres en 1954 —si bien en julio de 1955 corona Torre Cerrredo "en cabeza" de una colectiva y en septiembre de 1957 sube al Llambrión— y condicionan en lo sucesivo su actividad montañera; de ahí que en 1958 el número de salidas se reduzca a cinco y que sólo efectúe una en 1959. Es un impedimento que Lueje acepta con profundo pesar, tal como expresan las notas de dos "Itinerarios" de 1960 que discurren por los alrededores del lago La Ercina: "*Gran día. Después de tantos meses he hecho una EXCURSIÓN*", apunta en el primero, del 28 de agosto. Un mes más tarde, el 25 de septiembre, se interroga: "*¿Podré volver a ser montañero de cumbres? No lo puedo creer. Que Dios disponga lo que sea mejor*". A la vuelta de dos semanas reúne el ánimo suficiente para ir a Vegabaño, "*subiendo despacio*", pero en los años siguientes el avance de la patología acentúa su pesimismo. "*A nosotros, con las pobres piernas averiadas, ya nos sobran, desgraciadamente, la mayoría de esas cumbres. Ya no estamos para esos premios, (...)*", lamenta en "Las montañas ponguetas" (1962). En términos similares se manifiesta en "Del pasado montañero" (1976), movido por la añoranza del macizo de Ubiña: "*(...) por la carga inexorable de la vejez, como asimismo por los agudos males de las piernas, ya han pasado bastantes años, de veinte para arriba, que hube de abandonar esos horizontes y paisajes del alma*". Su cuaderno suma escasas páginas en las décadas de los 60 y los 70: el año 1961 pasa en blanco, y esta situación se repite entre 1964, inclusive, y 1972, así como en 1973, 1976, 1978 y 1979; para el resto de este período la media es de una o dos rutas anuales, siempre por trazados que evitan las fuertes pendientes y las escabrosidades, y la mayoría de ellas por los Picos de Europa, Caso y Piloña, parte de sus territorios más queridos. Por fin, en 1973, a los pocos días de jubilarse y con 70 años recién cumplidos, Lueje se opera de la artrosis; ya es tarde, mas aún le quedan fuerzas para una simbólica despedida, en 1977 —el "Itinerario" no precisa el mes, en apariencia por descuido—, cuyo destino es el Miravalles, el "*pico del adiós de la cordillera*", como él lo bautizó. Lueje llega en todo terreno hasta el puerto de Cienfuegos, para seguir a pie por la cresta del cordal que, con un suave desnivel de 283 metros, conduce a la cima.



*"Resultó como un bendito sueño, el que uno, con 74 años, 84 kilos y prótesis de cadera, pudiera realizar ese gran hito del Miravalles. Una meta ilusionada que pone digno colofón a mi campaña de toda la vida de apasionado "cantabrista". ¡Increíble, pero el cielo todo lo puede!",* anota. Allí, en efecto, se acabó la montaña para él. Con posterioridad a esa salida constan otras dos, en 1980 y en 1981, pero no son más que simples paseos por la carretera.

El contenido informativo de estas crónicas montaÑeras comprende incidencias de tipo meteorológico o debidas a las dificultades del terreno, encuentros con animales, observaciones etnográficas y folklóricas, disquisiciones toponímicas y anécdotas varias. El "Itinerario" referido a la primera subida al Espigüete, base de un artículo aparecido en el boletín "Vetusta" en diciembre de 1944, ofrece la única muestra del estilo literario que Lueje desarrollará en sus publicaciones:

(...) Llegamos al nevero de Peña Prieta (...) y después pronto el alto de Peña Prieta. Son varias cumbres de piedra suelta, grande y rocosa y parda, y sobre su vertiente de Santander hay varias lagunas de color azul fuerte. Comenzamos a bajar por la vertiente sur. Nos metemos en malos pasos, rectificamos pronto y llegamos a la fuente donde vamos a hacer la comida; aquella agua es hielo puro, y en un día y en una hora de sol mortificante; después una laguna y enseguida el lago o Pozo de las Lomas, grande y bonito. Se ven al fondo de un valle estrecho las tierras de pan de un pueblo; bajamos mucho y es Cardaño de Arriba (Palencia). Atravesamos Cardaño, asustando a su gente y caminando hacia Espigüete. Marchamos por una cañada tapizada de verdísimo césped; al caer de la tarde llegamos al chozo de Merinas de Espigüete, donde vamos a hacer noche. Estamos delante del chozo descansando de la ruda jornada, anochece y aquel crepúsculo es un poema de hermosura grandiosa; una calma absoluta, un silencio agosto. Las merinas que se reúnen junto al redil, los mastines enormes y vigilantes. Todo es quietud, todo es belleza. A lo lejos, en el horizonte por Curavacas, un fuego de majada de pastores lanza al cielo resplandores rojos; nada se mueve, en aquellas alturas, (...) Todo es armonía y sublime belleza, un silencio tan intenso que parece sentirse (...).

Al lado de este Lueje lírico y sentimental, aparece, en otro "Itinerario", el narrador épico de la lucha del hombre contra los elementos: *"El día 19 (de abril de 1946) corrimos una verdadera aventura de montaña. Contra un furioso temporal de nieve, viento y niebla, se quiso a todo evento el pasar por Robadorio a Pineda y ganar el valle de Pernía, para luego seguir a Reinosá; menospreciamos a la brava Peña Prieta y perdidos en la niebla por entre sus imponentes tajos, descolgándonos por pavorosos neveros, azotados por la ventisca y cubiertos de hielo, la Santa de Covadonga –"Domina Montium"– nos quiso guiar hacia la quebrada del Castrejón por donde pudimos salir a Ledantes. (...)".*

Una tercera anotación, a propósito de una salida por los Picos de Europa con campamento en Ario y ascensiones a las cumbres circundantes, da a entender sus fuertes sentimientos regionalistas. *"¿Y verdad, Pío –interpela a su amigo Pío Canga–, que también es digno de apuntarse en estas acotaciones, la "tonada" que escuchamos en la Collada Valles, bajando para Covadonga? Aquella canción que subía del hondo de la majada, entre la niebla, era la voz de nuestra tierra verde y húmeda de los valles inmarcesibles y bravías montañas de nuestras rutas: era el hablar del paisaje incomparable".*

Fuera de esos tres, los comentarios se atienen a la economía y a la improvisación de un cuaderno de campo, sin más adorno que las impresiones inmediatas ante ciertos paisajes o escenas. *"El día 29 me enfrenté, por primera vez, con "el Picu", inaccesible me pareció y atemorizador; solamente su vista sobrecoge y perturba",* escribe Lueje en junio de 1940, tras su primer acercamiento al Urriellu o Naranjo de Bulnes, que conquistará dos años después. El 1 de febrero de 1948 vive un *"portentoso día de cumbre, que desde esta tan mía y piloñesa de Las Vízcares, gocé plenamente, como nunca, y sentí el amor a la montaña en la pura emoción estética".*

Ese mismo año, en noviembre, contempla desde la cima de la Peña del Viento un hayedo de Redes *"rojizo, como un gran volcán ¡el bosque en llamas!"*; y en julio de 1952 se ensimisma en La Riera (Somiedo) con *"el trigo verde que se mueve con el ritmo de una orquesta".*

La descripción de las vías de escalada a diferentes cumbres ocupa buena parte de estos escritos. Es un fragmento de la historia del alpinismo asturiano. *"Hemos acometido la escalada a Peña Santa por su cara NO, primero subiendo por unas llambrias, de las que pasamos a su gran grieta que asciende recta y profunda, y por ella continuamos hasta que se termina en la arista superior de la Peña, dando vista a Collado Vega Huerta, pero allí, cuando faltaban escasos metros para la cumbre, no se puede pasar adelante por estar cortada con precipicio infranqueable la arista de la cumbre. Son falsas por lo mismo las narraciones de Peñalara, de Boada, al dar ruta por allí; es necesario salir con anticipación de la gran grieta para la izquierda y por allí alcanzar la cumbre. Nosotros ya no disponíamos de tiempo para rectificar la ruta".* Este relato, de agosto de 1940, tiene continuación y enmienda justo dos años después, cuando Lueje logra, por fin, vencer a la "Peña Santa de Caín"<sup>5</sup>. *"La subida a Peña Santa fue siguiendo la grieta de la intentona de 1940 (...). La subida fue muy despacio y con muchas paradas; ya íbamos a desistir cuando Gavito encontró la ruta. Tengo que rectificar lo que afirmaba*

5. El topónimo correcto es Peña Santa. El apelativo "de Caín" se utiliza para distinguir a esta cumbre de la Peña Santa de Enol, denominación falseada que Saint-Saud (1893) adjudicó a la Torre de Santa María y que Lueje no rectifica hasta "La vega y las torres de Ario" (1954).

6. El topónimo correcto es Peña Santa. El apelativo "de Castilla" se utiliza para distinguir a esta cumbre de la Peña Santa de Enol, denominación falseada que Saint-Saud (1893) adjudicó a la Torre de Santa María y que Lueje no rectificó hasta "La vega y las torres de Ario" (1954).

en 1940; esta grieta no es la que hablan los Peñalaros y no es la que forma la gran muesca que se ve desde Vega Huerta". En 1945 ya trata a esta montaña como a una vieja conocida. "*La escalada a Peña Santa de Castilla*<sup>6</sup> la hacemos por el canalizo de siempre y el paso al otro canalizo lo damos muy poco después de pasada la Cueva; bajamos por el canalizo de la izquierda". Volvería a coronarla en 1946 y en 1954.

El escaso conocimiento del terreno afecta al conjunto de la orografía. "*Las Peñas de Orniz no pude concretar si eran los Picos Albos, o estos eran otros que señala el mapa cincuenta mil por terrenos de la Torre*", apunta Lueje en una excursión de Semana Santa por Somiedo, en 1949. Frente a esa incertidumbre, el croquis que ilustra el itinerario "Picos de Europa. Macizo central", de julio de 1944, representa las horcadas de Tiro de las Llastrias y Tiro Callejo, omitidas por Boada en su mapa de 1935. Son dos extremos que definen la naturaleza de la labor geográfica de Lueje: resolver dudas y cubrir lagunas. Como prueba del rigor científico con el que ejerce ese cometido y de su constancia en el estudio de las montañas, su último "Itinerario", del 26 de marzo de 1981, revisa con espíritu crítico su interpretación de la red hidrográfica de Ubiña en la vertiente a Lindes (Quirós): "*El Río Cortes, brota pegado a la carretera, como un gran torrente, y nace allí mismo. Está mal, por ello en mi Mapa lo del Río Buseca, que lo hago bajar de las Colladiellas de Rueda. Primero está ese río Cortes, y un poco más adelante, el Busecu, que tiene que ser como un reguerón o así*", puntualiza.

Lueje arrostra las dificultades propias de la exploración de la montaña, pero, en ocasiones, la falta de compañía le hace flaquear. "(...) *hubo momentos que sentí (...) angustias de soledad*", confiesa tras una subida al pico Gildar en julio de 1940. Esa misma congoja se apodera de él en la ascensión que realiza en septiembre de 1942 al Pico La Cruz, en Mampodre: "(...) *me entró temor de ponerme malo, y es que la soledad en la montaña es muy fuerte: impone demasiado la naturaleza*". Más elocuente aún resulta su testimonio de un accidentado recorrido por la Garganta del Cares en agosto de 1941:

La excursión fue en completo solitario, en su totalidad, y al encontrarme en El Pando, bajando a Caín, sufrí un fortísimo ataque de lumbago, quedando medio imposibilitado, hasta el punto de no poder valerme para hacer el cambio de las botas por las corizas, pasando por lo mismo toda la Garganta con clavos; con síntomas de fiebre, inútil y en absoluta soledad. La formidable grandeza de esta naturaleza tan fuerte, me anonada, sufriendo serios peligros de vértigo que parecía llamarme desde los abismos del Cares; media ruta la hice en rezo. He tenido verdaderos sitios de mucho compromiso, el paso del túnel sin luz, la subida de Culiembre (sic)<sup>7</sup> y otros donde el triunfo me pareció de milagro. Pasé mucha soledad ante una naturaleza tan brava.

7. Errata. El topónimo correcto es Culiembro.

Esos malos ratos forman parte de la vivencia de la montaña; hay otros, sin embargo, determinados por circunstancias en todo ajenas al pulso entre el hombre y la naturaleza. "*Triste la llegada al Muenigu. Ante aquellas ruinas en sitio donde había tan buenos recuerdos: era mi primera llegada después de julio de 1936*". El fantasma de la guerra y el clima enrarecido

José Ramón Lueje, Cristino Mori, Eduardo Vigil y Daniel Hevia, trasladando los restos de D. Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, hasta el mirador de Ordiales, donde recibieron sepultura. Agosto de 1949



de la posguerra afloran en otros dos comentarios, ambos de 1947. El más significativo refiere una excursión al Mofrecho en el mes de noviembre; cuenta Lueje que *"a la salida del pueblo de Labra tuvimos un incidente peligroso con la Guardia Civil que pistolas montadas nos registraron. En el pueblo de Igena nos tomaron por huidos del monte y nos costó trabajo convencer a aquella buena gente"*.

La clave autobiográfica también da entrada a la historia del montañismo, a modo de anecdótico. El "Itinerario" titulado "El Mirador de Ordiales", del 18 de septiembre de 1949, documenta el traslado de los restos de Pedro Pidal a dicho lugar y la ceremonia que acompañó al acto, iniciada con una misa en la Vega de Enol, *"emocionante con el marco de la Peña Santa"*, en la que su hijo Pedro *"lleva hasta el altar la corona de Torrecerredo. (...) Luego de la misa —continúa el relato— se sigue en camión hasta la Vega del Huerto, desde allí ya a pie (...) Yo llevé los restos del Marqués por Canraso hasta cerca de La Rondiella. En Ordiales (1.730 m) muy emocionante cuando le dimos a Alejandro Pidal la mano los montañeros que yo le presentaba. (...) Una efeméride como la del Naranjo"*, concluye Lueje. El 1 de agosto de 1954 acude al homenaje a Julián Delgado Úbeda en la Vega de Enol, coincidiendo con la Fiesta del Pastor, y el 18 de septiembre de 1955 asiste a la inauguración de la cruz que señala el pico Pienzu, en el Puerto de Sueve, colocada por los hermanos Victorero de Lastres (Colunga).

La toponimia aparece tratada con cierta amplitud. Algunas notas ponen de relieve las carencias, como la cita de dos *"picos sin nombre"* en una salida por Piloña en marzo de 1942. Otras indican la multiplicidad nominal de determinados accidentes, como La Gamonal riosana que *"los pastores de Quirós llaman El Trapón"* (octubre de 1943), el Pico Verdes piloñés que *"por la parte de Nava"* conocen como Pico Casielles (diciembre de 1944), y el Tiatorδος casín que los vecinos de Sobrefoz (Ponga) designan como Peña La Fresneda (mayo de 1949). También se ocupa Lueje de las adulteraciones, que clarifica para varias cumbres del Cornión, cotejando su topónimo tradicional con el acuñado por Delgado Úbeda (junio de 1946). La etimología queda relegada a un

segundo plano y a una función testimonial, de mera recopilación. Así, recoge Lueje la lectura que los cazadores de Infiesto que acuden a cazar a Lario hacen de Mampodre como derivado de "manos cortadas" (septiembre de 1945), y la que sugiere el acervo popular para Genestoso (Cangas del Narcea), "*que (...) viene de Siniesta (o Xeniesta) que es la escoba*" (septiembre de 1953). La propia lengua asturiana es motivo de estudio, en particular los términos alusivos a elementos paisajísticos o culturales de la montaña; por ejemplo "*los de "Morteras" aplicado a un pastizal y el de "Mallaos" por majadas*" que escucha en junio de 1946 en la sierra del Aramo, y los sinónimos "maeda" y "garma" con que denominan en Sobrefoz —donde origina el topónimo Maeda de Bargoli— y en el Cornión, respectivamente, a la "mala tierra" (agosto de 1953).

El interés de Lueje por la cultura popular se hace patente en muchas anotaciones. Las hay anecdóticas, como la mención del baile "Al son de arriba" y del juego del "pasabola" que conoce en Leitariegos en junio de 1944; otras muestran mayor curiosidad, como las referidas a las costumbres trashumantes de los vaqueiros de Santa María del Puerto (Somiedo), "*un pueblo de alzada*", que "*por el invierno se retiran a valles bajos de Belmonte y Salas*". El contacto y la convivencia con los montañeses pone a su alcance la tradición oral. Juan Piélagos, un antiguo rabadán de merinas de Cardaño (Palencia), le relata una leyenda sobre el voto que obliga a los vecinos de Portilla de la Reina (León) a ofrecer cera y dinero a San Lorenzo, patrón de la localidad palentina, en la víspera de su festividad. Así lo transmite Lueje:

Viene el voto a que en una ocasión los de Portilla que tenían camino de carro para pasar a Cardaño y Castilla abajo por el valle de Lechada, regresaban con unos carros de harina tirados por bueyes y próximo a la charca de San Lorenzo, una tempestad de nieve les impide seguir y allí dejan los carros, y en ellos una niña de pocos años, y los hombres siguieron hasta un caserío y ermita que tenía patrono a San Andrés (hoy ya está derruida pero se ven restos). Ya en el valle de Lechada y estando allí, sintieron ruido de carros en aquel patio y se encontraron con los suyos y con la niña salva, quien decía (y esto lo dicen en verso los vecinos de Cardaño) que una señora se le presentó (la Virgen) y que dos hombres a los que ella llamaba Lorenzo y Andrés (los dos santos) guiaban y arrancaron el carro.

De otros lugareños recoge dichos en los que se vuelca la sabiduría tradicional sobre la vida en la montaña. Los venteros de Los Collaínos, en el puerto de San Isidro (Aller), le enseñan en octubre de 1944 el que advierte: "*Cuando el abedul rincha y el Pico Torres brama, mariniegos (forasteros) y marigüelos (indígenas) ya podeis marchar de braña*". A su vez, los vecinos de Soto de Sajambre (León) le comunican uno sobre el lobo: "*Para Santa Cruz de mayo, la loba parida y el monte presllao*" (mayo de 1950), y le recitan una copla acerca del oso: "*Adiós cueva de Carombo, / árboles de Cuesta Fría, / donde quiso matar el oso, / a Abelardo y a Lucía. / Adiós Fresco Llaviñero, / la temprana Dobreseca, / donde patea el oso, / desde allí a Piedra Guiguera*" (marzo de 1948).

Al lado de ese testigo de la tradición, Lueje ofrece datos del cambio que experimentan las comunidades rurales ante su incorporación gradual a la sociedad moderna. Es muy significativa la referencia a la llegada del agua corriente al pueblo leonés de Barniedo de la Reina, en septiembre de 1950. Cuando él lo visita, el día 11, "(...) *había fiesta que duraba del día anterior que se celebró la traída de aguas a todas las casas del pueblo; ese día habían comido juntos todos los habitantes de la aldea (...) además de las más altas autoridades de la provincia; pagaba todo un Mejicano de Barniedo. (...)*".

La montaña que describen los "Itinerarios" se compone de peñas y de hombres; sólo de forma esporádica se encuentran en las narraciones indicios del paisaje vegetal y de la fauna, una desatención que se repite en los artículos y en los libros de Lueje, y que está generalizada entre los montañeros. Las únicas menciones a la vegetación conciernen a los bosques, y son siempre comentarios tan simples como el que le dedica al hayedo de Peloño la primera vez que se interna en él, en septiembre de 1942: "*El monte Peloño es extensísimo y sus árboles altos y derechos. Me impresionó este paisaje de Ponga para mí desconocido*". De igual modo, los animales cumplen un papel de figurantes: un rebeco que salta aquí; un buitre que vuela allá... Sólo el oso, el lobo y el urogallo escapan a esa condición, aunque en ocasiones no pasen de ser un pretexto para anécdotas como la del encuentro, en Portilla de la Reina (León), con "*el Montero del Ministro de Agricultura, Aurelio Martínez de Barcena de Concha de Santander, que se pasa el tiempo recorriendo las cordilleras para preparar el oso al señor Ministro*" (septiembre de 1950), o de curiosidades etnográficas: "*Se llama "Falar al oso", el levantarlo para que vaya a las escopetas*", explica Lueje en el "Itinerario" de una excursión por Ubiña, en septiembre de 1957, que coincide con una montería para dar caza al plantigrado. Más valor tiene la observación del urogallo "*En la majada de Entre Regueros*", en el curso de una ruta al Canto del Oso, en Redes, el 30 de diciembre de 1954, por cuanto utiliza el nombre tradicional de "faisán", del que existen muy pocas referencias bibliográficas (su artículo "*Las montañas ponguetas de las altas Asturias*", de 1974, lo menciona de nuevo). El interés hacia estas especies no es casual, como tampoco lo es que sigan siendo hoy las más "emblemáticas". Para Lueje son, sobre todo, símbolos: de una montaña indómita, de la eterna lucha del pastor con los peligros de su mundo, de una naturaleza cada vez más cercada por el hombre...



### Un acontecimiento en la literatura montañera: artículos y libros (1942-1980)

La actividad investigadora de Lueje halla un caldo de cultivo idóneo en la A.M.A. "Torrecerredo", y tiene su mejor vehículo de expresión en el boletín que él mismo crea, financia, dirige y distribuye en el seno de la entidad. Todos sus artículos fechados entre 1948 y 1954 se publican en las páginas de "Torrecerredo", y asimismo la mayoría de los siguientes hasta

1960. Queda contenida en ellos la serie dedicada a la Cordillera Cantábrica, una de sus aportaciones fundamentales. Durante esta etapa, Lueje hace uso con frecuencia del seudónimo "Vízcares", que había rubricado sus colaboraciones futbolísticas en "Deportiva", y emplea de forma discrecional los de "Un Torrecerredo", "Un Cerredo", "Un Veterano" y "Un Piquista Veterano".

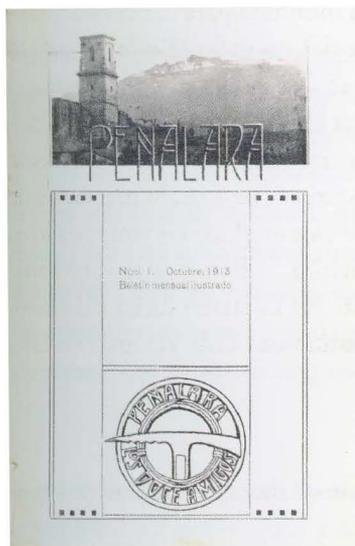
La segunda parte de su obra, la de los años 60 y 70, alterna los artículos en diversas publicaciones y comprende todos sus libros y los textos más ensayísticos y personales. Es, en fin, la obra de madurez, condicionada en parte por el progresivo abandono de la actividad de campo, que le deja más tiempo para concentrarse en la escritura y le mueve a reflexionar. Ningún trabajo de esta época está firmado con seudónimo. Destacan entre ellos dos clásicos de la literatura montañera española: la monografía "Picos de Cornión" (1968), cumbre del "piquismo" y de su propia labor científica y divulgativa, y la "Guía de la montaña asturiana" (1977), exacta y pormenorizada descripción de la orografía regional.

### La conquista del Urriellu o Naranjo de Bulnes (1942)

La revista "Deportiva", el primer medio que Lueje fundó y que fue su primera tribuna, acoge, por derecho propio y por deseo expreso del autor, su estreno en la divulgación montañera. La publicación, interrumpida en 1936 por el estallido de la guerra civil, reaparece el 8 de septiembre de 1942 y en su contraportada ofrece un extenso reportaje titulado "Deportiva en la montaña". Lueje —que prescinde del acostumbrado seudónimo "Vízcares"— narra en ese texto su primera y única ascensión al Naranjo de Bulnes, el 25 de julio de 1942, acompañado por Pío Canga y guiado por Alfonso Martínez. Completa la cordada Miguel Martínez, hermano de Alfonso, *"que cuenta 18 años y debuta en el Pico"*. Era la cuadragésimo séptima escalada en la crónica alpinista del Urriellu.

Este artículo, muy detallado y de excelente factura, abre camino a la literatura montañera regional; la circular del grupo "Vetusta", decana de Asturias, comienza a editarse en 1943 y los precedentes, al margen de los trabajos técnicos de Geografía y de Geología, son escasos y se deben a autores foráneos y a revistas nacionales como "Peñalara" (1913) y "Alpina" (1918). Por otra parte, los periódicos de la época prestan poca atención a una actividad vista por la sociedad con extrañeza, como algo exótico. Lueje es consciente de todo ello y cree necesario explicarse.

Vízcares hace tiempo que rompió su pluma (...) y yo que camino en solitario, apartado en rutas extrañas para vosotros, tengo que hablaros de riscos y cordilleras, de roquedades (sic) y picos, de quebradas y peñas, mas entended que el alpinismo también es deporte y que los montañeros no son extraviados del resto de los mortales. Mirad, donde la generalidad considera terminado su mundo, mundo enmohecido sobre el asfalto de la ciudad o el polvo de las carreteras, los alpinistas saben encontrar una región llena



de maravillas, de visiones amplias, allí se gozan emociones profundas de una vida más bella y pura de sentimientos. Y como montañero yo tengo un día de fiesta (...) Gané una cumbre que es meta luminosa. (...) Su conquista fue mi empresa y el apunte de la excursión no lo envió a las revistas alpinas ni a otra parte, nada más voy a copiarlo para los leales de siempre, para los camaradas ¡ay! ya viejos de la Deportiva (...).

Lueje debuta como divulgador con el relato de un acontecimiento extraordinario. Las circunstancias hacían difícil cualquier publicación en fechas previas, pero el propio tono del texto invita a pensar que fue el entusiasmo por haber coronado el Urriellu, la excepcionalidad del suceso, lo que le impulsó a escribir en ese momento y no antes. Hay que tener en cuenta que Lueje no era escalador y, por tanto, para él no se trata de otra ruta más, sino de un desafío. *"Escalaba cuando hacía falta. Subió al Naranjo y a Peña Santa, pero la cuerda la utilizó muy poco"*, cuenta su hijo. *"Decía que pasaba mucho miedo, pero yo le acompañé en varias escaladas y creo que exageraba"*. La narración, sin embargo, no deja lugar a dudas: varios pasajes ponen de relieve los apuros del autor en las paredes del imponente bloque calizo. *"(...) estoy sobre el abismo, cara al vacío, esta es toda la realidad y como un latigazo un relámpago de pánico me sacude atrozmente (...)"*, confiesa al atravesar un paso complicado en la subida. Luego, la pericia de Alfonso Martínez le da seguridad y, cuando hacen cumbre, al cabo de una hora y treinta y cinco minutos, hasta se olvida por un momento de los peligros de la ascensión y se recrea con las vistas que se disfrutaban desde la atalaya del Naranjo. Sin embargo, no tarda en sentirse invadido por la *"angustia interior del descenso"*. Sus temores son fundados: el peor trago está por llegar.

Hay un paso que no es bajar al vacío, a vertical absoluta de cuatrocientos metros al fondo del Jou, es más que eso, hay que salirse sobre el abismo y doblar esa vertical; mis corizas pulen y se van y Alfonso tersa la cuerda, aguanta firme, y yo recobrado, sigo resbalando buscando el encajar mis pies. No puedo mirar al vacío: en el trayecto de la célebre travesía que ahora estamos haciendo en tres tramos, mientras los demás se pierden detrás de la roca que hay que vencer, colgado allí, los hados del vértigo tiran de mi espalda y susurran engaños en mis oídos; las reflexiones que me hago son profundas, lúgubres, y no soy para coordinar una oración que las ahuyente.

El tono novelesco, muy bien urdido, la intriga que rodea al relato, su épica, son rasgos de estilo que descubren a Lueje como un hábil narrador y que, al mismo tiempo, expresan con viveza la emoción que le domina al enfrentarse con esta montaña desafiante y temible. Así la percibe antes de la escalada: *"Ya tenemos a la vista la gran esfinge, de frente se alza con toda la majestad de su grandeza, sus paredes lisas, pulidas como formadas de un solo tajo producen un sentimiento de horror, de pequeñez"*



Pueblo de Tuiza Riba, al pie del macizo de Ubiña, Lena (Asturias). Octubre de 1957

*humana ante aquel titán tan soberbio. Es el Rey de los Picos: la Peña Vieja, el Llambrión, Cerredo, la Peña Santa, aun cuando más altos que el Naranjo me parecen sus vasallos, porque el Rey es aquél a quien la naturaleza distingue".* Es fácil deducir de estas palabras los sentimientos que embargaron a Lueje cuando se vió en su cima y, sobre todo, al encontrarse de nuevo a sus pies, ileso y victorioso.

### La Cordillera Cantábrica (1944-1977)

La Cordillera Cantábrica ocupa una parte extensa y principal de la obra de Lueje. A ella dedica dieciséis artículos, que caracterizan de forma exhaustiva su topografía y su toponimia, y abordan, como asunto secundario, sus rasgos culturales, entrando en pormenores folklóricos y costumbristas. Este conjunto de textos posee una importancia extraordinaria. Desde el sobresaliente "Mapa topográfico de la Provincia de Oviedo" (1855) de Schulz, vigente hasta bien entrado el siglo XX, y su "Descripción General de la Provincia de Oviedo, con un atlas" (1858) apenas se habían producido contribuciones significativas al conocimiento de la cordillera, más allá de algunos trabajos sueltos y dedicados, en general, a la geología, como los de Hernández Pacheco (1914, 1929), Adaro Ruiz (1914), Adaro y Junquera (1916), Cueto y Ruidíaz (1926) y Stickel (1929). Las primeras hojas del Instituto

Geográfico y Catastral son contemporáneas de la actividad de campo de Lueje: comienzan a publicarse en 1942 y el grueso de ellas aparece entre esa década y la de los 50 (algunos mapas de la montaña central se demoran hasta mediados los 70). También coinciden en el tiempo los destacados estudios geomorfológicos de Llopis Lladó (1950, 1954). Así pues, la labor de Lueje enlaza de forma directa con la de Schulz en sus propósitos y en su trascendencia. Cumple, además, un papel vacante: el de divulgador. Y lo ejerce con maestría.

La fracción más valiosa de esta serie son siete artículos recogidos entre 1949 y 1958 por la revista "Torrecerredo", seis de ellos sistemáticos y agrupados bajo un epígrafe común. Otros seis escritos previos, la mitad difundidos en el mismo medio y los tres restantes, en la circular del Grupo de Montañeros "Vetusta" –donde Lueje tiene amigos como Luis Sela y Jesús Valgrande–, constituyen aportaciones preliminares, en tanto refieren excursiones concretas, fechadas o sin referencia temporal, y se limitan a dar cuenta de las incidencias de los trayectos y de las vistas que se disfrutaban desde las cumbres que los jalonan. "El desfiladero de los Arrudos y los puertos de Contorgán" (1956) participa de ese mismo carácter, mientras que "La Babia leonesa" (1955), impreso en la revista madrileña "Aramo", reincide en contenidos ya expuestos en dos entregas del bloque central. "Los puertos de la Divisoria Astur-Leonesa" (1956), divulgado en el boletín "El Argayu", propone un recorrido por 55 puertos, collados y pasos de la cordillera, a modo de síntesis orográfica que incorpora, como novedad, el tramo Leitariegos-Cienfuegos, del que Lueje no vuelve a ocuparse. Por último, "Montañas asturianas", redactado para el Círculo de Nava en Buenos Aires (1960), ofrece un panorama muy divulgativo del tema enunciado, incluidos los Picos de Europa.

"El Macizo de Ubiña" (1958) sirve como paradigma para valorar esta descriptiva. Es el más completo y variado de todos los artículos, y alcanzó una relevancia singular por cuanto vino a redescubrir este sistema cuatro décadas después de la primera escalada a su cumbre dominante, el 7 de agosto de 1917. El asturiano Celso Gómez Argüelles, para quien Lueje reclama la condición de *"vanguardista del montañismo astur"*, era uno de los cuatro componentes de aquella histórica expedición, cuyo relato quedó registrado en "Peñalara" por otro de ellos (Pérez Lozano, 1917). La crónica montañera de Ubiña la continúa, tiempo después, Aurelio de Llano (1928), quien ofrece una visión paisajista y antropológica, centrada en el puerto de Porciles, en Agüeria y en la majada de Lleturbio, donde contempla sus primitivas cabañas con cubierta de "tapinos". Emilio Corugedo prepara en 1932 un informe geológico sobre la cuenca del río Tuiza. Este ramillete de primeras aproximaciones –al que se agregan algunos trabajos más– se ve sucedido por largos años de olvido que alcanzan hasta el artículo "La Almagrera" (1949), primer fruto de la dilatada campaña científica emprendida por Lueje a raíz de su ascensión a Peña Ubiña, el 28 de junio de 1942. Desde entonces acude todos los años al macizo y a sus estribaciones, acopiando gran cantidad de información que traslada a un extenso trabajo, *"compendio de cuanto hemos podido observar, ver y recoger sobre esos parajes de la Alta Asturias"*, anticipado en su dis-

curso de ingreso en el Instituto de Estudios Asturianos (IDEA), el 12 de mayo de 1956, y publicado en "Torrecerredo" en diciembre de 1958. Dentro del intervalo que separa "La Almagrera" y "El Macizo de Ubiña", Emilio Ribera (1949) y Mario Argüelles y Ovidio Fernández (1951) enriquecen los conocimientos sobre la zona; asimismo, aparece la hoja del Instituto Geográfico y Catastral (1951). Tras el estudio de Lueje no habrá más referencias dignas de relieve hasta "Ubiña, alta montaña" (1971), de Juan Delgado.

El éxito del artículo y la perdurabilidad de su influencia se explican por su oportunidad y por su acertado enfoque, que lleva a su más alta expresión el modelo de "documental" diseñado por Lueje. Todos los intereses que confluyen en su obra quedan representados en este extenso monográfico. Como corresponde a la naturaleza del proyecto, los aspectos fisiográficos ocupan la parte más importante del texto: Lueje sitúa y delimita el macizo sobre el mapa para describir después sus cumbres –enumeradas una tras otra, en sus respectivas alineaciones, hasta agotar la relación–, sus puertos –en un recorrido que se inicia en los Puertos de la Cruz, Huerna arriba, y se despide en Las Argaxadas de Villargusán– y los valles de Lindes, Ricabo y Babia, retratados en su geografía física y en su semblante humano. Una imagen compleja y completa, a la que aún se agregan una minuciosa exposición historiográfica –que comprende todas las fuentes mencionadas– y el tratamiento resumido del clima, la vegetación y la fauna, del habla local (que Lueje caracteriza por la pronunciación de la "ll" como "ch")<sup>8</sup> y de las vías de comunicación que se acercan y penetran en Ubiña. Como colofón, doce excursiones invitan a conocer aquel *"solar de excelsitudes de la alta Asturias; aquella grandeza, levantada eternamente por los caminos del cielo, llamando y convocando a todos. A cuantos sepan mirar, pensar y andar. (...) los que buscan la solemnidad enorme de sus cumbres; los que llegan a unirse con la visión relevante del Fontán, del Siegalavá, del Fariñentu, de la Peña Rueda, de la Peña Arpín, de la vieja amiga Pinubina (...)"*.

Con ser el más notable e influyente de los artículos de la serie cantábrica, "El Macizo de Ubiña" (1958) no es el único merecedor de encomio. No hay que olvidar que para el resto de la cordillera faltan casi por completo los materiales de consulta: Lueje llena un espacio vacío. Así, en la misma línea que aquél, "Desde el puerto de Arcenorio al de Riofrío" (1951), centrado en la vertiente sur del tramo más oriental de la cordillera, profundiza en la orografía y en el paisaje de las distintas comarcas que componen su recorrido. Por su parte, "El Coto Nacional de Reres o Brañagallones" (1949), "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953) y "Del puerto de Piedrafita al de Pajares" (1956) combinan análisis geográficos generales con amplios repertorios de itinerarios; estos últimos acaparan el texto de "Los Picos de Mampodre" (1952) y "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954).

El trabajo de Lueje brilla por su originalidad, pero también por su rigor, que atañe tanto a su propio proceder como a una concienzuda documentación de los precedentes en todos los campos que cultiva, por escasos y lejanos que sean. Como buen científico, considera los datos

8. Lueje describe una variante del habla suroccidental, extendida a Babia y a Laciana, pero su representación mediante la grafía "ll" y su interpretación fonética como "ch" son incorrectas. La grafía adecuada, según el criterio de la Academia de la Llingua Asturiana, es "l.l" o "ll", equivalente al sonido "ts" o "tch".

bibliográficos con espíritu crítico. Sus comentarios a Schulz así lo ponen de relieve, pues a pesar de la profunda –y justificada– admiración que profesa por el sabio alemán, no duda en reprochar la *"deficiencia y pobreza"* con que aparece tratado el macizo de Ubiña en su "Mapa Topográfico de la Provincia de Oviedo" (1855), el cual también desubica a Peña Salgada y a la Peña del Muñón –según refiere el artículo "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953)–, identifica equivocadamente como Loma de Barreros al cordal de Los Fueyos, Los Lagos y Los Caseros –por confusión con el último de esos picos, le disculpa Lueje en "Del Puerto de Piedrafita al de Pajares" (1956)–, y nombra como Puerto de la Carisa al puerto o collada de Propinde, cuando *"lo que hay por la vertiente asturiana, por encima de la majada de Llastras, es el bosque o monte de la Carisa. Y ese nombre (...) no corresponde en modo alguno a un puerto sino a un bosque (...)"*. Por último, revela Lueje que el Puerto de la Serrantina indicado por Schulz –"y con él otros geógrafos y geólogos"– en la Collada de Tres Lagunas, *"que también se la llama de Corros por los de Genestoso (...) no existe como tal puerto, sino como cordal siendo en realidad una cumbre y no de las culminantes de ese cordal al que sin derecho orográfico da su nombre"*. Otras tachas del "Mapa Topográfico de la Provincia de Oviedo" conciernen a ciertos topónimos dudosos que ni Lueje logra identificar sobre el terreno ni conocen los lugareños, y a nombres erróneos, como los de Valle de Ajo, por Valle del Lago –que Lueje utiliza, sin duda fiándose del criterio de Schulz, en un "Itinerario" de abril de 1952–, y Lago de Ajo, por Lago del Valle. "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953) deja en evidencia defectos advertidos en otras fuentes; en concreto, en el mapa correspondiente del Instituto Geográfico y Catastral, que señala al pueblo quirosano de Bueida como "Bucida" –en apariencia por un fallo tipográfico– y no representa al Montihuero, una omisión que se extiende a las reseñas de "Peñalara". En ese mismo texto, Lueje desmiente a Canella (1928) cuando afirma que el río Saliencia nace en Balbarán de la fuente de las Calderas, pues *"en Balbarán no hay fuente de ese nombre"*, y cuestiona varios topónimos documentados por Adaro y Junquera (1916). Declara, además, que no localiza el lago de Hoceya<sup>9</sup> que menciona Jovellanos en su travesía por los puertos de la cordillera. *"¿Podría haber sido en la llanada del Refuexu y que hoy esté ya desecado?"*.

El rescate de topónimos perdidos, adulterados o postergados por otros de cuño reciente adquiere una relevancia singular. Sólo el análisis detenido y contrastado de los mapas da la medida de la gigantesca labor desarrollada por Lueje en este aspecto, pero los artículos proporcionan algunos indicios. Así, en "Del Puerto de Piedrafita al de Pajares" (1956) defiende Lueje el nombre de valle de Valgrande para el conocido de ordinario como valle de Pajares, por ser aquél *"el nombre antiguo, en el general de la zona"*, y propone designar al río Fierros como río Parana, por llamarse de este modo la majada donde la corriente fluvial tiene su nacimiento. Por otra parte, destierra el topónimo de Cueva Palacios en beneficio de El Siete, por el que conocen los *"lugareños lindantes"* a esa cumbre de Ubiña y, basándose en la opinión de Adaro y Junquera

9. Se trata de una charca temporal que existió en La Focella y que formaba parte del conjunto lagunar de las sierras de La Sobia y Tameza. En la actualidad es un prado, pero su vegetación aún delata la presencia antigua de un humedal.

(1916), Cueto y Rui-Díaz (1926) y el destacado geógrafo Juan Dantín Cereceda (1942), postula en "El macizo de Ubiña" (1958) el cambio de denominación de estas montañas a macizo de Agüeria.

La etimología interesa al trabajo de clarificación toponímica, aunque en este campo Lueje se interna más de una vez en arenas movedizas. Su conocimiento y su intuición le dictan que el topónimo del Puerto de Leitariegos indica un *"puerto de lecheros"*, tal como sostiene en "De Leitariegos a Campomanes" (1948) y reitera en "Del puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954), si bien después rectifica, aceptando los argumentos de un lector que deriva el nombre de "lecheariegos", es decir, "lazarillos". Lueje, sin embargo, estaba en lo cierto: lo más probable es que la voz identifique un lugar adecuado para la producción de leche en abundancia (Concepción, 2001). Por el contrario, yerra al suponer que Ubiña procede de "ovino" apoyándose en la proliferación de este ganado en los pastos de la zona; la etimología correcta sería "peña alta" o "peña blanca" (Concepción, 2001). Un tercer caso ilustrativo es el del puerto de La Mesa, cuyo topónimo relaciona Lueje con la victoria del rey Pelayo sobre los musulmanes, tras la cual *"(...) celebró el triunfo comiendo a manteles en el llano del puerto, que desde entonces cogió el nombre famoso de la Mesa"*, según explica en "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953). Ese mismo fundamento histórico le lleva a deducir que la vecina Fuente de los Huesos se llama así *"de siempre por la matanza de musulmanes que cuentan que allí acaeció"*. No se tiene la certeza del origen de ninguno de esos dos nombres, pero quizá la etimología real sea más prosaica y "mesa" aluda, simplemente, a la forma llana del terreno (Concepción, 2001), mientras que el término "huesos" podría ser un topónimo transformado que, como los de La Güesal y La Güesera, en el área de los Picos de Europa, no señalaría un osario sino la presencia de agua.

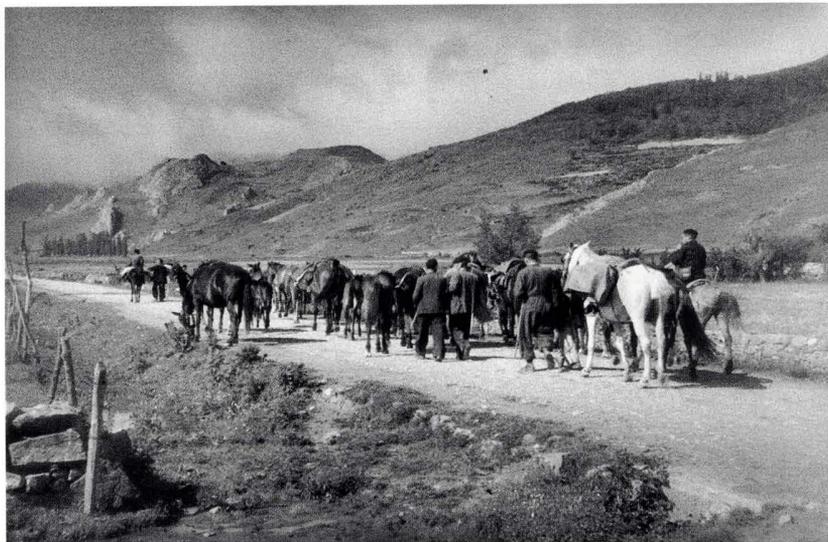
Las anotaciones etnográficas enriquecen los principales textos de la serie cantábrica desde "Peña Prieta y Espigüete" (1944), donde el encuentro con el pastor Alejandro Cuesta, quien *"lleva treinta y cinco años sirviendo a las ganaderías trashumantes"*, da pie a desentrañar la jerarquía de su oficio: *"(...) muy niño fue "motril", pasando luego a "zagal", a "persona", a "ayudador" y tiene ya categoría de "compañero", y le queda ascender a "rabadán" y a "mayoral", que es el mayor grado (...)"*, explica Lueje. Los pastores son una presencia recurrente y esencial en su obra, un elemento clave de su percepción de la montaña. La vida y las costumbres de ovejeros, cabreros y vaqueros llenan muchos párrafos de sus artículos. Así, al paso por la braña de La Peral (Somiedo), en la travesía "De Leitariegos a Campomanes" (1948), escribe: *"Aquí conversamos con los brañeros que nos ilustran en la toponimia de estos terrenos y nos hablan de sus costumbres; las brañas que rezuman sabor de antigüedad (...) ya existe en ellas un régimen precario de propiedad dividida y cuentan con cabañas confortables bien preparadas para habitación y también con buenos "trusos" o corrales; en la braña se hace noche, y hay que "muñir" y "ferir", ordeñar y mazar y por el día se baja al pueblo a atender otras labores campesinas"*. Más adelante matiza esos rasgos generales, tomando como sujeto a los vaqueiros de alzada y, en

concreto, a las familias de este grupo social que habitan en Santa María del Puerto: *"Este es un pueblo de alzada, de los más puros vaqueiros de todo Somiedo (...) por el invierno se retiran a valles bajos de Belmonte o Salas a donde marchan cual nómada caravana con sus familias, semovientes y enseres y en el lugar abandonado de hogares desiertos, durante los meses de nieve y hielo, se queda de guardián un rudo e impenetrable vaquero, es el "vecinderu" que simboliza el derecho y la propiedad de los ausentes"*. Dicha descripción, que ya aparecía esquematizada en los "Itinerarios", vuelve a repetirse en "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953), donde Lueje le agrega su vivencia de la feria de ganado del 8 de septiembre:

A nosotros nos tocó estar allí en la de septiembre pasado. Habíamos bajado de la montaña y pudimos asistir a la espectacular concentración del gentío y de los ganados que por la carretera, por los caminos, por las laderas y todos los pasos de los montes afluían como una marea creciente; a media mañana, por el ferial y las callejas de la aldea no se rompía de tratos, de tiendas al aire y de animación.

El régimen de tenencia y uso de la tierra en las comunidades de montaña también capta su curiosidad. "Desde el puerto de Arcenorio al de Riofrío" (1951) indaga en el reparto de los labrantíos en Llánaves de la Reina (León), divididos, *"desde tiempo inmemorial, en partidas o lotes, que por períodos de doce años, y en una estricta igualdad, se sortean entre los vecinos, cada uno de los cuales entra a disfrutar la que le toca. Todas las tierras que se reparten se encuentran sitas en el valle del Naranco, correspondiendo a cada vecino dos fanegas, una para el cultivo del centeno y otra para patatas, y no hay memoria de que estas propiedades se hayan disfrutado de otro modo"*. De la distribución de los pastos habla en "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953), eligiendo como ejemplo los situados en La Magdalena, que *"(...) son de facería, o sea mancomunados de los pueblos colindantes, si bien los vecinos de Saliencia pueden pasar en ellos sus ganados hasta 500 metros por la vertiente tevergana, y sin pastor, y el ganado de los de Barrio tienen que llevar siempre pastor y volver a hacer noche al hueco de la braña"*. La propiedad de esos espacios ganaderos —añade— fue causa de un *"ruidoso pleito entre los concejos de Somiedo y Teverga"* unos cuarenta años atrás. El retrato lo completa, en ese mismo artículo, la explicación del aprovechamiento estacional, rotatorio, de los pastizales:

Al igual que los limítrofes concejos asturianos, la ganadería es la vida fundamental de la Babia y muy especialmente la caballar. Se puede decir que existe el culto de la yegua de recría y que cada babiano tiene la suya a la que regala con todos los cuidados y guarda como su mayor propiedad de renta. El puerto o pastizal de altura, que se extiende por las planicies y laderas de aquellas poderosas montañas, es también riqueza viva de Babia; en los más cercanos se alimentan las veceras de los pueblos y los de más arriba rinden cuantiosos ingresos al arrendarse, año tras año, a los ganaderos trashumantes.



La simpatía de Lueje por la cultura pastoril se enfatiza al tratar de la trashumancia, de los grandes rebaños de merinas que llegaban a los agostaderos de la divisoria tras un recorrido de medio millar de kilómetros desde las dehesas extremeñas. Escribe de ello con gran sentimiento en "Desde el puerto de Arcenorio al de Riofrío" (1951), a partir de su vivencia de ese acontecimiento en los puertos de Portilla de la Reina (León):

Este es (...) el país del pastor nómada (...) que viven una vida sobria y mansa, heredada de padres a hijos como una reliquia de la raza, como un oficio en el que se premian los trabajos y los años con unas jerarquías cuyos grados se ganan, muy lentamente, subiendo a través de un calvario de renunciaciones y sacrificios. De verano, son nuestros amigos y nuestros mejores aposentadores por la montaña, que en octubre, por su marcha, queda callada y sin poesía; por San Lucas, allá se van todos hacia los invernales de Extremadura, o del Valle de Alcudia, y aquí, en los pueblos de la montaña, quedan sus mujeres, por nueve meses viudas, al cuidado de la heredad y de unos hijos que serán los pastores del mañana.

También el puerto de La Mesa (Somiedo), extremo septentrional de la cañada de La Vizana, concentraba todos los veranos a cientos de ovejas llegadas desde Cáceres, como relata Lueje en "El Macizo de Ubiña" (1958), repitiendo en parte los contenidos del texto anterior: *"Por la gran vía pecuaria, dos veces al año, se presencia el desfilar pacífico, grave e interminable de las divisiones de rebaños. Una en la primavera, de subida, cuando apuntan los pastos con un verdor de promesas y esperanza y la otra, al otoño, por San Lucas, cuando asoman las primeras nieves y hay que hacer la retirada sobre las tierras más benignas de Extremadura, o del Valle de la Alcudia. Es el gran desfile, la riada de la riqueza que jamás se agota, de las rancias cabañas trashumantes españolas. Entradas y marchas emocionantes de los compactos ejércitos de las merinas que van conducidas entre los "moruecos"*

*adiestrados, y que vigilan los mastines de las carlanças afiladas, que pasan bajo el mando de los pastores atezados por los aires y los soles de las alturas. De los pastores, que se conservan como una reliquia de la raza, en su oficio de renunciaciones y de sacrificios; de los pastores que, de verano, son nuestros amigos y nuestros mejores aposentadores por la montaña, la que en octubre, por su marcha, se queda callada y sin poesía".*

La artesanía da testimonio de una cultura tradicional y de una economía de subsistencia aún vivas; la fabricación de madreñas —o almadreñas, como Lueje prefiere designarlas— es su exponente más destacado. *"En todos los pueblos del valle del alto Pigüeña está muy desarrollada la industria de la almadreña"*, escribe en "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954); *"en Villar de Vildas se laboran unos tres mil pares mensualmente y pasa del doble los que se hacen en la Rebollada, pueblo del que se dice que sus artesanos son más y mejores que los del mismo Tarna"*. De esta última localidad casina y de su fama en el trabajo de dicho calzado hace nueva mención en "El Coto Nacional de Reres o Brañagallones" (1949): *"Los tarninos viven del bosque en el duro oficio de la fabricación de la almadreña, que trabajan con toda la familia y en el que son consumados maestros"*, asegura. Por otro lado, constata Lueje la pervivencia del "caleichu" y el "filandón", las tertulias del día y de la noche, a las que asiste en la población babiana de La Cueta, cuyas gentes pasan de ese modo *"las inviernadas largamente duras"* que dejan paralizada la vida *"meses enteros"*.

Pero ese mundo antiguo de pastores, artesanos y ritos está en crisis cuando Lueje lo conoce, y algunos de sus elementos ya se han perdido, como sucede con el oficio de "nevero" que documenta en "Desde el puerto de Arcenorio al de Riofrío" (1951): *"En nuestras visitas a Valverde, al ir y venir del Espigüete, hemos aprendido que allí también existió el oficio del "nevero" (...) De la nevera natural, que es la espalda del Espigüete, se sacaba la nieve en costales y al hombro hasta la collada de Arra y de allí, en carros poco cargados, a Valverde y desde el pueblo, envuelto en mantas, andando de noche y descansando de día a la sombra, se conducía a Palencia y Valladolid para abastecer los cafés en el verano. En Valverde, como en el Aramo, ya hace tiempo que no quedan "neveros" (...)".* Ese mismo texto recupera, además, la memoria de la minería del oro: *"Por debajo de Piedra Hoyas, para el Sur, contra un destacado rellano, aparecen vestigios de escombreras y de excavaciones que la leyenda indígena señala ser de una mina de oro que allí se explotó en tiempos anteriores al descubrimiento de América"*.

El pulso entre la tradición y la modernidad se materializa en las construcciones de los pueblos, donde los arcaicos "teitos" y "pallozas" que Lueje admira, y que distingue entre sí porque las segundas *"se amarran con muchas vueltas de cuerdas de bajuna"*, conviven con las casas modernas de los "madrileños"; el pueblo de Llamera (Cangas del Narcea) ejemplifica esa situación en el artículo "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954). Es una tensión que tiene, asimismo, indicadores socioeconómicos, como la *"gran corriente emigratoria hacia la capital de la nación"* que se registra en el Suroccidente de Asturias *"ya desde muy antiguo"*, producto de la cual *"en Madrid los serenos son tradicionalmente*

10. El cultivo de la vid no tardaría en entrar en decadencia y en abandono, situación que se prolongó hasta finales de los años 90, cuando se promovió su recuperación como parte de la imagen de calidad del municipio de Cangas del Narcea y se actualizaron los criterios de cultivo y de selección de la uva para mejorar las cualidades del caldo y sus posibilidades comerciales.

*cangueses, gentes de Cibeá, de Leitariegos o de Genestoso que se transmiten las plazas de padres a hijos y de vecinos a vecinos; también abundan por los destinos del Banco de España, como camareros y, mucho, como propietarios de tabernas y bares". Frente a ese éxodo, significa Lueje la persistencia del cultivo del viñedo, extendido en la comarca por los Benedictinos del convento de Corias (Cangas del Narcea) hacia el siglo XI –aunque de implantación muy anterior, cuando menos romana– y que "se sigue conservando con florecimiento y también con exclusividad dentro de la región asturiana".<sup>10</sup>*

Los caminos, un patrimonio olvidado y hoy en gran parte perdido, recorren las páginas y los mapas de Lueje. Gracias a su preocupación se sabe hoy de muchos de ellos. A su vez, estas vías completan la historia de las gentes de la montaña, como la senda que, en la ruta al Montihuero babiano, atravesaba por la Collada de los Ortigales y *"de la que se dice que antiguamente seguía también a la Peña los Años, al Puerto de la Paredina y al Valle del Lago y que se la conoce por la senda de los sastres, por ser la que traían los hombres de ese oficio, que tanto abundaban en Somiedo, para venir a trabajar a Babia y a León"*. Lueje reconstruye y camina su trazado en "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953). Más al occidente, "Del puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954) expresa su tristeza por el progresivo abandono de la senda de la Culebra, *"cumbreña y estratégica vía que viene de los pueblos de Laciana y que por la cuerda del Rabo del Asno y la Sierra del Acebo, pasa hacia Cangas (...)* y *de la que se dice que en tiempos antiguos había sido camino real y más tarde, hasta la construcción de las carreteras, aventajada ruta de la arriería"*.

La flora y la fauna, accesorios en la montaña de Lueje, adquieren, no obstante, cierto protagonismo como símbolo o como manifestación de la belleza natural. A este segundo propósito sirve la mención que hace "El Macizo de Ubiña" (1958) a las hierbas de los pastizales subalpinos, si bien deja entrever una curiosidad y un cierto grado de conocimiento tanto de las especies como de su hábitat y de su ciclo biológico anual. *"Sobre los verdes de las altas praderas, crecen flores que las exornan y enriquecen con variados coloridos: las margaritas, las madresevas, las violetas silvestres, las gencianas, los jubardos, las clavelinas, el lirio azul, espléndido brote de los tremedales de Bachao, y las espantapastores, las que tienen de morado a Agüeria, haciendo el cierre de los pastos y de la buena estación"*.

El oso es el animal al que Lueje cita con mayor frecuencia. Aparece en "El Coto Nacional de Reres o Brañagallones" (1949), como especie protegida y principal beneficiaria de la declaración de dicho espacio cinegético, y como fiera perseguida, cuya caza fue lo que propició los primeros encuentros del autor con esta zona de la montaña oriental, en calidad de acompañante en las monterías de José Argüelles y Argüelles. Somiedo ya tenía fama en esa misma época de ser buena tierra de osos, aunque la consideración del plantigrado era muy diferente de la actual. Según refiere Lueje, en el *"entrincado (sic) monte Rebollar (...) los vecinos de Saliencia cazan los osos a palos; una osa madre y tres esbardos mataron cuando las grandes nevadas de 1950"*. El artículo "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954) ofrece otro testimonio similar, procurado por El



Cabañas con cubierta de escoba en la  
braña de La Peral, en Somiedo (Asturias).  
Junio de 1944

Rubio, guarda mayor del coto de caza de Somiedo, *"que sabía donde enar-  
cian a la invernada; que conocía todos los osiles, que si después de comer miel  
pilan a dos patas; que si Garrido, el legendario cazador de Robledo, había  
matado ochenta osos mayores y siete esbardos (...)"*. Esa persecución, que va  
haciendo mella en las poblaciones osunas, sumada a la entidad simbólica,  
casi totémica, que Lueje otorga al gran carnívoro (*"el animal repre-  
sentativo de la bravía, de la recia tierra astur, como el milenario rebollu, el  
duro roble, es el árbol más significado de sus bosques y, sin duda, que Asturias  
sería más blanda, menos Asturias, sin osos y sin robles"*), valora en *"El maci-  
zo de Ubiña"*), le lleva a sostener, en el mismo escrito, que *"los montañe-  
ros, por serlo, tienen que formar con los cinegéticos en la causa de la defensa del  
oso, que representa el elemento de más suprema prestancia dentro de nuestro  
paisaje de montaña. Hay que proteger la conservación de la gran especie en su  
último reducto de los bosques asturianos (...)"*. Aunque Lueje pone una con-  
dición a esa defensa: *"(...) se deben de regular los daños, en Somiedo los hubo  
y los hay, ordenar su indemnización, oficialmente o por las sociedades de caza-  
dores, ya que las quiebras que representan no las puede soportar sin ruinoso  
detrimento la humilde economía aldeana. La pérdida de una vaca o de una  
tierra de maíz, es pérdida demasiado cuantiosa para la buena gente que tiene  
su esforzado vivir en la montaña"*. Son ideas y fórmulas que prefiguran la  
política vigente de conservación del oso pardo, y en las que Lueje insis-  
te en *"El Macizo de Ubiña"* (1958): *"Pero, de haber osos, ha de ser, y debe de  
ser, sin detrimento de personas y cosas. Tiene que importar más que ellos los*

*recentales y xatos de Ramón de Tuiza, el maizal de Ismael el de Ricabo o el patatal de Bautista el de Lindes, porque son los bienes, la riqueza toda, de la menguada economía aldeana, y pueden ser presa o festín de un día –lo están siendo– para el fiero animal". A este respecto, afirma que la especie "se ve aumentar (...) y ya es fácil tropezarse con uno o más (...) por las espesuras de Llamergu, o por Cobarbas, o por Vallinancha, o mejor por la intrincada Vallina del Corru, por cuyos senos y abismos tienen los preferidos osiles".*

A tono con dichas inquietudes conservacionistas, lamenta Lueje en "El Coto Nacional de Reses o Brañagallones" (1949) la *"herida de la devastación del hombre"* que aprecia en la cubierta vegetal en la subida al cordal casín de Valloseru, y se ensombrece, en "Del puerto de Ventana al de Somiedo" (1953), al ver al río Quirós, *"batido, espumoso y rugiente, de bellísima cuenca"*, convertido en *"otro más de los que sus aguas bajan negras"*. Esta denuncia la reitera en "Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos" (1954) en referencia a Laciana, *"(...) una región de muy espléndida naturaleza, de vigorosas lozanías, de brañas esmaltadas y de puertos ubérrimos, de densos bosques y de grandiosas montañas (...) invadida por la mancha del carbón que pierde sus prados y hace negros sus ríos"*. También le preocupa la situación que atraviesa el bosque de Muniellos, *"unas doce mil hectáreas de densa masa de robles, hayas, abedules, acebos y avellanos, secular riqueza que se fue salvando hasta estos tiempos por la carencia de aprovechables vías de comunicación"* y en las que *"anda el oso, el jabalí, el corzo y, muy profusamente, el urogallo"*, ante la puesta en marcha de una industria para explotar su potencial maderero: *"(...) ya los teleféricos, los tractores y las sierras mecánicas abrieron su frente de ataque contra nuestra última selva"*, advierte con pesar.<sup>11</sup>

11. La empresa Muniellos S.A., constituida por capital local y regional, explotó el bosque desde principios de los años 50, para lo cual abrió numerosas pistas en su interior y montó una serrería en Tablizas y una central eléctrica que aprovechaba las aguas del río Muniellos. Su actividad cesó en 1973, cuando el Estado adquirió el monte.

La completa caracterización de la Cordillera Cantábrica que Lueje efectúa en este corpus de artículos culmina y se resume en su elogiada "Guía de la montaña asturiana" (1977), que contempla también los cordales interiores, las sierras costeras y los Picos de Europa, siendo, por tanto, la única de sus obras que cubre toda nuestra orografía. Publicada por la editorial Ayalga dentro de la "Colección Popular Asturiana", un proyecto de gran trascendencia en la bibliografía asturianista, cosechó un notable éxito y fue objeto de varias reimpressiones, convirtiéndose de inmediato en referencia obligada. La parte dedicada a la cordillera es la más dilatada y diversa. Lueje comienza por establecer su identidad, como unidad *"perfectamente definida e independiente"*, frente a quienes la conceptúan como *"continuación o derivación de los Pirineos Istmicos"*, y la describe como una *"alternación ininterrumpida de cumbres y puertos, de cimas y depresiones, de alturas y fallas, de agudos y graves, donde asimismo es ininterrumpida la sucesión de lo grande y lo bello"*. El ámbito considerado amplía el de los artículos, pues lo extiende por el oeste hasta el Pico Miravalles, una montaña poderosa pero de *"fisonomía demasiado occidental"*, a decir de Lueje. La exposición sigue el mismo esquema de división de la cordillera en tramos, diez en este caso. Cada uno de ellos incluye excursiones a puertos, cumbres y lagos destacados. Muchos comentarios reproducen o remiten a los trabajos de "Torrecerredo",

aunque no falta alguna aportación original, como las impresiones sobre el paisaje del extremo occidental de Degaña:

Este hito del puerto de Cerredo, de tendidas monotonías por ambas vertientes, de un flanqueo en demasía anchuroso, falto de guarda de las señeras cumbres, junto también con sus negras escombreras, sus apartaderos y cargaderos de carbón, debe declararse de verdad, con dispensa de la madre Cordillera, amor de amores de uno, que no es ningún lugar sublime, ni majestuoso ni, menos aún de prócer soledad. No brindando a la contemplación, ni menos aún a la admiración, por lo que sin parada, se seguirá hacia delante, con el discurrir de las montañas de la Divisoria.

Dentro de ese mismo sector, repara Lueje en los "chorcos", unos recintos diseñados para la caza de fieras, y en los "cortines", construcciones levantadas para defender los colmenares del oso (un patrimonio singular en grave deterioro entonces y hoy en buena parte desmoronado). La noticia sobre el uso de la alberguería de Ventaniella, en el extremo opuesto de la cordillera, tiene interés testimonial:

Los vecinos de las parroquias de Carangas, Taranes, Beleño y Sobrefoz, nombran cada cinco años un casero, que ha de ser siempre del estado llano. Su obligación es recibir a los pasajeros, darles fuego, encender la lámpara y entrada la noche, tocar la campana para los que van y vienen no se extravíen y puedan acertar a la casa. Si el casero oyera voces o algunos tiros de fusil, tiene que salir al encuentro para conducir a los viajeros a la alberguería (...).

La obra "cantabrista" de Lueje representa, en fin, un avance cualitativo en el conocimiento de la cordillera y encierra un inapreciable testimonio de la cultura y de la vida de sus gentes. Pero quizá lo que más deba reivindicarse hoy sea su estética, la sensibilidad de Lueje para imbuirse del paisaje, interpretarlo y hacerlo suyo, y su talento para transmitir esa apreciación de modo veraz y con una emotividad contagiosa. A través de sus palabras, la montaña adquiere una dimensión poética, una cualidad artística, un matiz trascendente. Así describe en "De Leitariegos a Campomanes" (1948) una tarde de descanso en Torrebarrio de Arriba (León):

Barrió el nublado y vuelve una tarde despejada y apacible que aprovechamos paseando el valle en absorta atención de un panorama que luce primores y opulencias; sobre nosotros el poderío de la Peña Ubiña, elevada hacia el cielo sobre murallones verticales que se recortan en precipicios y tajos impresionantes, y en contraste, atenuando la severidad de la Peña, la apertura de la Babia Baja, llanada campesina con sus pueblos y lugares asomados en los declives de los oteros, la placidez de sus campos con los rebaños y las veceras, la lozanía de sus cultivos y de los canchales donde se cimbreaba el trigo verde, y las hileras de los chopos, inhiestos, sombreando el curso de los ríos, claros, que acaban de nacer en las fuentes de la Cordillera, y todo el paisaje, en una armonía única de lo bello con lo grande.

## Los cordales interiores (1950-1977)

Lueje recorre en una quincena de artículos los cordales interiores de Asturias, las líneas de cumbres transversales a la divisoria astur-leonesa que dominan el relieve de gran parte de la región. Nueve de ellos se ocupan de picos y sierras de Caso y de Ponga, y otros tres se circunscriben a Piloña. Es, por tanto, un trabajo centrado en los territorios más afectos al autor, hecho sin voluntad sistemática; una aportación menor respecto de su obra "cantabrista" y "piquista", con la que también marca diferencias en su contenido, volcado en la geografía física y en la toponimia, así como en su estilo, más sobrio. Once escritos tratan unidades orográficas concretas, mientras que dos abordan la montaña piloñesa en su conjunto y los dos restantes definen los cordales de Ponga.

El caminar y los paisajes son los protagonistas de unos textos muy descriptivos, que recuerdan en el tono a los "Itinerarios" y que son, en general, breves y concisos, con escasa elaboración literaria. No obstante, "Los Beyos de Ponga" (1952), crónica de una gira por los pueblos de las parroquias ponguetas de San Ignacio y Casielles situados sobre el desfiladero del Sella, expresa con admirable agudeza y economía narrativa la idiosincrasia de la localidad de Beyo Bajo: *"es abrupto el sitio y agria la aldea"*. Más característica de su escritura es la imagen que ofrece de La Llambria en el artículo homónimo de 1951: *"Es una cumbre desnuda, de blanca caliza carbonífera, marcada a trechos por las verdes entradas de los herberos, tajada por abismos y hoces, flanqueada de árboles y frondas, y surcada de arroyos claros y de torrentes que se derraman a lo largo de generatrices vertiginosas"*.

Al lado de la caracterización fisiográfica de los cordales, la toponimia es el asunto central de esta parte de la obra de Lueje, quien afronta su estudio con ánimo comprensivo y, de nuevo, no como mero compilador sino aplicando un punto de vista crítico, que le hace someter todos los nombres al refrendo de los lugareños. Fruto de ese proceso recupera, por ejemplo, el topónimo de Becerrera San Pedro para la llamada Peña de Campigüeños, respetando el decir de *"los pastores más vecinos de la Peña, como los de Brañielles y Muniello"*, según explica en el texto dedicado a esta cumbre en 1954. Su propio criterio le lleva a proponer, en "Las montañas ponguetas" (1962) y en "Picu Pierzu" (1973), el cambio de denominación del cordal de Arcenorio, que pasa a designar como cordal de Collado Zorro, nombre más ajustado a la realidad orográfica y que es el de uso corriente en la actualidad. Aparte de su esforzado trabajo de campo, presenta Lueje una interesante revisión de los estudios toponímicos de la montaña piloñesa en el artículo "De la Alta Piloña" (1975), donde ensalza el trabajo del cura párroco de Espinaredo, D. Juan Guerra Díaz, artífice de la restauración del nombre de pico Vízcares (o Bízcares) para la cumbre reina del concejo; *"su topónimo autóctono, primigenio, realmente indígena, y no el de Sierra de Aves o Riscos de Llevís, del anterior equivocado decir y escribir de Ovín Barreda, de Schultz (sic) y de Coello"*. De este último autor señala varios errores en su mapa de 1870, que se repiten en la hoja del Instituto Geográfico y Catastral de 1950, la cual, pese a todo, le merece buena opinión.

Las observaciones etnográficas escasean en esta serie; la más relevante se incluye como nota a pie de página en el artículo "Picu Pierzu" (1973) y trata sobre el ordenamiento del usufructo temporal de tierras vigente *"hasta no hace mucho"* en la localidad pongueta de Carangas: *"Al parecer en Carangas, en época lejana, una señora del estado noble, que había matrimoniado con un convecino plebeyo, fallecido sin darle sucesión, queriendo perpetuar el recuerdo de aquel feliz amor, legó las propiedades que allí poseía, para ser repartidas entre los del pueblo que llevaran los apellidos de Cortina y Traviesas, que eran los del difunto marido. Con las condiciones de ser varón, radicado en la parroquia y haber tomado estado. Teniéndose que hacer, cada cuatro años, nueva división de bienes, entre tales Cortinas y Traviesas, lo que todo así se pudo venir cumpliendo, sin provocarse nunca cuestiones, ni rozamientos"*. Es una práctica que Lueje debió recoger de boca de algún vecino que la conoció, según se deduce del comentario que concluye la acotación: *"Contándose por gentes antiguas de Carangas, sobre estos repartos de usufructos, que todavía les había tocado a alguno de ellos, el entrar en el que se hacía de lotes de Adras, por el llamado Valle las Traviesas, que queda cayendo del Collado la Llama y de la Peña la Huérfana, hacia las aberturas de Ruamón"*. También se vincula a Ponga la cita de nidificación del urogallo, *"con preferencia señalada"*, en el bosque del cordal de la Peña Tiatordos, donde, según destaca el artículo de 1948 que describe dicha cumbre, la especie parece abundar, pues *"en primavera, constantemente se levantan al paso por aquellas sendas"*.

El tratamiento de los cordales se completa con una mención anecdótica en el artículo "Montañas asturianas" (1960) y con la minuciosa enumeración que presenta la "Guía de la montaña asturiana" (1977), desde el cordal del Collado Zorro, en Ponga, hasta el de la Serrantina, entre Somiedo y Cangas del Narcea. Lueje detalla el perfil de cada una de estas unidades, y las distancias y tiempos que se invierten en recorrerlas. A modo de apéndice, el libro se ocupa de la geografía y del paisaje de las sierras costeras de Cuera y Puerto de Sueve, aisladas de los ejes del relieve provincial.

### Los Picos de Europa (1946-1981)

Sostiene Lueje en su cuarto artículo sobre los Picos de Europa, "La Cabra Blanca, el Diente y la Garita Cimera" (1953), que sobre la orografía de este sistema *"(...) se ha dicho, se ha tratado y se ha escrito cuanto había que decir, tratar y escribir"*, lo cual le lleva a inferir que *"(...) no queda más que el sistematizar sobre determinadas zonas y motivos o, también, el resaltar algunas partes y perfiles (...)"*. Dicha valoración establece, de forma explícita, su línea de trabajo en la zona: perfeccionar los estudios desarrollados por una extensa e ilustre nómina de "piquistas" que encabezan Casiano de Prado (1852, 1860), autor de las primeras ascensiones y mediciones altimétricas; Schulz (1855, 1858); el coronel José Coello y Quesada, quien recopiló numerosos topónimos y realizó diversas escaladas en los

Urriales en la década de 1860, y el Conde de Saint-Saud (1892 a y b, 1894, 1922), verdadero descubridor geográfico de estas montañas. Su labor la continúan, en el siglo XX, Fontan de Negrin (1907), Carballo (1911), Obermaier (1914), Hernández Pacheco (1914, 1943, 1959), Pidal y Zabala (1918), Delgado Úbeda (1932), Boada (1935), y los contemporáneos de Lueje, Muñoz Goyanes (1967) y Odriozola Calvo (1967). El conjunto de estas fuentes reúne, en efecto, una información muy valiosa, aunque dista mucho de ser completa y, menos aún, definitiva. Llegar a ese estado de conocimientos es un paso que le corresponde dar a Lueje y que se formaliza en el tratado "Picos de Cornión" (1968), título esencial de la literatura "piquista" y referencia insuperada sobre el macizo occidental. Con posterioridad, otras publicaciones acabarán de fijar la imagen física y cultural de los Picos de Europa, entre ellas las de Odriozola Calvo (1980), Adrados y López (1980, 1988), Argüelles, Delgado y Mañana (1981), Sordo Sotres (1987), Mañana Vázquez (1988-1997), Adrados (1990) y Ballesteros Villar (1996-2002).



"Picos de Cornión", la obra más reconocida de Lueje y una pieza maestra en su género, no es un logro aislado, sino la cima de un proceso que tampoco se agota en ella. Como paso previo, entre 1949 y 1966 aparecen siete artículos en "Torrecerredo", que representan un acercamiento al Cornión por su periferia, y el cuaderno "Picos de Europa. Macizo Occidental. Mapa topográfico excursionista" (1956), anticipo de lo que será la monografía. Esta primera etapa "piquista" comprende también una colaboración en el "Noticiero Turístico" de la Dirección General de Promoción del Turismo, en los años 40, sobre "El Parque Nacional de Covadonga", así como la parte correspondiente del artículo "Montañas asturianas" (1960) y el reportaje "El buen pueblo de Bulnes" (1966), de contenido anecdótico y sentimental. Después de "Picos de Cornión" (1968), que fue muy bien recibido y mereció elogios inmediatos, Lueje publica otros cinco libros sobre los Picos de Europa—entre los cuales destaca una exitosa guía de bolsillo, de 1973—y dos ensayos, uno sobre aspectos de conservación y turismo, y otro acerca del Urriellu. Por fin, la "Guía de la montaña asturiana" (1977) ofrece un panorama de este conjunto montañoso con personalidad propia dentro del relieve regional y cantábrico. Quedó inconcluso un original titulado "La toponimia del Cornión" que, según declara el propio Lueje en la exposición inicial de generalidades sobre el macizo, pretendía recopilar, a modo de diccionario, con explicaciones sencillas y concisas, todos los topónimos reflejados en la cartografía dedicada a la zona a partir del primer mapa conocido, obra de Giacomo Cantelli (1696). El borrador, mecanografiado, trata las aportaciones del citado geógrafo italiano (8 términos), así como las de Tomás López (1777) (46 voces), Schulz (1855) (64) y Coello (1870) (8), y se interrumpe en Saint-Saud (1922), en la letra "ll". No le dió tiempo a más.

La serie inicial de siete artículos sobre el Cornión se ocupa de sectores concretos de este territorio, definidos por cumbres prominentes y,



salvo uno, situados en su periferia e incluso en sus estribaciones (Precornión). Su hechura no denota una intención comprensiva, aunque el carácter introductorio del primer texto, "Picos de Cornión" (1949), pueda sugerirla; quizá el libro homónimo interrumpió un proyecto de mayor envergadura. El propio Lueje asegura, no obstante, que lo preparó como apoyo a la publicación de dos croquis de Ramón G. Olay, en adelante colaborador habitual de sus trabajos para "Torrecerredo". En cualquier caso, tras la edición del volumen, Lueje no volvió a escribir en prensa sobre la orografía y los caminos del Cornión.

El tono, la intención y los contenidos de dichos escritos los asimilan a los dedicados a la Cordillera Cantábrica. "Picos de Cornión" (1949), no importa cuál sea su génesis, aporta un bosquejo muy válido del complejo relieve del macizo, que sólo "(...) *llegando allí una y muchas veces (...) se habrá comenzado a conocer (...)*", reflexiona Lueje. La elección del título es premeditada y significativa: Lueje recupera aquí el topónimo autóctono de "Cornión", el "*puramente conservado en la toponimia aldeana*", frente al de macizo occidental de los Picos de Europa, "*exótico nombre divulgado al influjo de intervenciones y literaturas extrañas*". La adulteración procede de Saint-Saud, quien habla también del "macizo de las Peñas Santas", y fue propagada por Fontan de Negrin, Pidal y Zabala, Delgado Úbeda y, tardíamente, por Muñoz Goyanes. Lueje la asume en un primer momento, pero ya en agosto de 1945 encabeza uno de sus "Itinerarios" con el título "Picos de Cornión (Peñas Santas)". El artículo "Picos de Cornión" (1949) acepta, en cambio, otra licencia toponímica de Saint-Saud, quien designa a su capricho dos Peñas Santas, la de Castilla (o de Caín) y la de Enol. Lueje corrige ese falseamiento en "La Vega y las torres de Ario" (1954), donde nombra como Torre de Santa María a la que era Peña Santa de Enol. "Picos de Europa. Macizo Occidental. Mapa topográfico excursionista" (1956) distingue con nitidez la Peña Santa (una, sin adjetivos) de la Torre de Santa María. Ambos ejemplos son muy significativos de la intensa degradación toponímica que afectó a los Picos en la segunda mitad del siglo XIX, ante la

llegada de los primeros naturalistas, cazadores, geólogos, geodestas, ingenieros de Minas, cartógrafos y alpinistas. Ilustran también, en consecuencia, la ardua tarea de investigación y depuración que acomete Lueje para revertir ese proceso.

Sorprende, por ello, que la única referencia expresa al estudio de la toponimia que aparece en los artículos de Lueje sobre los Picos de Europa sea una mera declaración de fuentes, a propósito de la discusión sobre el nombre de una torre que los pastores de Ario, de quienes ha aprendido Lueje, denominan Cabeza Llombreras mientras que *"para el ilustre piquista Olay es el Resellón, y el Respaldón para la gente de Caín"*. De igual modo, tampoco aparecen observaciones etnográficas más allá de una vaga alusión a los relatos de los viejos pastores de las majadas de Amieva por las que atraviesa la Senda del Arcediano, y sólo de vez en vez los sentimientos se desbordan: *"Un domingo de Ramos, día triunfal de sol radiante y de pura y diáfana atmósfera, después de asistir en la iglesia de Soto a una misa de solemne liturgia, escalamos una vez más la montaña y un compañero nuestro acertó a escribir en aquel buzón de cumbres "¡Dios está en Cabronero!", y así supo resumir su profunda emoción de belleza y paisaje"*, anota en "El Cantó Cabronero" (1949). La escasez y parquedad de los comentarios de naturaleza cultural y estética contrasta con la abierta generosidad de las descripciones orográficas.

El reportaje "El buen pueblo de Bulnes" (1966), aparecido en los periódicos y recogido luego en la revista "Airiños" del Centro Gallego de Gijón, tiene su enjundia en cuanto expresión transparente del idealizado concepto que Lueje posee y transmite de los campesinos. El texto es un elogio al comportamiento de los bulniegos en el rescate del montañero vasco Isaías Sanz, segunda víctima mortal del Naranjo, el 4 de septiembre de 1956. *"¡Buenos asturianos de Bulnes! Fuertes de cuerpo y sanos de espíritu, con optimismo ante todos los rigores, y con alegría para hacer frente a todas las fatigas; con conformidad ante las nieves de las terribles invernadas y ante las montañas poderosas que os cercan, con afabilidad y caridad para los visitantes (...)"*. El énfasis en la dureza de esa vida induce una reflexión –desarrollada en escritos posteriores– sobre el estado de las comunicaciones en los Picos de Europa, que lleva a Lueje a demandar una carretera a Bulnes por la Canal del Tejo, *"cortando los precipicios de las Salidas"*. Es una aspiración que nace del afán por facilitar el disfrute público de la montaña y por atraer el "progreso" a sus gentes, heredado del pensamiento institucionalista y, de forma directa, de Pidal.

El artículo panorámico "Montañas asturianas" (1960) dedica mucho espacio a los Picos de Europa y, sobre todo, al Cornión, del cual ofrece una caracterización antológica:

En el Cornión se acotan las más espléndidas hermosuras naturales: ríos virginales, ríos espumosos y rugientes, ríos verdes. Fuentes que manan aguas de hielo, lagos de ondas cristalinas y ventisqueros de nieves eternas. Abismos insondables, canales vertiginosos y las entalladuras de los fantásticos "beyes" (sic). Praderías inmarcesibles pobladas de rebaños, círculos ingentes y "jous" profundos, plenos de rebecos y hayedos umbrosos, en los

que mora el oso pardo asturiano. Vallinas de verdes infinitos, majadas plancenteras y, en las alturas libres de la peña, haz de aristas, de agujas y de crestas y ringleras de enhiestas "torres". Y todo bajo la suprema cúpula de la Peña Santa (...)

Esa descripción emotiva y poética tiene su equivalente geográfico en un párrafo del cuaderno editado junto con el "mapa topográfico excursionista" de 1956:

Los Picos de Europa, con sus albas peñas desnudas, constituyen un conjunto perfectamente definido y delimitado, que guarda su independencia de la Cordillera Cantábrica. Por las quebradas y tajaduras de los cursos superiores del Deva, del Duje, del Cares y del Sella, en el sentido de la dirección, los Picos de Europa aparecen divididos en tres macizos o grupos aislados entre sí. El Oriental, o de Andara, que es el de más recogidas dimensiones, de relativa suavidad y de más baja altitud, que sólo llega a los 2.441 metros en su Tabla de Lechugales. El Central o de Urrieles, que es el de las más grandes asperezas y fragosidades, el del Naranjo de Bulnes, el de Peña Vieja, el de Llambrión, el del magno Cerredo, que alcanza los 2.648 metros, máxima altura de los Picos y, por último, el Occidental o de Cornión, el más grandioso en extensión y riqueza de contrastes y también el de más superior belleza, oficialmente reconocida al haber sido declarado nuestro primer parque nacional.

La publicación presenta una imagen completa del macizo occidental, si bien los accesos, los hospedajes y, por supuesto, las excursiones se erigen en tema principal, como corresponde a su enfoque práctico. Doce rutas, con sus respectivas tablas de tiempos, introducen al visitante en la grandiosidad, la belleza y la variedad del Cornión. Dentro de los apartados secundarios, dedicados al clima, la vegetación y la fauna, destaca la mención al oso pardo, que ya falta entonces de los Picos, aunque alguno *"llega corrido de las zonas matrices de Somiedo, Teverga y Quirós"*, supone Lueje incurriendo en un error.<sup>12</sup>

12. Los pocos ejemplares de oso pardo que se internan en el Cornión y en el conjunto de los Picos de Europa proceden de la subpoblación oriental de la Cordillera Cantábrica, establecida entre el noreste leonés (Riaño), el norte palentino (Fuentes Carrionas) y el suroeste de Cantabria (Saja), y formada por no más de 25 ejemplares. Los dos núcleos oseros de la cordillera se separaron en la primera mitad del siglo XX, con el valle de Valgrande (Lena) como frontera. Hasta los años 40, hubo osos en las vertientes leonesa (Valdeón y Sajambre) y cántabra (Liébana) de los Picos de Europa; del lado asturiano desaparecieron en la primera década del siglo XX.

El valor de esta obra reside, sobre todo, en su mapa a escala 1:25.000, alzado por Lueje a partir de los trabajos geodésicos y topográficos del Instituto Geográfico y Catastral. Su tamaño permite representar el relieve con mucho detalle y da cabida a un vasto repertorio toponímico, contrastado mediante encuestas a los nativos del Cornión. Para juzgar su trascendencia conviene recordar los antecedentes. La primera cartografía específica de los Picos de Europa, publicada en 1894, es un mapa 1:100.000 elaborado por el coronel F. Prudent a partir de los datos de campo que el Conde de Saint-Saud recogió entre los años 1890 y 1893, y que le trasladó junto con fotografías y croquis del terreno. Prudent dibujó en París la orografía de los Picos sin haberlos pisado jamás. Como quiera que el insigne "piquista" y "pirineísta" francés no quedó satisfecho con el resultado, decidió efectuar nuevas comprobaciones en una segunda campaña desarrollada entre los años 1906 y 1908; fruto de

13. Maury visitaría finalmente los Picos de Europa en 1955, pero no lo hizo como montañero, sino que los recorrió cómodamente en automóvil.

ese trabajo es una versión mejorada de la carta, realizada para Saint-Saud por el capitán Léon Maury en 1914 y publicada en 1922 en la "Monographie des Picos de Europa" (y en 1924 por separado y a título personal del cartógrafo). Como contribución original y del mayor interés, dicho mapa se acompaña de hojas individuales de cada macizo a escala 1:50.000, una medida adecuada para incorporar los topónimos desechados por falta de espacio en la cartografía general. Al igual que Prudent, Maury trabajó sin conocimiento directo del territorio<sup>13</sup>, lo cual no le impidió trazar unos mapas de factura modélica que fueron los de uso común hasta que la Editorial Alpina publicó el de Lueje sobre el Cornión, en 1956, y los correspondientes a los macizos central y oriental, ambos de 1966.

Entre medias, Delgado Úbeda (1932) añade un mapa del Parque Nacional de Covadonga sin novedades dignas de mención y Boada (1935) realiza otro sobre los Urrieles, a escala 1:22.000, que presenta una visión precisa y completa del macizo oriental, y contiene una toponimia amplia y muy correcta. Boada incurre, no obstante, en una confusión, sucedida por una viva controversia, al situar al Llambrión como máxima altitud de los Picos, en contra de Prudent y de Maury (y también de Casiano de Prado), quienes, con acierto (su altimetría se ajusta bastante a la verificada en los últimos años mediante fotografías de satélite y otras tecnologías sofisticadas), atribuyen dicha condición a la Torre de Cerredo. Las hojas del Instituto Geográfico y Catastral, de 1941 y 1944, aclaran esa cuestión, pero plantean otras, ya que abundan en errores toponímicos. La referida al macizo central fue revisada en 1954 por Delgado Úbeda. Cuando Lueje prepara su mapa sobre el Cornión dispone, en fin, de una base cartográfica solvente (aunque de difusión muy limitada en los años 30 y 40 a causa de la guerra civil y de las circunstancias de la posguerra), que, sin embargo, deberá ajustar y pulir.

Como novedad derivada de su inquietud por las diferentes expresiones de la cultura popular, el mapa de Lueje traza todos los caminos carreteros y de herradura, los senderos y los "sedos" que consigue documentar, tanto los que continúan siendo transitados como los que ya han caído en el abandono.

"Picos de Cornión" (1968) se gesta a partir de ese precedente —al que ha deslucido de forma inmerecida— con el propósito de completar la descripción del macizo occidental de los Picos de Europa, ya avanzada, y de acercar ese espacio al público, conforme a la idea que Lueje expresará un par de años más tarde en su artículo "Sobre el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga" (1971): *"Hay que guiarlos a la contemplación de la belleza insuperable del prístino paisaje. Hacia la sublimidad física y moral que se encierra en un Parque Nacional. Hacia la emoción contenida en ese Mundo superior de las cumbres"*. Son palabras que evidencian, una vez más, el hilo entre el sentido pedagógico y contemplativo del montañismo institucionista, la "emoción del paisaje" de los noventayochistas, el romanticismo de Pidal y el sentimiento de la montaña de Lueje. Este libro establece también una concatenación con los fundadores del

14. Así lo manifiesta José Antonio Odriozola en las notas a la segunda edición de la obra, que supervisó en 1986. Odriozola enmienda dichas erratas y, a partir de trabajos posteriores de Lueje, incorpora al mapa las canales de los Urrieles que bajan al Cares. Además, indica por su cuenta las sendas pastoriles perdidas desde 1968, sobre la referencia de la red de caminos levantada por Lueje, así como las nuevas vías de comunicación –carreteras, pistas y puentes– abiertas en el Cornión.

"piquismo", de cuyos trabajos parte Lueje, aunque, parafraseando lo que él dice de Schulz, fue *"trabajado, esculpido pudiera decirse, pisando enteramente el terreno"*. Un total de 2.275 topónimos recopilados y verificados, y un mapa a escala 1:25.000 que no deja escapar el menor detalle y que muestra una asombrosa exactitud avalan la dimensión y el valor de esa tarea (la cartografía previa más completa es la oficial de los años 40, que señala 470 nombres de accidentes y parajes). Aparecen, no obstante, algunos errores toponímicos, atribuibles al proceso de composición de la obra, ya que no constan en la documentación original.<sup>14</sup> El objetivo turístico y educativo se concreta en una cuidada selección de 18 itinerarios que proporciona una imagen global del macizo, ejemplifica su diversidad de paisajes y permite acceder a sus principales cumbres. Una exposición histórica, un panorama de los municipios de la comarca y diversas notas etnográficas completan la identidad del Cornión y el volumen.

Los contenidos generales del libro se reparten en tres grandes capítulos, dedicados a la geografía física, a la historia y el conocimiento científico del territorio, y a la cultura popular local. Un cuarto apartado contiene los itinerarios. Las "Notas" finales puntualizan aspectos toponímicos y folklóricos.

El acercamiento al Cornión comienza por unas pinceladas geológicas que destacan la peculiaridad e independencia orogénica y estructural del sistema de los Picos de Europa respecto de la Cordillera Cantábrica, y se detienen en el glaciario y en su vestigio, los neveros. El relato geográfico marca los límites del macizo, sus líneas de cumbres, la red hidrográfica que lo bordea y recorre, los lagos y las fuentes más señaladas de las muchas que manan por su superficie, pues *"no se encuentra majada que no cuente con fuente"*. Las "Notas" enriquecen esta semblanza con un testimonio de alto valor histórico acerca de los lagos de Covadonga: *"Del decir de viejos pastores se sabe que antiguamente el lago de La Ercina era mucho más considerable en extensión y caudales que lo es actualmente. Tal aserto se puede comprobar a simple vista sobre el terreno, observando por las rocas limítrofes, sobre sus caspios, donde se ve claramente la marca que anteriormente habían alcanzado sus aguas, la que aparece a superior nivel en algunos metros sobre la altura de hoy. Y siguiendo la observación, también se ve perfectamente, por el ángulo sudoeste del lago, un marcado remolino, que corresponde a un gran sumidero por el que se va, tristemente perdida, la fuerza de sus aguas, las que, en parte, resurgen muy próximamente por la Fuentona, el espléndido manantial que brota en la vecina Vega de Brial"*. Lueje sugiere taponar ese sumidero para elevar el nivel del lago hasta el primitivo, *"que era en el terminal de la campera de la Tiese"*, y propone una operación similar en la Vega de Brial, *"donde también en tiempos pretéritos, al decir de los pastores, hubo otro bello lago. Tal hecho –argumenta– parece demostrarse en las épocas del deshielo, cuando baja en llena el río Reseco y la Meona, la cascada de su desagüe, rompe sus torrentes sobre la Vega, pues en esos días, se puede ver formado este lago del Brial"*.

El tratamiento de la climatología se limita a unas someras indicaciones sobre los fenómenos atmosféricos y a un consejo práctico: *"De junio*

a octubre es el tiempo que resulta mejor apropiado para las visitas al Cornión y, de venir setiembre de tiempo seco, es el mes que se nos ofrece como más despejado y luminoso". Las notas sobre la vegetación reproducen las aparecidas en "Torrecerredo" sobre la flora de los pastizales y pormenorizan los bosques del macizo. A su vez, la fauna queda representada por los grandes ungulados, los carnívoros y las "aves mayores": las rapaces (entre las cuales se cita al "águila imperial"),<sup>15</sup> el urogallo y los "patos salvajes". Lueje pone el acento en la abundancia del lobo, que juzga "más de la debida", y del rebeco, "que se concentra en cabradas de varias decenas, por los jous o cimeras del Macizo, con sus carreras, sus saltos y emocionantes trepadas por neveros e inaccesibles paredes". Escasea, en cambio, el oso pardo, al que menciona "por el selvático Berezosu y por las breñas de Pelajierro" y cuya presencia relaciona de nuevo con ejemplares desplazados desde Quirós, Teverga y Somiedo. El dato faunístico más interesante es el recordatorio del "mueño o mueyo", la cabra hispánica lusitánica, que habitó "por los altos valles y cañadas del Cornión y de los Urrieles", y a cuya abundancia pretérita atribuye Lueje, con acierto, la etimología de Cabrales (Concepción, 2001). También atina al situar la extinción de este ungulado "hace poco más del siglo".<sup>16</sup> La prueba inequívoca de que en el pasado las cabras camparon a sus anchas por estas cumbres la encuentra Lueje en la toponimia:

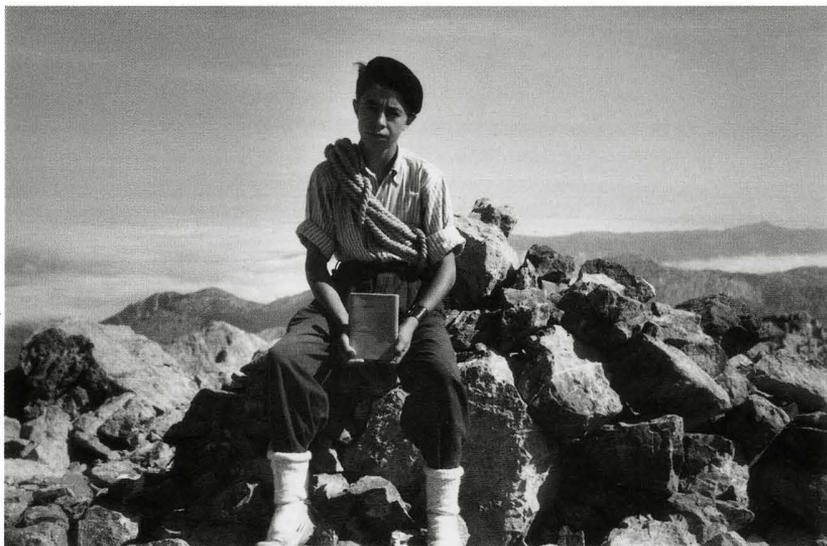
La Canal del Mueño, al noroeste de la Torre de la Celada, del Macizo Central de los Picos; la Riega del Mueño, que es la que desemboca en el Cares como a un kilómetro aguas arriba de Caín, y los Puertos del Mueño, que es por el llamado Puente de Mabro, en el camino que desciende de Valdeón, por ese punto y por la abertura del trozo final de la Riega, al llegar al Cares.

Fuera de ese ejemplo, las cuestiones toponímicas se dirimen en las "Notas" que cierran el libro. Lueje avala en ellas el nombre de Picos de Cornión acudiendo a las referencias documentales, de Schulz (1858) y de numerosos autores posteriores, y echando mano de su propia experiencia: "A Peña Santa y al completo despliegue del Macizo Occidental de los Picos de Europa (...) desde siempre los hemos sentido llamar Picos de Cornión. Con este nombre los conocimos desde nuestra niñez, cuando los comenzábamos a columbrar y admirar, subidos desde cualquier cueto o cuesta del cerco de Infiesto (...)". Asimismo, insiste en este apartado en la existencia de una única Peña Santa. "De la toponimia indígena, que es la real y a la que hay que acudir, se recoge lo de decir Torre de Santa María y no Peña Santa de Enol, denominación ésta que tenemos que juzgar de exótica, como traída a estas alturas por visitantes extraños a la comarca". De nuevo, escribe Lueje con pleno conocimiento de causa: "como Torre de Santa María era conocida por el viejo Remis y por los pastores y cazadores cainejos".

Hay más ejemplos de la cuidadosa restauración toponímica llevada a cabo por Lueje. Según sus averiguaciones, la llamada Torre de Comea no es sino el pico que los cainejos reconocen "exclusivamente" como Cueto Agudos; el falseamiento tendría, a su juicio, una sencilla

15. Es una confusión evidente con el águila real. El águila imperial, una rapaz propia del bosque mediterráneo, nunca ha habitado en Asturias; en cambio, sí hay y ha habido siempre águilas reales en los ecosistemas de montaña.

16. El "mueyu" o "mueyo" se extinguió en Asturias a mediados del siglo XIX; el último ejemplar se registró en los Picos de Europa, en términos de Cabrales, en 1853. Apenas cuatro décadas después, en 1890, esta subespecie de la cabra hispánica exclusiva del noroeste peninsular desapareció por completo. Los últimos supervivientes habitaron en la Sierra de Gerez (Portugal).



explicación: *"Lo que hay, por su falda del mediodía, es el Monte de Comea, de lo que fue derivado erróneamente lo de Torre de Comea".* Otras veces el trastrueque es intencionado, como el que consume Saint-Saud al denominar Punta de Schulze a La Torrezuela, *"nombre indubitado de la indígena toponimia, que debe respetarse y conservarse"*, en homenaje a quien fue el primer alpinista que subió en solitario al Urriellu y el primer científico que interpretó de modo correcto la estructura geológica de los Picos de Europa. Esa misma motivación explica el topónimo de la Collada de Juan González, en el camino de Ario, impuesto en memoria de un pastor de Llenín *"que hace muchos años murió despeñado por aquellos derrumbaderos"*. El propio Lueje participa de esa tendencia, al bautizar con el diminutivo de su hija Isabel a la Torre de Ita: *"Era ésta una torre innominada, o cuando menos, por innominada la tenían todos cuantos valdeones les preguntamos por ella, que fueron muchos y en muchas ocasiones, habiendo sido nosotros quienes, conmemorando su escalada por varios familiares de uno, nos tomamos el atrevimiento de bautizarla con el nombre, también de familia, de Ita, de Torre Ita"*, se justifica. Pero ése no es su proceder habitual; muy al contrario, Lueje se preocupa por devolver a cada accidente orográfico la identidad que le pertenece e incluso profundiza en su significado. La acertada interpretación del toponímico "prieta" o "prieto", que *"se repite por los accidentes del Cornión"*, como referido al frío, es de su propia cosecha, al igual que el considerar, también con buen criterio, los de "Engiesta" o "la Ingiesta" como *"corrupción de Enhiesta, o Enhiesto, erguido, levantado"*, atendiendo a su aplicación común *"a sendas de pendientes fuertes, directas o de atajo, de abreviar camino, teniéndose varias Ingiestas por el Cornión (...)"*.

Lueje da rienda suelta a su afición por la historia en un relato proclive al tono épico y legendario que desarrolla los orígenes del poblamiento en el Cornión, hasta la batalla de Covadonga del año 722, y la exploración geográfica de los Picos, cuyo embrión sitúa en la Crónica de Albelda (88r), si bien no cobra entidad científica hasta mediado el siglo XIX, cuando entra en escena el ingeniero y geólogo alemán Guillermo

17. Lueje olvida u omite al ingeniero de Minas y geólogo Casiano de Prado y Vallo, primer explorador de los Picos de Europa con propósitos científicos y afanes deportivos, quien realizó las primeras ascensiones montañosas de las que se tiene noticia en los Picos, en 1853, a la Torre Salinas, y en 1856, a la Torre Llambrión, ambas en el macizo central. El desaire es tanto más llamativo cuanto que Lueje conoce esos logros; así lo pone de manifiesto en "Picos de Europa. Macizo Occidental. Mapa topográfico excursionista" (1956) al referirse a Casiano de Prado como "avanzado precursor que desde hace más del siglo ya escalaba por los Picos de Europa y escribía de sus grandezas".

Schulz, "el primero de los investigadores y científicos que pisa y estudia el Cornión y los Picos de Europa" y, según Lueje, "acaso también (...) el primero que realizó, en montañero, excursiones y ascensiones por los Picos de Europa".<sup>17</sup> Pidal, Saint-Saud y Delgado Úbeda jalonan su referencia al período fundacional del "piquismo", al que trae, además, al olvidado Roberto Frassinelli, el Alemán de Corao, "un tipo de leyenda" consagrado "a la empresa del engrandecimiento de Covadonga". Lueje dedica grandes elogios a la "Monographie des Picos de Europa" (1922) de Saint-Saud, que califica como un "compendio fundamental y acabado de los tres Macizos (...) un definitivo y perfecto trabajo (...)", obviando la responsabilidad del Conde en las alteraciones toponímicas que él se ve obligado a subsanar.

La descripción de las "Tierras del Cornión", que comprenden los concejos leoneses de Valdeón y Sajambre, y los asturianos de Amieva, Cangas de Onís, Onís y Cabrales, da pie a la parte etnográfica y folklórica del volumen; también la más emotiva. Es un recorrido geográfico, pero sobre todo humano, con nombres propios y rostros amigos. Una historia con múltiples voces y que se habla en asturiano, en el "bable del Cornión", que Lueje caracteriza mediante quince rasgos o reglas peculiares. Uno de los testimonios más interesantes que componen ese perfil del macizo está recogido en la majada de Sabugo, en la Senda del Arcediano:

Nosotros, en una ocasión que al descender de Valdepino, hubimos de hacer noche en aquella majada, de nuestro huésped, el tío Luis Redondo, viejo vaquero amievense, escuchamos diversas consejas sobre el lugar. Nos contó que la Santa se había aparecido sobre una peña de Cofría, la gran cueva que está al frente de Sabugo y de la que alumbraba una fuente que es un verdadero río de caudales. Que dentro de Cofría estaba instalado un tablado o tillado de tejo, para sobre él tener a la Virgen y, por debajo, a las vacas y las cabras que eran de ella, que para su mantenimiento también tenía prados de su propiedad, por Sabugo y Angón; como el "Prau" y los "Pandos de la Santa", que todavía hoy se siguen conociendo y llamando así. Que algún tiempo después de su aparición le habían construido la casa ermita en la misma campera de la majada, donde el 8 de septiembre se celebraba su fiesta y una sonada romería. También contaba que una vez que se quiso llevar por el pueblo a la Santa, cuando iban con ella de camino, el día se hizo noche y tuvieron que volverla a Sabugo. Mas luego, decía entristecido, al no ser las gentes merecedoras de milagros por haber dejado de ser buenas, ya se la pudieron llevar del todo para Amieva.

Majadas y pastores tienen siempre un gran protagonismo en la obra de Lueje, y "Picos de Cornión", por la propia personalidad del macizo, pastoreado desde la Edad del Bronce, no podía sustraerse a esa presencia principal. Lueje pone el acento en los rasgos más significativos, como el sistema de pastos rotatorios, semejante al visto para los puertos de la Cordillera.

Hay en los pueblos y aldeas una estabulación total del ganado de diciembre a últimos de marzo; luego, por parte de la primavera y el otoño, lo estacionan por el escalón intermedio de los invernales; y ya por los meses estivales, ascienden con ellos a la zona de las majadas, en las que existe todavía el grado de las majadas de altura, por encima de los 1.500 metros, con una estancia que suele durar desde la segunda decena de julio hasta las primeras nieves septembrinas.

Buen conocedor de esos lugares, los relaciona uno por uno y concejo a concejo. Como aspecto peculiar de la tradición pastoril de la zona, se detiene en la elaboración del queso: la leche, *"mecida en las cuernas"*, se trasvasa *"a las pellas, que es donde se obtiene la cuayada"*, y se pasa después *"a los arnios, que descansan sobre las artesas, por las que van recudiendo el suero y la viria, que es el punto de estar formadas las piezas, para cambiarlas a los presugos, donde reposan y seorean"*. Al interés cultural que anima dichas observaciones, se superpone, una vez más, la visión idealizada que Lueje tiene de la figura del pastor: *"en las cabañas con los pastores se aprenden lecciones profundas. Como la gran lección de la humildad, y la del amor a un prójimo que tiene un quimérico, un inclemente vivir sobre la Peña, muy desigual en demasía con el regalado vivir que se lleva en el valle, y que se lleva en la ciudad"*. Esta última consideración, que pesa mucho en su simpatía hacia este colectivo, está en el ánimo del Manifiesto de los Pastores de los Picos de Europa presentado en 2002 en defensa de su forma de vida, amenazada, más que por cualquier otra cosa, por esa desigualdad que hace que los jóvenes se desentiendan de los rebaños y de los Picos. Un proceso del que Lueje ya fue testigo:

El éxodo de la gente aldeana hacia la ciudad, es fenómeno antiguo, que ya hace mucho que se viene manifestando, como bien se puede apreciar por las majadas que se pueden ver abandonadas por estos puertos y por la montaña en general, siendo una de éstas, la que estuvo asentada en la verdeante Vega del Forcau, la que hace como unos 50 o 60 años, era de las más importantes y populosas del Cornión, no quedando allí ahora más que unas tristes y desoladas ruinas de cabañas, de corrales y de cuerrias.

El mapa del Cornión anexo al libro ha guiado los pasos de los montañeros desde su edición, y, si bien ha caído en desuso ante las nuevas cartografías (las de Adrados, sobre todo), aún conserva su vigencia y permanece como modelo. Puesto en relación con el anterior mapa de Lueje sobre la zona, viene a ser una versión ampliada y mejorada del mismo, con un tratamiento ejemplar de la topografía y de la toponimia, y con una sensación más realista del relieve gracias al sombreado de los perfiles de las montañas. Lueje elaboró el original y supervisó su perfeccionamiento en el Instituto Geográfico y Catastral. Los doce años que transcurren entre ambos mapas los aprovecha para revisar y corroborar sus datos, y para añadir nueva información; también aparecen en ese tiempo otros planos de los Picos de Europa, aunque no hacen sombra a los suyos. El Servicio Geográfico del Ejército publicó uno en 1959, mejo-

rando la otra cartografía oficial, del Instituto Geográfico, mientras que la Federación Española de Montaña presentó en 1964 una carta a escala muy reducida, basada en las hojas del Mapa Nacional. Esa misma fuente dio origen a los trabajos de Odriozola (1964) y de Arias Corcho (1965). El de Muñoz Goyanes (1967) sobre el Parque Nacional de Covadonga completa la relación.

La estructura de "Picos de Cornión" (1968) se repite en "Los Picos de Europa" (1973), un libro de bolsillo de orientación turística del cual se tiraron varias ediciones y que también reutiliza en gran medida los contenidos de aquél, con las modificaciones exigidas por el propio carácter de la publicación y por la ampliación de su ámbito geográfico al conjunto de los tres macizos. Como pinceladas novedosas, el apartado historiográfico se centra en el conocimiento primario de los Picos, anterior a Casiano de Prado, y especula sobre el origen del topónimo general del sistema. La referencia a la fauna contiene un matiz respecto de la presencia del oso, pues, si bien mantiene Lueje la presunción errónea de la llegada de ejemplares de la población occidental, considera, además, la aparición de otros desde *"las abruptas serranías de Saja, Curavacas y Peña Prieta"*. Dentro de la descripción geográfica, sobresale la denuncia de los efectos de la minería en el macizo oriental, *"con su paisaje terriblemente trastocado y roto por un siglo de masivas explotaciones mineras. Las que, con sus voladuras, llegaron hasta mutilar lastimosamente la gala del antiguo gran Lago de Ándara, convirtiéndole en "El Pozo" actual, de rocas y pobres aguas"*. Los trece itinerarios que constituyen la parte práctica del libro (cinco por el Cornión, seis por los Urrieles y sólo dos por Ándara), más apropiados para montañeros que para excursionistas convencionales, componen un panorama satisfactorio de los Picos de Europa, como globalidad y para cada una de sus tres unidades fisiográficas.

Años después, la "Guía de la montaña asturiana" (1977) reproduce esas mismas rutas, con un único cambio en las que discurren por el Cornión, y resume los contenidos generales de "Los Picos de Europa"; el planteamiento de la obra no permite otra cosa, y tampoco ha habido progresos científicos significativos que obliguen a introducir modificaciones. La persistencia del equívoco en torno a las "Peñas Santas" lleva a Lueje a incluir en las "Notas" finales del volumen la aclaración, casi se diría que airada, de que *"No hay más Peña Santa que una"*. No era una insistencia vana; aún hoy se ven mapas y se leen textos donde aparece la mal llamada Peña Santa de Enol o se porfía en apellidar "de Castilla" a la singular y auténtica Peña Santa.

### Historia montañera (1961-1978)

La erudición de Lueje en la historia del montañismo se evidencia en las abundantes citas de sus escritos y en las fuentes bibliográficas que maneja, núcleo de su importante biblioteca. Además, él mismo contribuye a contarla, en cinco artículos dedicados a sendos personajes con un papel destacado en su devenir o que, siendo montañeros llanos, alcanzaron una relevancia superior por sus méritos en otros campos. No es una serie,

ya que carece de lógica propia y responde a circunstancias y a motivaciones variadas, pero adquiere entidad diferenciada dentro del conjunto de su obra. El libro "El Naranjo de Pidal y el Cainejo" (1979) encaja en su temática y en sus intenciones, pero se explica mejor en el conjunto de los títulos de divulgación, ensayo y memorias de finales de los años 70.

Jovellanos protagoniza el primero de estos textos de reconocimiento; es la aportación de "Torrecerredo" a las conmemoraciones jovellanistas de 1961. También constituye un homenaje personal de Lueje a una figura que admira como *"conspicuo adelantado nuestro"* en el amor a la montaña y a Asturias: *"En los Diarios, en las obras y, en general, a través de todo escrito de Jovellanos aparecen siempre, constantemente, las observaciones delicadas, las frases rendidas, los reflejos profundos que su espíritu egregio y sensitivo tiene que recoger de sentirse enfrentado, de continuo, ante el sublime espectáculo que le ofrece la tierra madre, la verde Asturias"*. Publicado como cuerpo principal de un folleto, "A Jovellanos montañero" (1961) recrea el itinerario que el ilustrado gijonés realizó en junio de 1792 por los concejos de Quirós y Teverga, y por la comarca leonesa de Babia.

Ahora, en estos tiempos, las carreteras cortan por las más escarpadas montañas, y los automóviles nos pueden situar al pie de las más apartadas cumbres. Pero hace 170 años, Jovellanos no contaba sino con caminos perversos —así los tenía que calificar—, o sendas malas y perdidas. No podía ayudarse de otros medios y, sin embargo, supo alcanzar y vencer, una y cien veces, a las montañas de Valgrande; supo llegar y ganar, a la recóndita collada de Garrafe, a los enriscados pastizales de Trobaniello, a los culminantes Puertos de la Cordillera Cantábrica; y, a tantos otros accidentes, privilegiados accidentes, de la geografía asturiana. Este es el hombre. Un montañero esforzado, practicante del montañismo heroico.

Ese retrato se complementa con la geografía del recorrido, descrita con detalle y enriquecida con notas históricas, folklóricas y toponímicas, como las referidas al Camín de la Mesa:

A lo largo del Cordal hubo construida una calzada lomera que es considerada prehistórica. Fue una vía estratégico militar, que venía desde la ciudad de Astorga a adentrarse en el Principado por las cumbres de los montes; de ella ya se sirvieron las Legiones romanas, siendo más tarde camino de retirada y muerte del caudillo Munuza, ruta de las invasiones devastadoras de los musulines de Abd-al-Karin y escenario, en Lutos, de la decisiva victoria de Alfonso II el Casto. Hasta mediados del pasado siglo era camino principal de arriería, al que se tenía como único para la entrada de coches en la provincia. En su recorrido, se levantaban las ventas camineras de la Mesa, la Magdalena, Piedra Jueves, San Lorenzo, Porcabeza, Lodos, Capítulo y Santa Cristina. Hoy día, aquella pasada importancia, está reducida a un pequeño tráfico de pastores y rebaños.

El segundo artículo de este grupo, "Andrés Espinosa, un ejemplo" (1966), es el único que Lueje publicó en "Peñalara". El título revela su intención: un elogio a la figura del montañero vasco, a quien el autor considera *"quizás la más relevante figura del montañismo patrio"*.

Espinosa Echevarría fue, en efecto, un formidable alpinista, escalador del Mont-Blanc, el Cervino, el Toubkal –en la cordillera del Atlas–, el monte Kenia, el Kilimanjaro, las cumbres del Himalaya... y todo a la vieja usanza y en solitario. Tratándose de un personaje afecto a Lueje no podían faltar en su curriculum los Picos de Europa ni el Naranjo, *"pedestal magnífico del alma de Iberia"*, según definición del propio Espinosa, quien lo escaló *"sin guía ni cuerdas"* el 30 de julio de 1928. Era la décimoquinta ascensión al Urriellu y la segunda, tras la de Schulze de 1906, en que alguien –aparte de los Martínez– se atrevía a subirlo en solitario y lo lograba.

Diez años antes, el luanquín Luis Martínez "El Cuco" perdía la vida en su pulso con el Naranjo: *"el bautismo de sangre del fiero Urriellu"*. La víspera del 57º aniversario del suceso, ocurrido el 2 de septiembre de 1918, Lueje recuerda a este infortunado montañero en las páginas de "Torrecerredo". Víctor Martínez, el gran guía del Naranjo, reconstruye el accidente. Eugenio Cueto y él mismo localizaron el cadáver en el Jou tras el Picu, donde había permanecido una semana. A su vez, Manuel Martínez Campillo despeja la incógnita de si el montañero llegó a completar su ascensión o se despeñó mientras subía. No había nota suya en el buzón de cumbres, pero el cuerpo tenía enredado un trozo de bramante con una piedra en el extremo, un rústico instrumental utilizado para medir la altura de las montañas desde su cima. Si El Cuco sacó el bramante de la mochila es señal de que había coronado el Naranjo, deduce Martínez Campillo. Son, en cualquier caso, un suceso y un nombre para la historia del símbolo del alpinismo español. Una historia de un tiempo en que el Naranjo se erguía *"aún soberanamente libre y virgen, de la invasión multitudinaria que después había de llegarle, y asolarle"*.

Claudio Sánchez Albornoz aparece en esta serie por su vínculo con los Picos de Europa, de los que era un *"concienzudo conocedor"*, en palabras de Lueje. Su estudio "A través de los Picos de Europa. Una ruta histórica", publicado en 1931 en la "Revista de Occidente", recrea la huida de los musulmanes tras la batalla de Covadonga con una exacta descripción de los lugares por los que éstos abandonaron el Cornión. Es una de las referencias historiográficas más utilizadas por Lueje, quien recuerda cómo conoció a Sánchez Albornoz, en el verano de 1932, cuando ambos coincidieron en Covadonga *"en ruta hacia el Cornión"*. Su amistad se mantuvo a lo largo de los años a través de la correspondencia, de contenido personal e intelectual: los Picos de Europa, el paisaje y la Santina, de la que Sánchez Albornoz era devoto (el 23 de mayo de 1976 la visitó para ofrendarle una copia de sus "Orígenes de la nación española") son motivos recurrentes en esas cartas. También estaba unido el historiador a la A.M.A. Torrecerredo, en cuya revista publicó, en junio de 1954, la

crónica titulada "Mi primera jornada en los Picos de Europa", en la cual propone una explicación —muy sugerente y satisfactoria, a decir de Lueje— para el topónimo del sistema: *"junto a esos picos —escribe— los astures iniciaron nuestra gran misión de centinelas de Europa"*.

El artículo dedicado a Nicanor Piñole, homenaje póstumo al amigo perdido y al pintor admirado, hace memoria de las jornadas de montaña compartidas por ambos y ensalza la calidad artística y humana de aquél. Lueje centra su semblanza en el Piñole montañero y pintor de la montaña, y en ambas facetas pone de relieve su emoción ante los grandiosos parajes de los Picos de Europa y su inclinación por Ponga, cuyas cumbres principales (Tiatordos, Maciédome, Collado Zorro, Ten, Pileñes...) son motivo de algunos de sus mejores paisajes. Su obra, valora, es *"el canto más elevado, más estético y más en verdad que nadie jamás le había consagrado ni le podrá consagrar"* a la montaña. En un tono más íntimo, recuerda su talante *"siempre silencioso, siempre modesto y tímido en demasía"*, que sólo conseguían mudar el chófer José María Medina y Adolfo de la Vega "Cajetilla", cuyo gracejo sacaba a Piñole de *"su natural seriedad para reír de la mejor gana"*. El afecto al hombre se impone al elogio del artista. Era, concluye Lueje, *"(...) nuestro Norte, nuestra Brújula de rumbos y conductas (...) un ejemplo con virtudes de apóstol, que poseía la sencillez, la humildad, la apacibilidad, la comprensión, la tolerancia, la delicadeza, el altruismo, la generosidad y, lo que es aún más difícil de poseer, en las tantas veces duras e inhóspitas alturas, la abnegación y el sacrificio, para el prójimo, para los demás"*. Ese carácter bondadoso del personaje lo explica bien una anécdota a propósito de la amistad que mantenía con un muchacho de Lario, *"poco más que aprendiz de pastor"*. Éste le trataba de *"señor"*, le atendía con solicitud y, en una ocasión, al despedirse, le regaló una hermosa hogaza de pan blanco, *"en aquella época en que sólo lo había negro o no lo había"*. Piñole, conmovido, le confía a Lueje: *"¡Perdone, amigo, pero es que hay más grandeza en ese pequeño que en su Peña de Ten!"*. Varias fotografías, fechadas en los intervalos 1944-46 y 1967-68, ilustran la publicación; en ellas puede verse al pintor trabajando en el campo en Lario (León), en septiembre de 1946, y en el acto de entrega de la medalla que le concedió la Federación Española de Montaña, celebrado en Felechosa (Aller) en junio de 1967.

### Revisión y reflexión (1968-1980)

Después de "Picos de Cornión" (1968), su obra maestra, con la que se cierra la etapa de descubrimiento del relieve cantábrico, Lueje se concentra en una literatura ensayística, de revisión, discusión y reflexión, que incluye varios artículos autobiográficos y publicaciones de divulgación general. El deterioro de su salud fuerza en buena medida este paso de página. Pero Lueje no cuelga las botas; bien al contrario, poco des-

pués de retirarse se opera de la artrosis y en cuestión de meses crea el Grupo de Veteranos Montañeros Asturianos (G.V.M.A.), en el cual se vuelca con entusiasmo. El acto de constitución tuvo lugar el Sábado Santo de 1974 en Camarmeña (Cabrales); aparte de Lueje, son sus miembros fundadores Luis Sela Sampil, Julio Gavito, Carlos Bourgón, Juan Llop Barrubés, Amador Díaz Obegero, Manuel Martínez Bernardo, José María García-Argüelles, Juan Martín Arroyo y Ricardo Luis Arias. El G.V.M.A. promovió la construcción del mirador del Naranjo de Camarmeña, inaugurado el 30 de mayo de 1976, y auspició la publicación de tres libros de Lueje: "El monumento de Camarmeña" (1977), editado con motivo de la apertura al público de dicha obra; "El Naranjo de Pidal y el Cainejo" (1979), que conmemora los 75 años de la escalada del Marqués de Villaviciosa y Gregorio Pérez Demaría al Urriellu, y "De los Picos de Europa. Cumbres de Reconquista" (1980), presentado con ocasión de la VII Asamblea y Marcha Nacional de Veteranos, celebrada en Covadonga.

Una de las referencias básicas de esta parte de la obra de Lueje es el artículo "Proceso a un nombre" (1970), escrito a requerimiento de la Federación Asturiana de Montaña (F.A.M.) con el ánimo de zanjar una encendida polémica sobre el Naranjo de Bulnes. El origen de la misma fue el accidente sufrido el 12 de febrero de 1970 por los alpinistas Gervasio Lastra y José Luis Arrabal en la pared oeste del Urriellu, un suceso muy aireado en la prensa, parte de la cual desvirtuó el nombre de la montaña, refiriéndose a ella como "Naranco de Bulnes". Esa ligereza suscitó la cuestión de si el topónimo correcto del pico era Naranjo o Naranco. Lueje asume la defensa de la denominación tradicional de Urriellu y del nombre castellano Naranjo, de origen reciente y foráneo pero con un uso normalizado de más de un siglo. La revista "Enol" de la F.A.M. difunde sus argumentos en el número de julio de 1970; ese mismo mes, "Airiños", la publicación del Centro Gallego de Gijón, lo reproduce bajo el título "El Picu Urriellu o Naranjo de Bulnes". Dicho texto aún tendrá una tercera versión, en el libro "Picu Urriellu o Naranjo de Bulnes" (1972).

Lueje entiende que "(...) *los razonamientos de las personas que llevaron la denominación Naranjo a la "picota" ni son claros ni convincentes*". Éstos cuentan a su favor con algunos precedentes en la bibliografía, pero tampoco los apoyos de esos primeros "naranquistas" poseen la debida solidez. Constancio Bernaldo de Quirós, auxiliar del Instituto de Reformas Sociales, alma de "Peñalara" y estudioso de la historia de la exploración de las montañas españolas, defiende en 1926 el topónimo "Naranco de Bulnes" por mera asimilación con el monte Naranco de Oviedo y con el Collado Naranco y el Coto Naranco de Espinama, en los propios Picos. Pedro de Jusúe (1967) asegura que la Vega de Urriellu se llamaba Vega del Naranco y, por tanto, ése ha de ser también el nombre del pico que la preside. Ninguno de los dos aduce pruebas del empleo del topónimo en el habla local. La inconsistencia de la postura "naranquista" hace que Lueje se extrañe y se moleste ante la inclinación por esta causa de un

"montañero integral" e "ilustre y excepcional piquista" como Odriozola, autor, por lo demás, de un libro titulado "El Naranjo de Bulnes" (1967). Porque, asegura Lueje, "(...) no ha podido escuchar y aprender más que Naranjo y solo Naranjo".

La afirmación de Lueje, que remite a su propia experiencia de campo, constata la utilización de la voz Naranjo y, de forma implícita, el desplazamiento del nombre primitivo de Urriellu, que ya sólo "se puede oír pronunciado por algunos viejos lugareños". A su juicio, "no podría determinarse con un serio fundamento el comienzo de llamar Naranjo, pero sí se sabe cuándo empieza a escribirse. Fue el primero en hacerlo (...) D. Luis Guillermo Schulz". Lueje no alberga dudas: si el ingeniero alemán adoptó esa denominación fue "por haberlo así escuchado y aprendido por las aldeas de los Picos de Europa". Los cabraliegos usan ese nombre desde hace generaciones; Julio Concepción (2001) afirma que lo atribuyen a un forastero y lo explican por el tono que adquieren las paredes norte y noroeste del Picu en ciertas puestas de sol, sobre todo en invierno. Aquel anónimo viajero habría evocado el color de los naranjos al contemplar uno de esos atardeceres, y habría bautizado a la peña como Naranjo. El proceso de formación del topónimo le parece coherente a Lueje, quien supone el mismo origen a los de Peña Blanca, Peña Bermeja, Torre Parda y Peña Negra, entre otros. Va incluso más allá: "Y no cabe admitir que la palabra Naranjo sea exótica entre nosotros. Asturias (...) no es extraña al cultivo del naranjo (...) Y los hay, o los hubo, uno los ha visto, en Asiago y Arenas de Cabrales, a la directa vista del Picu".

Después de Schulz, el simbólico pico de los Urrieles continuó siendo Naranjo para todos los grandes "piquistas": Casiano de Prado, Saint-Saud, Pidal, Fontan de Negrin, Schulze...; para los destacados asturianistas Canella y Aurelio de Llano; para los estudiosos del concejo de Cabrales, como Villar Ferrán y el párroco Juan Guerra Díaz, y para los lugareños, entre quienes descuellan nombres tan unidos a la historia de esta cumbre como el Cainejo y los Martínez. "Es el decir de los aldeanos y pastores de Caín, de Bulnes, de Camarmeña, de Sotres, de Tielve, de Inguanzo, de Berodía, de la Molina y de Candes. De los lugareños de Arenas, de Póo, de Carreña, de Cabrales entero. Del pueblo todo. Es la Vox populi, que es la voz de Dios".

Lueje, por tanto, establece la legitimidad de la voz Naranjo, pero recuerda que el topónimo auténtico es Urriellu.

Aunque fuera muy en minoría se venía diciendo Picu Urriellu. Bien niño era uno, cuando nos llevaron un día de fiesta al enfilado belvedere de Camarmeña, a contemplar el Naranjo, que no hacía mucho había lanzado a la fama a nuestro D. Pedro Pidal. Y de esa señalada fecha de la infancia, conservamos vivo el recuerdo, de un añoso y barbado cabraliego que nos confundió al decirnos: "¿Gústate el Urriellu?"; y "¿Atrévete con el Urriellu, rapaz?". El Urriellu, decía la tía Jerónima que, durante más de medio siglo, fue en Bulnes liberal aposentadora de montañeros y turistas. Y el Urriellu dice el amigo Gumersindo Mier Campillo, el nonagenario tío Sindo, bul-



nés conspicuo y bien leído. Se dijo Pico Urriellu, y aún dura ese decir. Más fuerza es el reconocer el que está casi extinguido, perdido, tan puro y tan propio nombre", concluye.

Lueje fue invitado por la Federación a resolver otro equívoco. Un artículo sin título difundido también en la revista "Enol", en 1970, responde a la duda planteada por algunos participantes en el Trofeo de Cumbres Olvidadas que no encuentran nombrada a la Peña Blanca ni en "La Vega y las Torres de Ario" (1954) ni en el "Mapa topográfico excursionista" del Cornión de 1956. Lueje se disculpa por esta "equivocación lamentable" que, según explica, "vino de la mala información que me habían dado, y no una sino muchas veces, los pastores de la vega de Ario. Allí en la propia majada, y también en su pueblo de la Robellada, de donde son todos ellos, y donde los visitaba, como antiguos y buenos amigos. Y para estos, la Peña Blanca (2.185 metros), era la Robliza, y la Robliza (2.248 metros) era la Cabeza Llombreras. Equivocación lamentabilísima repito, que pude deshacer bastante tiempo después, con la gente de Caín, y de otros buenos testimonios".

"Sobre los límites provinciales de los Picos de Europa" (1971), publicado asimismo en "Enol", reivindica la asturianía del paisaje y de la cultura popular de las comarcas de Valdeón y Sajambre, y reclama como asturiana parte del macizo de Ándara, pues

(...) Física y políticamente. (...) sus relevantes y clásicas cimera, las que corren del Cortés al Deboru y Antesotes, tanto tienen y son de Santander, como de Asturias", razona. "Será santanderino cuanto queda

de esta alta divisoria hasta el Saliente, para aguas del Deva. Y es nuestro, lo de la vertiente contraria, hacia el Poniente, para aguas del Duje. Como es de allá Tresviso, asentado por su caída Oriental, y de acá, Sotres, que lo está en la Occidental.

Los artículos que más interesan de cara a comprender el pensamiento de Lueje son dos colaboraciones en "Torrecerredo" que desarrollan una misma reflexión. La segunda viene motivada, de hecho, por la crítica contestación del colectivo montañero a la primera, y como abundamiento en el tema, que no es otro que el de la confrontación, o el equilibrio, según se mire, entre conservación y desarrollo. Lueje, ya se ha dicho, es partidario de acercar la montaña a la gente y de hacer del disfrute público de la misma uno de los objetivos de los parques nacionales. Así lo expresa en el artículo "Sobre el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga" (1971), donde, en coherencia con esa idea, reclama una mejora de las comunicaciones en el espacio protegido, pues desde Pidal "*nada o poquísimo en él se ha hecho y acometido*". En concreto, sugiere una carretera hasta Ario, por el camino de uso habitual en la actualidad; otra a Ordiales, aprovechando la pista del Collado les Veleres al Puente de Redimuña, prolongando su trazado otros seis kilómetros, y una tercera al valle de Angón, adecuando la pista de servicio a los saltos del Dobra.<sup>18</sup> "*Son tres nuevas vías para descubrir y meter al gran turismo en el profundo misterio de sus senos y entrañas*" (las de los Picos), defiende Lueje, quien cita como ejemplo a seguir el teleférico de Fuente Dé, en la vertiente cántabra. Sabedor de que su propuesta no va a ser bien acogida por el común de montañeros, "*que bien sabemos son en preferir al Parque Nacional en la solemnidad del silencio y la soledad*", les pide disculpas de antemano y reclama su comprensión hacia "*el prójimo sedentario y turista*".

La reacción no se hizo esperar. Pero Lueje, lejos de desdecirse, se reafirma en sus convicciones. El título de su contrarréplica, "El paisaje es de todos" (1972), transparenta su argumento esencial. Sus palabras las suscribiría el propio Giner de los Ríos:

Que los montañeros saben amar, respetar y amparar tan grandes bienes, y las masas no? Pues deber es el prepararlas y educarlas convenientemente (...) Para que la Naturaleza se convierta en paisaje viviente y utilitario de los hombres precisa ser introducida en la geografía de la civilización (...) Así se consigne el que se abra el vivir de la belleza natural, el goce del paisaje, para capas cada vez más extensas y sencillas del pueblo. Y se eleva su sensibilidad, que es elevar igualmente los valores espirituales de su formación y cultura.

Lueje recuerda, además, que el proyecto de construir carreteras que atravesaran los Picos ya estaba en la mente de Pidal. En efecto, al asumir la dirección del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga, el

18. La pista que comunica el pueblo de Amieva con el valle de Angón está hormigonada desde hace unos años hasta la central eléctrica de Restañu para facilitar el tránsito rodado de los ganaderos locales y de los propietarios de las cabañas asentadas en la vega del Dobra.

19. El único paso de Valdeón a La Liébana, exceptuado el rodeo por Riaño y el puerto de San Glorio, es la pista que cruza el alto de Remoña, entre el puerto de Pandetrave y Fuente Dé.

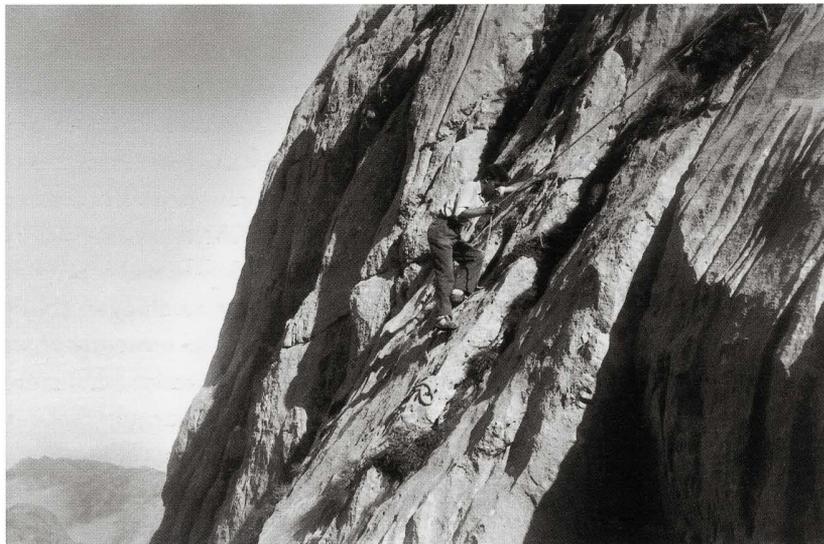
Marqués de Villaviciosa diseñó y en parte ejecutó diversas vías de comunicación, entre ellas una carretera pensada para unir Potes con el Puerto del Pontón, a fin de romper el aislamiento entre los dos accesos a los Picos por su vertiente sur,<sup>19</sup> y otra, entre Arenas de Cabrales y Portilla de la Reina, que debía atravesar la Garganta del Cares desde Poncebos y alcanzar el puerto de Pandetrave. Este segundo plan llegó a plasmarse en documentos técnicos y se llevó a término en el tramo Arenas-Poncebos (acceso actual a la Garganta por Asturias) y en el trecho de Poncebos a Rexes; desde aquí hasta Angobeyos se preparó la caja de la carretera, por la que discurre en sus primeros metros la senda del Cares. Fontan de Negrin acogió con entusiasmo la propuesta de Pidal, que imaginaba como *"la más espléndida vía de montaña que pudiera verse"*.

Sin dar por zanjada la cuestión, Lueje introduce una alternativa "blanda" para popularizar la montaña: la colocación de "orientadores del paisaje", mesas con indicaciones orográficas que permiten a los visitantes interpretar la panorámica que contemplan desde puntos adecuados a tal fin. Como primera ubicación, selecciona el Alto del Fito, en la subida al Puerto de Sueve por su flanco oriental. El alto de Valgrande (puerto de Pajares), La Cobertoria (paso entre Lena y Quirós), La Colladona (en la carretera de Cabañaquinta a Laviana) y la Cerra de Les Bedules (antesala del monte de Peloño y del Collado Zorro desde San Juan de Beleño) son, a su juicio, otros emplazamientos idóneos.

Los tres libros de Lueje editados bajo los auspicios del G.V.M.A. amplían a la historia esa educación en la montaña, el paisaje y la naturaleza. Todos ellos forman parte de actividades del colectivo, pero trascienden ese marco anecdótico y poseen plena validez por sí mismos. Así, "El Monumento de Camarmeña" (1977), además de dar cumplida cuenta del acto de inauguración de dicha estructura, aprovecha la circunstancia para contar la aventura de la conquista del Naranjo, al cual se asoma, con una vista espléndida, el monumento-mirador que se festeja. Es una crónica con nombres propios, los de aquellos que primero escribieron del Urriellu, lo coronaron o sucumbieron a él (Schulz, Pidal y el Cainejo, y El Cuco, respectivamente), y los de quienes han sido sus mejores guías y custodios (los Martínez de Camarmeña), cuya contribución se reconoce en una placa conmemorativa situada en un monolito de piedra culminado por la silueta de un águila real forjada en hierro.

"El Naranjo de Pidal y el Cainejo" (1979) detalla un capítulo particular de esa historia del Urriellu, el de su primera ascensión, el 5 de agosto de 1904. La obra conmemora los 75 años de dicha hazaña; aquel día, en el Naranjo, *"(...) nació el alpinismo español"*, escribe Lueje, quien bosqueja la biografía de los protagonistas y, como aportación de mayor relevancia, reproduce el relato que cada uno por su lado hizo de aquella heroica escalada. Las semblanzas de otros destacados "naranjistas" (Schulze, Delgado Úbeda, Espinosa, Ángel Tresaco, Teógenes Díaz, Alfonso Martínez, Odriozola...) completan los contenidos de la publicación.

"De los Picos de Europa. Cumbres de Reconquista" (1980) cierra la trilogía con una exposición de las características generales de este conjunto montañoso y de las peculiaridades que, dentro del mismo, presenta el



Cornión, incluidas su significación histórica y religiosa. Pero su capítulo más atractivo se escribe en las paredes de la Peña Santa. Los franceses Paul Labrousche, colaborador habitual de Saint-Saud, y Francois Bernat-Salles, acompañados por el pastor Vicente Marcos, de Valdeón, escalaron la cima suprema del Cornión en agosto de 1892. ¿Fue aquella la primera ascensión?, se interroga Lueje. La respuesta inmediata se la ofrece Alejandro Pidal y Mon, padre de Pedro Pidal, quien, en 1887, afirma haberla coronado junto a Roberto Frassinelli unos veinte años antes que Labrousche. Lueje va más lejos y sostiene que debió haber otras "primeras" protagonizadas por lugareños. *"Negar (...) que aquellos nativos, los bravos, los prepotentes "cainejos", de la raza y linaje del gran Gregorio Pérez (...) jamás allí hubieran puesto su planta, es como negar las alas a las Águilas"*.

La atención concedida a Frassinelli, *"uno de los primeros adelantados, el primer precursor quizás en buena certeza, del montañismo en nuestros ingentes y entrañables Picos de Europa"*, es otro rasgo notable de este libro, en el que Lueje, a modo de corolario biográfico del Alemán de Corao, da cuenta de la reparación de una *"dolida injusticia"*. Frassinelli, fallecido en el verano de 1887, deseaba ser enterrado en Covadonga, pero *"ingratitude humanas"* lo impidieron, de modo que sus restos terminaron en el *"humilde y ruinoso camposanto de Abamia"*, en las inmediaciones de Corao (Cangas de Onís). Casi un siglo después, en julio de 1977, se consiguió su traslado a la iglesia románica de Santa Eulalia de Abamia, por iniciativa *"del Sr. Cura de Corao, don Fermín Alonso, junto a un peón albañil, del que es de sentirse no haber recogido el nombre, y un veterano montañero, que quiere ser anónimo"*. Luis Sela Sampil aclara en el prólogo a *"La Cordillera Cantábrica"* (1984) que ese montañero era Lueje. La exhumación de Frassinelli y su posterior sepultura en el nuevo emplazamiento, de los que, según Lueje, *"se cuenta y se escribe con desconocimiento y error"*, se hicieron, tras sortear numerosos obstáculos burocráticos, *"(...) silenciosamente, en sigilo, en la solitud de tres personas, entre el*

*arreciar del orvallo y cubrir de la niebla, más bien "encainada", pese a ser pleno verano, metiéndose en un plástico, para en la colindante iglesia renovada —el vetusto Panteón Real—, dejarlos enterrados en un poco de arqueta de material y ladrillo, a ras de suelo, bajo la misma lápida de pizarra que turviera desde el fallecimiento. Siendo esa la sencilla verdad del traslado, que fue como de hechos consumados, que aceptarían después todos".* Los gastos los sufragó el G.V.M.A., como *"contribución de honor que deseaban tener hacia el que había sido glorioso precursor suyo".*

Tres artículos autobiográficos de un Lueje vencido por la artrosis y ya anciano hilvanan el recuerdo de su iniciación en la montaña y agotan su obra. "De nuestros años de Piloña" (1968) contiene vivencias de infancia y de juventud; "Del pasado montañoso" (1976) añora los *"años gloriosos"* de las caminatas y las escaladas por el macizo de Ubiña, y "La llamada de la montaña" (1980) proclama una declaración de despedida, un emocionado adiós. Lueje recurre a la memoria desde la consciencia del fin del camino; también con la gratitud de quien siente que el montañismo, la montaña, ha sido *"con mucho lo que más significó y hermosó nuestro vivir"*.

Fue un premonitorio epílogo. El 23 de agosto de 1981, pocos meses después de escribirlo, Lueje fallecía en su residencia de Somió (Gijón). La montaña cantábrica perdía a quien mejor la ha contado, y Asturias, a uno de sus hijos más preclaros y agradecidos. Como tal le reconoció el diario "La Nueva España" con su designación como "Asturiano del año", a título póstumo, el 30 de diciembre de 1981. Sus camaradas montañosos le tributaron, en vísperas del primer aniversario de su muerte, el mejor homenaje que cabe rendirle a un enamorado de las cumbres: el 17 de julio de 1982 la F.A.M. dio su nombre a la tercera torre de Los Argaos, en los dominios de la Peña Santa. Lueje ganaba su propia atalaya para disfrutar de los Picos de Europa a vista de águila. Un par de años después, el 10 de noviembre de 1984, se inauguró un monolito en su memoria en el Collado de les Veleres, asomado a los lagos de Covadonga. Esas dos señales —a las que se suma el refugio del Jou de los Cabrones que lleva su nombre— recuerdan en la geografía de los Picos lo mucho que José Ramón Lueje aportó al conocimiento, a la divulgación y al aprecio sentimental y estético de las montañas cantábricas.

## Libros

- 1968: *Picos de Cornión*. Edición del autor, Gijón. (Reeditado en 1986 por GH Editores, Gijón).
- 1972: *Picu Urriellu o Naranjo de Bulnes*. CRADY, Gijón.
- 1973: *Los Picos de Europa*. Editorial Everest, León.
- 1977: *El Monumento de Camarmeña (Picos de Europa)*. GVMA, Gijón.
- 1977: *Guía de la montaña asturiana*. Colección Popular Asturiana, 31. Ayalga Ediciones, Salinas.
- 1979: *El Naranjo de Pidal y el Cainejo*. GVMA, Gijón.
- 1980: *De los Picos de Europa. Cumbres de Reconquista*. GVMA, Gijón.
- 1984: *La Cordillera Cantábrica*. Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo. (Recopilación de 11 artículos sobre la Cordillera Cantábrica publicados originalmente en "Torrecerredo" entre 1948 y 1958; se acompaña de una carpeta con 13 mapas).

## Cuadernos y folletos

- 1956: *Picos de Europa. Macizo Occidental. Mapa topográfico excursionista*. Editorial Alpina, Granollers. (Cuaderno y mapa 1:25.000).
- 1959: *Picos de Cornión. La Vega y las Torres de Ario*. A.M.A. Torrecerredo, Gijón. (Folleto editado con motivo de la inauguración del refugio de montaña "Pedro Pidal. Marqués de Villaviciosa" en la Vega de Ario; reproduce el artículo homónimo de Lueje aparecido originalmente en 1954 en *Torrecerredo*, 26: 39-42, con el añadido de un extracto de la *Guía del Parque Nacional de la Montaña de Covadonga*, de P. Pidal, publicada en 1932, y de un croquis del edificio).
- 1977: *Cordillera Cantábrica. Ventana-Somiedo*. A.M.A. Torrecerredo, Gijón. (Folleto editado con motivo del XIV Campamento Provincial de la F.A.M. en la Braña de Murias Llongas, Somiedo, en julio de 1977; reproduce el artículo "Del puerto de Ventana al de Somiedo" aparecido originalmente en 1953 en *Torrecerredo*, 25: 18-47).
- 1989: *El Macizo de Ubiña*. GH Editores, Gijón. (Folleto editado con motivo del XLVIII Campamento Nacional de Montaña, celebrado en la Vega del Río Tuerto entre el 13 y el 20 de agosto de 1989; reproduce el artículo homónimo publicado originalmente en 1958 en *Torrecerredo*, 28: 15-58).

## Artículos

- 1942: Deportiva en la montaña. *Deportiva*.
- 1944: Peña Prieta y Espigüete. *Vetusta*, 14: 4-8.
- 1946: Covadonga-Reinosa (Julio 1945). *Vetusta*, 30: 3-7.
- 1948: De Leitariegos a Campomanes. *Vetusta*, 44: 2-8.
- 1948: La Peña Tiatordos. *Torrecerredo*, 5: 4.
- 1948: Del Torres a Piedrafita (Cordillera Cantábrica). *Torrecerredo*, 8: 12-20.
- 1948: La Peña de Ten. *Torrecerredo*, 8: 31-32.

- 1949: La Almagrera (1.931 metros de altitud). *Torrecedredo*, 15: 87-89.
- 1949: Hospitalidad cerca de las cumbres. *Torrecedredo*, 20: 2.
- 1949: Los Picos de Cornión. *Torrecedredo*, 20: 28-31. (Firmado como "Vizcares").
- 1949: El Coto Nacional de Reres o Brañagallones. *Torrecedredo*, 20: 43-54.
- 1949: El Canto Cabronero. *Torrecedredo*, 20: 55-58.
- 1950: Peña Mayor. *Torrecedredo*, 21: 141-144.
- 1951: Desde el Puerto de Arcenorio al de Riofrío. *Torrecedredo*, 23: 33-52.
- 1951: La Llambria. *Torrecedredo*, 23: 61-63. (Firmado como "Vizcares").
- 1952: Los Picos de Mampodre. *Torrecedredo*, 24: 18-25. (Firmado como "Un Torrecedredo"). (Reproducido en 1973 en *Enol*, 16: 8-13).
- 1952: Los Beyos de Ponga. *Torrecedredo*, 24: 26-32. (Firmado como "Vizcares").
- 1952: El Cabezo Lloroso. *Torrecedredo*, 24: 36-40.
- 1953: Del Puerto de Ventana al de Somiedo. *Torrecedredo*, 25: 18-47.
- 1953: La Cabra Blanca, el Diente y la Garita Cimera. *Torrecedredo*, 25: 48-51. (Firmado como "Un Piquista Veterano").
- 1953: El Cordal de Collao Zorro. *Torrecedredo*, 25: 52-55. (Firmado como "Un Torrecedredo").
- 1953: El Pico Les Vizcares. *Torrecedredo*, 25: 61-64. (Firmado como "Vizcares").
- 1954: Del Puerto de Somiedo al de Leitariegos. *Torrecedredo*, 26: 13-31.
- 1954: La Vega y las Torres de Ario. *Torrecedredo*, 26: 39-42. (Firmado como "Vizcares").
- 1954: La Becerrera San Pedro. *Torrecedredo*, 26: 43-45. (Firmado como "Un Veterano").
- 1955: La Babia leonesa. *Aramo*, 2: 22-26.
- 1956: Los Puertos de la divisoria Astur-Leonesa. *El Argayu*, 2.
- 1956: El sector de La Bermeja. *Torrecedredo*, 27: 7-10. (Firmado como "Vizcares").
- 1956: Del Puerto de Piedrafita al de Pajares. *Torrecedredo*, 27: 11-27.
- 1956: Los Puertos de Contorgán y el Desfiladero de Los Arrudos. *Torrecedredo*, 27: 28-30. (Firmado "Un Veterano"). (Reproducido en 1971 en *Enol*, 10: 2-3).
- 1956: La Peña de La Sobia. *Torrecedredo*, 27: 31-34. (Firmado como "Un Cerredo").
- 1958: El Macizo de Ubiña. *Torrecedredo*, 28: 15-58. (Reproducido en 1974 en tres entregas en *Enol*, 19: 1-5, 20: 14-16, y 21).
- 1958: El Picu la Collá Cuchu (1.648 metros de altitud). *Torrecedredo*, 28: 59-62. (Firmado como "Vizcares").
- 1960: Montañas asturianas. *Círculo de Nava en Buenos Aires*, 1.
- 1961: A Jovellanos montañero, en *A Jovellanos. Homenaje de A.M.A. Torrecedredo*: 5-28. A.M.A. Torrecedredo, Gijón. (Incluye un mapa impreso en un pliego adjunto al folleto).
- 1962: Las montañas ponguetas. *El Argayu*, memoria.
- 1966: Andrés Espinosa, un ejemplo. *Peñalara*.
- 1966: El buen pueblo de Bulnes. *Airiños*.
- 1966: El Pico Valdepino (1.744 metros). *Torrecedredo*, 29.
- 1968: De nuestros años de Piloña. *Piloña*.
- 1970: Sin título ("Aclaraciones sobre Peña Blanca"). *Enol*, 6: 9.
- 1970: Proceso a un nombre. *Enol*, 4: 2-8.

- 1970: El Picu Urriellu o Naranjo de Bulnes. *Airiños*. (Reproduce el artículo "Proceso a un nombre", publicado originalmente en *Enol*, 4: 2-8).
- 1971: Sobre el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga. *Torrecedredo*, 1 (2° época): 3-7.
- 1971: Sobre los límites provinciales de los Picos de Europa. *Enol*, 9: 3-4.
- 1972: El paisaje es de todos. *Torrecedredo*, 2 (2° época): 62-65.
- 1973: Picu Pierzu (1.552 m). *Torrecedredo*, 4 (2° época): 180-187.
- 1974: Las montañas ponguetas de las altas Asturias. *Sociedad Deportiva Excursionista*, 64/65: 110-114.
- 1974: La Peña los Tornos (1.551 m). *Torrecedredo*, 7 (2° época): 354-360.
- 1975: De la alta Piloña. *Piloña*.
- 1975: Sobre Luis Martínez ("El Cuco"). *Torrecedredo*, 8 (2° época): 4-9.
- 1975: La Alta Piloña. *Torrecedredo*, 9 (2° época): 67-74.
- 1976: Del pasado montañoso. *Vetusta*, 126 (2° época).
- 1977: Don Claudio Sánchez-Albornoz. *Torrecedredo*, 11/12 (2° época): 229-235.
- 1978: Piñole, montañoso y "Cerrodo" inolvidable. *Torrecedredo*, 14 (2° época): 2-14.
- 1980: La llamada de la montaña. *Torrecedredo*.

## BIBLIOGRAFÍA SOBRE JOSÉ RAMÓN LUEJE

- ESTRADA, L., 1971. Don José Ramón Lueje Sánchez, presidente de honor de la Federación Asturiana de Montañismo. *Enol*, 11: 1.
- FRECHILLA GARCÍA, L., 2002. 2003. *Centenario del nacimiento de José Ramón Lueje*. Parque regional Picos de Europa en Castilla y León / Junta de Castilla y León. (Calendario).
- LITI, 1981. José Ramón Lueje. *Piloña*, 1: 3-5.
- S.A., 1971. José Ramón Lueje Sánchez (pequeña biografía). *Enol*, 11: 8.
- SELA SAMPIL, L., 1984. Prólogo, en *La Cordillera Cantábrica: IX-XIII*. Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ADARO RUIZ, L. de, 1914. Cuenca carbonífera de Asturias. *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico Español*, 34: 9-79.
- ADARO, L. de y JUNQUERA, G., 1916. Criaderos de hierro de Asturias, en *Criaderos de hierro de España*, t. II. Memorias del Instituto Geológico y Minero de España, 2 (1): 1-410.
- ADRADOS, M.A., 1990. *El Cornión* (1:25.000).
- ADRADOS, M.A. y LÓPEZ, J., 1980. *Los Picos de Europa. Guía de los tres macizos*. Oviedo.
- ADRADOS, M.A. y LÓPEZ, J., 1988. *Los Picos de Europa. Guía del macizo central*. Oviedo.
- ARGÜELLES, M.; DELGADO, J. y MAÑANA, G., 1981. Imagen de los Picos, en J. ECHEVARRI (ed. jefe) *Naturaleza y vida en los Picos de Europa*: 6-81. INCAFO, Madrid.

- ARGÜELLES M. y FERNÁNDEZ, O., 1951. El Macizo de Ubiña. *Torrecerredo*, 23.
- ARIAS CORCHO, J., 1965. *Plano de los tres macizos de los Picos de Europa* (1:200.000). Santander.
- BALLESTEROS VILLAR, F., 1996. *La Garganta del Cares y sus caminos. De Caín a Poncebos*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- BALLESTEROS VILLAR, F., 1997. *La Garganta del Cares. Otros caminos y sus cumbres*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- BALLESTEROS VILLAR, F., 1998. *Covadonga y su montaña*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- BALLESTEROS VILLAR, F., 2000. *Amieva y Ponga. Historia y caminos antiguos*. Ediciones Nobel, Oviedo.
- BALLESTEROS VILLAR, F., 2002. *Pastores y majadas del Cornión*. Editorial Everest, León.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C., 1926. *El Naranco de Bulnes*. Peñalara.
- BOADA, J.M., 1935. *El Macizo Central de los Picos de Europa*. S. Aguirre Impresor, Madrid.
- CANELLA, F., 1918. *De Covadonga*. Madrid.
- CANTELLI, G., 1696. *Carta del Principado de las Asturias*. Roma.
- CARBALLO, M., 1911. Excursión geológica a los Picos de Europa (provincia de Santander). *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XI: 216-226.
- COELLO, F., 1870. *Mapa de la Provincia de Oviedo* (1:200.000, con planos detalle 1:10.000)
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, J., 2001. *Diccionario toponímico de la montaña asturiana*. KRK ediciones, Oviedo.
- CORUGEDO, E., 1932. La Geología de la Cuenca del Río Tuiza y sus reservas de energía hidráulica. *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*. II Congreso de la Agrupación de Ingenieros de Minas del NO de España (Noviembre de 1932): 31-47.
- CUETO Y RUI-DÍAZ, E., 1926. Orografía y Geología Tectónica del País Cantabro-Astúrico. *Boletín del Instituto Geológico y Minero de España*, 47: 9-109.
- DANTÍN CERECEDA, J., 1942. *Regiones Naturales de España*. Madrid.
- DELGADO, J., 1971. *Ubiña, alta montaña*. Tip. La Industria, Gijón.
- DELGADO ÚBEDA, J., 1932. *El Parque Nacional de la Montaña de Covadonga*. Ministerio de Agricultura / Comisaría de Parques Nacionales, Madrid.
- DELGADO ÚBEDA, J., 1954. *Mapa esquemático del Macizo Central de los Picos de Europa*. Federación Española de Montañismo, Madrid.
- FONTAN DE NEGRIN, L., 1907. *Aux Picos de Europa (Asturies)*. Imp. et Libr. Édouard Privat, Toulouse.
- GINER DE LOS RÍOS, F., 1885. Paisaje. *La Ilustración Artística de Barcelona*, 8 y 15 de marzo.
- GUERRA DÍAZ, J., 1913. *Apuntes Geográfico-históricos del Concejo de Cabrales*. Oviedo.
- GUERRA DÍAZ, J., 1915. *Monografía Geográfico-Histórica de la Parroquia de Espinaredo y su filial de Sellón*. Imp. La Cruz, Oviedo.
- HERNÁNDEZ PACHECO E., 1914. Fenómenos de glaciario cuaternario en la Cordillera Cantábrica. Carbonífero stefaniense en Cangas de Tineo. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 14: 407-408.
- HERNÁNDEZ PACHECO E., 1929. Datos sobre la geología asturiana (Leitariegos y Somiedo). *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 29: 295-296.

- HERNÁNDEZ PACHECO E., 1943. Características geológicas y tectónicas de los Picos de Europa. *Anuario de la F.E.M.*
- HERNÁNDEZ PACHECO E., 1959. La morrena periglaciaria de Peña Vieja (Picos de Europa, Santander). *Sociedad Portuguesa de Antropología y Etnología. Vol. Homenaje al profesor Mendes Correa: 227-234.*
- JUSUÉ, P. de, 1967. ¿Naranjo o Naranco?. *Peñalara.*
- LÓPEZ DE VARGAS, T., 1777. *Mapa del Principado de Asturias.*
- LLANO DE LA ROZA DE AMPUDIA, A. de, 1928. *Bellezas de Asturias de Oriente a Occidente.* Excm. Diputación Provincial de Oviedo.
- LLOPIS LLADÓ, N., 1950. *Los rasgos morfológicos y geológicos de la Cordillera Cantábrico-Astúrica. Discurso de apertura del curso 1950-51 en la Universidad de Oviedo. Univ. Lit. de Oviedo.* Talleres Tip. La Cruz, Oviedo.
- LLOPIS LLADÓ, N., 1954. El relieve de la región central de Asturias. *Estudios Geográficos*, 57: 501-550.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G., 1988. *Entre los Beyos y el Ponga. El Cordal del Colláu Zorru.* Caja de Asturias, Oviedo.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G., 1990. *Por la Senda del Arcediano.* Caja de Asturias, Oviedo.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G., 1994. *En torno a la Peña Santa.* Caja de Asturias, Oviedo.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G., 1997. *A la sombra del Tiatoros.* Caja de Asturias, Oviedo.
- MAURY, L., 1924. *Cordillera Cantábrica (Picos de Europa. Carte de Reconnaissance). Escala 1: 100.000.* Ed. Henry Barrere, París.
- MUÑOZ GOYANES, G., 1967. *Parque Nacional de la Montaña de Covadonga.* Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza / Ministerio de Agricultura, Madrid.
- OBERMAIER, H., 1914. Estudio de los glaciares de los Picos de Europa. *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Serie Geológica*, 9.
- ODRIOZOLA CALVO, J.A., 1964. *Cordillera Cantábrica (Picos de Europa). Escala 1:50.000.* IGN, Madrid.
- ODRIOZOLA, J.A., 1967. El Naranjo de Bulnes. Biografía de medio siglo (1904-1954). Esquí Club Alpino, Gijón.
- ODRIOZOLA CALVO, J.A., 1980. *El Macizo Oriental de los Picos de Europa (Andara).* A.M.A. Torrecerredo, Gijón.
- ORTEGA Y GASSET, J., 1915. Notas de andar y ver. De Madrid a Asturias o los dos paisajes. *El Espectador.*
- PÉREZ LOZANO, R., 1917. Peña Ubiña y los lagos de Camayor. *Peñalara*, 48.
- PIDAL, P. y ZABALA, J.F., 1918. *Picos de Europa. Contribución al estudio de las montañas españolas.* Club Alpino Español, Madrid.
- PIDAL Y MON, A., 1887. *Discursos y artículos literarios.*
- PRADO Y VALLO, C. de, 1852. Note sur les Blocs Erratiques de la Chaîne Cantabrique. *Bull. Soc. Géol. De France*, ser. 2, t. IX: 171-175.
- PRADO Y VALLO, C. de, 1860. Ascensión a los Picos de Europa. *Revista Minera*, 234 (15 de febrero) y 235 (4 de marzo).
- RIBERA POU, E., 1949. Aledaños de Peña Ubiña-Divisorias de Lena, Quirós y La Babia. *Torrecerredo*, 20.
- SAINT-SAUD, C. de, 1892 a. *Contribution a la Carte des Pyrénées Espagnoles.* Toulouse.
- SAINT-SAUD, C. de, 1892 b. Excursions dans les Pyrénées Cantabriques. *Bulletin de la Section du Sud-Ouest du Club Alpin Français.*

- SAINT-SAUD, C. de, 1894. Aux Pics d'Europe (Pyrénées Cantabriques). *Le Tour du Monde*, 17 y 24 de febrero.
- SAINT-SAUD, C. de, 1905. Les Pics d'Europe, Notes vieilles et neuves. *Bulletin Pyrénéen*, 54.
- SAINT-SAUD, C. de, 1922. *Monographie des Picos de Europa (Pyrénées Cantabriques). Etudes et voyages*. Typ. Chamerot et Renonard, París.
- SAINT-SAUD, C. de y LABROUCHE, P., 1894. Les Picos de Europa (Monts Cantabriques). Etude Orographique 1890-1893. *Annuaire du Club Alpin Français*, 20 (1893).
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., 1931. A través de los Picos de Europa. Una ruta histórica. *Revista de Occidente*.
- SCHULZ SCHWEIZER, G., 1855. *Mapa Topográfico de la Provincia de Oviedo* (1:127.000).
- SCHULZ SCHWEIZER, G., 1858. *Descripción geológica de la Provincia de Oviedo, con un atlas*. Imprenta y Librería de José González, Madrid.
- SORDO SOTRES, R., 1987. Nombres de lugar en los Picos de Europa. *Actes de les Xornaes de toponimia asturiana*: 51-55.
- STICKEL, R., 1929. Observaciones de morfología glaciaria en el NO de España. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 29: 297-313.
- VILLAR FERRÁN, J., 1921. *Topografía médica del concejo de Cabrales*. Establ. Tipográfico de "El Liberal", Madrid.



# *Vidi montes et ecce movebo.* José Ramón Lueje y la fotografía asturiana de montaña

Francisco Crabiffosse Cuesta

Como ocurre con tantos aspectos de la realidad asturiana en el siglo XIX, el "descubrimiento" de sus montañas y el desvelar ese secreto territorio a los propios españoles y a los europeos de la época desde la fotografía será obra de los extranjeros que se acercaron a una tierra casi indómita movidos por su paisaje o por las riquezas naturales susceptibles de ser explotadas. Todos ellos sucumbieron a una belleza que, desde la pervivencia del sentimiento romántico, consideraron sublime y quisieron retener desde la fotografía para así difundir una naturaleza que por cercana no era menos inédita. No es un proceso nuevo sino importado, dado que es un reflejo tardío de esa moda que de lo alpino hace nacer un fenómeno social de amplias repercusiones.

En el origen, la búsqueda de esa identidad y el encuentro ansiado en esta Cordillera Cantábrica, en estos Picos de Europa, es una aventura individual, que poco a poco se irá ampliando a un círculo siempre restringido hasta que en los años veinte se da comienzo a una promoción turística en la que la fotografía cumplirá un papel estelar.

Como referente ineludible de los pioneros foráneos que encuentran en el paisaje montañoso de Asturias la fuente original de todo un caudal de sensaciones, el entorno inédito en el que es posible hallar la comunión pura del hombre con la naturaleza, está el alemán Roberto Frassinelli Burnitz.

Nacido en Luwdigsburg en 1813, su personalidad refleja el perfil de un romántico y su trayectoria vital plena está imbuida de una filosofía que percibe en la Naturaleza un dominio y una grandeza que aboca primero a la contemplación en búsqueda de respuestas para alcanzar después esa fusión en la que el hombre es partícipe de su misterio.

La pervivencia en Frassinelli de ese romanticismo lo convierte en el ámbito asturiano en un brillante epígono que identifica en Covadonga y su entorno un espacio que concentra todos los significados de lo sagrado, y de ahí que sus múltiples intereses y dotes artísticas se pongan al servicio de su engrandecimiento y la difusión de sus bellezas naturales. Pese a su retiro en estos parajes, en los que vivió hasta sus últimos días, falleciendo en Corao en 1887, Frassinelli, como hombre de su tiempo preocupado por los avances técnicos y científicos, conoció el nacimiento y desarrollo de la fotografía, pero no existen referencias de que la empleara ni siquiera como modelo para sus dibujos, siguiendo una práctica tan común, por otro lado, a casi todos los artistas de su generación.

Sin embargo, él opto por mantenerse fiel al proceso tradicional del dibujo realizado directamente del natural, con unos resultados excelentes, gracias a sus prodigiosas dotes y a su voluntad por alcanzar una representación exacta del motivo con una inusual precisión en el uso del lápiz, que, dada su verosimilitud, fueron definidos por su amigo Alejandro Pidal y Mon como "Fotografías a lápiz".

Al hacer este elogio de la obra de Frasinelli, Pidal situaba la fotografía como un referente superior al dibujo en la representación verdadera de la realidad, pero no por ello olvidaba el carácter "mecánico" de la fotografía, ni tampoco la dificultad que ésta tenía para reproducir tanto el detalle como la atmósfera singular de esos espacios y de las formaciones geológicas. Para entonces la fotografía norteamericana, por ejemplo, había logrado mostrar gracias a la ambición de aficionados y profesionales los parajes vírgenes a los que apenas habían llegado unos pocos pioneros. Aquellas panorámicas grandiosas, con el paisaje virgen, significaban un hallazgo para las miradas comunes a las que se desvelaba la conquista de territorios hasta entonces ignotos. Pero Frassinelli no pretendía tanto plasmar y difundir como dejar patente el entorno en el que se producía su reflexión sobre el sentido profundo del paisaje. Ese carácter espiritual que confiere a sus dibujos de paisaje se encuentra también cuando aborda motivos arquitectónicos en los que combina la plasmación extrema del estado material de los edificios con la transmisión de esa atmósfera inequívocamente romántica del paso de los siglos en su abandono o en la ruina provocada por los elementos y la vegetación. Tal visión se hace más sublime en la serie de dibujos referidos a las cumbres del macizo occidental de los Picos de Europa, que prefiguran el atractivo que estos parajes ejercerán sobre un selecto grupo de montañeros que, a la vez, sienten la fascinación por la fotografía.

Teniendo como eje Covadonga, sabemos que Alfredo Truan Luard (Nyon, Suiza, 1837-Gijón, 1890) realizó en la década de los ochenta fotografías de los lagos Enol y Ercina al tiempo que continuaba con sus investigaciones piscícolas y con el estudio de las diatomeas. También de los lagos tomó varias fotografías Diego Terrero Pérez (Cádiz, 1830-Oviedo, 1892) a lo largo de esa misma década. Es también entonces cuando da comienzo una nueva etapa protagonizada por extranjeros.

A Covadonga se dirige en 1881 el conde de Saint-Saud en su primera visita a Asturias, y desde ese año hasta al menos 1924 sus periódicos viajes a nuestra región serán motivados por su admiración hacia los Picos de Europa. Él mismo condensó en una frase del profeta Jeremías -"Vidi montes et ecce movebo" (Vi montes y hacia ellos me dirigiré)-, el porqué decidió traspasar territorios hasta alcanzar aquellos Picos oteados en el horizonte y que ya eran un imán para su alma. Fruto de ese atractivo que ejercerán sobre él, serán las diversas obras impresas que darán cuenta de su estudio científico, su concienzudo conocimiento del terreno y su deseo de divulgar en el ámbito francés y europeo las bellezas de unas montañas desconocidas para todos aquellos interesados en las excursiones alpinas. Pero además, Saint-Saud es en propiedad el primero que emplea la fotografía

en los Picos de Europa tanto como documento inexcusable para sus estudios como para ilustrar la magnificencia de esas cumbres en sus trabajos, atrayendo el interés de los lectores de sus obras, como también para perpetuar esa visión instantánea, variable según las horas del día en sus tonalidades y efectos de luz, que le ofrece unos horizontes de belleza. Pero además ese interés fotográfico no se reduce en exclusiva a las montañas, y se extiende a otros ámbitos de nuestra realidad, con lo que Saint-Saud crea un verdadero archivo de su experiencia asturiana en el que no faltan la arquitectura prerrománica y románica, los paisajes de valles y de costa, las panorámicas de villas y pueblos, y los tipos populares.

Junto a su amigo y compañero de ascensiones y estudios Paul Labrousche, Saint-Saud es un "touriste photographique" que inaugura una nueva manera de ver desde la imagen fotográfica; un género hasta entonces muy minoritario y circunscrito a un ámbito geográfico reducido, que con él logra autonomía y valores suficientes como para contagiar a otros alpinistas locales y foráneos, que siguiendo su estela concentrarán su interés en nuestra montaña. La fotografía certificará el ascenso y servirá de recuerdo de una experiencia casi mística, tal como la refleja Labrousche al rememorar el ascenso que ambos efectúan en 1891 a Torre de Santa María:

¡Qué vista y qué inmensidad a nuestro alrededor! Es la visión azul, sin mancha de bruma, que aun no habíamos tenido en toda la campaña [...] No es sólo la sublime impresión de dominar la más elevada cima de la extrema Europa [...] No es tampoco la inolvidable belleza de los horizontes azules y rojos de este mar claro [...] Se desprende de este encaje de cimas, como un inmenso recogimiento místico, una piadosa leyenda hecha de lo incógnito.

Esa transparencia de horizontes, ese encaje pétreo, ese mismo misterio eterno del origen, la fotografía no hace comprenderlo pero sí es capaz de transmitir la emoción a aquellos que no acceden a las cumbres.

Saint-Saud empleó sus fotografías para ilustrar la magnificencia de los Picos en su labor de propagandista, proyectándolas en diversas conferencias ofrecidas en París, Toulouse, Burdeos y otras ciudades francesas. Eran una mínima muestra de la "soberbia colección" que a mediados de los años veinte había logrado reunir y que constituía, al decir de la prensa, "un recuerdo maravilloso de los más bellos sitios de Asturias". Pero tan importante como ese fondo es la labor precursora de Saint-Saud, su esfuerzo por incorporar las montañas de Asturias a un género fotográfico que combinaba paisajismo con función documental según los parámetros europeos y americanos, y su apertura al entorno humano y arquitectónico de la montaña asturiana con muestras de retratos de pastores y sus familias, así como de las cabañas que habitaban.

Además, Saint-Saud tuvo el papel de ser temprano maestro de otros incipientes aficionados que combinaban su interés por la fotografía con su atracción por la montaña. Junto a su compañero y amigo Paul Labrousche, tempranamente fallecido, podemos considerar como sus

discípulos o continuadores al alemán Gustav Schulze que ascendió en solitario el Naranjo de Bulnes en 1906, y cuya obra fotográfica amplía su temática al marinismo y a los bosques. Otro amigo montañero y seguidor fotográfico fue el gijonés Felipe Menéndez, que ocuparía años después la presidencia de la Federación Patronal de su ciudad natal, siendo uno de los promotores de las Ferias de Muestras. En la primera década del siglo XX, Menéndez acompañó a Saint-Saud en sus ascensiones, que documentó, dejándonos muestras de la labor fotográfica del francés. Pérez Pimentel en su obra *Asturias, paraíso del turista* (1925) reproduce dos fotografías de Menéndez tomadas en julio de 1908 en el Cotalba y el Canto del Utre en los que se observa a Saint-Saud montando el trípode de su cámara en una cima para obtener fotografías. En aquella excursión les acompañaba Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, otro de los destacados montañeros asturianos que como Cástor Cañedo o Domingo de Orueta dejaron muestras en este periodo de la práctica fotográfica vinculada a sus aficiones alpinas y cinegéticas. Un último eslabón de esa cadena de extranjeros cuya actividad se documenta en los años veinte es Alexander Neher, de quien Pimentel reproduce en su obra algunas muestras.

La línea abierta por Saint-Saud y sus seguidores locales no tuvo repercusión en los profesionales y aficionados asturianos, ni tampoco la escasa crítica existente mostró interés en resaltar esa vertiente auténticamente novedosa frente a la preeminencia del marinismo o de un género paisajista tendente a la idealización y al bucolismo de lo rural que se centraba en panorámicas de valles o en detalles de una vida rural que giraba en torno a la casería. Un buen ejemplo de esta falta de implantación de la fotografía de montaña es la Exposición Nacional de Fotografía celebrada en Gijón en 1909. En los conjuntos aportados por la amplia nómina de fotógrafos españoles y asturianos apenas había presencia de esta temática. Únicamente el aficionado local Emilio Villa presentaba un "hermoso" paisaje de nieve, que en realidad era una vista parcial del pueblo de Campomanes, al que acompañaba otro paisaje, en este caso de Liérganes, en Cantabria. Esta escasez estaba en correspondencia con la valoración que la crítica daba al tema de la montaña, al que colocaba en una posición casi marginal. Para Andrés González Blanco, por ejemplo, la montaña ocupaba un penúltimo lugar entre los motivos que Asturias ofrecía a la fotografía artística:

Nuestras caleyas, nuestras praderías, nuestros mansos regatos, nuestros castañedos, nuestras montañas, nuestros maizales, eso es arte puro.

En la década siguiente se confirman esos precedentes, con una prácticamente nula presencia de la fotografía de montaña. Únicamente, y como dato curioso dada la nacionalidad argentina del fotógrafo, tenemos noticia de que Eloy Salgado, fotógrafo especializado en la realización de vistas estereoscópicas, incluye en la serie dedicada a nuestra región realizada durante la gira de 1914 algunas referidas a las montañas



asturianas, destacando una de Sajambre, que la prensa gijonesa destacó entre las que proyectó en la delegación del Centro Asturiano de la Habana en la ciudad:

Entre lo más sobresaliente, y lo son todas mucho, figura una estereoscópica tomada en las cercanías del puerto de Sajambre y cuya originalidad llama poderosamente la atención.

### Fotografía de montaña y publicidad turística

Si hasta entonces la práctica de la fotografía era propia de una minoría inquieta o, como hemos observado, de un reducido grupo de "sportmans" de origen generalmente aristocrático atraídos por el alpinismo, a partir de los años veinte una serie de factores contribuirán en el ámbito asturiano a la ampliación y popularización de la fotografía, haciéndose mas accesible al público y provocando que los motivos de montaña fuesen más frecuentados. Pero sobre todo hay tres factores que explican la razón por la que una temática va adquiriendo un mayor protagonismo que culminará con sendas exposiciones monográficas en 1934 y 1936. En primer lugar está la asimilación del modelo de excursionismo vinculado a la fotografía, que tiene en Asturias, en el Grupo de Excursionismo y Fotografía del Ateneo Obrero de Gijón su expresión más activa y de mayores logros. Ayudando y potenciando esta actividad asociativa valedora de las riquezas naturales y paisajísticas de Asturias y de su proyección exterior, está la estrategia turística diseñada por el Gobierno Civil de Asturias, la Diputación Provincial y diversos ayuntamientos que tienen en en el Instituto Provincial de Turismo y en otras entidades las estructuras básicas de lo que será la primera política turística con la que contará la región, y que hará de la fotografía el medio más usual de

promoción de los valores paisajísticos para atraer a visitantes foráneos. Por último, no debemos tampoco olvidar la influencia de los emigrantes en la valoración fotográfica del paisaje. Las imágenes del recuerdo no se circunscriben ya al lugar nativo o a su entorno sino que van ampliándose conforme se vaya fijando una identidad gráfica de lo que es la Asturias esencial y definitoria: el hórreo, los paisajes rurales, la quintana, las ciudades, los puertos y playas y, lógicamente, las montañas.

La evolución de la concepción del turismo refleja a fines del siglo XIX el predominio de la oferta básicamente veraniega y destinada en su práctica exclusividad al descanso en la costa y los baños de mar. Pero la costa cantábrica no recibe con igual intensidad la llegada de veraneantes, y Asturias queda descolgada frente a la preferencia que muestra la realeza y la aristocracia por Cantabria y el País Vasco. Frente a Santander y San Sebastián, Gijón, la ciudad balnearia por excelencia, no logra competir con esas ciudades, pese a los antecedentes que vinculan el veraneo regio de la Reina Madre María Cristina y sus descendientes a la ciudad, y a la estancia de Isabel II y su familia en 1858, con los baños regios en la playa de Pando.

La conciencia de esa marginación por parte del Centro de Asturianos de Madrid hizo que en 1885 la junta directiva propusiese la celebración de una exposición regional con el fin de romper el aislamiento y contribuir al "desarrollo de los intereses morales y materiales" en la que se mostrarían por medio de fotografías panorámicas de "puertos y paisajes" con el fin de que los visitantes se pudiesen "formar idea de los atractivos que ofrece esta Suiza Española".

Ese slogan de la "Suiza Española" incidía más en el dominio de los verdes en praderías y bosques que en los paisajes de alta montaña, que a la postre quedarían postergados por los paisajes costeros, playas y puertos. De ahí que en este periodo y en las décadas posteriores la fotografía de paisaje tenga una connotación mayoritariamente marítima. Frente a la inexistencia de motivos de montaña, el marinismo estaría ampliamente representado en toda sus versiones y habría que esperar a que esa otra realidad formara fotográficamente parte de ese paisaje total que Andrés González Blanco definía como "arte puro". La realidad es que hasta que la administración española no estructure una política seria de apoyo al sector turístico y de divulgación interior y exterior de los atractivos de las distintas regiones españolas, la fotografía de montaña no acaparará el interés de los profesionales, continuando reducida a la dedicación de los aficionados.

La acción del Comisariado Regio de Turismo y del Patronato Nacional de Turismo será canalizada e impulsada por el Gobernador Civil de Asturias, el catalán Pablo Nobell Borrás, a quien se definió como hombre culto y de orientaciones modernas. Nobell será una personalidad esencial en el desarrollo de la fotografía paisajística y de montaña en los primeros años veinte. A él se debe en este campo específico un impulso de la fotografía profesional a través de los encargos de álbumes con fines propagandísticos, y será él el verdadero promotor tanto de

la primera exposición organizada por el Ateneo Obrero de Gijón como de la constitución de su Grupo de Excursionismo y Fotografía. Es claro que el interés de este gobernador por la fotografía respondía a un conocimiento del medio, de su valor artístico y documental, y de su carga publicitaria al servicio del turismo. Pero además, su condición de catalán le hacía conocedor de la importancia que tenían las agrupaciones fotográficas y excursionistas en el desenvolvimiento y divulgación de la fotografía, a tenor de la experiencia de Cataluña.

La invitación girada en 1922 por los organizadores de la Exposición Internacional de Turismo a celebrar al año siguiente en Nueva York con ocasión de II Congreso Internacional, hizo que Nobell se interesase ante la Diputación Provincial por si esta institución conservaba en su archivo fotografías de paisajes, monumentos, etc., que sirviesen para representar a Asturias en la exposición estadounidense. Para su sorpresa, se le contestó que solamente se conservaban las referidas a la propia sede institucional y a otros edificios de ella dependientes, que habían servido para una edición de tarjetas postales y de un pequeño álbum fototípico. En resumen, no existía ningún material fotográfico susceptible de servir al proyecto de propaganda turística. Tampoco fue fructífero el llamamiento a la colaboración a través de la prensa y del Boletín Oficial de la Provincia. Ante esta perspectiva de total esterilidad y falta de interés, Nobell optó por realizar encargos a diversos profesionales y a dos destacados aficionados, seleccionando sus obras y confeccionando álbumes.

A Julio Peinado se le confirió un amplio reportaje sobre el Occidente de Asturias, aportando también originales otros profesionales como Castellanos y Duarte, a los que se sumaron los importantes aficionados Luis Muñiz-Miranda y Celso Gómez. El diseño corrió a cargo del pintor José Uría, y el dibujante Tomás Bataller realizó los pergaminos de portada. El texto descriptivo fue obra de Florencio Pascual, mientras que la encuadernación se hizo en el taller de Bonifacio Martín Puerta, y los estuches se debieron a los maestros ebanistas Fernández y González.

En total se realizaron cuatro álbumes con 200 positivos (24 x 30) cada uno, cuyos títulos se presentaban en español, inglés y francés. El coste total fue de 12.000 pesetas, de las cuales 4.000 fueron desembolsadas a título particular por el propio Nobell. Además del destinado a la exposición, los otros álbumes fueron regalados a la presidencia del Gobierno para su depósito en la Comisaría Regional de Turismo, Diputación Provincial y Gobierno Civil.

Los envíos de propaganda fotográfica hacia el exterior se sucedieron en años posteriores. Así, por ejemplo, en 1926 el Instituto de Turismo de Asturias regaló a la Cámara de Comercio e Industria de Río de Janeiro un extenso álbum para el que Celestino Collada regaló gran número de sus fotografías; y poco después el Instituto enviaba a la exposición de Filadelfia colecciones de postales por él editadas, así como una selección de las mostradas en la Feria de Muestras de ese año.

1926 es el año de máxima actividad en la programación y puesta en práctica de estrategias turísticas. Es entonces cuando las intenciones del

gobernador Nobell parecen fraguar, produciéndose un inusitado movimiento en toda la región en pos de la promoción turística. Un año antes se había constituido la Federación de Comités Asturianos de Turismo, a la que se irían sumando en 1926 nuevos comités locales como los de Gijón, Luarca, Soto del Barco, etc., y no deja de ser significativo que en el comité gijonés, presidido por el alcalde Tuya, el fotógrafo Arturo Truan ocupase una de las dos vicepresidencias.

Pero será en la III Feria Oficial de Muestras Internacional Asturiana, de Gijón inaugurada ese año cuando se concentre todo el poder de la fotografía como elemento publicitario de un turismo que se contempla ya como un sector importante de la estructura económica asturiana. Para ello se le dedicará un stand de cesión gratuita que se denomina como "Museo de Turismo", al que se invitó a participar a todos los comités locales, centralizando la actividad el Instituto de Turismo de Asturias, que ideaba convertir el pabellón en "museo" permanente. Los materiales mostrados fueron fundamentalmente fotográficos -"una inmensa colección de fotografías" estrictamente contemporáneas; pues Joaquín García, fotógrafo oficial del Instituto de Turismo, había realizado una intensa campaña por el oriente de la región, comenzando por los Picos de Europa, de cuyo macizo central fueron colgadas "interesantes ampliaciones" en el stand, acompañadas de mapas y una maqueta, así como un oso, un corzo y un rebeco disecados. Además del conjunto de García, otros fotógrafos aportaron materiales como José G. Merás (Covadonga), Canteli (La Felguera), Collada (Oviedo), o los reunidos por José Isla en sus viajes por toda la región en contacto con los comités locales.

La abundancia de material y el gran número de comités locales representados hizo que fuese necesario ocupar varios stands para representar en la Feria al turismo en Asturias, y en torno a esta presentación eminentemente fotográfica aparecían otros productos de difusión y propaganda como las series de tarjetas postales coeditadas por el Instituto junto a otras instituciones con una primera serie dedicada a Covadonga, a la que se seguirían otras de los Picos de Europa, Cangas de Onís, y la Catedral de Oviedo. Los Picos de Europa logran de este modo, gracias a los trabajos fotográficos de García, una preeminencia hasta entonces desconocida. Por mediación del Comité de Cabrales, Joaquín García realizó dos campañas fotográficas en los Picos en 1926 con el fin de ampliar su archivo y acometer esa edición de tarjetas postales, sufragada al 50% por el Instituto de Turismo y el Ayuntamiento de Cabrales; la serie, en tirada de 60.000 ejemplares, reunía diez modelos. El fotógrafo, agradecido por la colaboración municipal, regaló al Ayuntamiento una colección de positivos de los Picos de Europa.

A partir de entonces la difusión de un motivo hasta entonces valorado por un círculo minoritario se fue ampliando, trasladándose a la prensa gráfica en una recuperación convergente de las reflexiones literarias, filosóficas o simplemente estéticas. Este resurgimiento de los Picos de Europa como argumento en la prensa ilustrada, en la que el texto suele acompañarse de una imagen fotográfica que sirve de contrapunto

visual a la creación literaria o simplemente periodística, aparece tanto en la prensa nacional como en la asturiana. En 1917, *La Esfera*, de Madrid, publicaba un texto de L. Alonso con el título "La roca muere. Diálogo con el Naranjo de Bulnes", en la que se obviaba la imagen de la montaña para liberar al autor en su discurrir literario. Mayor diálogo se establece entre la serie de fotografías de Ramón García Duarte que acompañan los artículos de Antonio Onieva en la revista *Estampa*, en 1928, con los títulos "Los desfiladeros encantados", y "La grandeza adusta de las montañas de Asturias". Algunos de esos paisajes y otros pertenecientes a un amplio reportaje del fotógrafo sobre los Picos habían sido reproducidos en 1925 por la revista ovetense *Ilustración Asturiana*, en su número 2 de octubre de ese año.

La experiencia del "Museo del Turismo" en la Feria de Muestras de 1926, y la convocatoria de la Exposición Iberoamericana de 1929 en Sevilla, hizo que el promotor de aquellos y encargado de la presencia asturiana en ésta, reclamase el envío de "fotografías escogidísimas referentes a Picos de Europa, Covadonga, playas de moda y monumentos antiguos", con el fin de editar carteles e ilustrar la edición de 300.000 folletos propagandísticos. De ellas se hicieron algunas ampliaciones - Peña Santa, Naranjo de Bulnes, Majadas de Camburero-, para decorar la Casa de Asturias.

Y de la fotografía al cine. Alvargonzález promovió la filmación de una película editada por la Feria de Muestras en la que bajo el título de *Asturias* se agrupaban diversas temáticas documentales, destacando entre ellas un amplio reportaje de la visita del Príncipe de Asturias a la región en 1925, un mosaico de paisajes asturianos y el que creemos es el primer reportaje cinematográfico consagrado a los Picos de Europa. En esa estela, en 1927 Camuesco iniciaba la filmación de la película argumental *Las Cumbres*, basada en la novela de Constantino Cabal, actuando de operador José Amor. La acción de la novela se desarrolla en torno a Camarmeña, Poncebos, el Picu Urriellu, siendo pues el escenario los Picos de Europa. La prensa destacaría la importancia de esta película, pues

La cinematografía es hoy, indiscutiblemente, el alma del turismo internacional; el vehículo mejor para llevar a propios y a extraños auras del terruño y el colorido de la patria chica.

### **Excursionismo y Fotografía. Las exposiciones del Ateneo Obrero de Gijón**

Pablo Nobell influyó también decisivamente en que el Ateneo Obrero de Gijón instituyese concursos-exposiciones anuales como vehículo para la valoración de las bellezas naturales de Asturias y como acicate para que los fotógrafos innovasen su visión sobre el paisaje. También animó al Ateneo para que constituyese el Grupo de Excursionismo y Fotografía, que se funda en 1923 con el objeto de articular el deseo de gran número de socios interesados en la fotografía en organizarse para

lograr fines comunes.

En 1921 se proyecta la primera exposición fotográfica del Ateneo Obrero de Gijón, "secundando la campaña que a favor del turismo viene desarrollando el gobernador civil de la provincia Señor Nobell, el Ateneo de Gijón se propone organizar exposiciones de fotografía durante el próximo estío", para los que se contaba con una subvención de 1.000 ptas. de la Diputación y diversos premios ofrecidos por particulares, entre ellos el marqués de Villaviciosa. Esta convocatoria no se llevaría a cabo por la negativa del Ayuntamiento de Gijón a apoyarla económicamente.

Hubo de esperarse al año siguiente para la puesta en marcha de esta serie de exposiciones cuyo objetivo era "hermanar la fotografía con la capacidad artística del paisaje asturiano", pero en esta primera muestra de 1922 no hubo ninguna referida a los Picos de Europa o a la alta montaña asturiana.

Para 1923, sin embargo, el apoyo de la Diputación parecía destinado a ampliar el abanico temático, introduciendo de este modo, entre otros, ese paisaje de montaña, a la vez que la experiencia de esa primera convocatoria había conseguido despertar el interés asociativo con la constitución del grupo de Excursionismo y Fotografía, y la posibilidad de incorporar el estudio del medio al amplio plan de enseñanza que ofrecía la Institución. Avendaño, desde las páginas de *La Prensa*, saludaba ese apoyo institucional que venía "sin duda alguna a fomentar el turismo asturiano", de la que la exposición era "una buena base de propaganda de los encantos naturales de Asturias; esa propaganda de que ahora se habla, con tan plausible entusiasmo, desde el Gobierno Civil de la Provincia". Solamente los madrileños Francisco Andrada y Fernando Bárcena fueron los que presentaron en la "sección regional" conjuntos referidos a los Picos de Europa. Andrada, que sería premiado por el conjunto de obras presentadas a la "sección general" con el premio del conde de Revillagigedo, presentó cinco obras "Valdecoro (Picos de Europa)", "Severo, el de Sotres", "El Naranjo", "Paisaje asturiano" y "Por Cabrales", de las que la crítica destacó "Severo, el de Sotres", "Valdecoro", y "Por Cabrales". Por su parte, Fernando Bárcena se alzó en la sección regional con el premio del gobernador civil Pablo Nobell al conjunto presentado de cinco obras: "De Sotres a Tielve", "Camino de Espinama", "En el chalet de Aliva", "Puerto de Aliva: chalet y Peña Vieja" y "Peña Vieja".

En *El Noroeste*, J.D.F. señalaba a propósito de estas obras que eran "Admirables fotografías de los Picos de Europa. Tan trabajadas están y su factura es tan linda y completa que dijéramos que algunas fotografías son bellos apuntes de pintor avezado a una visión original de las cosas".

Pero 1923 marcaría también el nacimiento del grupo de Excursionismo y Fotografía del propio Ateneo, como una prolongación del grupo de Excursionismo fundado en el seno de la sociedad con anterioridad. En su origen estaba la idea de desarrollar la función pedagógica de la fotografía ligada al conocimiento científico de la naturaleza, la historia y el arte de Asturias. En el grupo tendría un papel destacado

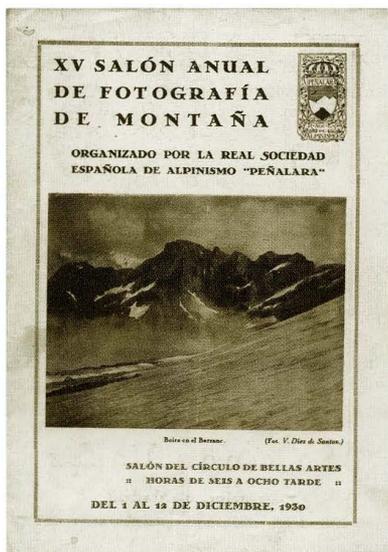


ANÓNIMO. Grupo excursionista del Ateneo Obrero de Gijón en el lago Enol, Parque Nacional de Covadonga, 1932. Col. Museo del Pueblo de Asturias

Rodrigo Fernández-Carvajal Camino (Gijón, 1886-1964) y el ya citado Joaquín García Cuesta (Cangas de Onís, h. 1885-Gijón, 1958), especialmente éste último, que servía de guía y monitor fotográfico en los viajes, tras los cuales se abría un concurso con premios en metálico a las mejores fotografías de cada excursión. Los destinos eran variados, realizando algunos a los diversos puertos de montaña; en 1932 se organizó el primer viaje con un recorrido amplio de los Picos de Europa, que duró ocho días. Siguiendo el modelo introducido por el Ateneo, otras entidades gijonesas constituyeron grupos de excursionismo fotográfico como el de las escuelas del Natahoyo, al que pertenecía el fotógrafo Alfredo Cuervo que documentó la ruta a Peña Santa y el de la Asociación General de Dependientes de la Industria y el Comercio.

En las sucesivas exposiciones la presencia del motivo montañoso no fue tan rica como cabría pensar. En la de 1924, además de la nueva participación de Fernando Bárcena, destacaba únicamente la aportación regional de los hermanos Luis y Pablo Sela Sampil, que habían "explorado las montañas abruptas y nos transmiten bellas imágenes obtenidas en los Picos de Europa, en las montañas de Quirós, o en las alturas de Peña Ubiña".

La IV exposición, de 1925, seguía la misma tónica con una escasa presencia de los motivos de montaña. A. Alonso Valdés, en su crítica de la exposición para *La Voz de Avilés*, destacaba la nueva serie de Joaquín García dedicada a los Picos de Europa:



Hay en García Cuesta un espíritu artístico definido; siente y ama las alturas, busca en los riscos ingentes de las altas montañas la consagración de su recia y viril vocación.

Refiriéndose también a los envíos de Celestino Collada, con "curiosas y hermosas" vistas de Somiedo, y a los paisajes de montaña de Julio Peinado, en los que observaba "una acomodaticia sensibilidad artística".

Si hemos de pensar en una especialización temática que diese lugar a muestras monográficas sobre la montaña, en las posibilidades que nuestra geografía daba a los fotógrafos, habrá que esperar a los años treinta, bien es cierto que sin perder de vista los sucesivos concursos que se realizaban únicamente para los asociados del grupo después de cada periplo dominical o vacacional.

La recepción de ese nuevo modelo centrado en exclusividad en el tema montañoso vendrá de la mano de los Salones de Fotografía organizados por la Sociedad Española de Alpinismo "Peñalara", que en estos años se convierten en circulantes por España. Convocada su primera edición en 1916, el Salón era el de mayor raigambre y prestigio en el ámbito nacional, aunque ya con ocasión de su IX edición de 1924 el crítico de arte José Francés percibía "excesivas aglomeraciones" dando a entender que los criterios selectivos no se aplicaban con rigor y que la calidad fotográfica retrocedía conforme se ampliaba el número de participantes. En este año la presencia de las montañas asturianas se hacía efectiva en las obras del premiado en las exposiciones del Ateneo Obrero Fernando Bárcena con tres paisajes ("En la cumbre de Peña Ubiña", "El Pando-Pajares", y "Lago de Somiedo") y los del alemán Otto Wunderlich, con diferentes versiones del Picu Urriellu.

En el XV Salón de 1930 también la montaña asturiana estuvo presente, aunque como había ocurrido en todos los anteriores, en minoría frente a las fotografías de los Pirineos y de la Sierra de Guadarrama. El marqués de Casa Mena presentaba cuatro fotografías del entorno del refugio de Áliva; Joaquín García Bellido dos de Somiedo; Ramón González una de la Garganta del Cares; y José del Prado dos del Picu Urriellu, una de ellas presentada con el título "El Picu", en la que se observa el Urriellu con efecto de nubes y que fue reproducida en el catálogo con el título "El Naranjo de Bulnes (Picos de Europa)". El marqués de Villaviciosa contribuía con una única fotografía.

En junio de 1934 la Sociedad Española de Alpinismo Peñacastil, inauguraba en los salones del Ateneo Obrero de Gijón el I Salón de Fotografía de Montaña, que reunía más de cien fotografías, entre ellas las que componían el XVIII Salón Peñalara, a los que se sumaban las aportaciones de otras sociedades alpinistas como "Peñaubiña" de Oviedo, Montañeros Burgaleses o la Sociedad Alpina Granadina.

El éxito de la exposición, que pudo contemplarse también en Oviedo, conllevó la organización, siguiendo similar esquema del II Salón de Fotografía de Montaña Peñaubiña en 1935, por la ovetense

Sociedad Española de Alpinismo Peñaubiña. A él se presentaron más de 150 fotografías que fueron mostradas en las salas del Centro Hijos de Oviedo, coincidiendo con la convocatoria por parte del grupo de montaña del Orfeón Ovetense de un concurso de fotografía regional que primaba el paisaje de montaña frente a otros géneros, con un premio único de cien pesetas, al tiempo que homenajeaba a Julián Martín "primer escalador ovetense del Naranjo de Bulnes".

### **La fotografía de montaña en la posguerra. La época de José Ramón Lueje**

La ruptura que supuso la Guerra Civil no afectó, sin embargo, a este género fotográfico que pronto recuperó un protagonismo activo en el resurgir de las exposiciones fotográficas. El trágico paréntesis pronto transmitió una continuidad tanto en organizaciones alpinas y excursionistas aficionadas a la fotografía, como a la utilización turística de ésta y la organización de muestras y exposiciones. En el caso de Asturias esta continuidad significará la recuperación de la actividad por parte del grupo nacido al socaire del Ateneo Obrero de Gijón, que aplicarán el modelo de aquellas exposiciones para la organización de "salones" de carácter internacional. Por otro lado, las nuevas autoridades gubernamentales incidirán en la promoción turística, empleando la fotografía como un medio básico de difusión publicitaria de la naturaleza asturiana, lo que anima a la aparición de una nueva generación de fotógrafos profesionales y aficionados que convergen en la montaña con diversos intereses: el profesional con una obra creativa interesada en resaltar la belleza de los paisajes; el aficionado montañero más proclive a documentar su experiencia y en plasmar una emoción difícil de transmitir incluso con las imágenes.

Es importante pues en esta etapa de la inmediata posguerra esa generación-puente que conoció la actividad de los años anteriores al conflicto y que reconstruyó en la medida de lo posible esa inquietud fotográfica que llega hasta hoy, y de la que fueron herederos reconocidos montañeros como José Ramón Lueje.

Quizás quien mejor represente el espíritu de esa continuidad fuera de las fronteras regionales, pero con gran incidencia en Asturias por su amor a los Picos de Europa y su propia obra, sea Diego de Quiroga y Losada, marqués de Santa María del Villar (1880-1976), con quien Lueje mantuvo una estrecha amistad.

El marqués de Santa María del Villar fue, según propia definición, un "vulgar excursionista que, máquina fotográfica en ristre, marcha de ceca en meca procurando captar rincones al objeto de mostrarlos dentro y fuera de España" y que concebía su labor fotográfica como un "quijotesco patriotismo" en la contribución a fomentar el turismo y el conocimiento entre las diversas regiones españolas.

Para él, Asturias era "un país privilegiado para el turismo", en el que había experimentado algunas de sus mayores emociones ante la contemplación de la Naturaleza. En un artículo titulado "Asturias, país

turístico", publicado en el diario *Región* (Oviedo, 1 de enero de 1936), hacía una primera referencia a esa experiencia que tenía su razón original en los Picos de Europa, que descubriría en un primer viaje en 1896 y visitaría por última vez en 1968:

Hay en la vida cosas que no se olvidan y en la nuestra tenemos el recuerdo de haber visto al amanecer desde muchas millas de la costa, primero entre las luces y luego a pleno sol, la costa de Asturias, una cadena de montes y montañas y tras ellas como magno telón de fondo, se alzaban sublimes, orgullosos, porque lo podían estar, con unas nieblas bajas, los Picos de Europa.

Otros dos recuerdos de nuestros viajes turísticos por Asturias guardamos como imborrables. Uno es la salida del sol encontrándonos en los Picos de Europa ante el Naranjo de Bulnes, espectáculo de tal grandiosidad y magnificencia, que de majestuoso puede calificarse por las coloraciones y efectos que los rayos solares daban a los Urrieles y demás picachos cercanos. Y otro, más al alcance de todos los turistas, el anochecer en el silencio de Covadonga, sólo turbado por el ruido de las aguas del Auseva y los rezos del Santo Rosario en la Cueva de la Santina. ¡Qué espectáculo más grandioso, qué silencio más emocionante!

La huella de esa intensa emoción, el recuerdo de esa experiencia la conservó a lo largo de su vida. En 1963, en una entrevista y cuando a sus 83 años acababa de regresar de un viaje a los Picos de Europa, contestaba:

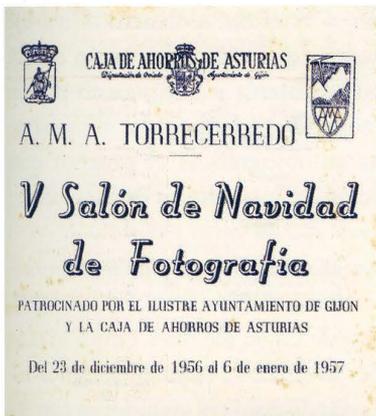
Me pregunta usted qué paisaje español llevo clavado en mi mente, y en mi corazón, agrego yo. Lo que más me gustó, lo que no se puede olvidar, lo más sublime que recuerdo en mi larga vida es el amanecer, la salida del sol en Picos de Europa, en los Urrieles, con el Naranjo de Bulnes y el Neverón, desde las cercanías de los invernales de Pandébano, sobre el canal de Camburero. Es grandioso, causa asombro, lo mismo que la puesta de sol, pero... ¡Ésta es más difícil de ver que el amanecer! (Jorge Latorre Izquierdo, *Santa María del Villar, fotógrafo turista*, Pamplona, 1998, pág. 123)

En esta entrevista reconocía que los paisajes de montaña habían sido, además de los de ríos, sus predilectos, y los referidos a Asturias que conservaba en su archivo habían servido en 1933 para ilustrar las páginas del número 2.213 de la revista *Blanco y Negro* dedicada a nuestra región.

En diversas ocasiones, con motivo de las entrevistas que se le efectuaban en los últimos años de su vida, incidiría en esa experiencia sublime que las palabras apenas podían describir:

He pasado en los Picos horas y horas de ensueño y de maravilla, con amigos como los Villaviciosa, que ya están en el mundo de la verdad; con los Pombo de Santander, los Zabala de Madrid, y con esos leales amigos guías como El Cainejo, el que trepó el primero con Pidal al Naranjo en 1904; con Severo, el guía de Sotres; con José Ramón Lueje, el mejor experto hoy en los Picos y al que conocí en Valdeón (*vid.* Latorre Izquierdo, pág. 247).

En este fragmento de una entrevista de 1969, el marqués consigna esas amistades con las que compartió experiencias y deslumbramientos,



y entre ellos a Lueje, al que califica como el mejor conocedor de los Picos. En esa suma de montañeros-fotógrafos, Lueje era para Diego Quiroga el último representante de esa tradición que hundía sus raíces en el romanticismo y que traducían técnicamente en imágenes ese deseo de hacer perenne la visión de lo fugaz, de esos juegos de luz que daban vida a lo pétreo, a lo inerte.

No nos resistimos a reproducir otras palabras, en este caso extraídas de una entrevista que se le realizó en 1971, que inciden en esas construcciones de la luz en los Picos de Europa,

Cuando los rayos solares, en grandioso contraluz, iluminan las grietas, los riscos de los Urrieles con el terrible Naranjo aún en la oscuridad; una mole negra que, poco a poco los rayos del sol van perfilando, van iluminando sus terribles aristas y el Naranjo va mostrando su grandiosidad. Es algo sublime, es verdaderamente emocionante, la salida del sol en enorme contraluz por los Urrieles (*vid.* Latorre Izquierdo, pág. 247).

La amistad entre el marqués de Santa María del Villar y José Ramón Lueje, nacidas de la identificación de ambos con ese paisaje de los Picos de Europa, tuvo en la fotografía otro de sus lazos de unión, pues venía a simbolizar la perpetuación de un espíritu montañero para el que la fotografía era con su modernidad uno de los medios que permitían la conservación de esos rasgos de identidad y su transmisión de una generación a otra.

Lueje había adquirido su primera cámara -una Contax- en 1936, cuando el ambiente gijonés había perdido el acicate de ese verdadero centro neurálgico de la fotografía asturiana que había sido el Ateneo Obrero, herido de muerte tras los sucesos revolucionarios de 1934. No parece que Lueje tuviese vínculos con esa entidad, ni tampoco con los aficionados que se reunían al amparo de su tradición y actividades. Todo indica que nuestro fotógrafo-montañero fue un autodidacta puro, que llegó a la fotografía por un interés simple, sin mayores pretensiones, y que su empleo de este medio fue el conducto usual de todo aquel que en aquella época observaba y descubría con cierto asombro todo lo circundante, desde el ambiente familiar hasta el entorno natural. Esa vocación primera era estrictamente documental, y así la fue ejerciendo a lo largo de sus años de montañero, como el método más fidedigno de documentar esos periplos viajeros por las montañas de su tierra.

Será en los primeros años cuarenta cuando Lueje decida mostrar al público su obra fotográfica y entre en contacto con los supervivientes de aquel grupo ateneístico, que tras la desaparición de la entidad intentaron recuperar la actividad fotográfica y expositiva por los cauces posibles, que no eran otros que los que brindaban los grupos montañeros, no sólo los de Gijón y Oviedo sino también los de otras villas, que convocarán diversas modalidades de salones, concursos y certámenes.

La trayectoria de estos fotógrafos "nacidos" en los ateneos la representa muy bien la personalidad de Pedro Alonso Rebollar, que vio la luz

en Oviedo en 1900 y que se estableció al finalizar la Guerra Civil en Gijón, donde fallecería en 2003. Fundador del Ateneo del barrio de La Argañosa en su ciudad natal, conservó su interés y entusiasmo por la técnica fotográfica hasta los últimos años de su larga vida. Él mismo recordaba sucintamente en unas notas autobiográficas el proceso que desembocó en la posguerra en la aparición de los Salones de Navidad:

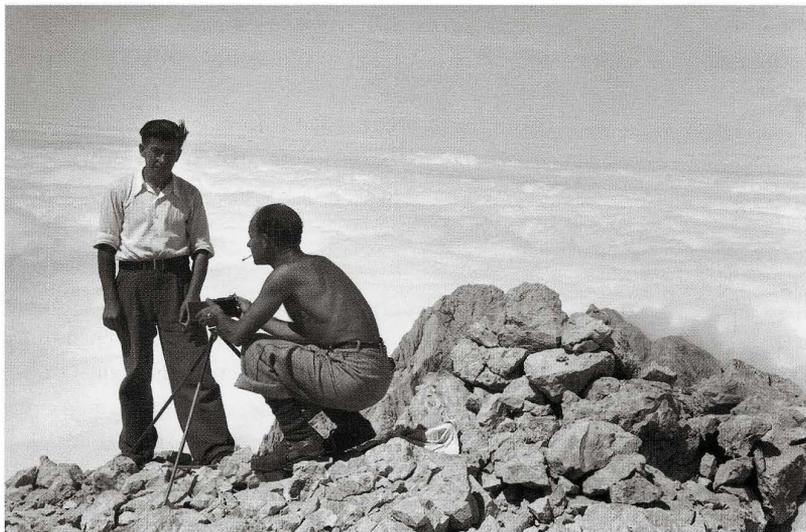
Ya desde joven mostré esta afición, realizando "fotos" propias del principiante: de familiares, paisajes, etc.

Mi ingreso en el Ateneo [Jovellanos] de Gijón me unió a otros aficionados y creamos un pequeño grupo de "fotógrafos". Aquí empezamos las primeras exposiciones, que nos fueron creando mayores ambiciones con las que fuimos a la "Agrupación Montañera Astur Torrecerredo". Allí creamos un grupo más serio. Recuerdo algunos componentes del grupo: José del Campo, Somolinos, Pachu Palacios, Guillermo Gómez Madrera, Díez Canteli, Rufino García y otros muchos, hasta un número de veinticinco. De este grupo surgió ya la idea de los Salones de Navidad de Fotografía.

Sin duda, Lueje formaba parte de esos veinticinco entusiastas que sentaron los cimientos de lo que sería la fotografía asturiana hasta bien entrados los años setenta. No es el momento de profundizar en los rasgos que caracterizan este periodo, pero sí conviene resaltar que el progresivo protagonismo que adquiere la fotografía en esta etapa se logra gracias a la labor entusiasta de los "fotógrafos-montañeros" o "montañeros-fotógrafos", a los distintos colectivos montañeros de la región, y a los salones que crean e impulsan. De ahí que la tradición de una fotografía artística, bruscamente cercenada en su difusión y en su evolución dentro de los lenguajes de vanguardia por la Guerra Civil, tarde en recuperarse y sea en ese preciso momento sustituida por el "revival" del pictorialismo en su idealización de paisajes, tipos y monumentos, en conexión con la retórica nacionalista del arte oficial y su vocación de esteticismo acrítico. Ese retorno a los orígenes de una tradición netamente conservadora, se traduce en una relectura fiel del paisajismo de principios de siglo, que se identifica conceptual y formalmente con el modelo clásico de la fotografía de montaña, pues, no en vano, el motivo permanece inalterable en su formulación material y la manera de ver responde a las mismas emociones y al mismo deseo de transmitir las.

Pero la fotografía de montaña se convierte en uno de los escasos cauces de expresión en su versión más popular, y logra abrir el camino a otros lenguajes más minoritarios. El fenómeno del "salonismo", pese a sus limitaciones, favorece una normalización de la fotografía en el limitado panorama artístico y genera una dinámica de nuevas expectativas, que sólo se verán cumplidas parcialmente.

Los Salones de Fotografía de Montaña de la Real Sociedad Española de Alpinismo "Peñalara", que tras el paréntesis de la Guerra Civil se convocan nuevamente en 1942, implantan el modelo que sirve de guía al resto de las agrupaciones montañeras españolas, y en nuestro caso a las



asturianas. Sustancialmente no se apartan en nada de las convocatorias previas a la guerra, y permiten comprobar la permanencia de un modelo que se ajusta a las demandas de los potenciales interesados, que en muchos casos son los mismos que participaron en aquéllas. Por supuesto que los temas y tratamientos son similares, y en 1946 el salón se denominará puntualmente de "Fotografía Artística y Pintura de Montaña", manifestación de un anhelo que sólo de manera parcial se verá satisfecho.

La presencia de la montaña asturiana en los salones "Peñalara", en algunos de los cuales como veremos participa Lueje, será siempre minoritaria. En el XXII Salón, de 1944, cuatro fotógrafos -Julián Delgado Úbeda, Juan Díaz Duque, José González Folliot, Ramiro Guijarro- presentaron diversas obras referidas a los Picos de Europa, mientras el pintor Francisco Núñez de Celis aportaba dos acuarelas de esa misma temática. En el XXXIII, de 1945, José Ramón Lueje y Pío Canga, ambos referenciados en el catálogo como pertenecientes al Grupo de Cultura "Covadonga", ostentaban la representación asturiana. Lueje había enviado cuatro fotografías tituladas *Soto de Valdeón*, *Vega de Ario*, *Asturcones (Sueve)*, y *Panderuedas*, más otra que se atribuía en el catálogo erróneamente a Pío Canga con el n.º 49 titulada *Vegabaño (Sajambre)*. En esta edición, otros fotógrafos españoles como Pedro Blanch, Alfredo García Revuelta, Francisco Hernández Pacheco, Emilio Lucas Sanz y Karl Wlasak participaban con obras de temática asturiana de montaña, a la vez que en el lote enviado al Primer Salón Internacional de Sociedades de Alpinismo, celebrado en Ginebra, se contaban dos fotografías de los Picos de Europa.

En convocatorias sucesivas se mantuvo la misma tónica, siempre con una mínima participación asturiana, que en algún año, como en 1952, no existió, a la vez que los Picos de Europa seguían atrayendo a los fotógrafos-montañeros, según se comprueba en ese XXVIII Salón con las obras de José Luis Carrasco Eguía, Carlos García del Cerro, Germán Navas, Antonio Pérez Olea, y Francisco Pérez Ruiz. Cinco años des-

pués, en el XXXIII Salón de 1957, ya como miembro de "Torrecerredo", Lueje era el único asturiano presente en la muestra, con cuatro obras - *En Cerredo, Lago La Cueva (Somiedo), Torres del Cornión (Picos de Europa) y Canal del Vidrio*-, acompañándole otros fotógrafos foráneos autores de paisajes de Asturias como Jesús de la Fuente, Francisco Hernández Pacheco, Amparo Vicioso, José María Vicioso y José María Villalba Ezcay.

En la propia Asturias, aquella presencia de los salones de Peñalara en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Civil y esa nueva etapa abierta en 1942 tuvo también sus repercusiones. En Oviedo, el Grupo de Montañeros "Vetusta" convocó en 1944 su primer concurso-exposición de fotografía, cuyas bases no constreñían su temática a la exclusividad de lo montañoso, sino que se abría a todo tipo de paisajes, tipos y monumentos, así como a vistas urbanas. Esta apertura facilitó una amplia participación nacional, con concursantes provenientes de Cataluña, Galicia, País Vasco y Madrid, enviando amplios lotes el Club Deportivo Bilbao y la Sociedad "Peñalara". La participación asturiana era, lógicamente, la más amplia y reunía todos los géneros fotográficos con preeminencia de la fotografía de montaña y de las marinas, como también perspectivas urbanas, destacando entre éstas últimas la serie dedicada a Avilés y presentada bajo el lema "Partenón", que podemos atribuir a José Espolita.

Tras un breve paréntesis, en 1946 el Grupo convocaba su II Concurso. Las bases señalan una renovación y aportan valiosos datos para el descubrimiento de los conceptos básicos sobre los que se desarrollaban este tipo de convocatorias, en las que sin renunciar a la vertiente artística, se primaba la especialización en la fotografía documental como una material indispensable para el estudio científico de la montaña, dado que abarcaba múltiples campos. La voluntad de fortalecer ese conocimiento a través de la formación de un archivo fotográfico, se revela como el argumento de más peso en la convocatoria de este concurso, pues según su base IV *"A cada fotografía se acompañará una copia de tamaño postal destinada al archivo del Grupo. También resultarán de propiedad de éste los ejemplares que resulten premiados"*.

Tal idea se desarrollaba en el apartado VI, referido a los temas y a las tres secciones en las que se estructuraba el concurso, que fijan con claridad la teoría fotográfica que subyacía en este tipo de convocatorias, alentando una convergencia entre la herencia de lo tradicional en su vertiente definida como "artística" y una puesta en valor de lo documental en su versión utilitaria para facilitar el conocimiento puntual de las rutas y parajes de montaña:

Considerando que uno de los esenciales fines de las sociedades montañosas es el de estimular la más inteligente cultura deportiva y el conocimiento fotográfico de las bellezas de la región, este Grupo innova en este II Concurso de Fotografías aquella modalidad de expresión gráfica ya practicada en Concursos de Ascensiones que, dedicada a orientar en los excursionistas la forma más práctica para un continuado recuerdo de los conocimientos adquiridos en sus marchas, sirva al mismo tiempo a la reunión de interesan-

tes datos documentales en beneficio de un archivo montañoso.

No es deseo de este Grupo, esto no obstante, despreciar los valores artísticos reflejados en fotografías obtenidas, no sólo en la montaña, sino también en cualquiera otra de las manifestaciones de la naturaleza, o del trabajo y vida del hombre.

Las tres secciones hacían expresa esa diferenciación entre la identificación plenamente artística de los motivos de montaña de un modo somero y superficial bajo el epígrafe "Fotografía artística de montaña": *"En ella deberán inscribirse aquellas pruebas referentes a temas de montaña obtenidas por la cámara en excursiones y paseos, y que a juicio de su autor encierren un interés artístico"*, dejando al arbitrio de los autores la identificación de su obra en las condiciones de esa categoría, a la vez que la segunda sección "Fotografía general artística" ampliaba el campo a las pruebas *"que no presentando temas especialmente montañosos... reúnan efectos artísticos dignos de exposición"*.

La tercera sección de "Fotografía documental de montaña" era, a tenor de la puntual descripción de las bases, la que mayor interés despertaba por parte del Grupo convocante, y la novedad más sobresaliente que aportaba este II Concurso en relación a la primera edición, que carecía de esta sección. Además perseguía una utilidad inmediata que trascendía la rémora de lo puramente artístico para ser un material de alto valor para montañeros duchos o para los que se iniciasen en esta afición en el conocimiento de ese territorio y de todos los elementos que lo identificaban:

En esta Sección aparecerán expuestas cuantas fotografías presentadas reúnan o no condiciones artísticas, muestren inscritas por su autor datos referentes a los accidentes geográficos retratados.

Serán tales datos los nombres de montañas, alturas sobre el nivel del mar o sobre otras cotas, accesos, fuentes, vaguadas, majadas, collados, colinas, ríos, valles y toda clase de lugares; orientaciones cenitales referidas con exactitud desde el lugar en que han sido tomadas al accidente señalado; travesía o itinerarios y tiempos empleados; nombres de pastores, paisanos y alojamientos más o menos hospitalarios; perspectivas de diferentes profundidades ocultas a simple vista; y, en fin, cuantos datos puedan escribirse en las fotografías con un interés documental que apreciará el jurado por rigurosa puntuación. Estas inscripciones documentales se escribirán en las mismas fotografías, o, preferentemente, en los márgenes de sus respectivas cartulinas (de 10 cm. de ancho por lado, según se indica en la Base II), y será mérito puntuable la claridad y la brevedad de la inscripción, así como la exactitud de la referencia. No se considera puntuable el mérito artístico, pero sí la nitidez gráfica de la fotografía.

Los datos inscritos se enlazarán con los motivos a que se refieren por medio de flechas finas y rectamente trazadas; se podrán emplear tintas de distintos colores, si se considera conveniente.

Lo exhaustivo en la descripción de condiciones y datos da buena idea



de la concienzuda preparación y redacción de esta nueva base del concurso, que lograba así un protagonismo sobre los otros dos, resaltando esa claridad, brevedad y exactitud que se exigía con el fin de documentar a la perfección lo que la imagen testimoniaba. La fotografía alcanzaba de este modo su mayor valor como elemento insustituible en el perfecto conocimiento de la montaña asturiana hasta en sus mínimos detalles, acaparando todos los elementos del paisaje. El maridaje original entre fotografía y montañismo se renovaba en nuestro ámbito, con la particularidad de la formación de un archivo único hasta entonces, que validaba de por sí el esfuerzo del Grupo de Montañeros "Vetusta".

La dificultad que entrañaba el cumplimiento de las bases de esta tercera sección y, en menor medida, su misma novedad, explica que las obras presentadas a concurso fuesen comparativamente muy pocas y todas provenientes de la ciudad de Oviedo, frente a las de las otras dos secciones enviadas en su mayoría desde diversos puntos de la geografía española. Bajo el lema "Colaboración" se presentaron fotografías de la Sierra del Suevo y de El Cellón (Pajares). Más importante fue el conjunto enviado bajo el lema "Natura", con fotografías de la travesía de Posada de Valdeón a Collao Jermoso, con escalada al Llambrión; de Telleo a Peñaubiña, y "macizo occidental, muralla Sur desde Posada de Valdeón".

Lueje no participó en el concurso, pero sí en la exposición, en la que mostró doce fotografías adscritas a la primera sección -"Fotografías artísticas de montaña"- , que diez años después de contar con su primera cámara, manifestaban la definida vocación por la consolidación de un

lenguaje propio que combinase el recuerdo de aquellos periplos montañeros con una interpretación artística de ese paisaje.

La evolución de los concursos-exposiciones señala el predominio de la línea denominada "fotografía artística" en detrimento de la puramente documental. Este proceso no es extraño si consideramos que la actividad fotográfica en esa década estaba reservada a pocos aficionados, dada la escasez de material y la carestía de éste; y por otro lado, la única oportunidad de que fuese mostrada al público era en estos salones y concursos, que se convertían en refugio de aquellos que deseaban difundir su obra y entrar en contacto con otros aficionados, máxime teniendo en cuenta que no existían agrupaciones fotográficas. Permanecía pues vigente el modelo de los años veinte y treinta con apenas variantes, y se percibía cierta nostalgia de aquel orden de las artes en el que la fotografía gozaba de cierto reconocimiento como una de ellas y se codeaba casi en igualdad con la pintura y la escultura en la atención de público y crítica.

Esa nostalgia y el deseo de recuperación de aquellos fotógrafos sentidos como modélicos en la creación artística para aplicar su concepción fotográfica a la interpretación del paisaje asturiano, es lo que mueve al Grupo de Montañeros "Vetusta" a organizar en Oviedo, en 1949, el I Salón Internacional de Fotografía coincidiendo con las fiestas de San Mateo y con la colaboración del Club Internacional de Fotografía, a través de su secretaría española, y de la Caja de Ahorros de Asturias. En el texto de presentación del catálogo, la organización señalaba que

El móvil que guió a sus organizadores, no se limitaba a la mera exposición de una colección de trabajos de artistas de todo el mundo que, aun siendo admirable, no hubiera justificado el enorme esfuerzo de todo orden que fue necesario. El espíritu de la organización era difundir en Asturias las maravillas del arte fotográfico y estimular con ellas a los aficionados, de los que debería salir el Grupo fotográfico que captara gráficamente la grandiosidad y bellezas naturales de nuestras tierras... Y para eso se edita este catálogo. Que si bien hace pervivir el ambiente de la Exposición en nuestro recuerdo, nos estimula a buscar nuevos horizontes en nuestras inquietudes deportivas.

Este texto casi programático reflejaba bien esa voluntad de reiniciar una nueva etapa en la búsqueda de "nuevos horizontes" siguiendo la enseñanza de los viejos maestros, y ese esfuerzo señalaba un hito en la historia de nuestra fotografía al volver a colocar a Asturias como uno de los centros de inquietud creadora en el panorama español de su época.

El homenaje a los viejos maestros se personificaba en Ortiz Echague, en el belga Leonard Misonne, y en los ingleses K. L. Keighley y J. M. Whitehead, estos tres últimos ya entonces fallecidos, como "Expositores de Honor". De Ortiz Echague se colgaban algunas de las obras más significativas como *Baile en La Armiña*, *Procesión en Turégano*, *Castillo de Peñafiel* y *Castillo de Coca*, mientras que en la sección espa-

ñola se mostraba de este mismo fotógrafo *Lino va al entierro*.

En el Salón estaban representados treinta y nueve países de los cinco continentes, siendo la participación más amplia la española, en la que no figuraba ningún fotógrafo asturiano. El nombre de algunos de los seleccionados corrobora esa vocación recuperadora de los máximos exponentes de la estética pictorialista: Joaquín Pla Janini, José Tinoco, Eduardo Susanna y Jesús Unturbe, con una obra, *En el muelle*, de temática asturiana, pues tenía como motivo un bello paisaje del puerto de Gijón, que además se reproducía en el cuidado catálogo editado por Antonio Campaña, a quien meses después se le dedicaba una exposición antológica (febrero-marzo de 1950) con treinta y cuatro obras, entre ellas los bromóleos *Tracción de sangre*, *Guardagujas* y *Domingo de invierno*, realizados en la primera mitad de los años treinta y premiados en numerosos salones internacionales.

El éxito de esta primera muestra se tradujo en la convocatoria del II Salón Internacional. De nuevo, el texto al catálogo era la expresión de una manera de entender la fotografía como un privilegiado instrumento para la comprensión de la naturaleza y un fiel elemento sustitutorio de esos paisajes que el montañero rememoraba gustoso: *"las montañas refugian su afición en la fotografía, que siempre tiene, por lo menos, consoladoras evocaciones"*.

Estas evocaciones otorgaban a la fotografía un carácter de vehículo de inquietudes espirituales, y de ahí su plenitud artística:

Los deportistas de la montaña aprendieron de la madre naturaleza a amar la sencillez. La cámara es cruda y real casi siempre. Y ellos saben bien la realidad de aquella frase asturiana: "un árbol, una piedra, una fuente ...".

Desdén de la fantasía y adoración a Aquel que hizo posible toda belleza...

Que la fotografía hoy es un Arte consagrado, ya nadie lo duda... A los miembros de las sociedades fotográficas lo único que les interesa es cambiar su bagaje artístico por otro similar, cualquiera que sea su procedencia. La fotografía, como la música y la pintura, no precisa de intérpretes y esa es otra de sus grandes ventajas.

A los fotógrafos procedentes de treinta y siete países, se unía una amplia representación española (61 participantes), entre los que se hallaban los clásicos Susanna, Tinoco, Pla Janini, etc. En el III Salón, de 1951, el Grupo de Montañeros "Vetusta" pasaba el testigo de la organización a la Asamblea de Montañeros de Asturias y al Fotocine-Club de Oviedo, entidad constituida en octubre de 1950 y con sede en el Club de Tenis de Oviedo, contando además con la colaboración de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias.

Esta convocatoria introducía una novedad importante con la celebración paralela del I Certamen Regional de Fotografía, que se estructuraba en tres secciones: Retrato, Documental de Montaña, y General. Conviene recordar los fotógrafos que concursaron para constatar la aparición de un nutrido grupo de aficionados vinculados al Club de Tenis

José Ramón Lueje, a la derecha, con Jesús Fanjul (izquierda) a la puerta de la cabaña de éste en la Vega de Enol, Adolfo de la Vega, "Cajetilla", y Juan Luis Rodríguez, "Patines".  
Junio de 1944



y, a la vez, observar la escasa presencia de aficionados montañeros que aportaron obras a la sección documental de montaña, y que se reducían a Pedro Alonso Rebollar y Jesús Quintanal. La nómina de los restantes concursantes la componían: Laureano Fernández Allende, Marino Blanco Bartolomé, Jesús Riego Cuervo, Alfonso Pire, José Luis Rozas García, Constantino Díaz Fernández, Gabino García, Manuel Cañedo y González-Longoria, Elías Caicoya Masaveu, Constantino Díaz-Villamil, Eduardo Felechés Peláez, Gustavo Fernández Buelta, Mariano Cuadrado Escribano y Agustín de Saralegui e Ibarra. Dos profesionales, Jesús Espiau y Adolfo Armán, participaban fuera de concurso, mientras otros profesionales como Pire y Rozas lo hacían en el concurso abierto únicamente a los aficionados.

La evolución de estas convocatorias muestra la incapacidad por estructurar con solidez desde Asturias un concurso regional o nacional en el que todos los intereses de los aficionados a la fotografía tuviesen cabida. Para el IV Salón Internacional y II Certamen Regional, de 1952, desaparecía la participación de los montañeros tanto en la organización, a la que se sumaba en cambio Agora Fotocine Club, como en las secciones, cuya temática específica se englobaba ahora en un genérico "Paisaje", que definía la tercera sección. La única presencia montañera la tendría simbólicamente José Ramón Lueje, que formaba parte del jurado como miembro de la Asamblea de Montañeros de Asturias. La crisis de estos salones y certámenes fotográficos que conjugaban presencias internacionales, nacionales y regionales tuvo su epicentro en Oviedo, y desconocemos las causas que los provocaron, aunque sí las consecuencias, que se resumían en el traslado de la actividad a Gijón, que recuperaba de este modo su tradicional atención a la fotografía.

En ese año, el IV Salón Internacional se expuso en Gijón conjuntamente con la Primera Exposición Social de Fotografía Documental de Montaña, organizados ambos por la A.M.A. Torrecerredo con el patrocinio del Ayuntamiento de la villa. Pedro Alonso Rebollar, José Mario



Asturcones en el Sueve, febrero de 1945

Arguelles, Marino Blanco, "Fernández", Richard N. Gallop, Rufino González, Cristino Mori Muñoz, Avelino Rodríguez, Luis Suárez y Federico Wazinger fueron los aficionados que reunieron su obra, a los que había que sumar los que se escondían bajo la etiqueta "Socio núm. 2", que no era otro que el propio Lueje, y "Socio num. 300".

Antes de que finalizase la exposición pública, la Sección de Fotografía de la Agrupación Montañera Astur convocaba el I Salón de Navidad de Fotografía con el patrocinio del Ayuntamiento gijonés y del Banco de Gijón. Del éxito de este proyecto dan idea las sucesivas exposiciones celebradas hasta la década de los ochenta, mantenidas gracias a la financiación de la Caja de Ahorros de Asturias.

Las bases de esa primera convocatoria traslucían que la experiencia de la Exposición Social había sido determinante para el nacimiento de los Salones de Navidad, que en ese primer momento se concebían únicamente para los fotógrafos gijoneses:

Este primer ensayo nos demostró el gran interés que en nuestra villa va despertando la fotografía. Instigados por numerosos aficionados, pretendemos reunir en una segunda Exposición Local, con temas generales, no solamente las obras de aquellos aficionados a la fotografía de montaña afectos a Torrecerredo, sino que ofrecemos también este Primer Salón de Navidad a todos los aficionados y profesionales de Gijón.

Síntoma de ese deseo de apertura es que el tema exclusivo de la monta-

ña compartía protagonismo en la segunda sección con un paisaje genérico.

De éxito rotundo puede calificarse esta convocatoria estrictamente local, con 240 fotografías expuestas y la participación de veinticuatro aficionados: Pedro Alonso Rebollar, José Claudio Arguelles del Castillo, José Mario Arguelles Sáez, Marino Blanco Bartolomé, Carlos Bourgon Arguelles, Pío Canga, Manuel Fernández Rodríguez, Rufino González García, Aquilino Hurlé Velasco, Jaime Juanes Cifuentes, Bonifacio Lorenzo Somonte, José Ramón Lueje Sánchez, Argimiro Luelmo, Celso Martínez Corte, Fernando Martínez González, Juan Poch Rivas, Jesús Riego Cuervo, Alejandro Rocés Antuña, Avelino Rodríguez Medina, Horacio Rodríguez Medina, Francisco Rodríguez Palacios, Joaquín Rúa, Luis Serrano Calvo y Luis Suárez, a los que se unían dos profesionales : "Foto Ángel" y Gonzalo Vega.

Para el II Salón de Navidad de 1953 desapareció la cláusula que limitaba la participación en exclusiva a los gijoneses, lo que supuso una incorporación de 31 fotógrafos regionales. Además, se instaló una sección especial con fotografías relativas al "Parque Nacional de la Montaña de Covadonga y Picos de Europa", en la que participaba Lueje con nueve obras. El gran vencedor de este Salón fue Gonzalo Juanes, el fotógrafo gijonés que tendría a finales de esta década y la siguiente mayor proyección nacional, que logró no sólo el "Premio de Honor", sino que sumó también los primeros premios de las secciones de Retrato y Figura, y de Tema General.

Al calor de esta iniciativa se percibe un nuevo impulso expositivo de la fotografía de montaña en toda Asturias. Así, por ejemplo, en 1953 el Grupo Montañero "Torres", de Ablaña, organiza la Primera Exposición de Montaña, en la que Lueje logra el tercer premio. En ese mismo año también participa Lueje en la muestra organizada por el Grupo Cine-Foto de Educación y Descanso de Mieres con varias obras, de las que la prensa destacará *Asturcones*, a la que se describe como "precioso contraluz". Dos años después el Grupo de Montañeros Vetusta comienza una serie de exposiciones anuales con las fotografías obtenidas durante las excursiones realizadas a lo largo del año, al tiempo que el Esquí Club Alpino de Gijón organiza una "Exposición de Paisajes de la Montaña Astur-Leonesa", por iniciativa del malogrado pintor Suáreztorga, en la que muestran su producción todos los artistas locales activos en esa época, encabezados por Nicanor Piñole, el pintor amigo de Lueje con el que establece un diálogo pictórico-fotográfico que redundará en la calidad de la producción montañera de ambos, concluyendo en una mirada subjetiva sobre esos espacios.

Los sucesivos Salones de Navidad dejan constancia de una actividad creadora mucho más amplia de lo que pudiera suponerse, y Lueje es uno de los aficionados que se comprometen a su mantenimiento, participando en casi todas las convocatorias. En el de 1956, el primero que cuenta con el apoyo de la Caja de Ahorros de Asturias, concurre con cinco fotografías; y al año siguiente envía bajo el lema "Cordillera" cuatro nuevas fotografías, ninguna de las cuales será seleccionada por el jurado para premio.

El VI Salón introduce algunas novedades importantes, gracias probablemente a esa financiación de la Caja de Ahorros. Es el primero que se celebrará con carácter nacional, al tiempo que se convoca el I Concurso Provincial de Diapositivas en Color. Lueje logra en este Salón el premio "Asturias", de Agora Foto-Cine Club por un paisaje de la Vega de Ario.

Por los datos que disponemos, ese VI Salón será el último en el que Lueje esté presente. Las razones de este alejamiento tal vez se hallen en que ese carácter nacional con presencia de fotógrafos de todas las regiones españolas hacía perder peso a la temática netamente asturiana, estando además formados los jurados de las primeras ediciones por miembros de agrupaciones fotográficas foráneas, por lo que la valoración de esos contenidos locales tenía relativa importancia. Por otro lado, la evolución de la estética fotográfica también se hacía sentir, y el paisajismo de montaña hasta entonces tan en boga quedaría marginado al primarse otras formas de expresión más acordes con las corrientes contemporáneas.

Lueje parece centrarse entonces en actividades de animación fotográfica en "Torrecerredo", en la colaboración en proyectos expositivos de mayor envergadura, y en el seguimiento de los concursos desde su calidad de jurado.

La actuación de la Agrupación Montañera Astur "Torrecerredo" en el ámbito fotográfico se amplía en este periodo con la convocatoria en 1957 del I Concurso Social de Fotografía de Esquí, que tendrá continuidad al año siguiente. La implicación de la fotografía en la vida de la Agrupación sigue siendo muy importante, y en ese mismo año una circular de la Sección de Montaña rogaba a los socios que facilitasen "una sencilla copia de las fotografías de mayor interés" que hubiesen obtenido en el curso de sus excursiones con el fin de iniciar "la formación de sus Álbumes fotográficos dedicados a la montaña, y especialmente a las cumbres de nuestra región", a la vez que informaba del inicio del coleccionismo de tarjetas postales que enviaban los socios dando cuenta de sus viajes por España y Europa.

La continuidad de las muestras en la década de 1960 bajo la denominación de "Exposición Social de Fotografías de Montaña y Esquí", culminan en 1973 con la organización del I Concurso Nacional de Fotografía "Ciudad de Gijón", con la participación de "Torrecerredo" y el Esquí Club Alpino, que en su tercera edición tendrá a Lueje como miembro de honor del jurado.

Además de su participación en concursos celebrados en otros puntos de España, Lueje toma parte en algunos de los proyectos más ambiciosos de ese momento en los que los paisajes de montaña de Asturias se convertían de nuevo en reclamos turísticos a través de muestras circulantes. En 1956 es de los fotógrafos seleccionados para la exposición "Asturias en Imágenes", organizada por diversas instituciones y patrocinada por el Centro Asturiano de Madrid. Presentada como *Una verdadera síntesis fotográfica de las bellezas de nuestra región*, en ella participaba Lueje con dieciséis ampliaciones de temática mon-



Nemesio Reyero y Teófilo Alonso en la cima del pico Tres Provincias (León), septiembre de 1944

tañera (Picos de Europa, Caso, Ponga, Somiedo y "Pastores"), al lado de otros quince fotografías que mostraban otros aspectos de la región.

De carácter monográfico es la muestra organizada por la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias en 1959 con motivo de la celebración en la Vega de Enol del XVIII Campeonato Internacional de Alta Montaña y de la inauguración del refugio "Marqués de Villaviciosa de Asturias", construido por la Diputación en Vega de Ario. Compuesta de noventa y dos fotografías de diversos autores- Pedro Alonso Rebollar, Manuel Collado, José Antonio Corrales, Claudio Díaz González, Eduardo Feleches, Alfredo Fuenteseca, Rufino González García, Julio Lorenzana, Baldomero Menéndez, José Manuel Montes, Francisco Ruiz Tilve y Manuel Suárez Valdés-, a ellos se sumaba Lueje con diecisiete obras variadas (panorámicas y detalles), entre las que se incluía una con el título *Pastores de Ario*.

La última exposición fotográfica de difusión turística y escaparate de la realidad asturiana en la que la obra de Lueje es inexcusable en la construcción de un mosaico de imágenes que identificaba a Asturias en su paisaje es la Muestra Fotográfica de Asturias, producida por la Caja de Ahorros de Asturias en 1961 y que tuvo un amplio recorrido, traspasando nuestras fronteras al ser presentada en Burdeos.

Lueje contribuyó con nueve fotografías que eran una selección personal de aquellas que consideraba más representativas de su obra, y las más atractivas para un público no habituado a nuestra naturaleza. Se

abría con la titulada *Ante la tumba de D. Pedro Pidal*, un simbólico principio y fin de toda una época , y le seguían *Valdeón*, *El Naranjo desde Camarmeña*, *Caso*, *Caín*, *Ario*, dos de Bulnes y *Aldea*. Un compendio de esa manera de ver fotográficamente Asturias en sus montañas a lo largo de unos años que se prolongaron hasta 1975, en los que la emoción guió sus pasos hacia unas cumbres que la fotografía le ayudó a conservar, recordar y transmitir como el paisaje en su plenitud espiritual de amor a la tierra nativa. Bien suscribiría Lueje las palabras de Jovellanos reproducidas en la portada del catálogo de esa exposición, al pie de una fotografía de Armán con la corriente del Sella abriéndose entre montañas y la arboleda de las riberas en el verdor del estío:

Todo es bello en Asturias, todo sublime, todo grande. Si se hace este camino, será el encanto de los viajeros, singularmente de aquellos que sean dados a la contemplación de la Naturaleza.

# Noticias sobre pastores y vaqueros

Juaco López y Armando Graña

1. L.V. Elías Pastor y F. Novoa (coordinadores), *Un camino de ida y vuelta: la transhumancia en España* (Barcelona: Lunwerg Ed., 2003).

La montaña asturiana y leonesa es un territorio de pastores desde hace seis mil años. Con el neolítico llegaron los primeros ganaderos y con ellos comenzó a modelarse el paisaje rural; de aquella época quedan únicamente los restos de sus enterramientos colectivos en túmulos y dólmenes. Desde entonces el hombre ha aprovechado intensamente ese espacio para criar ganado. La montaña ha sido muy codiciada por campesinos, señores, pueblos, parroquias, concejos y la Iglesia. Su historia es por tanto muy densa y en lo que respecta al pastoreo tradicional parece que está tocando a su fin<sup>1</sup>. Los viejos asentamientos de cabañas agrupadas en vegas, majadas, brañas o alzadas que se utilizaban estacionalmente han sido en su mayor parte abandonados y en ellos es muy difícil encontrar un pastor o un *brañeiro*, pues casi nadie duerme ya en las cabañas. Los cambios en el manejo del ganado, la desaparición de los rebaños de cabras y ovejas, el despoblamiento del medio rural y el envejecimiento de su población han supuesto el fin de la vida tradicional en la montaña. Las consecuencias de estos hechos son varias: el avance de la vegetación arbustiva frente al pastizal, la pérdida de caminos, fuentes y topónimos, la destrucción de las cabañas, etc. Hoy, muchos de aquellos asentamientos en los que vivía un gran número de personas durante el verano son sólo montones de piedras que dicen poco a los montañeros que pasan junto a ellos. En los tiempos en que José Ramón Lueje (1903-1981) caminó por estos mismos sitios, aquellas cabañas albergaban a numerosos hombres, mujeres y niños que con el nombre de pastores, vaqueros, *vaqueiros* y *brañeiros* poblaban la montaña asturleonera. Lueje, que unió su afición a la montaña con la de la fotografía, conoció esa vida y tuvo la curiosidad de fotografiarla. Gracias a esta curiosidad, que fue poco frecuente entre sus contemporáneos, tenemos hoy una abundante documentación gráfica de aquella vida en la montaña.

La cría de ganado engloba tres aspectos muy relacionados entre sí: las plantas pastables, la cabaña ganadera y la actividad humana. En las comunidades tradicionales de montaña esta cría se basa en un sistema extensivo que utiliza áreas de pasto muy amplias pero con una intensidad de aprovechamiento baja. Es un sistema de explotación equilibrado con los recursos locales que no necesita recurrir, al menos de forma significativa, a aportes forrajeros externos. Produce carne, por recría y engorde de ganado en los puertos, y derivados lácteos, queso y sobre todo mantequilla. Este sistema exige adaptarse a los periodos de crecimiento de las plantas herbáceas, que alternan periodos de vigoroso

crecimiento en verano con otros de reposo en invierno. El pasto debe garantizar un suministro constante de hierba al ganado, lo que se consigue segando los pastos bajos y almacenando en pajares los excedentes de hierba primaverales para consumir en invierno, y trashumando las reses entre los pastos bajos donde pasan el invierno y los pastos altos donde pacen durante el estío. En los puertos altos el ganado permanece durante todo el periodo de crecimiento de las plantas, en general de mayo a octubre, según el clima de cada año; allí el aprovechamiento es siempre a diente y sin estabulación. Cuando llega el mal tiempo, el ganado desciende a los alrededores del pueblo donde pasta a diente y come el heno almacenado. Con arreglo a este ciclo se organizaba todo el espacio de montaña, así como la reproducción del ganado, los tipos de cabañas, las ferias, las fiestas patronales, etc. Normalmente toda esta organización estaba regulada por unas ordenanzas locales que dividían el territorio y establecían las fechas de utilización de cada espacio. Así, por ejemplo, en el concejo de Caso las ordenanzas distinguían la *ería*, la *guariza*, la *riera* y los "montes altos" o "puertos". La *ería* son las tierras de labor que se abrían al ganado después de recogida la cosecha. La *guariza* eran pastos próximos al pueblo que se reservaban durante el verano para los bueyes o vacas de labranza que no subían a los puertos. La *riera* eran los prados situados alrededor del pueblo que se acotaban desde mayo a fines de septiembre y de los que se sacaba la mayor parte de la hierba que se segaba. Por último, los montes altos era donde estaban las majadas o *mayaos*. Las ordenanzas distinguen las "majadas primariegas", situadas entorno a los 1.000 metros de altitud, y las majadas altas, localizadas a partir de los 1.300 metros, a las cuales el ganado asciende ajustándose al ritmo que impone el crecimiento de la hierba: "el día de San Miguel de mayo a las majadas primariegas, y en el de San Juan a las majadas altas, manteniéndose en éstas [el ganado] hasta el San Miguel de septiembre" (Ordenanzas de Coballes, 1826).<sup>2</sup>

2. A. Fernández Pérez y J. A. Vaquero Iglesias, "La organización colectiva de la explotación ganadera en el concejo de Caso a través de las Ordenanzas Locales, 1775-1875" *Ástura*, 3 (1895), pags. 13-26.

Este modelo de trashumancia de valle, con algunas variantes, era el común a todos los concejos asturianos de montaña (Cabrales, Onís, Ponga, Aller, Lena, Quirós, Somiedo, etc). Una excepción al mismo son las alzadas de los concejos de Ibias y Cangas del Narcea, la trashumancia de largo recorrido de los *vaqueiros de alzada* y los pastores de ovejas merinas que arrendaban los pastos altos de la Cordillera Cantábrica, desde el puerto de Leitariegos hasta Picos de Europa.

Las alzadas son asentamientos localizados en las sierras de Ibias y Cangas del Narcea, que también se encuentran en las zonas limítrofes de las provincias de Lugo y León, entre los 800 y 1.000 metros de altura. Allí subían desde mayo a octubre los vecinos de pueblos situados a menor altitud y en laderas muy pendientes. Las construcciones eran grandes cabañas de planta redonda o rectangular cubiertas de paja de centeno, tablilla de madera o losa de pizarra, en cuyo interior había vivienda, pajar y cuadra; en algunos casos junto a éstas había hórreos. En estas alzadas se compaginaba la cría de ganado con el cultivo de patatas y cereales, especialmente centeno, que se sembraba con el sistema de rozas o *cavadas*.



Schulz en su *Descripción Geológica de la Provincia de Oviedo* (1858) habla de ellas y dice que "*terminada la recolección de la cosecha y verificada la siembra para el año siguiente, vuelve la gente con sus frutos y ganados á su pueblo principal ó de invierno*".

Los *vaqueiros* de alzada constituyen un grupo social de gran personalidad que realizaba una trashumancia de largo recorrido desde sus pueblos de invierno localizados en concejos de la costa, desde Gijón a Tapia de Casariego, o del interior, como Salas, Miranda o Tinéu, hasta las brañas de verano localizadas en los concejos de Cangas del Narcea, Tinéu, Somiedo o Torrestío. Como es bien conocido, en esta trashumancia se desplazaba toda la familia con su ganado y enseres, y permanecía en los puertos desde mayo a noviembre. Sus pueblos son bastante diferentes a los de los campesinos, sobre todo los de invierno, en los hay un hábitat muy diseminado y casas pequeñas que nunca tienen hórreo o panera. Los hombres complementaban su actividad ganadera con la arriería.<sup>3</sup>

Por último, están los pastores de merinas que llegaban a la Cordillera Cantábrica desde Extremadura con grandes rebaños de ovejas. Eran los herederos de los antiguos pastores del Honrado Concejo de la Mesta creado en el siglo XIII. Ocupaban sólo los puertos más altos y su construcción más característica era el chozo cubierto de escobas y *tapinos* (tepes).

José Ramón Lueje fotografió sobre todo a los pastores de Picos de Europa y a los de merinas, que eran los que ocupaban su montaña preferida y los pastos más altos. Por ello, nosotros vamos a describir a continuación el modo de vida de estos pastores, con el objeto de documentar las fotografías que él realizó entre 1936 y 1975 y que se publican en este libro. La mayor parte de nuestra información procede de un trabajo de campo realizado entre 1986 y 1989 en los concejos asturianos de Cabrales, Onís, Cangues d'Onís y Amieva, y en los leoneses de Valdeón y Sajambre, dentro del programa de Recuperación del Patrimonio Cultural Unido a Espacios Naturales Protegidos que en aquellos años promovió el Instituto de la Juventud.

3. A. García Martínez, *Los vaqueiros de alzada de Asturias: Un estudio histórico-antropológico* (Oviedo 1988).

Los pastores son los miembros de la familia que suben con el ganado al puerto. Tradicionalmente su estancia allí se prolongaba desde la primavera al otoño, ocupados en el cuidado del ganado y en la elaboración de productos derivados de la leche, como el queso y la mantequilla.

Estos desplazamientos, o trashumancia de valle, comienzan en primavera, cuando las Ordenanzas establecen la apertura de los pastos comunales del puerto. Entonces, los pastores, con todos sus enseres, su rebaño de vacas, ovejas y cabras, y algún cerdo, se dirigen a las vegas o majadas siguiendo unas rutas habituales. En este trayecto, que realizan en una jornada, los pastores se ayudan de una vara, un burro que acarrea los utensilios necesarios para una estancia prolongada, y un perro que vigila el rebaño.

El pastor aprende su oficio desde niño. Hacia los ocho años ya se encarga de alguna misión en los puertos e invernales. Las primeras tareas que realiza son sencillas pero sirven para familiarizarlo con una forma de vida a la que se incorporará plenamente al llegar a la edad adulta.

Al puerto subían principalmente viejos, mujeres y niños. Los varones fuertes quedaban en el pueblo dedicados a la recogida de los cereales y la hierba. A menudo al puerto, si las circunstancias lo requerían, subían una o dos personas de cada casa. Como recuerdan los más viejos: "*cada cual tenía su función y nadie sobraba*". La estancia de varios miembros de una misma familia en el puerto era posible debido al tipo de familia troncal tradicional que dominaba en los pueblos, de modo que era frecuente que en una misma casa convivieran tres generaciones: abuelos, padres y nietos.

La jornada en el puerto comienza a primera hora de la mañana. La primera labor es ordeñar a los animales (vacas, ovejas y cabras), cuya leche se destina sobre todo a la elaboración de queso y mantequilla. Esta tarea se vuelve a realizar a última hora de la tarde, después de reunir el ganado que pasta libremente, faena que en días de niebla y mal tiempo se convierte en un trabajo arduo y peligroso, sobre todo cuando hay que buscar a las cabras, que andan siempre por los peores sitios.

En el puerto también se *tosquilan* (esquilan) las ovejas. En el mes de junio el pastor las reúne a todas para librarlas de la lana que les da calor y suciedad y que él venderá más tarde. La venta de la lana constituyó, en tiempos pasados, un importante ingreso para la precaria economía campesina.

Además de ordeñar, atender el ganado y esquilan, hay que buscar leña, a veces en sitios bastante alejados, y acarrearla a hombros hasta la vega y bajar al pueblo a por provisiones cada cuatro o cinco días (aunque si había alguna persona en casa que no estuviera muy ocupada era ella quien las subía). Sin embargo, todos los pastores coinciden en que la época de mayor trabajo es la conocida como "época de la renta", que es la temporada en la que se elabora el queso y suele abarcar desde el 1 de junio hasta finales de agosto. Durante estos meses se fabrican entre



Majada de las Vacas en Santa Marina de Valdeón (León), septiembre de 1951

ro y 18 kg de queso diarios de los tipos denominados Gamonéu y Cabrales. Junto a éste, otro producto muy importante era la mantequilla, que también se hacía en el puerto, y que se bajaba una vez a la semana a los pueblos para venderla a los mantequeros.

A veces sucedía que en una familia no había los suficientes brazos para trabajar en la siega de los prados que tenían en los contornos del pueblo, por lo que muchos pastores se veían obligados a compaginar el trabajo del puerto con la recogida de la hierba, teniendo que subir y bajar diariamente del puerto al pueblo para atender ambas faenas.

A todo este trabajo hay que añadir una dieta sobria y poco variada, generalmente reducida a patatas, arroz y habas, algo de tocino y, por supuesto, queso y mantequilla; antiguamente también era frecuente la torta de maíz.

A pesar de todo esto, los pastores siempre encontraron un hueco para la diversión. Son los momentos que dedican a la tertulia, sentados a la puerta de la cabaña o en su interior junto al calor del llar cuando el frío apremia; compartiendo un café rememoran anécdotas del pasado, comentan las vicisitudes del día, discuten sobre algún problema con el ganado o bien se apiñan, sobre todo en los últimos tiempos, en torno a una pequeña radio intentando enterarse de lo que pasa lejos de su vega. También son importantes los juegos, como "la cocha peza" o los bolos, para lo cual casi todas las vegas contaban con una bolera. Pero lo que sin duda recuerdan con más nostalgia los viejos pastores son las fiestas que

se organizaban en las vegas a finales de verano, cuando el trabajo ya no era tan intenso. Tras una suculenta merienda, mozos y mozas bailaban al son de gaita y tambor durante horas y, como recuerda una informante: *"si no había ni gaita ni tambor cogíamos una lata y un palo para hacer música y cantábamos nosotros. Cualquiera cosa era buena para divertirse"*.

En los concejos leoneses de Valdeón y Sajambre las formas comunales de vivir y trabajar tardaron más en desaparecer y esto, unido a que no se dedicaban a la producción de queso y mantequilla para la venta, propició un tipo de pastoreo diferente: el pastoreo de vecera. Cada pastor debía pasar un número determinado de días, proporcional al número de cabezas de ganado que tuviera, cuidando en el puerto el ganado de todos los vecinos. Sin embargo no dormía solo en el puerto, pues al menos un miembro de cada familia con ganado subía cada tarde a ordeñar su rebaño, pernoctando allí, pues a la mañana siguiente debía realizar la misma tarea, para después bajar la leche al pueblo. Algunas veces eran las mujeres las que subían al puerto a ordeñar el ganado, reflejándose en las Ordenanzas la moralidad de la época. De este modo, para intentar evitar el relajamiento de costumbres que existía en las vegas, las Ordenanzas antiguas de Valdeón establecían la obligación de hacer dos chozos: *"(...) uno para los muchachos y otro para las muchachas o mozas si las hubiere (...) y que a éste se le eche una tarabilla por adentro para que dichas muchachas estén quietas de algunos peligros que se les puedan ofrecer"*.

Aparte del sistema de pastoreo, la vida de los pastores en el puerto no difería sustancialmente entre los concejos asturianos y los leoneses. Existía una mentalidad común. Por ejemplo, la solidaridad de grupo ha sido durante mucho tiempo una característica de estas comunidades dedicadas a la ganadería. Uno de los casos en que se demuestra es en la reconstrucción de rebaños: si alguien perdía una vaca, todos los demás colaboraban para que el afectado pudiera hacerse con otra, o si la vaca se despeñaba, los pastores compraban la carne por kilos para que la economía de la familia no se viera demasiado afectada.

Existe además un vocabulario específico referente a la cría del ganado. Atendiendo a la edad que el animal tiene se le designa de una determinada manera. El ganado vacuno recibe los nombres siguientes: *xato* es el animal recién nacido; *trinu* o *trina*, cuando tiene de diez a doce meses; *becerra* hasta que pare, después ya es vaca. Los nombres de las ovejas son cordero o cordera (crías); *andesca* cuando tiene un año; *andesca primerriza* cuando pare por primera vez y *oveya* después del segundo parto. Los nombres de las cabras son cabrito cuando es una cría; *iguales*, cuando cumplen un año y, más tarde, cabras.

En los últimos tiempos, la cultura pastoril ha cambiado considerablemente a la par que la mentalidad de estos ganaderos y la evolución del pastoreo tradicional. Actualmente, el tiempo de permanencia del pastor en el puerto está en función de la elaboración o no del queso. Así, mientras en Valdeón y Sajambre ya no permanecen pastores en el puerto durante la época estival, en los concejos asturianos se pueden distinguir dos tipos de pastores:



A la puerta de la cabaña en la majada de La Vega, Las Mestas, en el Cornión, febrero de 1964

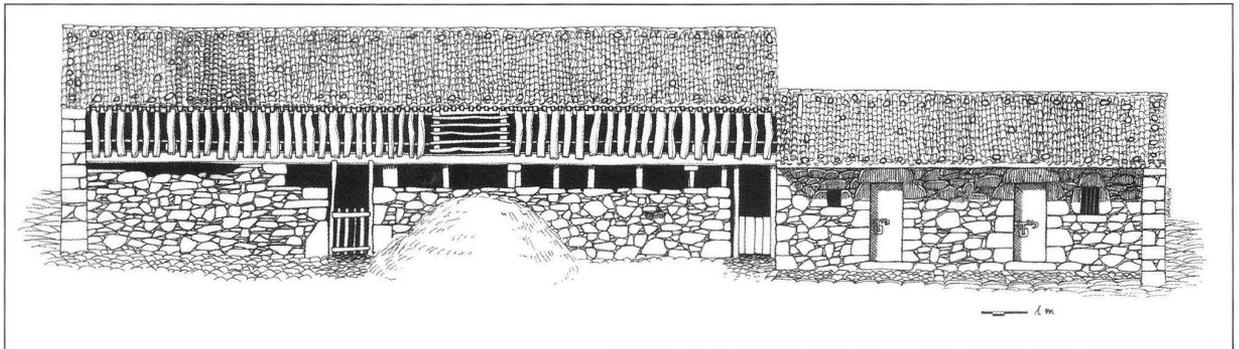
1. Los que suben el ganado de producción lechera y permanecen en el puerto elaborando el queso, bajando cuando las condiciones climáticas son duras. Otras veces sólo permanecen durante la "época de la renta" y descienden a finales de agosto al pueblo para segar la "otoñada" (segunda corta de hierba).
2. Los que suben al puerto el ganado de carne o vacas preñadas de poco tiempo que dejan pastando en alguna vega y lo visitan de vez en cuando, aproximadamente cada ocho días, para ver en qué condiciones está. Estos pastores bajan a casa el mismo día.

En 1989 el pastoreo tradicional era una actividad casi abandonada. A partir de los años sesenta el número de pastores descendió notablemente debido a la enorme emigración sufrida en estas comunidades ganaderas. Muchas familias abandonaron los pueblos y en otras emigraron los jóvenes, quedando sólo los padres que han ido envejeciendo y ya no tienen quien los supla en el cuidado de la hacienda. El pastoreo pasó entonces de ser una actividad generalizada a ser una practica de algunos individuos cuya estructura familiar permitía prescindir al menos de una persona, como ocurre en los pueblos de Gamonéu de Cangues y Gamonéu de Onís, donde aún existen familias troncales.

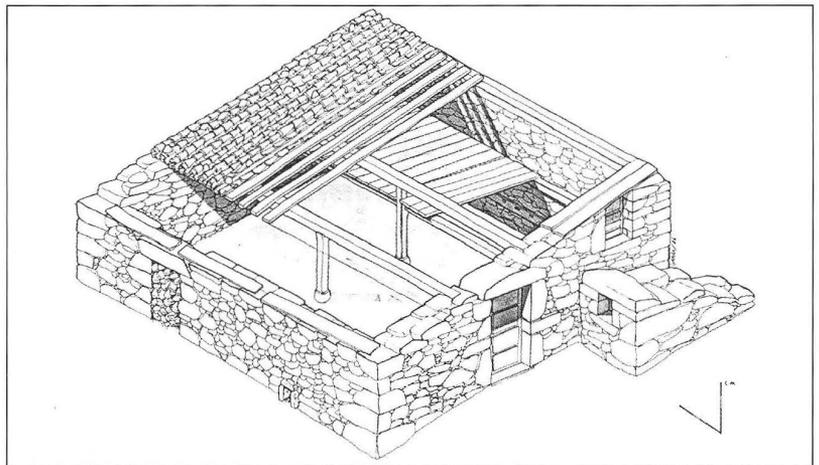
El pastor actual suele ser un varón adulto o de edad avanzada que sube al puerto para "echar una mano" en las tareas de casa y conseguir unos ingresos complementarios. A veces les acompaña algún nieto. Sin embargo, en 1989, también aparecía otro tipo de pastor: jóvenes que no encuentran trabajo fuera del pueblo y que se dedican, entonces, al pastoreo tradicional para ganarse la vida.

El retroceso de la vida pastoril dio lugar a que los pastores sólo ocuparan las vegas bajas de los puertos, a pesar de la inferior calidad de sus pastos. Un ejemplo del abandono de las vegas altas puede observarse en el puerto de Onís: la vega de Ario, ocupada tiempo atrás por diecinueve pastores, está en la actualidad despoblada, subiendo solamente el ganado

Tendayu y cabaña doble en la Vega Enol, puerto de Cangues d'Onís (Asturias)



Cubil para el gochu en la Vega La Llomba, puerto de Cangues d'Onís



Tendayu en la Vega de Belbín, puerto de Onís (Asturias)

a pastar. Sin embargo, en la vega de Belbín, mucho más baja y de peor calidad de pasto, pero con mejor acceso, permanecen cinco pastores del pueblo de Gamonéu de Onís.

Una muestra del abandono del régimen tradicional de permanencia en los puertos nos la da la siguiente relación de cifras, obtenida a partir de información oral facilitada por varios pastores: en el concejo de Cangues de Onís, tras la Guerra Civil subían al puerto unos doscientos pastores, mientras que actualmente (1989) sólo lo hacen unos veinte, permaneciendo dos o tres en cada una de las vegas más bajas. En Onís suben unos trece; en Cabrales sólo suben cinco familias: dos de ellas van a Ostón y otras tres al puerto de Soga. En Amieva ya no hay prácticamente pastores que permanezcan en el puerto, salvo que alguno suba excepcionalmente a hacer queso a Carombo o Toneyo, pero lo habitual es que dejen el ganado solo y suban a verlo de vez en cuando. Lo mismo ocurre, como ya se ha dicho, en Valdeón y Sajambre.

La mentalidad también ha cambiado sustancialmente. Si tiempo atrás eran muchos los que preferían estar en el puerto, evitando el abundante trabajo estival, la siega de los prados y las tareas del pueblo, el pastor actual opina que la vida allí arriba es muy dura y sacrificada. En general, las personas de mediana edad se adaptan bien, pero la gente joven, acostumbrada a otro tipo de vida, se siente aislada en el puerto, por lo que prefieren emigrar o buscar otro tipo de trabajo.

### La cabaña del pastor

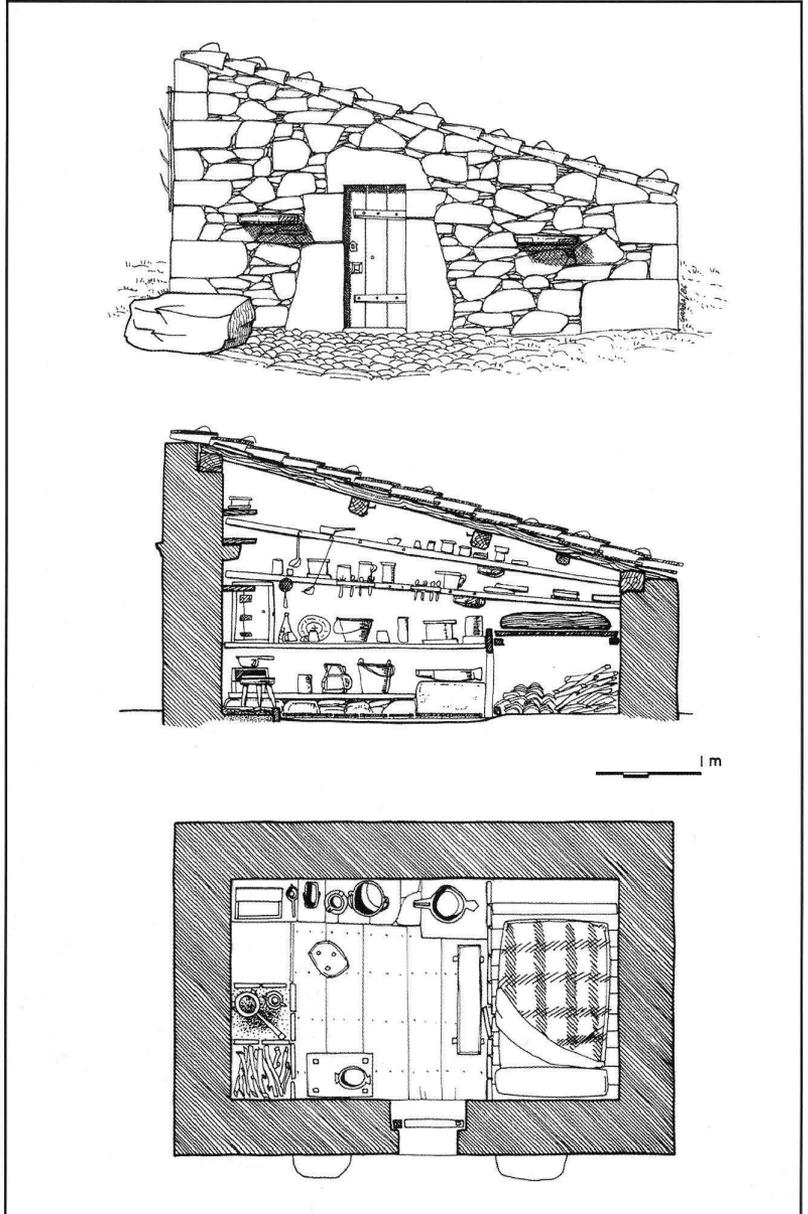
El asentamiento tradicional de los pastores en las vegas se manifiesta en las construcciones que allí se levantan. Las más importantes son las cabañas en las que habitan y trabajan los pastores, pero junto a éstas están los *tendayos*, las *cuerres* y los cubiles. Los primeros son unas cuadradas que tienen planta baja y un piso, abajo se guardan las vacas y los terneros, y arriba las ovejas y cabras; la *cuerre* es un redil cerrado de muro que se utiliza para ordeñar cabras y ovejas, y los cubiles son unas pequeñas construcciones de planta redonda y cubierta de falsa cúpula de piedra en la que se guardan los cerdos.

Las cabañas son pequeñas construcciones de planta rectangular, muros de piedra en seco y cubierta a una sola vertiente de teja. En general, sus medidas exteriores son 4,5 x 3,5 m. y su superficie interior es de alrededor de ocho metros cuadrados. En el verano, cuando hace calor, resultan bastante frescas ya que no tienen huecos por donde penetre el sol y sus gruesos muros tardan en calentarse; contrariamente, en los días fríos su interior mantiene el calor del llar al no tener vanos por donde entre el frío. Muy antiguamente, las cabañas de los pastores de Picos de Europa eran de planta circular y se cubrían con falsas cúpulas de piedra. De algunas de éstas quedan todavía restos en la vega de Ario. Estas construcciones que en Asturias se denominan *corros* aparecen en nuestra región en pastos altos de Somiedo, sierra del Aramo, puerto de Marabio, etc. y son muy frecuentes en el mundo pastoril europeo.<sup>4</sup>

4. S. Díaz Rodríguez, F. García Fernández y J. Sagasti Gil, "Construcciones ganaderas de la sierra de Aramo", *Ástura*, 6 (1987), págs. 13-21.

La cabaña del puerto es la vivienda del pastor durante los meses de verano. Está organizada con el fin de lograr un máximo aprovechamiento del espacio interior, que es bastante reducido. Los utensilios que se encuentran en ella son funcionales, y están en relación con las actividades que el pastor realiza diariamente, que son la preparación de su comida y, sobre todo, la elaboración del queso.

El interior de la cabaña se divide en dos partes: la cama y el llar o cocina. A un lado de la puerta, y de modo transversal, se halla la cama del pastor, que es amplia y de madera, y está situada a cierta altura del suelo, de modo que debajo de ella se pueda almacenar leña, tejas, calzado, etc. Enfrente, junto a la pared, está el llar, que suele atizarse con árgomas, y junto a él está el *tuérzano*, que es un brazo de madera giratorio

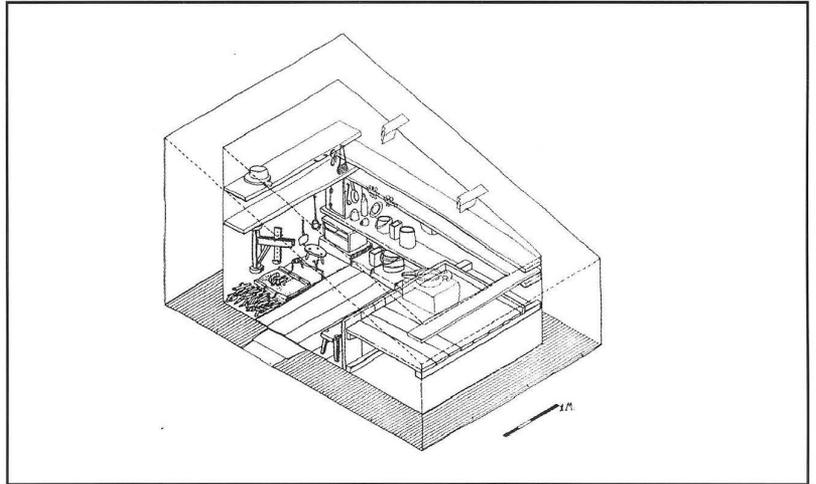


Alzado, sección y planta de la cabaña de José en la Vega de Belbín, puerto de Onís (Asturias)

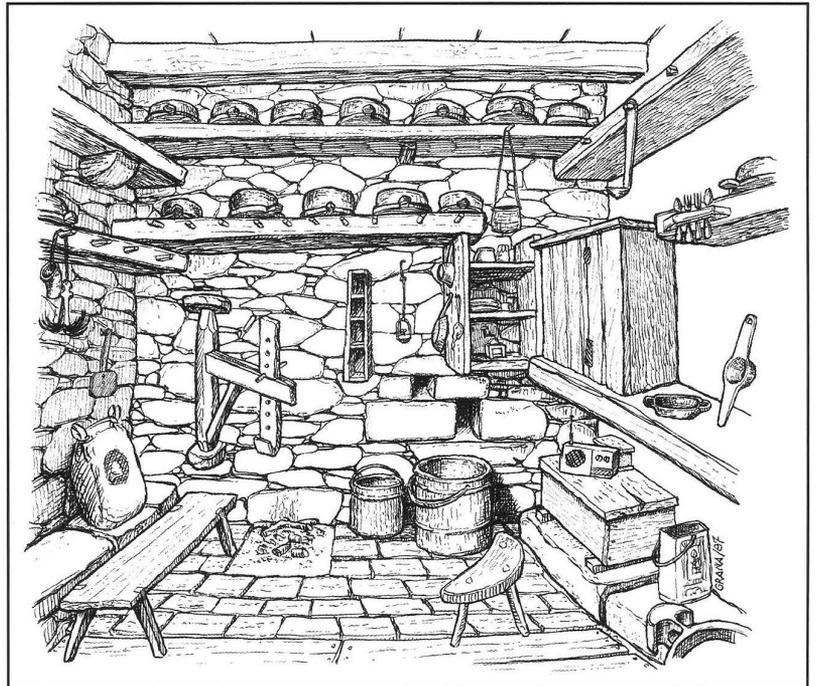
del que se cuelga una caldera o un pote para cocinar. El tuérsano, al ser giratorio, puede arrimarse a la pared cuando no se utiliza, de modo que ocupe el menor espacio posible.

Otros elementos domésticos presentes en todas las cabañas son un arca, donde se guardan comida y cacharros; un *tayu* o asiento de tres patas, y un candil de petróleo o carburo con el que se ilumina el pastor llegada la noche.

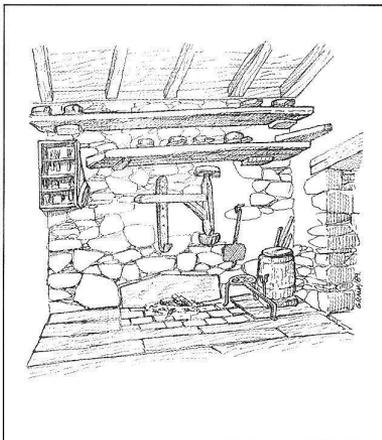
Encima del llar y a lo largo de las paredes de la cabaña, en disposición paralela, hay colocados unos tablones, las *talameras*, sobre las que se disponen los quesos y otros utensilios de forma que quede el mayor espacio posible.



Cabaña de la Vega de Belbín



Interior de una cabaña de pastor en el puerto de Onís



Interior de cabaña en la Vega Ceñal, puerto de Cangues d'Onís

5. La mayor parte de la información que publicamos nos la dio en 1988 Desiderio Fernández, de 83 años, natural de Prioro y vecino de Santa Marina de Valdeón, que durante cincuenta años fue pastor de merinas de la condesa de Bornos.

Los quesos, cada uno de ellos encima de un *presugu* (tabla redonda hecha de madera de castaño o haya), se colocan sobre las *talameras* siguiendo un orden que facilite su secado. Los quesos menos curados se colocan encima del llar y según van curando se pasan a otras talameras que están más alejadas del calor, y así se van moviendo hasta que se llevan a una cueva a fermentar.

Sobre estos tablonces también se colocan diversos objetos relacionados con la fabricación del queso: la *desca*, fuente hecha de una pieza de madera que se utiliza para amasar el queso o la torta de maíz; la *peya* o jarra de madera grande para echar la leche (hoy sustituida por calderos de chapa galvanizada); el *colín* (colador), que se utiliza para colar la leche, puede ser de madera o de asta y lleva unas crines de caballo para filtrar la leche; la *artesa*, los *arnios* y los *presugos* empleados para prensar los quesos y sacarles el suero; etc.

También en las *talameras* se disponen los utensilios que el pastor maneja en sus actividades diarias. En una alacena se guardan los utensilios de cocina: molinillo de café, tazas, vasos, cubiertos, etc.

### Los pastores de merinas<sup>5</sup>

El tránsito de los rebaños de ovejas merinas se efectuaba siguiendo unas rutas habituales; en nuestro caso el camino principal era la cañada leonesa que, con sus respectivas ramificaciones (cordeles, veredas), conducía desde las dehesas extremeñas hasta los puertos o majadas de Asturias y León.

Antiguamente todo este recorrido se hacía a pie. A principios de octubre partían de los puertos hacia las dehesas del sur, aunque no salían todos los rebaños el mismo día, dado su tamaño (1.200-1.500 cabezas de ganado por rebaño), sino que guardaban una distancia entre ellos: un día salían dos rebaños, al siguiente otros dos y así sucesivamente. El tiempo empleado en hacer todo el camino hasta Extremadura era de 28 a 29 días, aunque cuando se regresaba en primavera a los puertos se tardaba menos, unos 20 o 21 días, porque los días son más largos.

Durante este largo viaje el descanso de los pastores era mínimo. Se caminaba todo el día, parando el tiempo imprescindible para almorzar y comer. Tras esto se seguía caminando hasta la noche en que se hacía el descanso más largo, aunque tampoco era mucho, pues los pastores, que dormían al sereno, tenían que turnarse para cuidar del ganado.

Las ovejas aprovechaban la cañada para pastar, aunque, dado el gran número de cabezas en movimiento, el pasto de la cañada se hacía insuficiente, por lo que el ganado perdía bastante peso en el viaje.

Los pastores llevaban sus provisiones en mulas o yeguas de carga. Algunas veces destacaban compradores a pueblos cercanos para aprovisionarse de lo necesario. Si en algunos tramos del camino se seguían valles o se atravesaban poblaciones (lo que aprovechaban para vender alguna merina vieja), en otros se rehuían claramente éstos y se buscaban las alturas, donde había pastos frescos y se evitaban pleitos con los labradores.



Pero este sistema trashumante fue paulatinamente transformándose como consecuencia de la revolución de los transportes pues, con la articulación de la red ferroviaria, un buen número de kilómetros de la cañada dejaron de hacerse a pie, y ovejas y pastores comenzaron a acudir a zonas urbanas para el embarque en tren. En este caso, para llegar a los puertos de Valdeón, Valdeburón, Ponga o Caso salían en ferrocarril de las dehesas extremeñas de la provincia de Badajoz y "desembarcaban" unas veces en Palencia y otras en Burgorranedo, para seguir desde allí a los puertos arrendados previamente a las juntas vecinales o que eran propiedad del dueño del rebaño.

Si desembarcaban en Palencia la ruta seguida era la siguiente: Palencia • Perales • Vilafolfo • Valle Las Fuentes • Villamoros • Villota • San Pedro • Cegoñal • Valderrueda • Las Lomas.

Mientras que si lo hacían en Burgorranedo la ruta era: Burgorranedo • Payelo • Corcos • Valle Las Casas • Peñacorada • Las Lomas.

Las Lomas era el punto de reunión de los rebaños que hacían las dos rutas anteriores, y desde aquí partían numerosos ramales hacia los pueblos de destino.

La trashumancia de merinas hoy es un fenómeno residual, si se compara con el enorme auge que la gran trashumancia tuvo durante los siglos pasados en España. Su decadencia afectó mucho a los pueblos de la montaña astur-leonesa, pues esta ganadería itinerante fue durante mucho tiempo una importante fuente de ingresos para ellos. El arrendamiento de sus puertos permitía recaudar fondos suficientes que ayudaban a los pueblos a solventar algunas necesidades comunales (compra de sementales, construcción de edificios). Además, la llegada de los pastores suponía para los vecinos un incentivo económico porque los mayores y pastores debían estar abastecidos de pan y sal, y las Ordenanzas obligaban a que para este abastecimiento los mayores se arreglasen con los vecinos eligiendo la casa que más les convenciese para hacer en ella posada y ropería. Así lo recogen las Ordenanzas de Valdeón de 1766:

"Ytem que los dichos pastores y mayores sean obligados a tener su ropería de pan y sal en este concejo, y no deben alquilar carros para les traer dicho pan y sal, sino fueren a los bezinos de dicho concejo". El vecino elegido debía pagar al concejo "quatro cantaras de vino por razón de la leña para amasarles el pan a los pastores".

En las Respuestas del Catastro del marqués de la Ensenada, de 1752, del mismo Valdeón se apunta que con los beneficios percibidos por el arrendamiento del "agostadero", las juntas vecinales pagaban los gastos de un herrero, un castrador, la manutención del toro y los mastines, y la reparación de puentes, fuentes, caminos, calzadas y escobios.

## Los pastores

Un elemento esencial en el sistema trashumante lo constituyen los pastores. Al cuidado de un rebaño de unas 1.200 a 1.500 ovejas, estos pastores caminaban de mil a dos mil kilómetros al año con las merinas, las mulas o yeguas y los mastines.

A pesar de las dificultades que comportaba esta vida trashumante, fueron muchos los que se dedicaron a este oficio debido a la precaria situación económica de los pueblos de los que eran oriundos, donde sacar una boca de casa y traer un corto jornal era una ayuda importante para las familias. Los pueblos del noreste de León, como Soto, Santa Marina y Caldevilla de Valdeón, Prioro, Tejerina, etc., proporcionaron muchos pastores a los grandes rebaños de merinas de los ricos ganaderos del sur.<sup>6</sup>

En torno a un rebaño había un grupo numeroso de personas. Estaban el propietario, el mayoral, los roperos y los pastores propiamente dichos. Estos no constituían un grupo homogéneo, había una serie de categorías muy jerarquizadas basadas en el tiempo que llevasen desempeñando el oficio, que era, de menor a mayor, la siguiente: *motril, zagal, sobrao, persona, ayudador, compañero y rabadán*.

El *motril* no era un pastor en sentido estricto. Los motriles eran niños de ocho a diez años que durante el verano subían a los puertos para ayudar a los pastores en diferentes faenas: hacer las sopas, llevar agua al chozo, etc. A cambio recibían la comida y a veces se les daba algún dinero en metálico. Este trabajo de pinche en el puerto era el modo que tenían para integrarse en la comunidad pastoril y convertirse al cabo de un tiempo en zagales. El oficio de pastor tenía un largo aprendizaje en el que se combinaban conocimientos sobre los animales, el medio natural, las alimañas, el clima, etc.

Aunque entre los pastores no había una profunda diferencia de funciones, pues todos cuidaban del rebaño y todos viajaban a Extremadura, sí existía un reparto de tareas y unas diferencias económicas. Cuando se ingresaba como zagal en un rebaño (lo que había que tramitar con el mayoral) se le daba al pastor en propiedad un número de ovejas que iba aumentando a medida que pasaba el tiempo. El que más ovejas tenía era

6. M. Rodríguez Pascual, *La trashumancia: Cultura, cañadas y viajes* (León: Edilesa, 2001).



el *rabadán*, que contaba con unas 60; al *compañero* se le daban unas 50; al *ayudador* unas 40; al *persona* unas 35; al *sobrao* unas 25 o 30, y al *zagal* unas 20. Estas ovejas estaban con el resto del rebaño y era la principal riqueza con que contaban los pastores, pues el dinero que les pagaban en metálico era poco. Pero ni aún de éstas podían disponer plenamente, pues el beneficio que proporcionaba su lana era para el dueño del rebaño, lo que les suponía una pérdida importante, ya que entonces la lana alcanzaba un alto precio.

Una situación peculiar dentro de este grupo era la de los *roperos* que, aún viajando con los demás y poseyendo ovejas dentro del rebaño, tenían una misión diferente: no se ocupaban del ganado sino de hacer el pan (siempre de trigo) para los pastores. Durante el verano se quedaban en un pueblo cercano a los puertos amasando el pan. En las roperías también se guardaba la harina para los perros, la sal para las ovejas, etc. En el catastro de Ensenada de 1752 se enumeran las roperías para surtir de pan a los pastores de ganado fino.

El *mayoral* era el pastor que tenía una situación más privilegiada dentro del grupo. Era designado por el propietario entre los rabadanes y estaba al mando de la cabaña ganadera. Su misión era arrendar los puertos y mandar razones y suministros a los pastores; además vigilaba que todas las tareas se cumplieren meticulosamente: señalaba el día de la esquila, cuándo se debían marcar las ovejas, etc. Él también hacía los desplazamientos estacionales, pero su situación no tenía nada que ver con los demás pastores: nunca iba a pie (antiguamente iba a caballo y más tarde en tren) ni convivía con el resto. Cuando los pastores se encontraban en los puertos, el mayoral vivía en una casa de un pueblo próximo, y cuando estaban en Extremadura vivía en el cortijo.

Los pastores de merinas se distinguían por su peculiar situación socio-económica. La trashumancia les proporcionaba un natural desarraigo social y familiar, pues tenían que pasar ocho meses al año separados de sus familias y pueblos, y los otros cuatro, aunque más próximos

geográficamente, debían permanecer mucho tiempo en el puerto, pues eran muy pocos los días de asueto, por lo que las visitas a sus casas eran siempre esporádicas. Este sacrificio no tenía compensación económica, es decir, la desproporción entre el trabajo realizado (con todo lo que conllevaba) y la remuneración percibida era muy grande. El dinero que les pagaban era muy poco. La mayor riqueza con la que contaban eran las ovejas que tenían en el rebaño. La venta de los corderos en mayo era el único medio de que disponían para procurar el sustento de sus familias, objetivo que casi nunca se conseguía plenamente. La familia de los pastores, que quedaba en los pueblos, tenía que trabajar alguna finca y poseer otro tipo de ganado (vacas, cerdos, cabras) para intentar salir adelante. Tampoco era raro que en una casa en la que el padre era pastor de merinas, uno o dos hijos se dedicasen también a lo mismo, para conseguir entre todos unos ingresos mayores.

La indumentaria era otro aspecto que caracterizaba a los pastores. Como calzado utilizaban abarcas de cuero. Si llovía o hacía mal tiempo, resguardaban el pantalón con las polainas, que cubren la pierna hasta la rodilla, hechas con pellejos y atadas con cuerdas. De la cintura a la rodilla se colocaban los zahones o zajones, hechos por los mismos pastores con piel curtida. Un par de camisas, una gorra de piel (con la lana hacia dentro), una chaqueta de piel de oveja o paño y el capote completaban el atuendo. Los capotes antiguamente eran trozos de manta, pero más tarde se hicieron de hule y fue tal la demanda, que hubo un sastre en Prioro que se dedicaba a confeccionarlos. Además llevaban siempre un zurrón de piel y una cuerna o calabaza en donde echaban el agua o el vino. Tampoco les faltaba un palo de acebo o ave llano y otro con un gancho en un extremo cuyo fin era coger e inmovilizar a las ovejas que se salían del rebaño.

## La vida en el puerto

Los pastores y rebaños trashumantes llegaban a sus respectivos puertos a finales de mayo (o principios de junio) tras más de 20 días de caminata.

Estos enormes rebaños eran tan llamativos que aún hoy son muchos los vecinos de los pueblos por los que atravesaban que recuerdan vivamente su llegada en esos meses.

La llegada de las merinas ponía en movimiento a diversas personas de los pueblos próximos. Los pastores buscaban a ocho o diez mozos en los pueblos para que les ayudaran a construir los chozos, "*que se hacían de un año para otro*". Los chozos son construcciones de planta redonda y cubierta de escobas (*Citrus scoparius*). Había dos tipos de chozos. Unos tenían un muro de piedra y sobre éste se colocaban los palos de la armadura. Otros se construían sólo con troncos que se clavaban en el suelo y tenían una forma troncopiramidal, se cubrían con *tapinos* (tepes) y ramas de escoba. La madera había que ir a buscarla a un bosque cercano y transportarla hasta los puertos correspondientes.



Chozo de pastores de merinas de la Fonfría, Valdeburón (León), julio de 1936

Una vez hecho el chozo, los pastores invitaban a los mozos a una comida especial, la caldereta, para lo que se mataba una oveja buena: *"la machorra"*. Era el único día que se mataba una oveja, aunque si alguna se despeñaba o rompía una pata, se convertía rápidamente en comida para los pastores. Precisamente, en el concejo de Somiedo, según nos informa Adolfo García, por culpa de la caldereta, los vecinos de los pueblos más próximos a los puertos donde subían las merinas quemaban los chozos una vez que se ausentaban los pastores, para así tener que rehacerlo todos los años.

La alimentación cotidiana de los pastores se basaba, casi exclusivamente, en sopa hecha con agua, aceite, sal, pimentón y pan, y si en alguna ocasión comían otra cosa diferente (chorizo, tocino, etc.) era por su cuenta, *"no era el patrón quien lo pagaba"*. Cada ocho días recibían el pan que amasaban los roperos, y el suministro que precisaran.

Se comía siempre a rancho. Cada pastor tenía una cuchara fabricada por él mismo con los cuernos de los carneros que se cortaban en agosto, cuando éstos tenían uno o dos años. Los cuernos se metían en agua muy caliente para que ablandaran y luego se pasaban a una horma.

En el verano los pastores tenían menos trabajo y gozaban, por tanto, de una mayor libertad. Las ovejas no se ordeñaban, andaban todo el día libres, llevándolas cada ocho días sal. Esto permitía a los pastores estar en los pueblos un mayor número de días. En el puerto, solían quedar dos de continuo: el motril y un pastor. El motril no bajaba en todo el verano, pero el pastor bajaba cada ocho días y era sustituido por otro pastor. Estaban ocho días arriba y ocho abajo, y los años en que había más pastores por rebaño podían estar ocho días arriba y quince en el pueblo.

La estancia en los pueblos era aprovechada para ver a la familia y a todos aquellos de los que se había estado separado durante ocho meses. Incluso era el tiempo de "echarse una novia" y sobre todo de divertirse. Acudían, siempre que podían, a las fiestas que se celebraban en primavera y verano, e iban a las majadas donde los pastores del lugar, que no eran de merinas, pasaban el verano con su ganado (vacas, ovejas y cabras).

En cuanto llegaba octubre comenzaban los preparativos para partir hacia el sur. Enseguida, el mayoral daba instrucciones a los rabadanes para que organizaran la salida. Llegaba la hora de despedirse hasta el próximo mayo. Los rebaños comenzaban a salir, de dos en dos, iniciando una caminata que duraría alrededor de un mes para llegar a los pastos extremeños.

## La vida en Extremadura

En Extremadura la vida era más dura que en el puerto. A últimos de octubre cada rebaño llegaba a la dehesa asignada, que podía ser propiedad del amo de la cabaña o haberse alquilado previamente. En cada dehesa había un chozo en el que vivían los pastores; éste era más sólido que el del puerto, pues tenía un muro de piedra de cerca de dos metros, y como techumbre una armadura de troncos cubiertos con retamas o escobas.

Nada más llegar a Extremadura, uno o dos pastores de cada dehesa iban a recoger leña, que era muy necesaria, tanto como combustible para el horno donde los roperos cocían el pan, como para procurar el calor de los pastores, pues, a menudo, los inviernos eran tan rigurosos que incluso se "arreciaban" (congelaban) muchas ovejas.

El rebaño (de 1.200 – 1.500 ovejas) se dividía en cuatro hatajos y cada pastor tenía su función: en el primer hatajo estaban las primeras ovejas que parían (sobre 500 – 525) que estaban al cuidado del *compañero*; el segundo hatajo (sobre otras 500) estaba a cargo del *ayudador*; las más tardías, "la chicadilla", estaban con el *rabadán* alrededor del chozo; y, por último, el ganado horro estaba con el *zagal* en las mojoneras. El *persona* era el yegüero, mientras que el *sobrao* estaba para mandados y ayudar al *rabadán*.

Así transcurría el invierno, cuidando las ovejas y comiendo las sopas. Sólo al llegar la primavera se rompía un poco esta monotonía con otras actividades. Con la primavera llegaba el momento de la esquila, de marcar el rebaño y de vender los corderos. El mayoral señalaba los días en que debían realizarse estas tareas.

Para la esquila acudían pastores de cada dehesa. Era un trabajo duro, si se tiene en cuenta el número de cabezas. Los kilos de la lana esquilada eran muchos y su venta proporcionaba pingües beneficios al dueño de la cabaña, propietario absoluto de toda la lana, incluso de la de las ovejas que pertenecían a los pastores.



Motriles al frente de un rebaño de ovejas merinas en camino hacia Extremadura, en Lario (León), octubre de 1936

El día de la esquila se podía comer un poco mejor y beber algo de vino; pero el día auténticamente festivo era cuando se ponía el marco. Se reunía uno de cada dehesa y se ponía una marca a cada rebaño, que lo identificaba con el propietario. Además del marco del propietario, los pastores ponían a sus ovejas su propia marca, que solía estar siempre en la oreja (una oreja hendida, una muesca, etc). Tras marcar a todas las ovejas se hacía una fiesta; para comer ese día se mataba una oveja del amo, *"la mejor que hubiera"*, y se bebía vino en abundancia.

También en primavera, concretamente en mayo, se vendían los corderos. El amo del rebaño solía dejar diez o doce corderos, que en San Miguel (29 de septiembre) pasaban a la carnerada. Los demás se vendían. Los pastores por su parte vendían los suyos, haciéndose así con algún dinero que llevar a casa.

Los días inmediatamente posteriores a la venta de los corderos eran los únicos en que se ordeñaban las ovejas y los pastores bebían algo de leche.

Una vez finalizadas todas estas tareas, se empezaban a organizar las salidas hacia los puertos de verano.

## El rebaño

Lo primero que llama la atención de uno de estos rebaños es su magnitud. Un único propietario solía tener varios miles de cabezas, que se agrupaban en distintos hatos o rebaños de más de mil cabezas cada uno. A comienzos del siglo XX, la condesa de Bornos tenía 20.000 ovejas, el conde de la Oliva 14.000 y el marqués de Perales unas 12.000.<sup>7</sup> El mayoral estaba al frente de toda la cabaña y cada rebaño contaba con su rabadán y sus pastores.

7. M. Rodríguez Pascual, "Evolución de la trashumancia leonesa durante el siglo XX y su adaptación al siglo XXI", en *Un camino de ida y vuelta*, pág. 216.

En un rebaño tipo podía haber unas 1.000 ovejas, unos 12 corderos, sobre 150 ó 200 carneros y unos seis cabestros. Además estaban los perros mastines (4 ó 5 por rebaño) y unas 40 ó 50 yeguas.

Todos estos animales trashumaban dos veces al año, y en el largo recorrido cada uno ocupaba su lugar. Los cabestros, dada su docilidad, iban siempre delante, a la cabeza del rebaño y junto a los *compañeros*. Llevaban grandes cencerros, y eran los únicos animales del rebaño, junto a los perros, a los que se les ponía nombre: Gallardo, Guapo, etc. Las ovejas paridas no iban con el resto y se juntaban las de todos los rebaños en un grupo. Las ovejas viejas, que podían ser 20 ó 25 en cada rebaño, iban con las demás, pero algunas se vendían por el camino y las que quedaban se vendían por San Miguel.

Había una carnerada para todos los rebaños, "la simienta", formada por alrededor de 150 – 200 carneros, todos propiedad del amo de la cabaña, nunca de los pastores. Los carneros se tenían en un puerto aparte. El día que el mayoral ordenaba echar los carneros a las ovejas, los pastores iban a por 5 ó 10, según el tamaño del rebaño. Las ovejas solían cubrirse en junio, tras lo cual las separaban de los carneros. En septiembre se volvían a juntar. Los corderos nacían en Extremadura y se vendían en mayo. No obstante, solían dejarse 10 ó 12 que en San Miguel pasaban a la carnerada.

Cada rebaño llevaba cinco o seis perros mastines que eran cuidados con especial esmero. Eran perros grandes, porque los pequeños no interesaban ya que su misión no era conducir el rebaño sino defenderlo. Llevaban carrancas de hierro en el cuello, y se les ponía nombre. Su comida consistía en "chicharro" (carne mala y huesos), y harina mojada con agua y amasada en bolas.

Caminando con el resto del rebaño iban las yeguas, unas 40 ó 50. Su misión era llevar la carga, el avío con toda suerte de provisiones: utensilios de cocina, alimentos para pastores y mastines, sal para el ganado, mantas, etc. Las yeguas pertenecían también al dueño de la cabaña y era el *persona* quien se ocupaba de ellas.







Niñas de Camarmeña, Cabrales (Asturias), octubre de 1959



Iglesia de Camarmeña, Cabrales (Asturias), febrero de 1970



Clase al aire libre en la escuela de Camarmeña, Cabrales (Asturias), enero de 1975



Niños jugando delante de la iglesia de Santa María del Puerto, Somiedo (Asturias), mayo de 1969



Juego de bolos en Valláu, Cangas del Narcea (Asturias), mayo de 1953



Puesto de cacharros en la feria de Torrebarrio, Babia (León), julio de 1951



Feria de ganado en el Puerto de Somiedo (Asturias), septiembre de 1952



Procesión en Valverde de la Sierra (León), con el pico del Espigüete al fondo, octubre de 1954



Romería en la ermita de Nuestra Señora de Arcenorio, Ponga (Asturias), septiembre de 1942



Niño de Piloña (Asturias), marzo de 1948



Niñas de Ponga (Asturias), noviembre de 1951



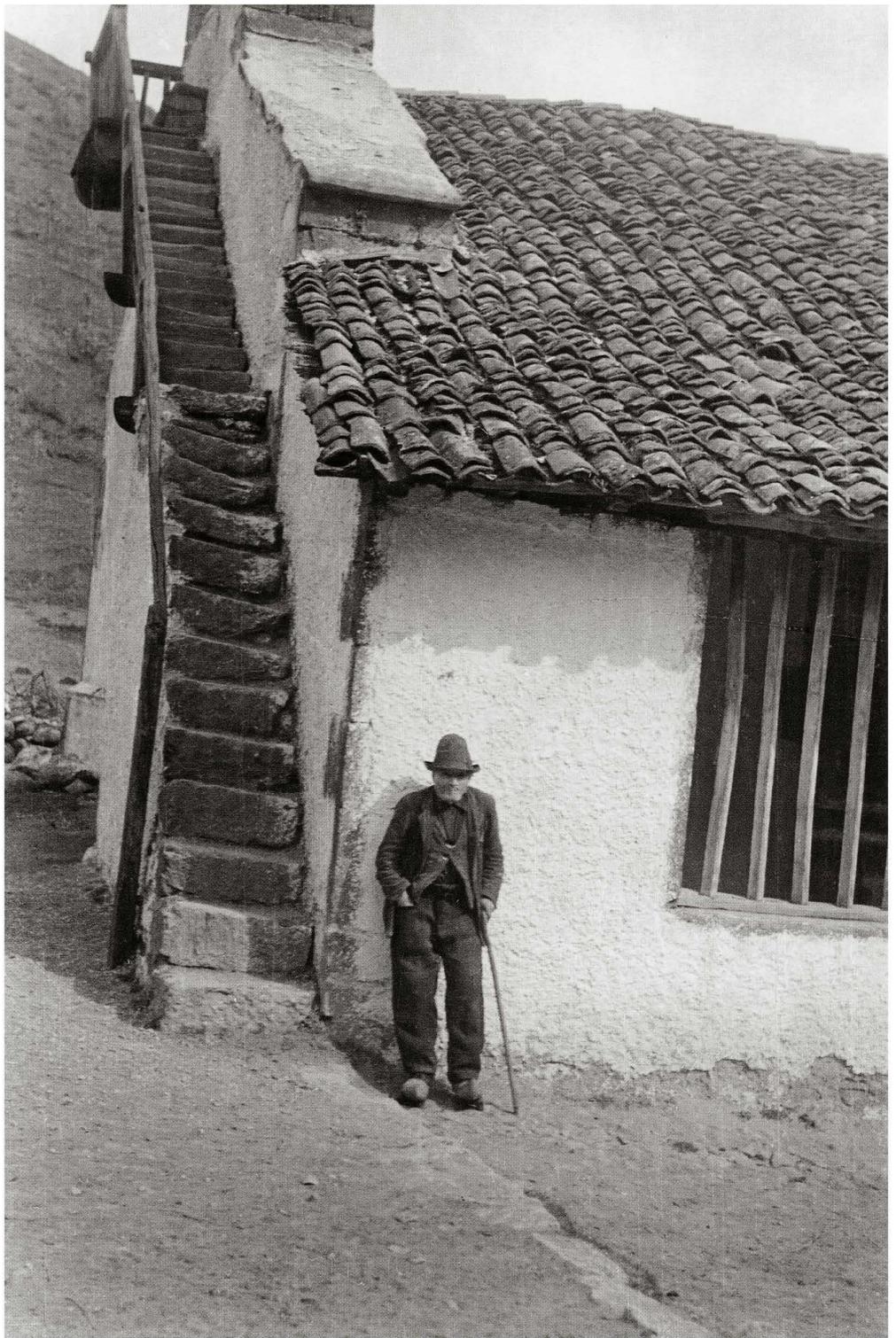
Familia de L'Omedal en el concejo de Piloña (Asturias), noviembre de 1974



Vecinos de Babia (León), abril de 1962



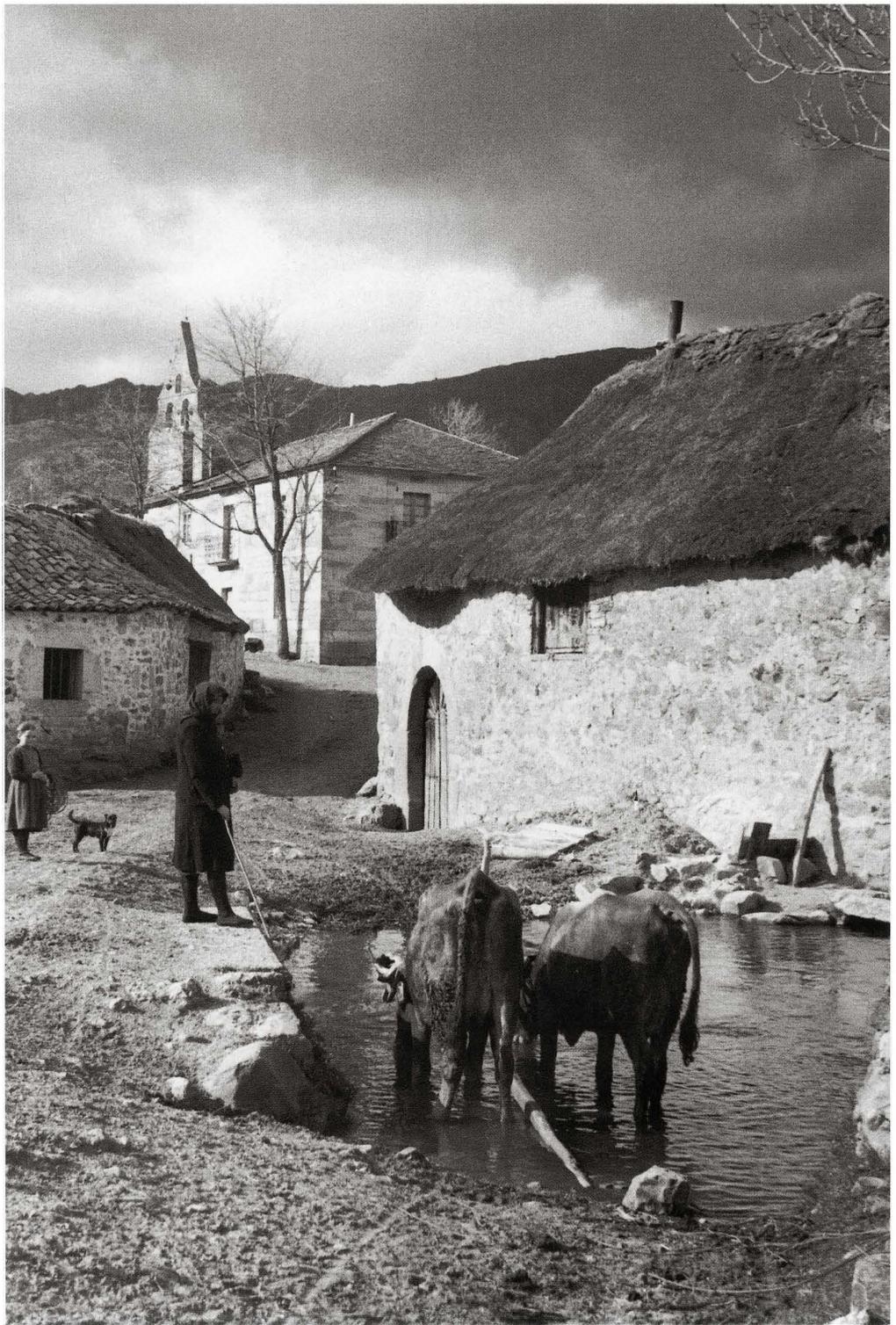
Mujer hilando en Valverde de la Sierra (León), septiembre de 1942



Anciano junto a la iglesia de Soto de Valdeón (León), abril de 1942



Hórreo con cubierta de paja de centeno colocada con el sistema "a baguna", en Valláu. Cangas del Narcea (Asturias), mayo de 1953



Pueblo de Huergas de Babia (León) con una casa cubierta de paja de centeno colocada con el sistema "a paleta", mayo de 1952



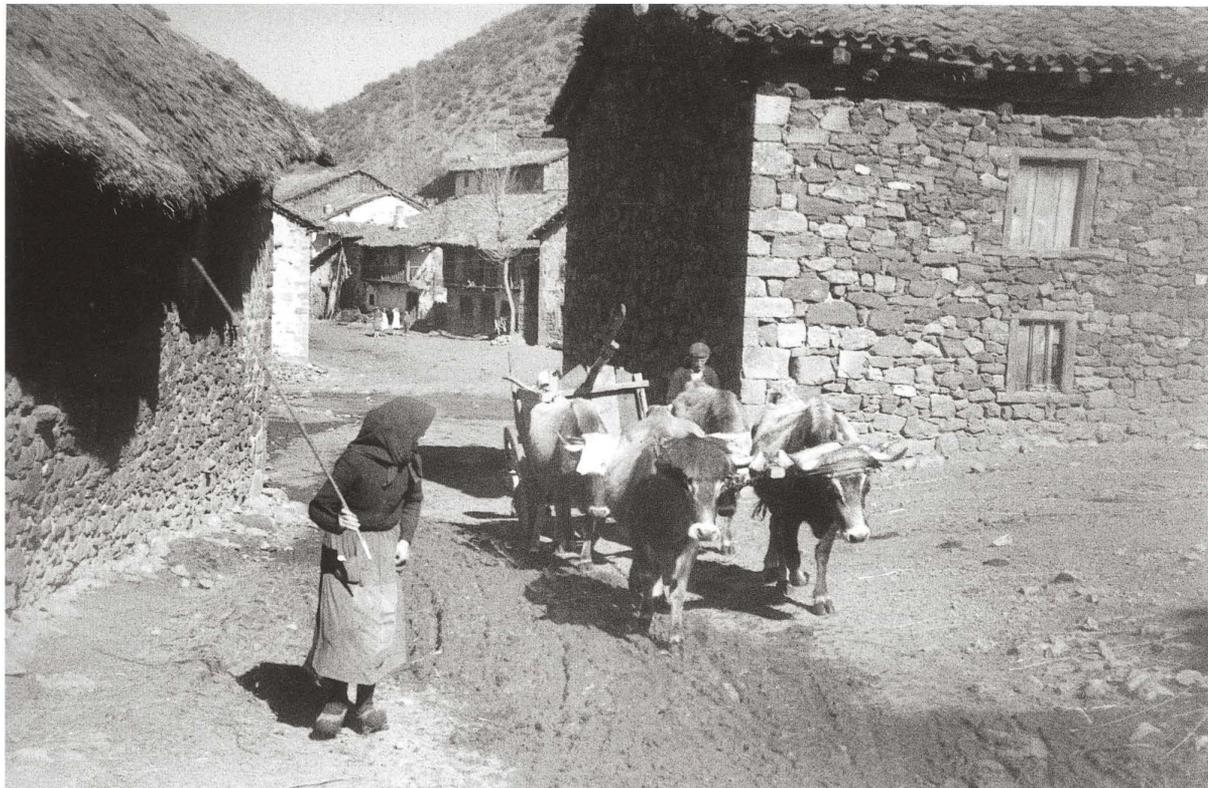
Arando en Torrebarrio, Babia (León), noviembre de 1966



Arando en Villa de Su, Teverga (Asturias), noviembre de 1955



Trillando en la era de Lario, Valdeburón (León), septiembre de 1941



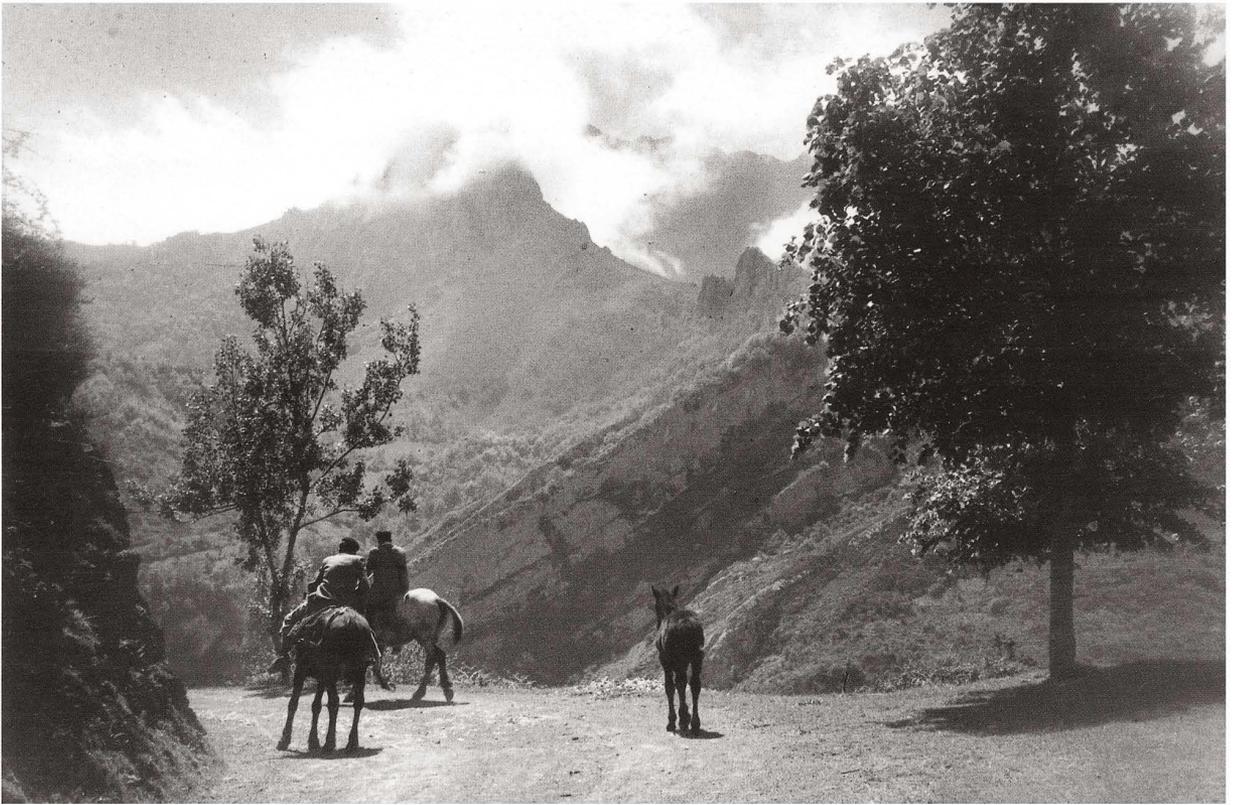
Pueblo de Siero, Tierras de la Reina (León), abril de 1950



Cabaña en la Felguerina. Piloña (Asturias), mayo de 1974



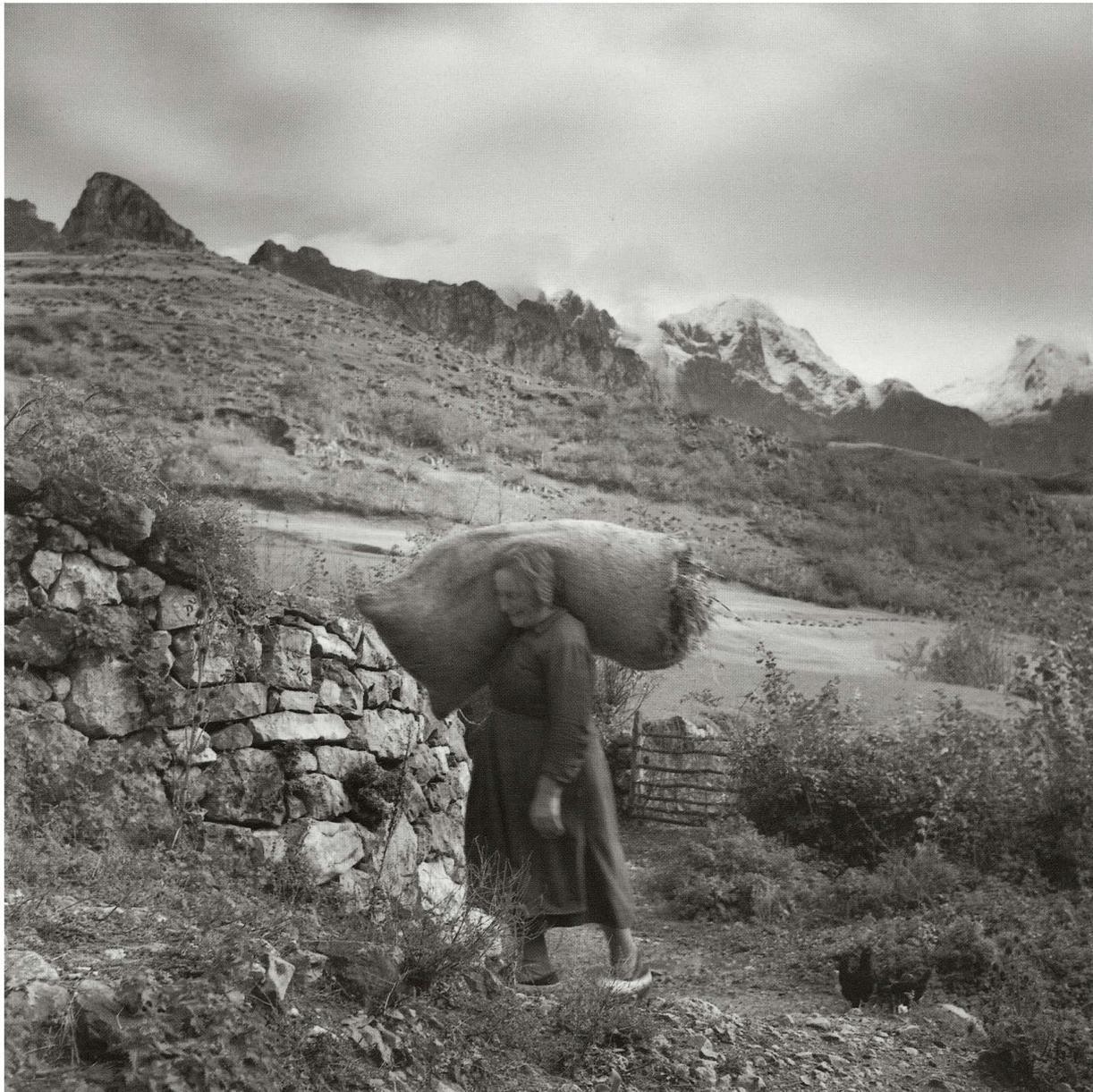
A la hierba en Les Bedules, en el concejo de Ponga (Asturias), agosto de 1959



Por la carretera de Sobrefoz, en Ponga (Asturias), mayo de 1949



Carretera del Puerto de Somiedo (Asturias), junio de 1953



Mujer cargando con un saco de pación en Amieva (Asturias), noviembre de 1960



Hombre transportando una carga de hierba en Cándano, Ponga (Asturias), octubre de 1951



Camino de San Emiliano, Babia (León), abril de 1952



Transportando leña con una corza en Somiedo (Asturias), noviembre de 1955



Puente La Jaya sobre el río Cares en Poncebos, Cabrales (Asturias), mayo de 1972



Llegando al Colladín, Caso (Asturias), octubre de 1955



Venta en el puerto de Vegarada (León), mayo de 1945



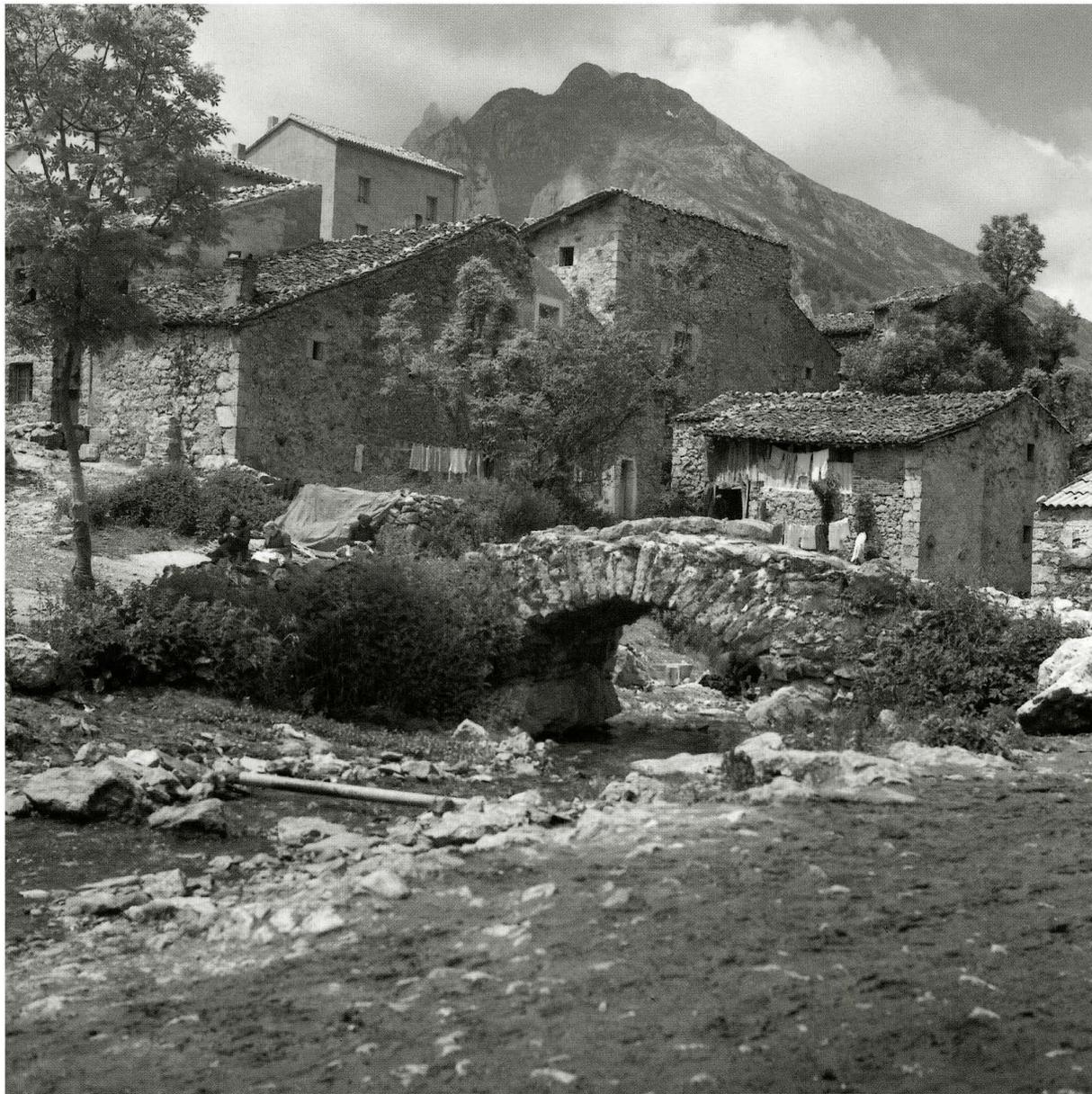
Caseros de la venta de Vegarada (León), agosto de 1948



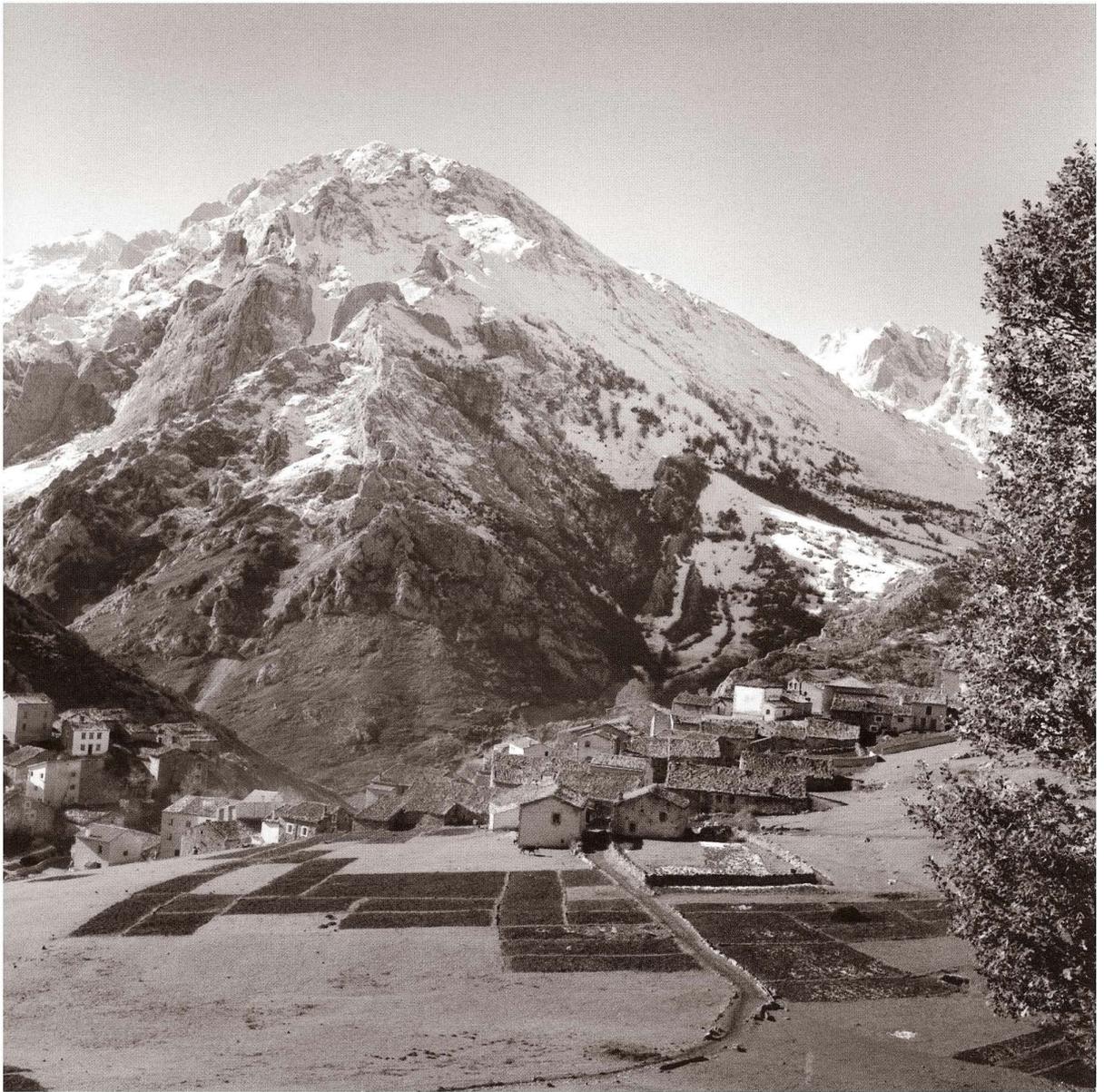
Niños de Lario en la majada de Valdosín, Valdeburón (León), julio de 1972



Vista del macizo del Mampodre desde Lario, Valdeburón (León), abril de 1950



Pueblo de Sotres, concejo de Cabrales (Asturias), julio de 1970



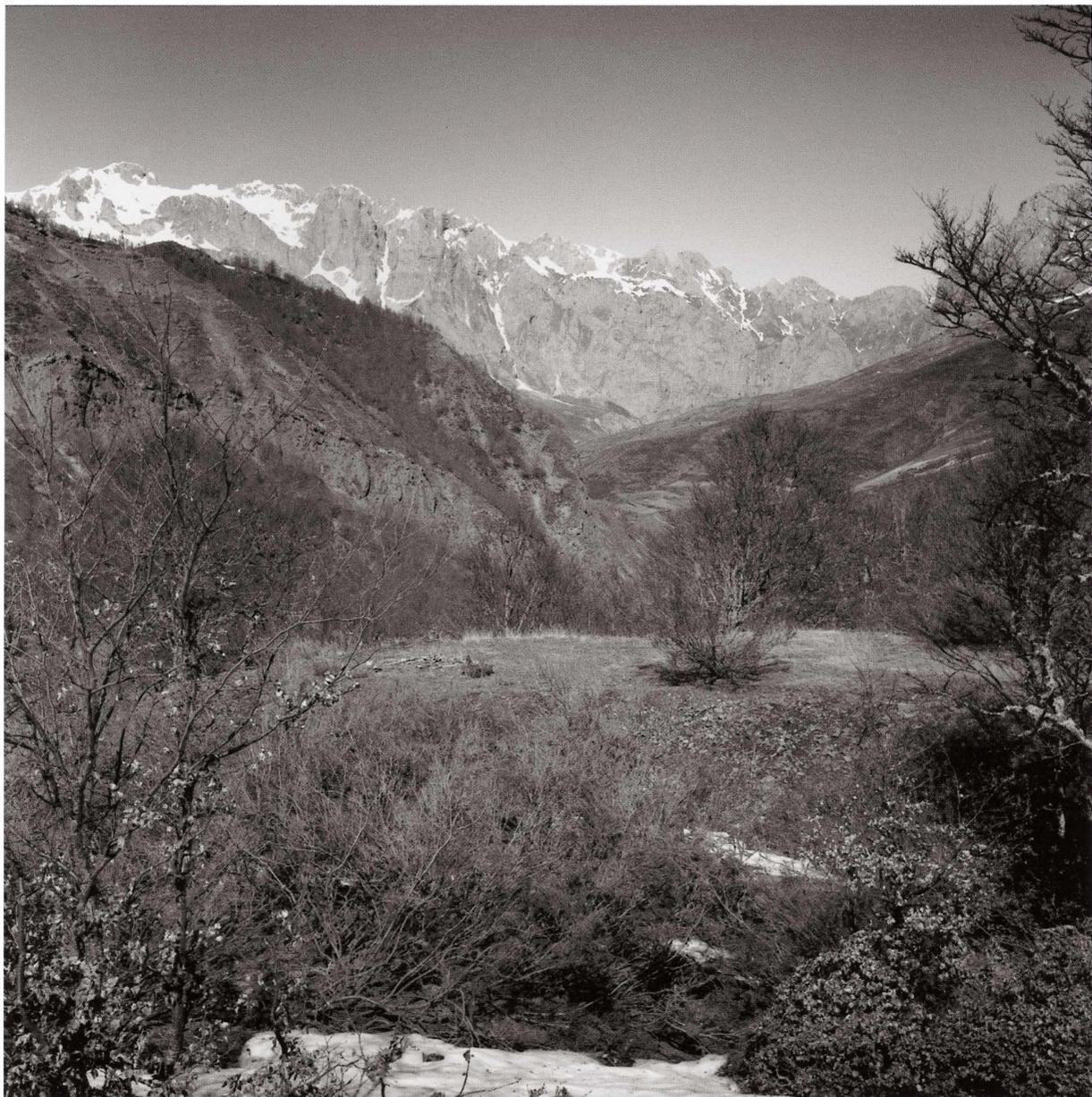
Tierras de Sotres, Cabrales (Asturias), con los Urrieles al fondo, noviembre de 1969



La Torre de El Llambrión, desde Posada de Valdeón (León), abril de 1943



Joaquín Pérez Guerra, de Prada, bajando por Moltó, Valdeón (León), junio de 1945



Pandetrave, Valdeón (León), marzo de 1967



Motriles en Vega Huerta, al pie de Peña Santa, Cornión, junio de 1949



Vegabaño, Sajambre (León), junio de 1962



Cabañas con cubierta de madera en Vegabaño, Sajambre (León), abril de 1944



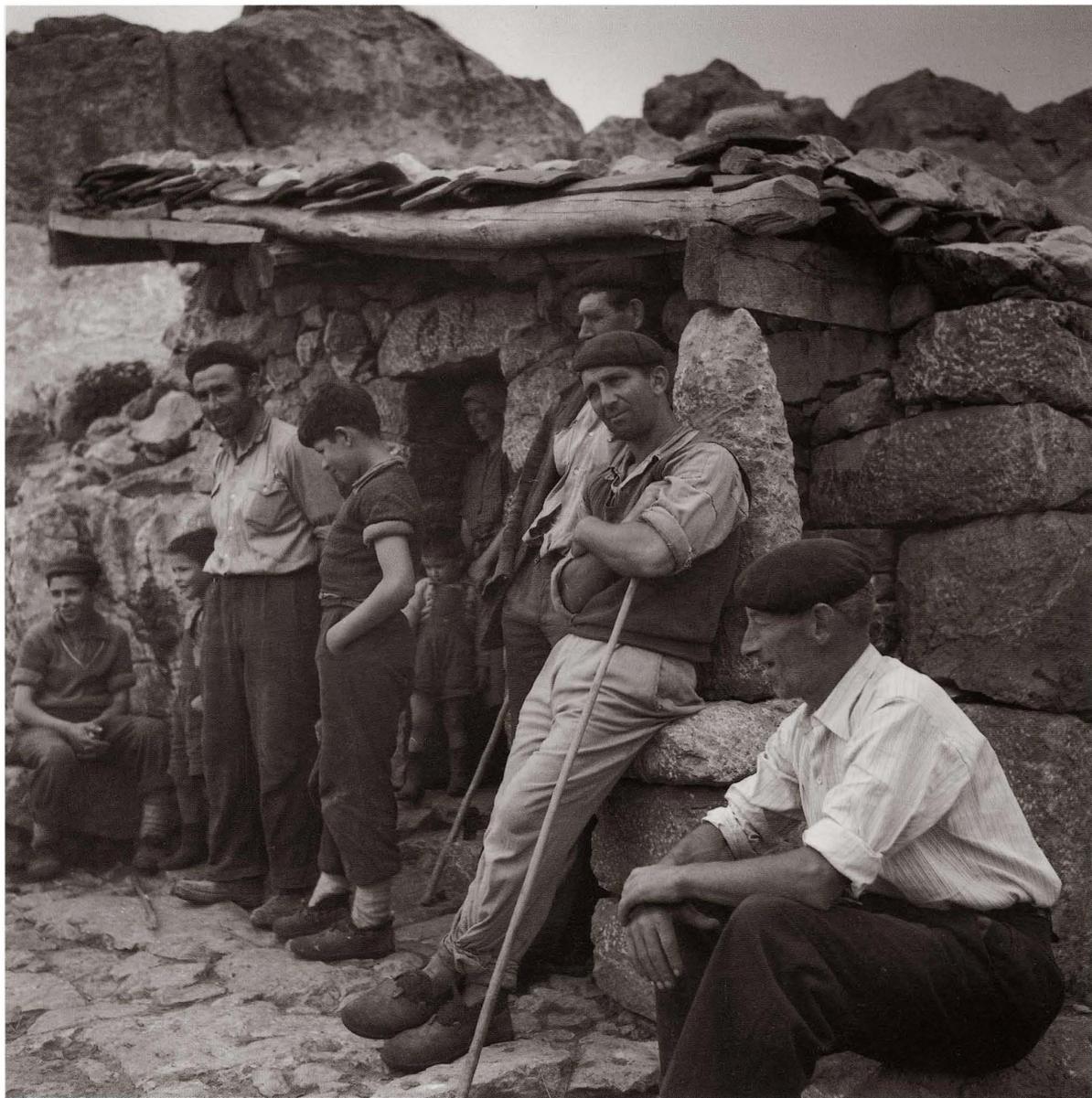
Macizo de Cerredo desde la Vega de Ario, Cornión, noviembre de 1958



Los Urrieles desde la majada de Ondón, Cabrales (Asturias), mayo de 1955



Pastores de la Vega de Ario, Puerto de Onís, Cornión, julio de 1949



Pastores del pueblo de la Robellada (Onís) en la Vega de Ario, Cornión, junio de 1957



Chozo de Dobres, Cornión, abril de 1946



Invernales en el Campo del Escobio, Cornión, febrero de 1964



Pastores en la majada de La Ercina, Puerto de Cangues d'Onís, Cornión, septiembre de 1959



Pastores llegando a la majada de La Ercina, Cornión, septiembre de 1959



Pastores en La Rondiella, puerto de Cangues d'Onís, Cornión, agosto de 1945



Pastoras en La Rondiella, puerto de Cangues d'Onís, Cornión, agosto de 1944



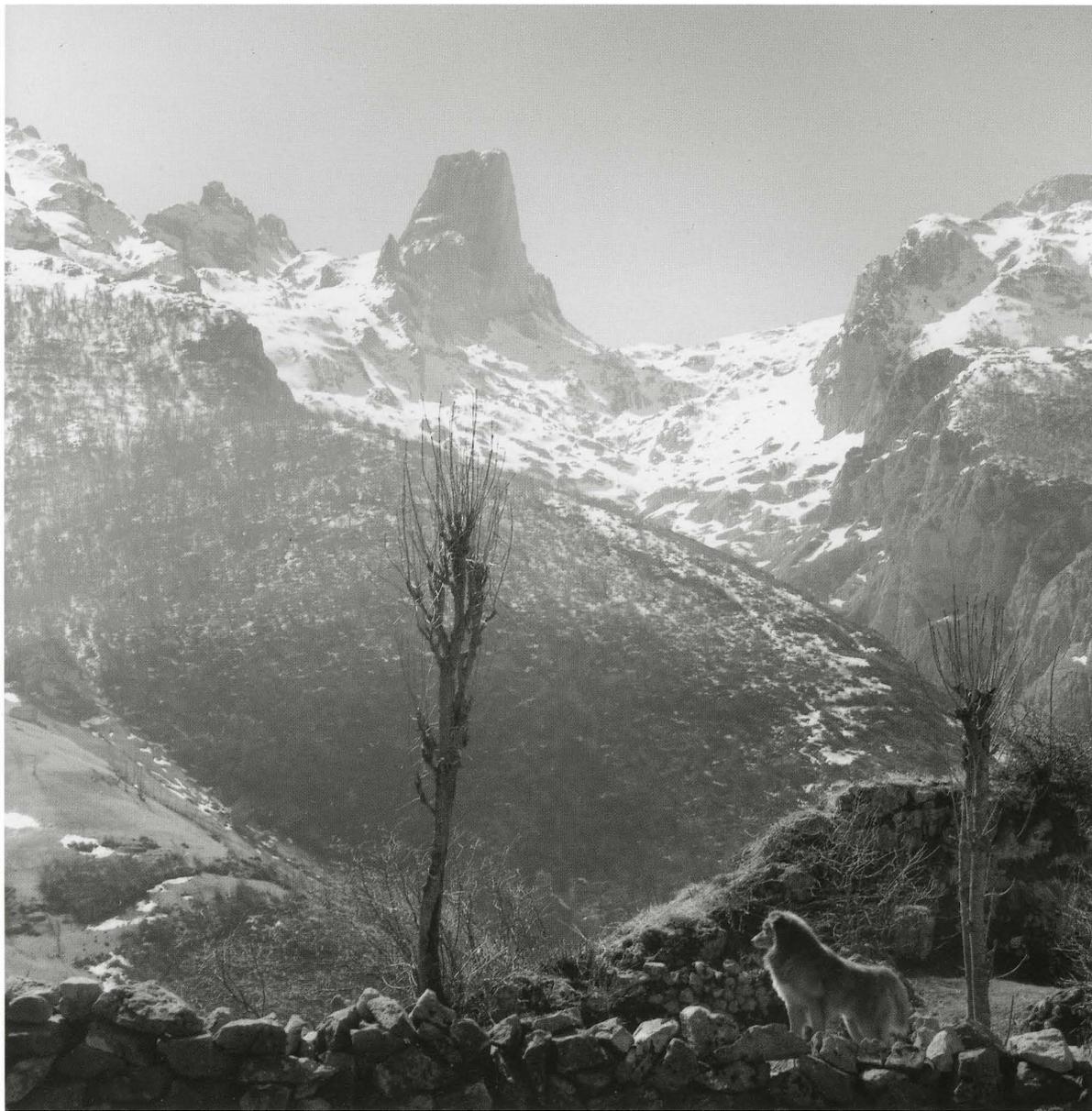
Una pastora y su nieto a la puerta de la cabaña, Vega de Ario, puerto de Onís, Cornión, julio de 1953



Abuela y nieta en la majada de El Tolleyu, puerto de Cangues d'Onís, a 1700 m. de altitud, Cornión, junio de 1941



Invernales de las Vegas de Sotres, Cabrales (Asturias), agosto de 1968



Vista del Picu Urriellu desde Arnández, febrero de 1973



Ovejas pastando en Angón, Amieva (Asturias), mayo de 1960



La portillera de Angón, Amieva (Asturias), mayo de 1960



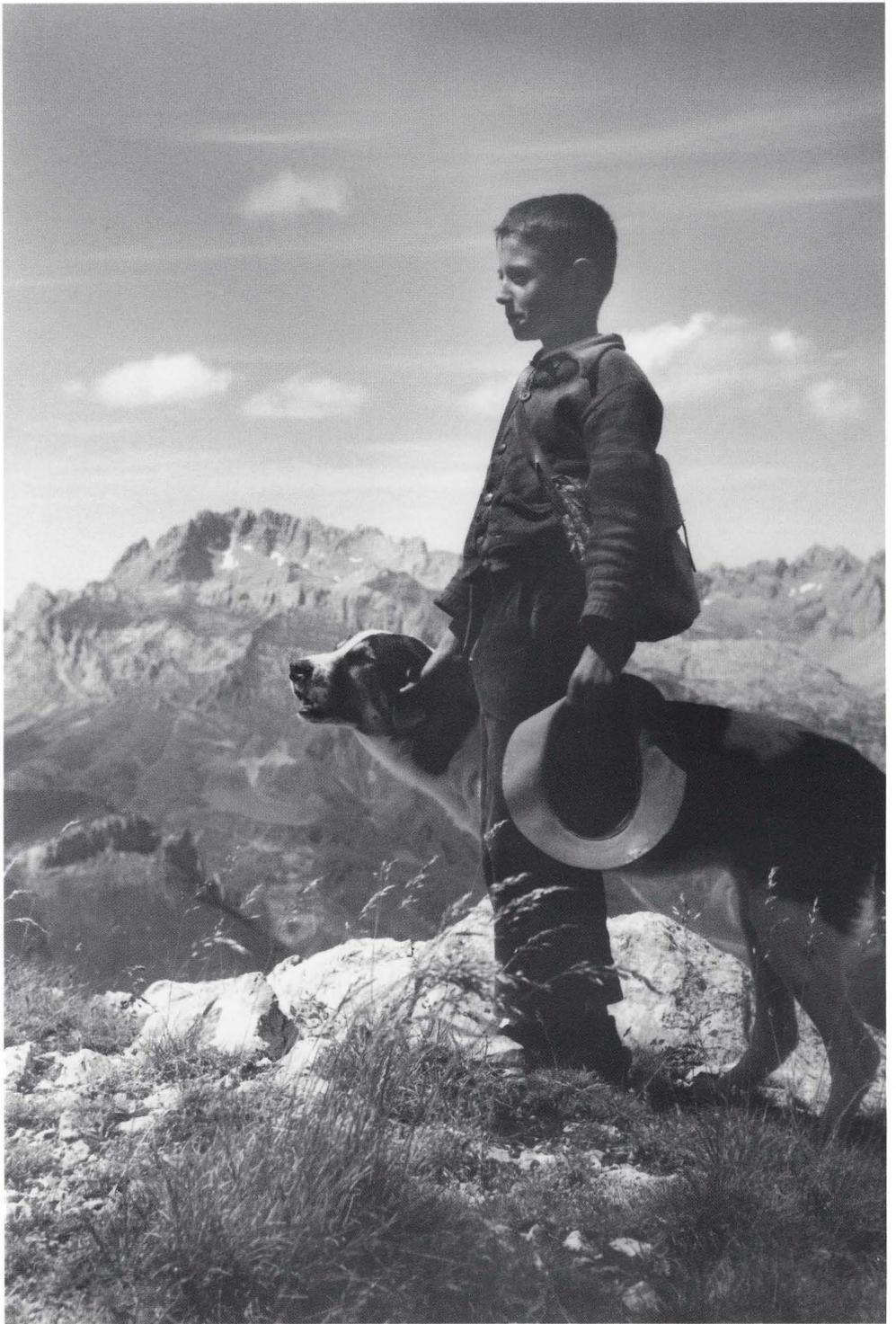
El Yordas desde la carretera de Riaño (León), marzo de 1970



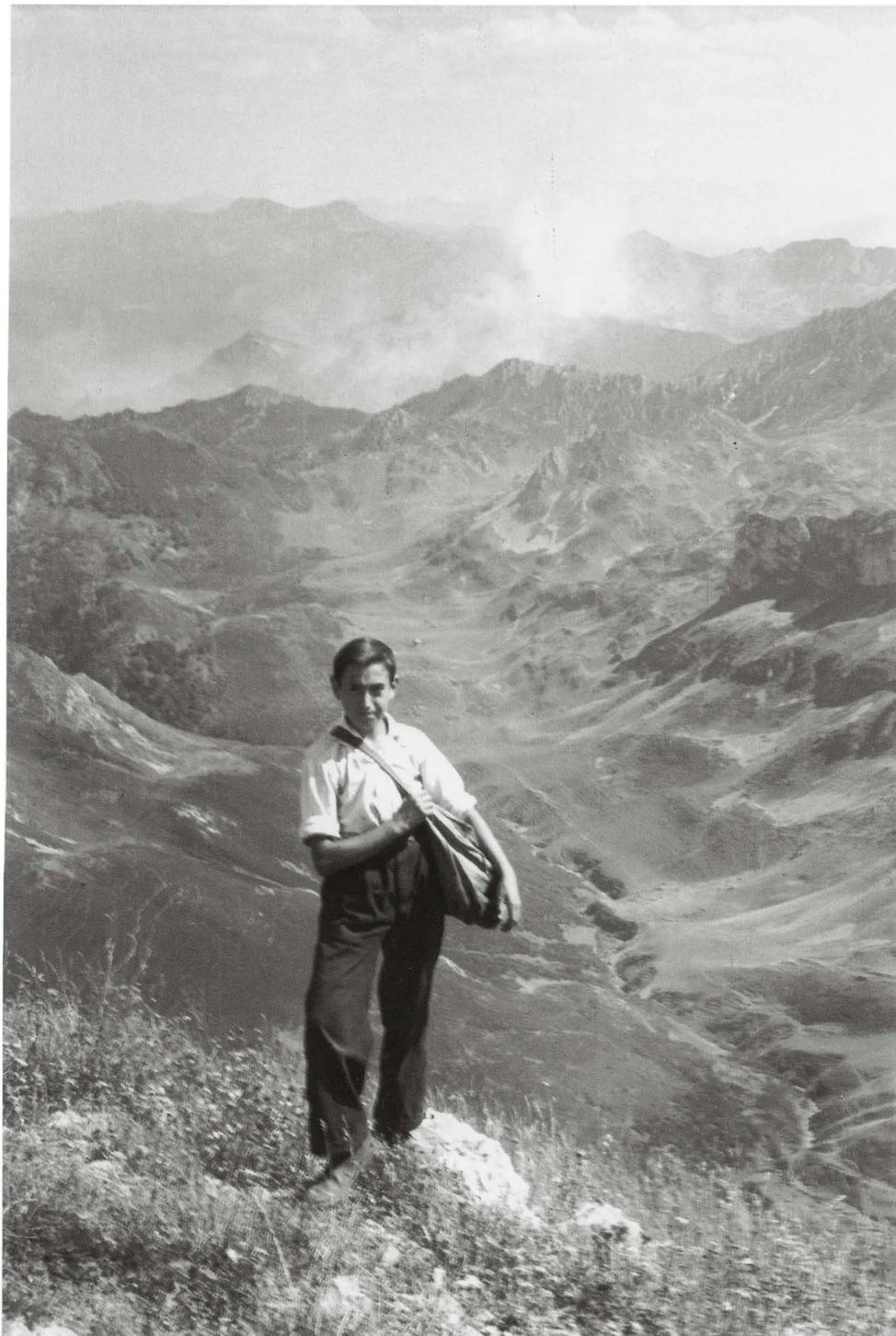
Chozo de Burín, Valdeburón (León), septiembre de 1946



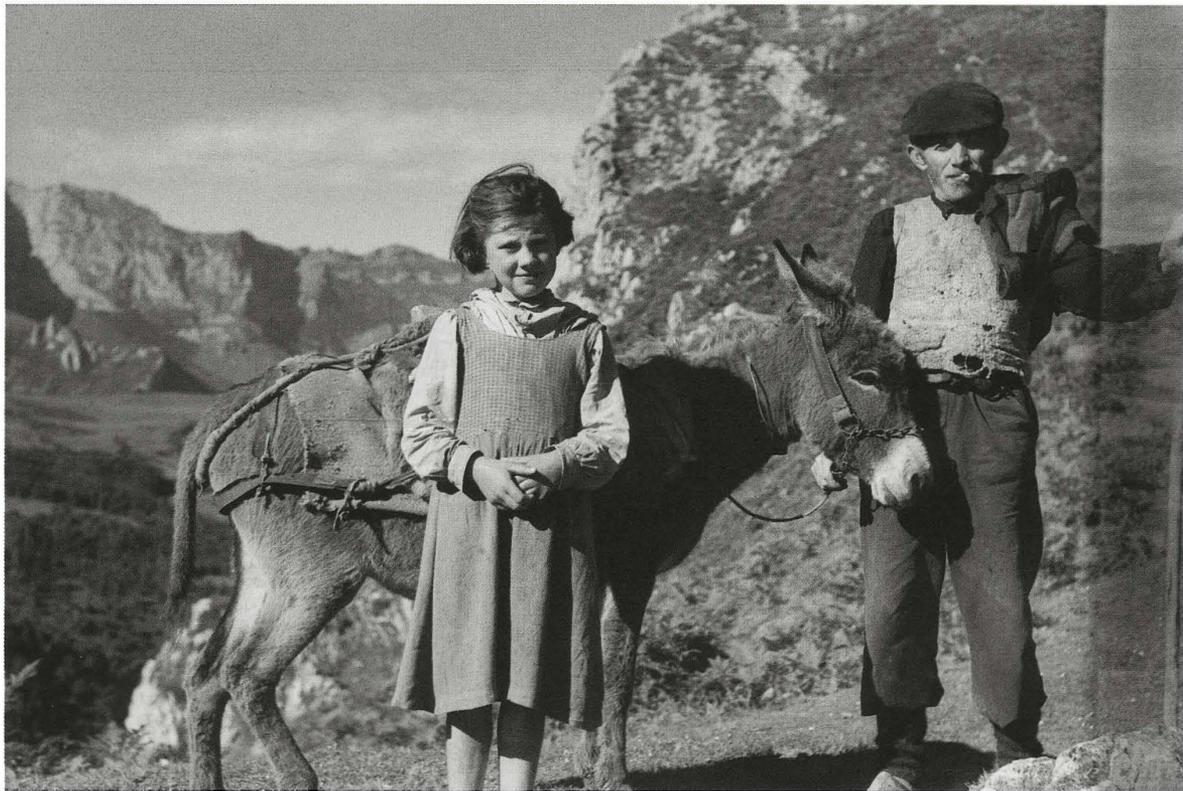
Junto a la cabaña, Piloña (Asturias), marzo de 1941



Motril en la cumbre del Corisco, en los límites entre León y Cantabria, con los Picos de Europa al fondo, junio de 1945



Melchor Cimadevilla, de Lario, en la Peña Pileñes, con las camperas de Arcenorio a sus pies, Ponga (Asturias), septiembre de 1940



En el Alto de La Boya, Ponga (Asturias), octubre de 1951



Majada de Brañagallones, Caso (Asturias), octubre de 1973



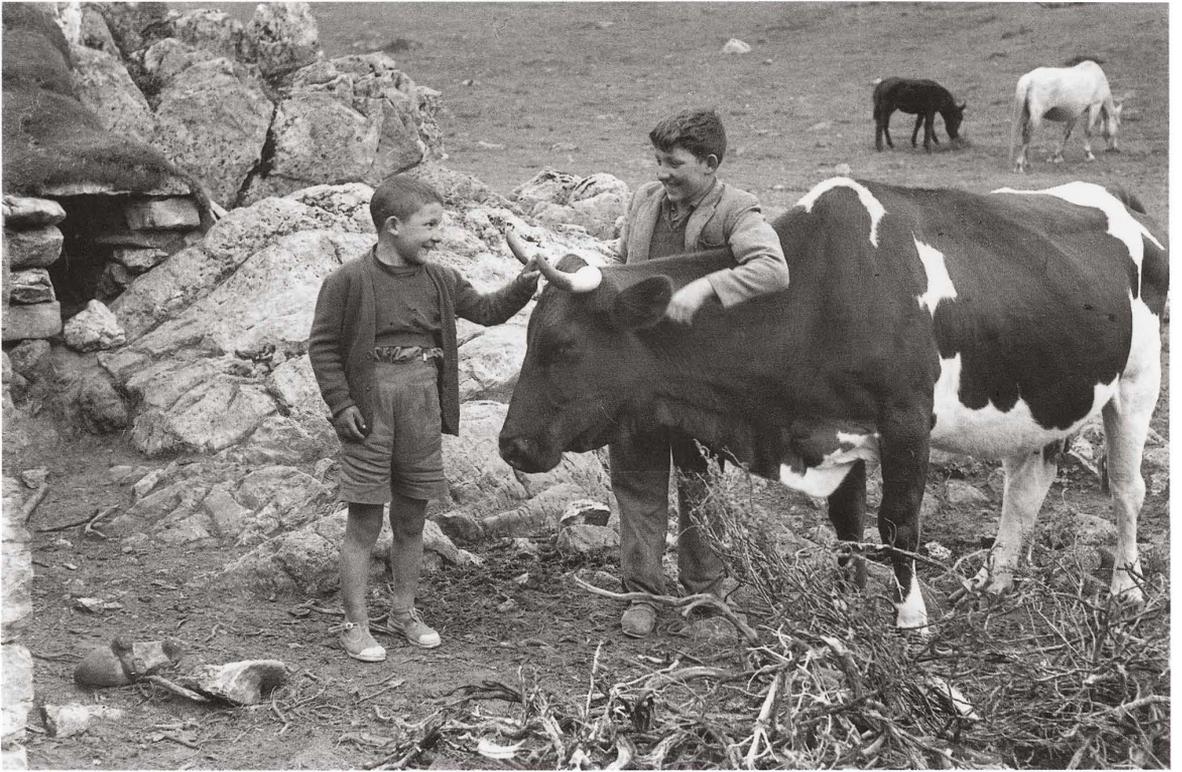
La Peña La Llambria desde la majada de Piedrafita, Caso (Asturias), abril de 1943



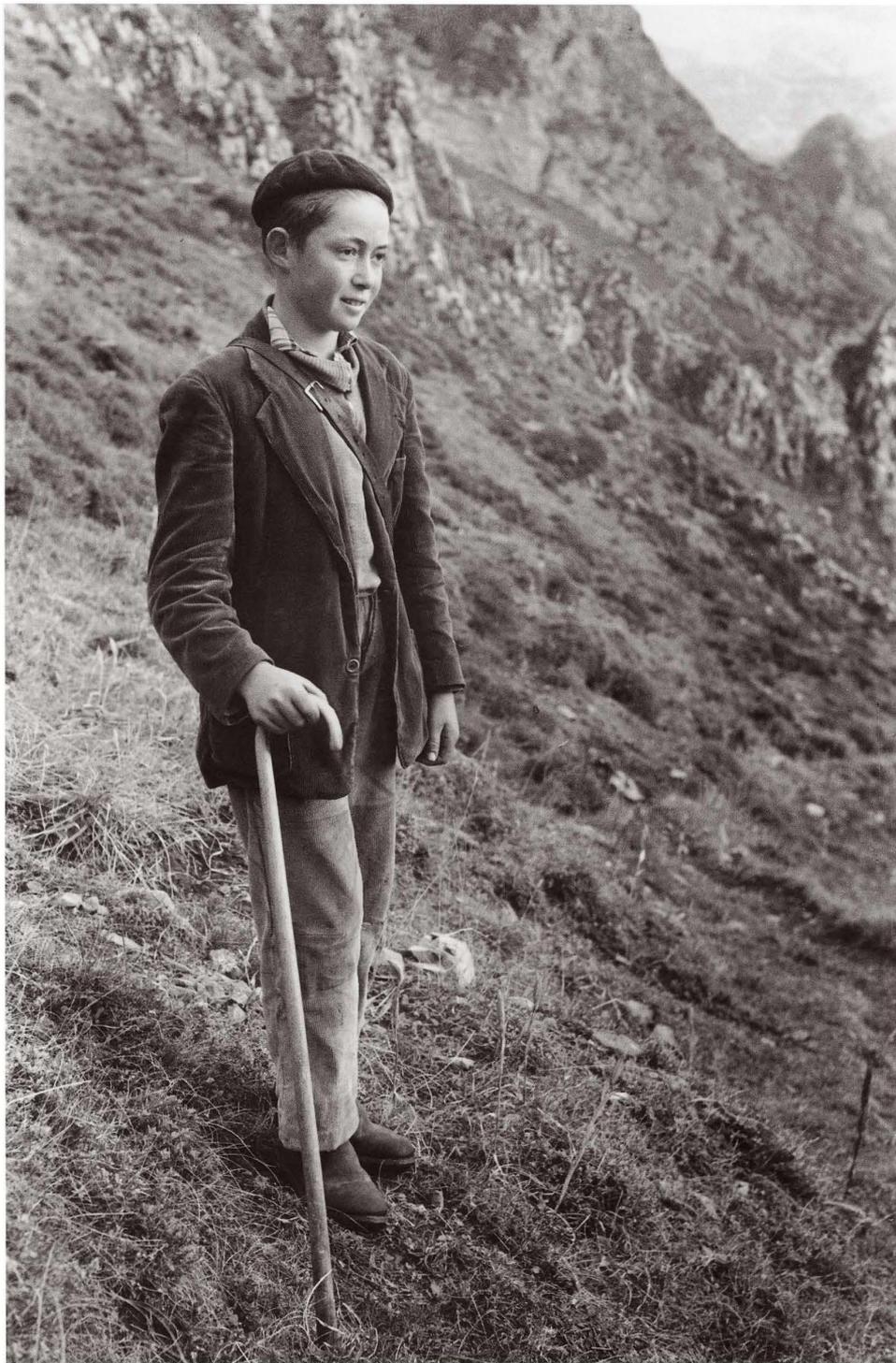
Pastor con un mastín en la sierra de El Cuadro, Aller (Asturias), julio de 1958



Los Picos de la Liebre desde el mayéu de Fuentes, Aller (Asturias), octubre de 1955



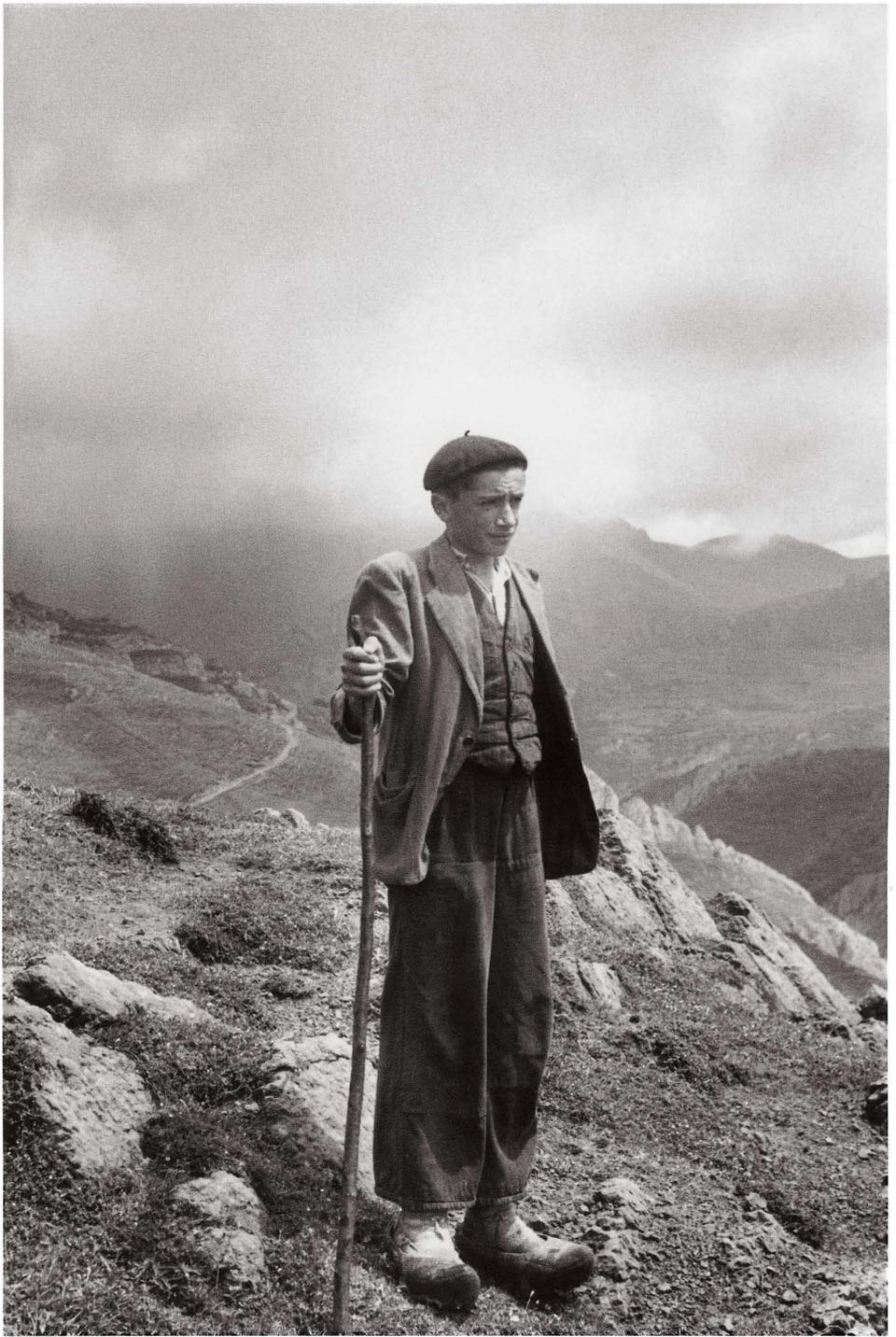
Niños en el mayéu de los Ochones, macizo de Ubiña, agosto de 1956



Ángelín Álvarez, de Pinos, macizo de Ubiña, octubre de 1957



Motril en el collado Terreros, macizo de Ubiña, julio de 1948.



Brañeiro de Somiedo (Asturias), junio de 1953



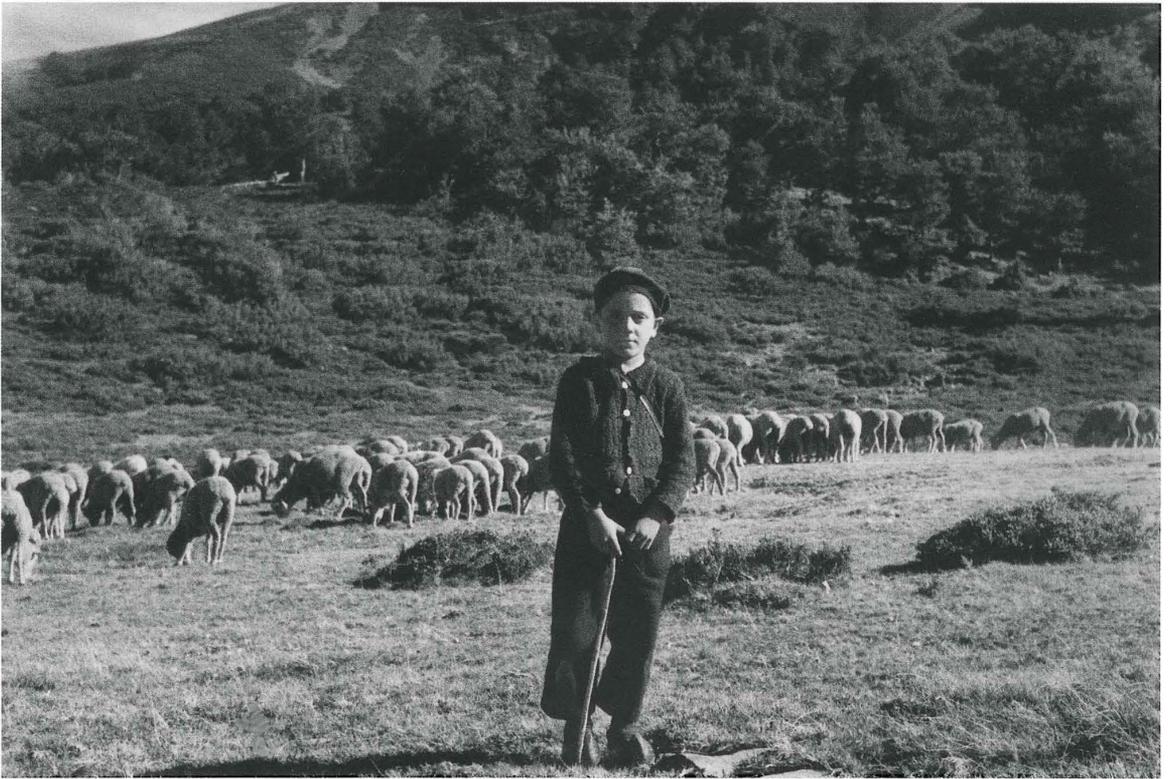
Pastor a caballo en la collada de El Ronzón, macizo de Ubiña, agosto de 1956



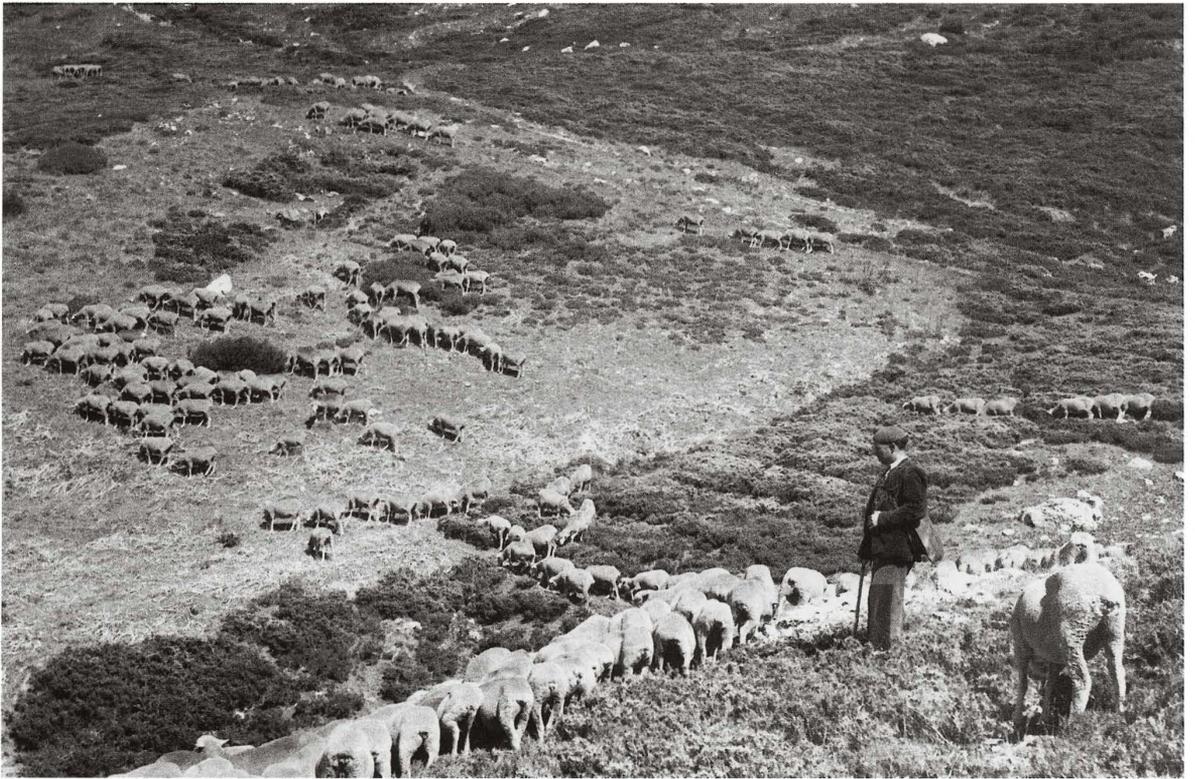
Pastores en el collado de El Ronzón, macizo de Ubiña, agosto de 1956



Rebaño de merinas por la Cañada Leonesa Oriental, atravesando Lario camino de Extremadura, Valdeburón (León), octubre de 1936



Motril con un rebaño de ovejas merinas, Valdeburón (León), septiembre de 1942



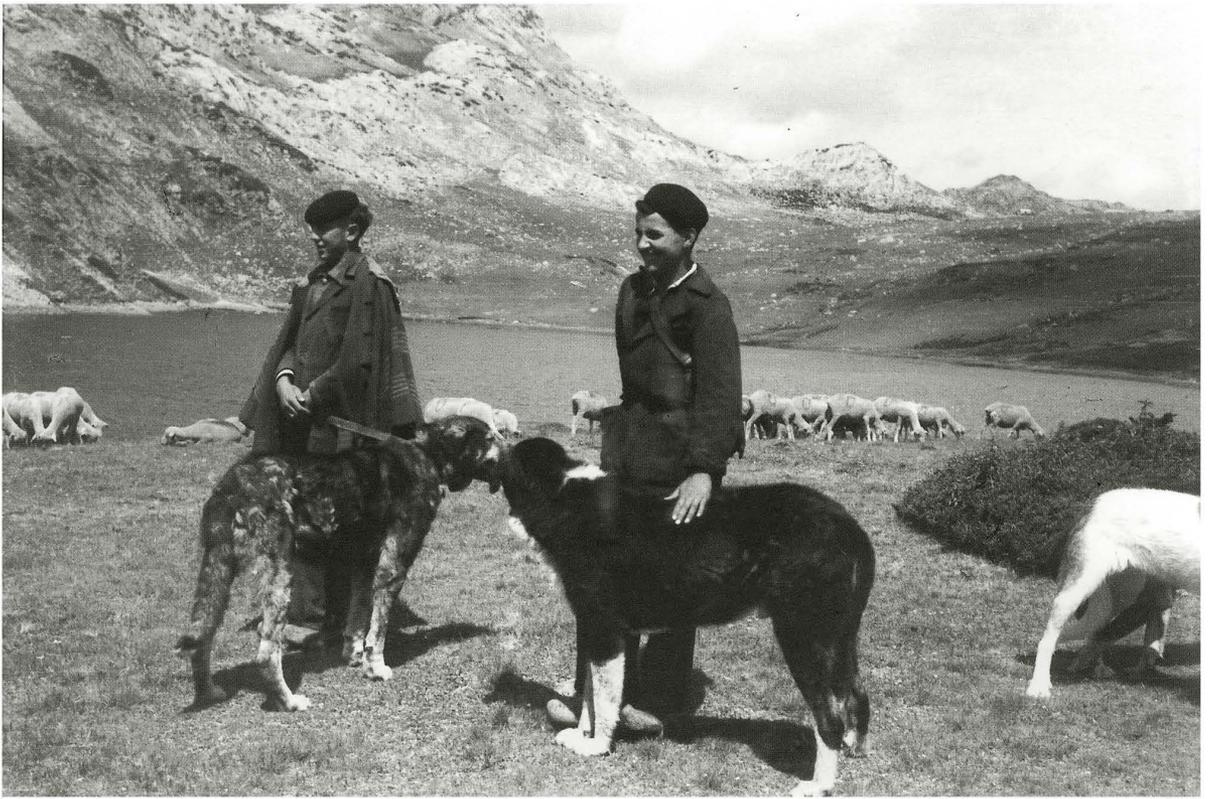
Pastor con un rebaño de ovejas merinas en la Braña Forada, Somiedo (Asturias), agosto de 1952



Pastor con un rebaño de ovejas merinas junto al lago de La Cueva, Somiedo (Asturias), agosto de 1952



Pastor en La Colorada, Somiedo (Asturias), agosto de 1952



Pastores de merinas con sus perros junto al lago Cerveriz, Somiedo (Asturias), junio de 1944



Pastor con su rebaño en Lario, Valdeburón (León), abril de 1942



Pastores de merinas en la vega de El Rebezo, en Babia (León), septiembre de 1957



Pastor de Xinestosu, Cangas del Narcea (Asturias), mayo de 1953



Pastores, abril de 1946



Los picos de la Tesa, la Mesa y la Almagrera desde Tuiza Baxo, Lena (Asturias), abril de 1968



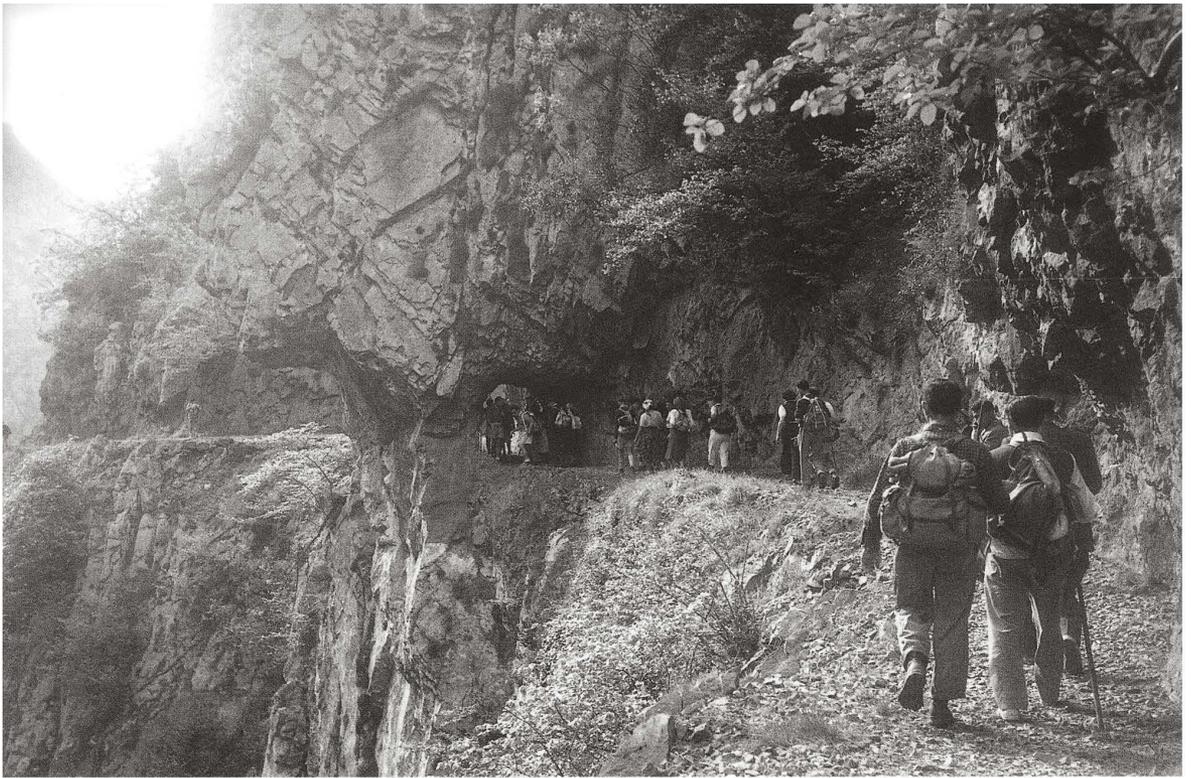
El grupo de montaña "Torrecerredo", de Gijón, en la carretera de Tuiza, Lena (Asturias), agosto de 1951



Pío Canga bajado del puerto de San Isidro hacia Isoba, al fondo los Mampodres, junio de 1943



El pico Torres desde la cima de El Retriñón, Aller (Asturias), octubre de 1946



Grupo de excursionistas atravesando el desfiladero de La Coballada (Asturias), junio de 1940



Preparándose para el esquí en el puerto de Las Señales, León, febrero de 1949



Adolfo de la Vega "Cajetilla" cruzando el río Nueva en Piloña (Asturias), marzo de 1942



Subiendo a Pandetrave, Valdeón (León), abril de1944



Misa en La Conia, Cornión, mayo de 1961



José Ramón Lueje y Adolfo de la Vega "Cajetilla" en la cima del Pico Valdepino, Cornión, mayo de 1942



José Ramón Lueje y Enrique Martínez, de Camarameña (Cabrales), cruzando el nevero de El Llambrión, Urrieles, julio de 1943



Alfonso Martínez, de Camarmerña, en la cumbre de La Párdida, al fondo el macizo de El Llambrión, Urrieles, julio de 1944



Refugio de Collado Jermoso, a 2064 m. de altura, Urrieles, septiembre de 1951



José Ramón Lueje con Alfonso y Enrique Martínez, de Camarmeña, acampados en el Jou Grande, Urrieles, julio de 1943









El montañero José Ramón Lueje (Infiesto, 1903 – Gijón, 1981) fue uno de los primeros divulgadores de la Cordillera Cantábrica y sobre todo de los Picos de Europa. Trazó mapas, y escribió libros y numerosos artículos sobre estas montañas que tanto admiraba. Entre 1936 y 1975 realizó más de quince mil fotografías de picos, sierras, hoces, pueblos, puertos, vegas, majadas y brañas, así como de los pastores, vaqueros y *brañeiros* que durante la primavera y el verano poblaban la montaña, cuidando rebaños de vacas, ovejas y cabras. Todos estos habitantes son los que han mantenido viva la memoria de la montaña hasta tiempos recientes. Las fotografías de Lueje constituyen un testimonio muy importante de la vida en los espacios más elevados de la Cordillera Cantábrica, de la cual existen muy pocas imágenes, y también de la actividad de los primeros montañeros asturianos.

Desde 2002, el archivo fotográfico de José Ramón Lueje permanece depositado por sus herederos en el Museo del Pueblo de Asturias con el fin de que su obra esté abierta a todas las personas interesadas.

TÍTULOS PUBLICADOS

- Modesto Montoto Una visión fotográfica de Asturias, 1900-1925
- Fritz Krüger Fotografías de un trabajo de campo en Asturias, 1927
- Asturianos en América 1840-1940 Fotografía y emigración
- Valentín Vega Fotógrafo de calle, 1941-1951
- Constantino Suárez Fotógrafo, 1920-1937
- Elacio Begega Mis vecinos de El Condáu 1962-1985

ISBN 84-87741-75-4



9 788487 741753